

ARQUEOLOGIA DE LA PROVINCIA DEL NEUQUEN

ESTUDIO DE LOS HALLAZGOS MOBILIARES

Por JUAN SCHOBINGER

Palabras preliminares	Pág.	7
I) Bosquejo geográfico	„	11
II) Antecedentes históricos y bibliográficos	„	17
III) Análisis sistemático de los hallazgos	„	25
IV) La instalación humana y los sistemas funerarios. Las salinas	„	167
V) Ensayo de interpretación cronológica. Determinación de grupos regionales. La araucanización y sus problemas	„	182
VI) Resumen	„	206
Museos y colecciones estudiadas (con las correspondientes abreviaturas)	„	217
Bibliografía	„	219

NOTA: Este trabajo reproduce, actualizada, la tesis de doctorado de título "Arqueología del territorio del Neuquén", presentada en 1954 a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, y cuya publicación fuera recomendada por el jurado examinador. Debido a la extensión del trabajo y a los costos de impresión, hemos decidido prescindir aquí de la lista de hallazgos, que formaba el capítulo III de aquella obra. La misma, aunque de carácter más "técnico", no es menos importante como "armazón" del análisis tipológico, y no debe ser separada del presente texto. Se la publica aparte: *Hallazgos arqueológicos de la provincia del Neuquén. Lista descriptiva del material mobiliario*. Mendoza, 1958. (Texto mimeografiado). (Sigla: *Hallazgos*).

Ya anteriormente hemos debido publicar por separado un importante tema de la arqueología neuquina, originariamente incluido en aquel trabajo: *El arte rupestre de la provincia del Neuquén*, en "Anales de Arqueología y Etnología", t. XII, pp. 115-227. Mendoza, 1956 (1957). Asimismo, un aspecto de la arqueología mobiliaria: *Las claves insignias de Argentina y Chile. Descripción de nuevos ejemplares procedentes de las provincias del Neuquén y Mendoza, y análisis de conjunto*. En "Runa", vol. VII, Parte Segunda, pp. 252-280. Buenos Aires, 1956 (1957). Por otra parte, en Publicaciones del Museo Etnográfico, Homenaje a Osvaldo F. A. Menghin, Buenos Aires 1958, se halla en prensa una reseña acerca de las fuentes históricas referentes a los aborígenes del Neuquén en época post-colombina: *Conquistadores, misioneros y exploradores en el Neuquén. Antecedentes para el conocimiento etnográfico del Noroeste patagónico*.

El prólogo que sigue vale, en rigor, para el conjunto de trabajos citados. Salvo indicación contraria, los dibujos y fotografías son del autor.

PALABRAS PRELIMINARES

El trabajo que a continuación presentamos, es un ensayo de *synthesis arqueológica regional*; se estudian pues en forma sistemática todos los vestigios culturales provenientes de los grupos humanos que en tiempos antiguos actuaron dentro del ámbito considerado.

Este criterio de base geográfica, que responde a las modernas orientaciones de la ciencia prehistórica, ha sido empleado en diversas obras referentes a determinadas zonas de Europa. Como ejemplo citemos la "Oesterreichische Kunsttopographie", aparecida en los años anteriores a la última guerra. El sistema también ha sido adoptado para la "Carta Arqueológica de España", cuyos fascículos hasta ahora editados son modelo de claridad expositiva y tipográfica.

Es claro que para este trabajo hemos debido adaptarnos a las especiales condiciones bajo las que hasta hoy se realiza el estudio arqueológico del Sur argentino, y en especial del Neuquén. Se halla, ante todo, la falta casi absoluta de verdaderas investigaciones sobre el terreno, que en cambio han sido sustituidas de antiguo por el saqueo de tumbas y paraderos. Como se verá en los antecedentes bibliográficos, hay muy pocos trabajos de una cierta amplitud sobre materiales provenientes del territorio; el resto se compone de descripciones aisladas de objetos y de obras de arte rupestre.

Para obtener una imagen medianamente amplia del haber arqueológico del territorio, hemos recurrido al material conservado en casi todos los museos —nacionales y regionales— que poseen material allí recogido, y a varias colecciones particulares. Éstas fueron visitadas durante un viaje de estudio llevado a cabo en enero y febrero de 1953.

Desgraciadamente, no se conoce el lugar o las condiciones de hallazgo de muchos de los objetos que se hallan en posesión de particulares. Tampoco son siempre enteramente de fiar las indicaciones de proveniencia de los que se encuentran en los museos. En estos casos hemos debido "conformarnos con lo que hay", para obtener la imagen provisoria de la arqueología neuquina que aquí efectuamos. Lo mismo sucede con los informes verbales a los que a menudo hemos tenido que recurrir.

No menos lamentable es la escasez de investigaciones prehistóricas en el territorio chileno vecino al Neuquén, con el cual desde siempre éste estuvo en conexión vital, "como dos vasos comunicantes" (IMBELLONI). Hasta que no se posean más datos de los estratos prearaucanos de esta zona, será difícil avanzar mucho más de lo que lo hacemos en el presente trabajo.

En cambio, la investigación prehistórica patagónica, que desde hace varios años se halla bajo el impulso renovador del Dr. Menghin, arroja indirectamente luz sobre el Neuquén. No pocos datos comparativos hemos extraído también de los restantes estudios arqueológicos que con relativa intensidad se llevaron y llevan a cabo en el resto del país, así como en el norte de Chile. Uno de los resultados de nuestra labor (y al mismo tiempo supuesto previo) es la comprobación de que *el Neuquén no se halla aislado*. Hasta las Altas Culturas andinas han dejado señales de influencia.

Resulta, de todo lo dicho, que el presente trabajo carece naturalmente de la solidez de las obras europeas semejantes, y que a su contenido corresponde, en rigor, el subtítulo de "Síntesis preliminar". Más de una vez, al redactarlo, me he sentido como quien pretendiera componer un "puzzle" sin tener todas las piezas del juego. En muchos aspectos, es verdad, el suelo no se halla sólido bajo los pies. Pero no ha sido mi objeto andar por caminos trillados, sino ante todo, reconocer y delimitar con exactitud, el desconocimiento que en materia paleontológica aún nos hallamos con respecto al Neuquén. Sobre esta base hemos tratado de llegar a ciertos hechos y resultados que, ampliados y corregidos, podrán algún día integrarse con los resultados de la incipiente investigación prehistórica del Meridión americano.

* * *

Al revisar el material del Museo Etnográfico de Buenos Aires, en más de un caso he sentido los inconvenientes del traspaso de la colección del Museo Argentino de Ciencias Naturales, efectuado en 1947. A veces el material se halla mezclado, a veces incompleto. Por ello, y por no haber efectuado una revisión completa del material existente, es que se encontrará entre las series de dicho Museo indicación de objetos carentes de descripción complementaria. (v. *Hallazgos*). Trátase en la mayoría de los casos de objetos de tipología conocida, y que no impiden una imagen de conjunto. Sus datos proceden de los catálogos, revisados, sí, en forma completa.

La única colección regional importante que no he podido revisar, es la del Museo Regional Gatica, de la ciudad de Neuquén, por hallarse cerrado al tiempo de mi visita. Según las informaciones que poseo, su haber arqueológico no es muy numeroso, y de tipología más o menos corriente. La pieza más valiosa es la insignia lítica del lago Aluminé, ya conocida por la publicación del Dr. Imbelloni en "Solar" (1931). Otra colección no visitada que posee objetos provenientes del Neuquén, es el Museo de Entre Ríos (Paraná), pero parte importante de su material se halla publicado. Estas omisiones no llegan a afectar el carácter amplio y geográficamente completo del repertorio arqueológico que presentamos, ni desvirtuar las conclusiones derivadas del análisis sistemático del mismo.

* * *

Réstame expresar mi agradecimiento a todas las personas que de algún modo han colaborado en este trabajo. Ante todo al profesor Dr. Osvaldo Menghin, por quien fui iniciado en la investigación prehistórica; a los Dres. Imbelloni y Casanova, ex-directores de los Institutos de Antropología y de Arqueología de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, respectivamente, por haber puesto a mi disposición el material, numeroso y de valor, guardado en los anaqueles del Museo Etnográfico; al Sr. Enrique Amadeo Artayeta, ex-Jefe de la División Museos de la Administración de Parques Nacionales, quien hizo lo propio para con el Museo Nahuel Huapi y el Museo Regional Lanín (en formación); a la Sra. Bertha Koessler-Ilg y a los Sres. Carlos González y Dr. Osvaldo Pesqueira, por las facilidades que gentilmente me otorgaron para estudiar sus respectivas colecciones; al Sr. Antonio Garcés, no sólo por su permiso y colaboración en el estudio de las numerosas existencias neuquinas del Museo Regional Patagónico de Comodoro Rivadavia (provenientes de su labor de coleccionista), sino también por los datos y sugerencias proporcionadas; al Sr. Teodoro Aramendía, cuyos datos de arqueología sobre el terreno tanto como su ejemplo de infatigable catador de antigüedades aprecio en todo su valor; al Dr. Federico A. Escalada, entre otros por el envío de su trabajo sobre el límite Norte del Complejo Tehuelche (1953), "redactado —son sus palabras— para responder a sus consultas"; al Sr. J. Swariczewsky (Saico), quien siendo empleado de la Dirección del Parque Nacional Lanín fue gestor de las valiosas colecciones que, con local y medios disponibles, serán el Museo Regional Lanín, por los interesantes datos

que me proporcionó durante mi estada en San Martín de los Andes; al Sr. Julio Della Chá, esforzado poblador del pie del Domuyo, por haberme posibilitado la ascensión al Colo-Michi-Co; al Dr. Gregorio Álvarez, presidente de la "Casa Neuqueniana" y poeta del país de los Pehuenches, por sus datos de toda índole; a los profesores Antonio Serrano y Eduardo M. Cigliano por haberme posibilitado el estudio, efectuado recientemente, del material del Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore de Córdoba, y del Museo de La Plata respectivamente; y, puesto que la lista ya es larga, a todas las personas que me han proporcionado material arqueológico, literatura, informaciones, o aliento.

Mendoza, Diciembre de 1957.

BOSQUEJO GEOGRÁFICO

No escapa el Neuquén a la mayor o menor arbitrariedad, nacida de causas históricas, con que fueron creados y delimitados la mayoría de los que hasta hace poco fueron territorios nacionales argentinos. No obstante, puede decirse que posee una "personalidad geográfica" bien definida, puesto que sus límites los forman importantes accidentes fisiográficos: el río Barrancas-Colorado al norte, el Limay al sud, y la Cordillera de los Andes al oeste. Sólo hacia el este, y en una extensión relativamente limitada, hubo que recurrir a una línea meridiana (68° 14' Oeste) entre los ríos Colorado y Neuquén, en un punto próximo a la confluencia de este último con el Limay. Dicha confluencia — hoy día asiento de la capital de la provincia — da origen al caudaloso río Negro, y constituye el punto más oriental del territorio.

Dentro del conjunto sudamericano, esta zona geográfica se halla en amplia extensión adosada a la Cordillera de los Andes en el comienzo de su sección meridional, en una posición correspondiente al extremo N.O. de la Patagonia. Confina, a través de la Cordillera, con la parte sud de Chile continental (Araucanía en sentido amplio), con la que se halla unida en más de un aspecto. Los pasos, mucho más frecuentes y menos dificultosos que más al norte, permiten desde el punto de vista biológico una fecunda vinculación entre ambas tierras.

* * *

La provincia del Neuquén se extiende desde los 36° hasta los 41° de latitud Sur, aproximadamente. Su superficie se calcula en unos 105.000 Km². La región N.O., límite de la provincia de Mendoza, es, física y climáticamente, continuación de su zona cordillerana meridional. A partir del Paso de las Damas (a 3035 m.s.n.m.), el nivel general de la Cordillera comienza a bajar, y los pasos y portillos se hacen más numerosos, aunque todavía se hallan a considerable altura. A partir de este

punto, las aguas cordilleranas tienen salida directa al Océano Atlántico por constituir la cuenca del río Grande, que corre longitudinalmente hasta su continuación en el Colorado.

La orografía de la región nor-occidental del Neuquén se caracteriza por la presencia de dos líneas montañosas que se desprenden de la cadena andina, orientadas de norte a sur: la Cordillera del Viento (con el nevado y señorial Domuyo como eje), y una serie de macizos volcánicos que culminan en el Tromen o Pun-Mahuida. El río Neuquén corre al principio longitudinalmente, recibiendo muchos afluentes; tuerce luego bruscamente al este. Este fenómeno se repite con la mayoría de los ríos de la zona: tras seguir la orientación de las líneas orográficas se abren paso hacia las inhóspitas llanuras orientales. Seco y continental es el clima y árida la vegetación de esta región.

Al sur del río Neuquén se sucede una zona igualmente árida, con relieves montañosos irregulares. Los terrenos son con frecuencia salinos. La zona cordillerana comienza, hacia la altura del volcán Copahue (2980 m.) y las lagunas adyacentes, a cobrar vida: aparecen los bosques de araucarias. Numerosos arroyos confluyen en el río Agrio, que constituye un vergel dentro de la aridez patagónica. Asociados a los hilos de agua aparecen pequeños valles y campos fértiles, que han atraído en todos los tiempos a los núcleos humanos, y que hoy proporcionan hallazgos arqueológicos.

Algunos pasos importantes jalonan este tramo de la Cordillera, como los de Rahué (1707 m), Pino Solo (2047 m), y Pino Hachado (1884 m), el más fácil de transitar. Poco después se desprende de la cadena limítrofe un ramal montañoso que forma el límite entre los departamentos Picunches y Aluminé y señala asimismo el comienzo de los Andes Patagónicos o Meridionales; culmina en el macizo del Chachil (2839 m.).

La segunda gran región geográfica en que cabe dividir el territorio estudiado, se halla constituida por las grandes mesetas esteparias del este de la provincia, de carácter similar a las patagónicas. Pocos, pero relativamente caudalosos ríos surcan, escondidos en sus valles, dicha región (Neuquén, Covunco, Picún Leufu ("Río del Norte", en araucano), Collón Cura y Limay). La flora y la fauna son pobres. En las riberas de los ríos se encuentran grupos aislados de sauces (*Salix chilensis*), que los han remontado desde la zona del Litoral.

Amplias mesetas, de bordes recortados formando valles o cañadones, surcados por precarios hilos de agua; bajos de origen tectónico, ocupados por restos salitrosos de lagos; sierras muy erosionadas; suelo

arenoso y guijarroso, de contextura volcánica (basaltos): he aquí sus rasgos más característicos. El clima es árido, templado-frío de tipo continental, y muy ventoso. Las precipitaciones no superan los 200 mm anuales. La vegetación es esteparia; pero dentro de esta característica puede distinguirse en la mitad septentrional el comienzo de las especies "del monte" (jarillas, matas espinosas), características del gran área mediterránea del país.

La tercera zona es también —y con razón— la más conocida: es la región montañosa meridional, húmeda, con abundante vegetación y numerosos lagos y ríos que los desaguan, con su caudal regido por los mismos. El lago Aluminé es el primero de la serie, al que siguen otros de belleza creciente, en cuencas separadas por otros tantos cordones montañosos perpendiculares a la Cordillera propiamente dicha, y a menudo de mayor altura. Es de notar la diferencia del nivel inferior de la nieve perpetua o persistente: 4200 m a los 34°, y 3000 m a los 39° de latitud, lo que se manifiesta a su vez en un aumento paulatino de las masas glaciales. Es que a partir de los 37° aumenta rápidamente en el occidente el monto de las precipitaciones, provocadas por los húmedos vientos del Pacífico.

El tramo cordillerano que desde este punto hasta el lago Nahuel Huapí se extiende en línea sinuosa de norte a sur tiene, además de las características señaladas, la de su altura reducida (2500 m como máximo, salvo el cono volcánico del Lanín), y la proporcionalmente aún menor altura de los pasos (el del Arco, 1387 m; Icalma, 1269 m; del Llaima, 1450 m, entre otros; todos estos conducen desde Chile a la hoya del Aluminé). Al sur se halla el valle que, tras el paso de Reigolil (1166 m), contiene al pequeño lago Pilhue, al Ñorquinco, y al río Pulmarí. Luego siguen los valles de Rucachoroi, Quillén, del lago Tromen, desaguado éste hacia el S.E. por el río Malleo, el cual se une luego al río Aluminé. El paso más importante con Chile es el de Mamuil-Malal (1253 m).

Siguen hacia el sur, tras el majestuoso Lanín (3776 m), las cuencas de los lagos Huechulafquen ("lago de la Punta o del Límite"), Lolog, Lacar (con su prolongación oriental, la fértil Vega Maipú), Meliquina, y finalmente la amplia región del Parque Nacional de Nahuel Huapí, con sus lagos Trafal y Nahuel Huapí, amén de otros menores. No hemos de describir esta zona, que es de suyo ampliamente conocida. Señalaremos únicamente algunos hechos de interés antropogeográfico.

Hacia el norte (en una extensión que va desde Copahue hasta el lago Huechulafquen) se extienden los bosques de la *Araucaria araucana*

(o *imbricata*), llamada *pebuen* por el araucano y comúnmente "pino" por el criollo. Su área posee un clima menos húmedo y menos frío que el de los grandes bosques chilenos y andinos meridionales. También los cordones de Catan Lil y del Chachil se hallan parcialmente engalanados por esta vegetación. "Estos bosques nunca muy densos y a menudo muy ralos, pero sin mezcla de otros árboles, se extienden en los valles, sobre las pendientes más abruptas y hasta sobre la roca desnuda de las crestas...; su aspecto es imponente pero muy extraño, dando la impresión de una vegetación muy antigua, de época geológica remota, conservada como por milagro, en este rincón apartado de los Andes".

"Debajo de los "pinos" casi no hay arbustos, pero a menudo un matorral denso del bambú colihue, aquí de poca altura, acompañado de una flora bastante rica... Los bosques de *Araucaria* no forman en general selvas muy continuas: alternan con hermosos prados andinos, de pasto alto y denso a base de Gramíneas ya marcadamente xeromorfas, mezcladas con arbustos y plantas herbáceas de extraordinaria diversidad, de los cuales muchos tienen flores hermosas" ¹.

En la zona del paso de Pino Hachado, la *araucaria* vegeta entre los 1200 y los 1700 m de altura; por encima se hallan bosquecillos de *ñires* (*nothofagus antarctica*), y más arriba se halla el dominio de la flora andina propiamente dicha ².

El lago Lacar tiene la singular característica de desaguar hacia el Pacífico, a través del río Hua-Hum, el que atraviesa un amplio y boscoso valle que comunica con Chile. La penetración araucana a su través está atestiguada por la tribu Curruhuinca, uno de los últimos grupos indígenas sobrevivientes, cuya sede es Quila Quina, en la margen sur del Lacar.

Los ríos Chimehuín y Caleufú —a cuya vera se asentaban las toldeñas del último cacique independiente, Shayhueque— contribuyen a engrosar el caudal del Collón Cura, continuación del río Aluminé. Del mismo son también afluentes los arroyos Mata-Molle y Quemquemtreu.

A la altura de la cuenca del lago Nahuel Huapí la comunicación con Chile aparece bastante dificultosa. La cresta divisoria de las aguas presenta una creciente niviosidad; la densidad boscosa aumenta, y los pasos son raros y situados a relativa altura. Sólo el portezuelo de Puyehue (1314 m) se halla atravesado por una senda de alguna importancia. Otra senda conduce por el paso Millaqueo a la cuenca del río y lago Rupanco. Sólo al sur de la extremidad occidental del lago Nahuel Huapí

¹ HAUMAN, en *Geografía de la República Argentina*, VIII, p. 290.

² Op. cit., p. 292.

se abren los pasos de los Raulíes y de Pérez Rosales (1010 m), que llevan al valle de Peulla y al lago de Todos los Santos. Poco más al sur se yergue la helada mole del Tronador (3554 m).

El grande y sinuoso Nahuel Huapi (= "Isla del Tigre", refiriéndose a su isla Victoria), rodeado de montañas que caen a pico en el oeste, se prolonga en una zona llana y por momentos pantanosa al este. Se trata de la "pampa de Nahuel Huapi", cubierta por los hielos en el Pleistoceno, la que constituye una penetración en la Patagonia. Los bordes orientales del lago están ocupados por las morenas formadas por la última glaciación. Cerca de su margen se eleva el cupuliforme, curioso Cerro de los Leones (el antiguo *Tequel Malal*), asiento de los últimos cipreses. Hacia el N.N.E. el río Limay se abre paso entre las altas crestas patagónicas. Poco antes de su confluencia con el impetuoso río Traful, sus laderas presentan las extrañas formaciones pétreas que le han dado el nombre de "Valle Encantado". Trátase de rocas basálticas erosionadas por la acción conjunta de precipitaciones y viento.

La flora valdiviana, a cuyo representante septentrional, la araucaria, ya nos hemos referido, se manifiesta en la franja cordillerana de esta región lacustre en todo su esplendor. Su riqueza es, sin embargo, algo menor que en su núcleo originario, el cual se halla en Chile. Su límite se halla a unos 30 ó 40 Km del cordón divisorio de las aguas, manifestándose con notable brusquedad. Coincide con el límite orográfico andino propiamente dicho, y con la transición de la zona de alta pluviosidad a la sequedad patagónica. Las especies vegetales que dominan esta zona, entre las más importantes, son las fagáceas meridionales: el coihue (*nothofagus Dombeyi*), la lenga (*N. pumilio*) y el ñire (*N. antarctica*); los dos últimos, en zonas de mayor altura. Siguen las cupresáceas (el ciprés, *libocedrus chilensis*), que se extiende preferentemente por una franja exterior a la propiamente cordillerana), el arrayán (*Myrceugenia apiculata*), apareciendo entre otros también el *Drymis Winteri* ("canelo"), árbol sagrado de la Araucanía. En ciertas partes alcanzan gran densidad las asociaciones de la caña colihue (*Chusquea Culeou*); además, los bosques se hallan acompañados de una rica vegetación herbácea, con flores de gran hermosura. Algunos elementos del bosque se internan un tanto en la estepa patagónica a lo largo de los ríos.

En el aspecto zoogeográfico, cabe decir que esta zona forma parte del distrito chileno: hay guanacos y pumas, y un cérvido característico, el huemul (*hippocamelus bisulcus*), desgraciadamente en rápido proceso de extinción. Las aves son numerosas y variadas. Cabe mencionar la

existencia de algunas especies de cotorras, que también abundan en ciertos lugares más al norte. La localidad de Tricao Malal, por ej. ("Corral de los Loros") ha recibido de ellos su nombre.

* * *

En un sentido amplio, el Neuquén forma parte de la región pedemontana oriental, y precordillerana, que se extiende desde el altiplano boliviano hasta el lago Argentino, aunque (como hemos visto) con una gran diversidad fisiográfica y biogeográfica a partir del paralelo 39°, que cruza a esta provincia por la mitad. Las características culturales superiores que para los tiempos inmediatamente anteriores a la Conquista muestra la parte septentrional de la extensa zona mencionada, sólo llegan empero hasta la región Norte. Es indudable que el Neuquén se halla ya en la zona extrema meridional de América: desde el punto de vista etnológico, en el gran área llamada de los "pueblos marginales".

Si por su franja cordillerana se relaciona con Chile —que llegó a ser receptáculo de influencias culturales andinas—, no menos digna de ser considerada es su asociación con la vasta zona pampeana hacia el E. y N. E., y con la Patagonia propiamente dicha que enfrenta al Neuquén al Sud y S.E., al otro lado del Limay. Prescindiendo de los grandes ríos que, en forma más aparente que real, separan su área de las regiones mencionadas, puede decirse que toda la zona extraandina del territorio forma parte de la Patagonia continental, pasando sin solución de continuidad a la "provincia" pampeano-mediterránea hacia su extremo Norte.

BIBLIOGRAFIA ESPECIAL

- APARICIO, Francisco de: *Breve noticia acerca de la vivienda natural en la gobernación del Neuquén*. Publicaciones del Museo Antropológico y Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras, Serie A, t. II, pp. 289-300. Buenos Aires, 1932.
- DAUS, Federico A.: *Geografía física de la Argentina*, 4ª ed., Buenos Aires, 1950.
- Geografía de la República Argentina*. Publicada por la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos "Gæa". Tomos IV (*Los sistemas orográficos de la Argentina*, por E. FERUGLIO, 1946) y VIII (*La vegetación de la Argentina, Zoogeografía, y Biología Marina*, por varios autores, 1950). Buenos Aires.
- GROEBER, P.: *Toponimia Araucana*. ("Gæa", t. II). Buenos Aires, 1926.
- HAMMERLY-DUPUY, Daniel: *Nahuel Huapi*. Buenos Aires, 1946.
- MINISTERIO DE OBRAS PÚBLICAS: *El Norte de la Patagonia. Naturaleza y Riquezas*. Tomo I. Texto y mapas por la Comisión de Estudios Hidrológicos, dirigida por Bailey WILLIS. Nueva York, 1914.

ONELLI, Clemente: *Trepando los Andes*. Buenos Aires, 1904.

PRIMA, Leandro J.: *Guía Geológica del Parque Nacional de Nahuel Huapi*. (Publicación de la Administración General de Parques Nacionales y Turismo). Buenos Aires, 1951.

SAN MARTÍN, Félix: *Neuquén*. Buenos Aires, 1919.

SARUBE, José María (Cnel.): *La Patagonia y sus problemas*. Buenos Aires, 1935.

II

ANTECEDENTES HISTÓRICOS Y BIBLIOGRÁFICOS

En el estudio de las culturas prehistóricas que tuvieron por escenario a la actual provincia del Neuquén contamos, para sus tiempos más recientes, con un jalón valioso que no debe desdenarse. Lo constituyen las noticias transmitidas por los escasos europeos que incursionaron por estas tierras, tan apartadas hasta hace siete décadas de todo centro "civilizado".

A diferencia de otras regiones americanas, en que las noticias históricas acerca de los pueblos indígenas son contemporáneas a su desarticulación por el invasor blanco— Méjico, Perú, Noroeste argentino—, o bien, en que dichas culturas subsisten aún en nuestro siglo con relativa pureza, y así susceptibles del estudio etnográfico "de visu" —zonas del interior del Brasil, Chaco, Tierra del Fuego—, el Neuquén (como el resto de la Patagonia, en general) tiene la característica de haber conservado su "autonomía" cultural y política con respecto a la Conquista española hasta la segunda mitad del siglo XIX. Sólo entonces la misma es bruscamente tronchada por la célebre Campaña del general Roca (1879-83). Los núcleos indígenas que a partir de esa fecha pudieron subsistir, fueron y son sólo pálidos restos, cuya extinción o asimilación es hoy día, lamentablemente, casi un hecho.

Por todo ello, el aspecto "arqueológico" no se diferencia siempre claramente del "etnográfico": ambas fases se suceden y aún conviven, sin mayor solución de continuidad. El proceso de "araucanización", por otra parte, es un semillero de confusiones, agravadas por la oscuridad y contradicción que muchas veces presentan los relatos cronísticos y demás fuentes históricas.

De cualquier modo, cabe dividir a los antecedentes del estudio de los aborígenes neuquinos en dos aspectos o periodos: A) el *histórico* (aproximadamente 1550-1880), en que conquistadores, misioneros y exploradores recorren el flanco oriental de los Andes y conviven más o

menos fugazmente con los naturales, y de cuyas experiencias y recuerdos poseemos algún reflejo en Crónicas, Cartas y Diarios, y obras históricas; todas éstas proporcionan los jalones mencionados al principio, pero que abarcan un tiempo ínfimo comparado con la duración probable de la prehistoria patagónica; y B) el *arqueológico*, comenzado, para el territorio que nos ocupa, recién a principios de nuestro siglo, y que se compone casi exclusivamente de descripciones aisladas de objetos y de manifestaciones de arte rupestre.

Las primeras observaciones de aborígenes neuquinos están íntimamente ligadas a las expediciones de descubrimiento, saqueo, y evangelización, efectuadas por razones geográficas preferentemente desde el lado chileno. Parte preponderante en estos afanes la tuvo ese irresistible espejismo que se llamó la Ciudad de los Césares, que muchos situaron en el Neuquén, y cuyas riquezas aún hoy son el objeto de codicia más o menos declarado de algún maniático buscador de oro.

Razones de espacio nos obligan a prescindir aquí del período (A). Las expediciones que, desde las de Francisco de Villagrán (1553) y Pedro de Leiva (1563), hasta las de Cox (1862-63) y Francisco P. Moreno (1875-76), pasando entre otras por las de los esforzados misioneros Rosales (1650), Mascardi (1670-73), Van der Meerén y Guillermo (principios del siglo XVIII), recorrieron zonas de la actual provincia del Neuquén, serán brevemente reseñadas en otra parte¹. Las citas de carácter etnográfico obtenidas de esas fuentes de información las dejaremos para cuando lo requiera el caso en el curso del trabajo.

* * *

Pasaremos revista al período (B), mediante la enumeración crítica de los antecedentes bibliográficos de carácter arqueológico, referentes al área neuquina.

El primer estudio acerca de materiales de este carácter provenientes de la misma, se halla contenido en un trabajo del M. del Lupo aparecido en 1898 en una revista italiana, donde se describen —sin ilustración alguna— puntas de flecha y otro material lítico de varias partes de la Patagonia y de otras regiones de Sudamérica².

Salvo este antecedente (y alguna alusión en las descripciones de

1 En Publicaciones del Museo Etnográfico, Homenaje a O. Menghin, Buenos Aires 1958 (en prensa).

2 DEL LUPO, 1898.

viaje de Francisco P. Moreno), podemos considerar a las del naturalista Carlos Bruch como las primeras notas arqueológicas referentes a la provincia del Neuquén. Se ocupan del aspecto que es aún hoy el más interesante de las antigüedades de dicha región: el arte rupestre. Su fecha —comienzos del siglo— nos revela que sólo veinte años después del sometimiento aborígen comenzó, tímidamente, el afán por el conocimiento cultural más remoto del Sur argentino. Hasta entonces acapararon la atención, tal vez, la cuestión de límites con Chile y, sobre todo, la incipiente y a ratos despiadada explotación de las regiones patagónicas.

Los trabajos citados consisten en dos notas; en la primera describe y reproduce la piedra pintada del arroyo Mala Vaca, y unos petroglifos de la zona de Junín de los Andes³, y en la segunda, más breve, describe otra piedra pintada, aunque ésta se halla del lado derecho del Limay⁴.

Conviene mencionar los trabajos de Ambrosetti aparecidos en la misma época sobre las "hachas ceremoniales" o *pillán toki*⁵, hallados en territorio extraneuquino, pero vinculadas de algún modo con su área arqueológica. El ilustre estudioso presentaba a un pueblo protoaraucaño como autor de aquellas piezas.

En 1905 aparece la primera síntesis descriptiva del material patagónico entonces existente en los Museos, uno de los trabajos fundamentales de Félix F. Outes⁶. Una sola pieza aislada procedente de las cercanías del Neuquén es allí descripta.

Cuatro años después danse a conocer nuevos trabajos, que incluyen elementos culturales provenientes del territorio. En el de R. Lehmann-Nitsche sobre las hachas y placas patagónicas⁷ se describe una placa grabada hallada en la isla Victoria. En otro trabajo referente a las "clavas céfalomorfas"⁸ el mismo estudioso describe a varias clavav insignias ornitomorfav halladas a ambos lados de los Andes, incluso una del Neuquén. Efectúa un primer intento de establecer una serie tipológica, y adhiere a la opinión de Giglioli (que había descripto un piezav chilena semejante) de que su factura corresponde a los antepasados de los *mapuche*, antes de la Conquista.

Por la misma época, el fundador del Museo Etnográfico de Bue-

3 BRUCH, 1901.

4 BRUCH, 1902.

5 AMBROSETTI, 1901.

6 OUTES, 1905.

7 LEHMANN-NITSCHÉ, 1909 b.

8 LEHMANN-NITSCHÉ, 1909 a.

nos Aires publica un "cuchillón" lítico hallado a orillas del río Limay, cuyo origen polinésico predijo⁹. (Veinte años más tarde, Imbelloni habría de ratificar ampliamente este aserto, demostrando con métodos modernos su filiación tipológica con los *mere okewa*: ver nota 14).

Apareció luego un trabajo de R. Latcham referente a dos grupos de objetos arqueológicos chilenos (las insignias ornitomorfos, y las hachas perforadas o *tokis*); éste y la importante publicación de C. Reed de 1924, proporcionan antecedentes y puntos de comparación con hallazgos neuquénicos similares¹⁰.

De 1919 data el libro de Félix San Martín, titulado *Neuquén*¹¹, en que este *pioneer* de la zona condensa sus conocimientos y experiencias, referentes sobre todo a los indígenas modernos. Con respecto al tema que nos interesa, le corresponde el mérito de publicar por primera vez un conjunto pequeño pero valioso de material arqueológico del territorio, extraído en su mayoría de tumbas araucanas, así como puntas de flecha, bolas y un hacha cilíndrica.

Una fase algo más moderna se inicia en 1923, en que M. A. Vignati realiza la primera descripción analítica y ensayo de correlación de algunas hachas cilíndricas halladas en los alrededores de San Martín de los Andes¹². Ya entonces dicho autor sugiere una correspondencia con las hachas similares del área brasileña meridional y mesopotámica argentina.

Entre 1926 y 1932 aparecen varios trabajos de H. Greslebin, en que dicho estudioso procura demostrar el carácter constante de ciertos temas decorativos patagónicos, tanto en hachas, placas grabadas y adornos, como en cerámica y pictografías, y aún, su relación con los tejidos indígenas y su técnica de fabricación¹³. Sus ideas no tuvieron general aceptación, al menos en sus planteos extremos. Aunque no hay allí alusión directa al Neuquén, lo mencionamos por su carácter general.

Además del citado estudio de J. Imbelloni sobre el *okewa* del Limay¹⁴ cabe mencionar otros trabajos del mismo autor publicados entre 1928 y 1930, en los que describe un "cuchillón" de tipo polinesio simétrico (*mere onewa*) hallado en Villavicencio (Mendoza)¹⁵, y una enu-

9 AMBROSETTI, 1908 a.

10 LATCHAM, 1910; REED, 1924.

11 F. SAN MARTÍN, 1919 (ver pp. 123-136). Posteriormente aportó una nueva contribución, referente a las hachas de piedra (SAN MARTÍN, 1929).

12 VIGNATI, 1923.

13 GRESLEBIN, 1926, 1928, 1932.

14 IMBELLONI, 1929 (1953).

15 IMBELLONI, 1928 (1953).

meración e interpretación de todas estas piezas de tipología oceánica halladas en América, incluso el *oketwa* hallado en la zona del volcán chileno Llama, muy próximo al territorio del Neuquén¹⁶.

El mismo Imbelloni describió en 1931 otra pieza de la serie, hallada a orillas del lago Aluminé¹⁷.

El grupo siguiente de trabajos está integrado por los que publicara Francisco de Aparicio a raíz de su viaje de exploración efectuado a principios de 1932. Prescindiendo de un estudio sobre la "vivienda natural" —tema de carácter antropogeográfico contemporáneo—, trátase: (a) del informe referente al viaje, con atinadas observaciones (un tanto pesimistas respecto a la riqueza y posibilidades arqueológicas del territorio), seguidas de una descripción de material variado, no siempre con los datos de procedencia. Dáse a conocer allí por primera vez un hacha emangada de las Salinas de Chos Malal. (b) El otro consiste en la descripción, ampliamente ilustrada, de las rocas grabadas de Nonial, Ñorquín y Arroyo Santo Domingo, y de la pintura de Portada Covunco (comunicada por D. Gatica)¹⁸.

Por la misma época, A. Serrano publicaba un amplio e interesante conjunto arqueológico procedente de la zona centro-norte del territorio, que atribuyó al acervo de los antiguos *pebuenche*¹⁹.

También Vignati, a principios de 1933 hizo importantes estudios de campo en la zona de Nahuel Huapi y Traful. Dio a conocer sus resultados parcialmente en notas y artículos periodísticos²⁰, pero que recién alcanzaron publicación definitiva en 1944 (véase nota 30). En 1935 publicó y comentó la pictografía policroma situada en la Vega Maipú, denominada de Gingins²¹.

Entre los "trabajos anunciados" a la 25ª sesión del Congreso Internacional de Americanistas, celebrado en La Plata en octubre de 1932, se encontraba uno de Santiago Gatto, titulado "Materiales para la arqueología del Neuquén"²². Desgraciadamente, no fue allí publicado, y no conocemos su contenido. Seguramente se refiere a objetos del entonces Museo Argentino de Ciencias Naturales (que hoy se hallan en el Museo Etnográfico). Sabemos que el mismo autor presentó en septiem-

16 IMBELLONI, 1930 (1953); LOOSER, 1931.

17 IMBELLONI, 1931.

18 F. DE APARICIO, 1935 a; 1935 b.

19 SERRANO, 1934.

20 Entre otros: VIGNATI, 1935 b; 1936 a.

21 VIGNATI, 1935 a.

22 Véase Actas y Trabajos del XXV Congreso Internacional de Americanistas (La Plata, 1932), t. I, p. XXVIII. La Plata, 1934.

bre de 1932 una comunicación en aquel Museo, sobre los ejemplares de hachas pulimentadas allí existentes (SALAS, 1942, p. 71, nota 4).

Cabe hacer mención del tomo I de la *Historia de la Nación Argentina* (publicada por la Academia Nacional de la Historia; 1ª edición, 1936; 2ª, 1939), en que por primera vez se efectúa la síntesis etnográfica de varios ámbitos indígenas, entre ellos los de la Pampa y la Patagonia, a cargo éstas del fecundo especialista en estas regiones, M. A. Vignati. El Neuquén participa todavía muy fugazmente del conjunto, en su aspecto arqueológico. Ya entonces los estudios prehistóricos se hallaban en el resto de la Patagonia mucho más adelantados que en el Neuquén.

Por entonces comienza la Dirección de Parques Nacionales su labor de divulgación referente al definitivamente constituido Parque Nacional de Nahuel Huapi. Debemos tener en cuenta, a pesar de su carácter en realidad escasamente científico, las publicaciones que bajo la pluma de D. Enrique Amadeo Artayeta se han sucedido desde entonces como parte de la acción cultural y divulgatoria del citado organismo nacional²³.

No podemos prescindir de la mención —a pesar de no referirse directamente al Neuquén, y poseer carácter histórico más que arqueológico— de los estudios que, desde 1935 en adelante, hiciera S. Canals Frau acerca de los antiguos pobladores de las faldas orientales de los Andes²⁴, sintetizados luego en su reciente obra de conjunto (ver nota 35). Sus datos y puntos de vista son de indudable utilidad para una visión de conjunto.

En 1939 apareció la valiosa compilación cronística de Vignati acerca de los indios "Poyas", que tampoco podemos omitir aquí. Queda allí evidenciado que los habitantes de las márgenes del Nahuel Huapi en los siglos XVI y XVII fueron culturalmente *tehuelches*²⁵.

También hay que citar una útil síntesis de las vinculaciones de las clavas insignias características del centro-sur de Chile y de sus latitudes correspondientes argentinas²⁶. En este estudio, su autor F. Márquez Miranda efectúa la descripción de un tipo raro de dicho instrumental aborigen esculpido, hallado en Pucón (Chile, zona cordillerana), y la mención de una conexión temática decorativa del mismo con la arqueología del Litoral.

23 AMADEO ARTAYETA, 1938. También, 1950.

24 Entre otros: CANALS FRAU, 1935, 1937, 1938, 1946. El autor citado fue precedido en estos estudios por LATCHAM (1929-30), y el P. CABRERA (1929, 1934). También contribuyó, entre otros, VIGNATI (1940).

25 VIGNATI, 1939.

26 MÁRQUEZ MIRANDA, 1939.

En 1942 A. Salas da a conocer algunos ejemplares de "hachas neolíticas pulidas", y algunos enmangamientos de madera correspondientes a tal tipo de hacha. Dichas piezas habían sido halladas en las salinas de Chos Malal o de Truquico ²⁷.

En el mismo año y en el siguiente, aparecen dos notas de A. Garcés; la una dedicada a la presentación de algunas placas grabadas, y la otra, a efectuar (entre otras cosas) una mención panorámica de los restos indígenas del Neuquén, fruto de su labor de coleccionista ²⁸.

En el tomo IV de las *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* (1944) efectúa Vignati una presentación previa (e interpretación) de dos adornos nasales hallados en su excavación del Cementerio del Limay ²⁹. El mismo año aparece el conjunto de siete notas que integran el trabajo de mayor aliento sobre la arqueología de esta zona, sus *Antigüedades en la región de los lagos Nabuel Huapi y Traful* ³⁰, resultado, como dijimos, de las investigaciones efectuadas por el autor una década antes. Destacaremos, por lo que concierne al territorio del Neuquén, los estudios I (excavación del cementerio de la Misión jesuítica: valor de ciertos hallazgos como jalón arqueológico), II (descripción de una enorme *pakcha* hallada en la isla Victoria, y sus conexiones culturales), III (descripción y reproducción de las pinturas rupestres de la Península Huemul, de la isla Victoria y del Puerto Tigre), V (presentación del material excavado en el cementerio indígena al pie de la Roca de Ortiz Basualdo, a través de sus cinco niveles), y VII (pinturas rupestres y hallazgos superficiales en la zona del lago y río Traful). Los otros dos son extraneuquinos, pero de no menor interés, dada la proximidad con sus límites de los lugares estudiados.

En 1945 se publica el estudio de V. Badano sobre las pipas de la Colección Alemandri, que hoy integra el Instituto de Arqueología de Córdoba ³¹. Contiene la descripción e ilustración de 33 pipas procedentes de diversos puntos del territorio (sin contar algunas del Río Negro y Chubut). Como en todas las colecciones semejantes, no se conocen las condiciones de hallazgo. El citado autor las considera de origen araucano.

En 1951 el Dr. Gregorio Álvarez dio a conocer, mediante una conferencia de divulgación, algo de los interesantísimos petroglifos del

27 SALAS, 1942.

28 GARCÉS, 1942, 1943.

29 VIGNATI, 1944 a.

30 VIGNATI, 1944 I-VII.

31 BADANO, 1945.

arroyo Colo-Michi-Co³². Al año siguiente los mismos fueron objeto de una comunicación del Sr. Raúl Ledesma en la "Convención de Amigos del Perito Moreno", efectuada en la ciudad de Mendoza.

Recientemente —aunque con pie de imprenta 1953— apareció un valioso trabajo de Vignati que contiene la descripción y valoración de gran número de hachas de piedra provenientes en su mayoría del Neuquén, conservadas actualmente en el Museo Etnográfico de Buenos Aires³³. Asimismo, el importante trabajo de A. Rex González sobre la Boleadora, en donde se publica material del Neuquén^{33bis}.

Finalmente, cabe mencionar las dos obras de conjunto sobre los aborígenes del territorio argentino, de Serrano (1947)³⁴ y Canals Frau (1953)³⁵. El primero sigue un criterio etnográfico-descriptivo, asignando a cada etnia históricamente conocida los hallazgos arqueológicos hallados en la zona que respectivamente ocupaba. En sus ilustraciones presenta, con respecto al Neuquén, material inédito. El segundo autor ensaya —siguiendo los lineamientos generales de su *Prehistoria de América* (1950)— una presentación histórico-evolutiva, dividiendo luego el territorio del país en zonas culturales, donde tiene en cuenta datos históricos, caracteres raciales y culturales, y lengua. Por discutible que pueda ser tal o cual aspecto, reconocemos en esta obra un esfuerzo altamente loable.

Antes de terminar este capítulo, sería injusto dejar de mencionar la labor de algunos entusiastas coleccionistas que, a diferencia de tanto saqueador inescrupuloso, recogieron en la mejor forma que les era posible, rico material del árido suelo neuquino por afán de conocimiento, y lo donaron desinteresadamente a la comunidad. Me refiero en primer lugar a D. Teodoro Aramendía, director de escuela en diversos puntos del Neuquén entre 1918 y 1927, cuyo territorio recorrió en todo momento libre, recogiendo el material que encontraba en paraderos y talleres, y donándolo inmediatamente al entonces llamado Museo Nacional de Historia Natural (como ya fue dicho, hoy este material se halla en el Museo Etnográfico). Hace pocos años, realizó una gran excursión hasta Tierra del Fuego, comisionado por la Administración General de Parques Nacionales; su fructífero resultado arqueológico —contenido en 38 cajones de material indígena— se halla aún a la espera de su estudio y exposición. Poseemos el extracto de una conferencia pronunciada

32 ÁLVAREZ y ROBLEDO BRUZZONE, 1951.

33 VIGNATI, 1953 c.

33 bis GONZÁLEZ, 1953.

34 SERRANO, 1947.

35 CANALS FRAU, 1953.

en septiembre de 1951, en la que presenta aspectos de la prehistoria neuquina, con mención del material hallado³⁶.

Otro de estos *pioneers* fue Daniel Gatica, también educador en el Neuquén, cuya colección pasó tras su fallecimiento a ser el "Museo Regional" de su nombre, en la capital de la provincia.

El profesor Próspero Alemandri actuó en el Neuquén, y también en Río Negro y Chubut. Su valiosa colección integra hoy la del Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore "Dr. Pablo Cabrera" de la Universidad Nacional de Córdoba.

Gran entusiasta del pasado indígena es también el profesor Antonio Garcés; el material por él reunido —muchas veces a través de escuelas— durante su actuación como Inspector de Escuelas por la tercera década de este siglo, constituye hoy, en gran parte, el Museo Regional Patagónico de la ciudad de Comodoro Rivadavia. Otra parte ha de integrar la colección del Instituto Bernasconi de la Capital Federal.

Si los métodos que ellos emplearon no son siempre muy "científicos" —y lo mismo cabe decir a veces de sus ideas—, cábeles el mérito de haberse preocupado por esta riqueza cultural de la Patria; por haber colaborado en su preservación; en fin, por haber hecho "algo".

III

ANÁLISIS SISTEMÁTICO DE LOS HALLAZGOS¹

a) INSTRUMENTOS Y ARMAS

Instrumentos toscos, de posible carácter paleolítico (figuras 2-20)

Nos referimos aquí a una especie de artefactos líticos que se encuentran actualmente en el Museo Etnográfico de Buenos Aires (anteriormente en el Museo Nacional de Ciencias Naturales "Bernardino Rivadavia"), y que el Catálogo califica como "instrumentos de aspecto paleolítico", denominación que por comodidad hemos conservado.

No se nos escapa, sin embargo, la ambigüedad del término. Les

36 ARAMENDÍA, 1951.

1 Este capítulo, sobre todo, está basado en el armazón proporcionado por la lista de hallazgos, que se publica aparte. Véase: J. SCHOBINGER, *Hallazgos arqueológicos de la provincia del Neuquén. Lista descriptiva del material mobiliario*. Mendoza, 1958.

fue ya otorgado probablemente por su meritorio recolector, el Sr. Aramendía, en aplicación de las enseñanzas de D. Carlos Ameghino, el cual a su vez había traído los primeros objetos de tipo paleolítico de sus viajes por el litoral patagónico (OUTES, 1905, p. 291). Todavía no había sido definitivamente resuelta, en los comienzos de la tercera década de este siglo, la problemática del hombre americano en sus fases más remotas. Sostener el verdadero carácter paleolítico del hombre en el territorio argentino era empresa casi arriesgada. Se creía en general, por lo demás, que "paleolítico" era sinónimo, además de "salvajismo", de alta antigüedad, no posterior al período glacial. Hoy sabemos que el "paleolítico" se articula en círculos culturales perfectamente establecidos, y que no se halla vinculado necesariamente a tiempo cronológico o climático alguno (por más que el "Paleolítico" en sentido propio o cronológico permanece ligado al Pleistoceno); y que además, la sola tipología de los restos arqueológicos no basta para atribuir determinado carácter a una cultura. Un ejemplo de ello son los conchales del norte de Chile, en donde rudos artefactos de piedra se hallan correspondiendo a tiempos bastantes remotos —aunque postglaciales—, hasta estadios recientes, en que a su lado se presentan numerosos elementos recibidos del área andina. Hoy se tiende —al menos en los círculos más progresistas— a eliminar los términos "paleolítico" y "mesolítico", reservándose el de "neolítico" para las culturas portadoras, ya de agricultura, ya de ganadería, ya de ambas. La cerámica, y el pulimento de ciertas formas líticas, son sus "síntomas" arqueológicos más evidentes. Para todo lo que es anterior —o excluido en el espacio— se emplean distintos nombres referentes a facies o complejos industriales que se hallan comprendidos en dos grandes divisiones: protolítico y miolítico, a los que se agrega en los casos de supervivencias los prefijos *epi* u *opsi* (v. MENGHIN, 1931). Corresponden al "paleolítico inferior y medio", y al "paleolítico superior" y (hasta cierto punto) al "mesolítico", respectivamente. El carácter tosco de un instrumento no es, pues, índice de alta antigüedad, ni excluye una fina elaboración su inclusión en alguno de los períodos más antiguos: todo depende de su función y, en el caso de los restos industriales, de sus asociaciones y de las condiciones de hallazgo. Veamos cómo cabe considerar a este material neuquino.

En sus excursiones efectuadas entre los años 1921 y 1927, el Sr. T. Aramendía —a la sazón director de la escuela de Trahuncurá— halló en varios lugares situados entre los ríos Neuquén y Agrio, gran cantidad de artefactos cuyos caracteres generales son: gran tamaño, tosquedad en la confección (generalmente de tallado monofacial, a grandes golpes),

y falta de retoque secundario. El material empleado es piedra basáltica o afín. Muchos ejemplares poseen una delicada pátina gris-blancuzca, lo cual es indicio de, al menos, cierta antigüedad. El yacimiento más importante lo constituye el lugar llamado Las Salinas, situado cerca de la margen del río Pichi-Neuquén, dto. Ñorquin (figs. 4-11). Material un tanto distinto fue recogido en las salinas de Truquico (escrito a veces Triuquico, Treuquico, o Trenquico), en donde también se hallaron las célebres hachas enmangadas (figs. 2 y 3). Dentro de este conjunto ergológico hemos de incluir asimismo parte del material hallado por el Sr. W. Ludwig en la estancia Santa Isabel, en el centro del territorio, formado por piezas toscas y atípicas.

Las condiciones de hallazgo son muy uniformes. Según datos verbales del Sr. Aramendía —que agradezco en todo su valor— trátase de antiguos paraderos (recuérdese que hoy día aquélla es una zona salitrosa y árida, aunque bastante montañosa), encontrándose los objetos desparrramados por la superficie. A menudo, las toscas piezas a que nos referimos se hallan mezcladas con otras de tipo "neolítico". Hay, sin embargo, uno o dos lugares en donde sólo se hallan artefactos de aquel tipo, faltando los fragmentos de alfarería: trátase, según Aramendía, de cuencas de antiguos arroyos, hoy día secos. Según eso —podemos añadir nosotros sobre la base de los datos de la geocronología moderna—, su ocupación pudo haber tenido lugar en el periodo Subatlántico (1000 a. J. C. - 1000 d. J. C.), o aún, en el Atlántico, que duró aproximadamente entre el sexto y el tercer milenario a. J. C.; ambos periodos húmedos, seguidos por otros más secos. La fisiografía de la región, semejante a la de la Patagonia extraandina, explica la posibilidad de la conservación por largo tiempo del material lítico superficial (v. FRENGUELLI, 1936, pp. 5-7).

En cuanto a las piezas toscas y de gran tamaño de la estancia Santa Isabel, se hallaban las mismas en las inmediciones de un hilo de agua, formando un complejo relativamente cerrado, carente de otros artefactos. Se diferencian un tanto de las de los paraderos septentrionales; poseen formas y factura aún más irregular, siendo más variados los tipos de piedra empleados; además, no presentan pátina. Tal vez se trate, en su mayoría, de simples núcleos y restos de taller.

Este es asimismo el caso, probablemente, de muchas de las piezas recogidas más al norte, lo cual haría dudosa su atribución a una época remota.

No obstante, los indicios más arriba señalados pueden hacernos admitir, al menos la posibilidad de que dichos artefactos sean el expo-

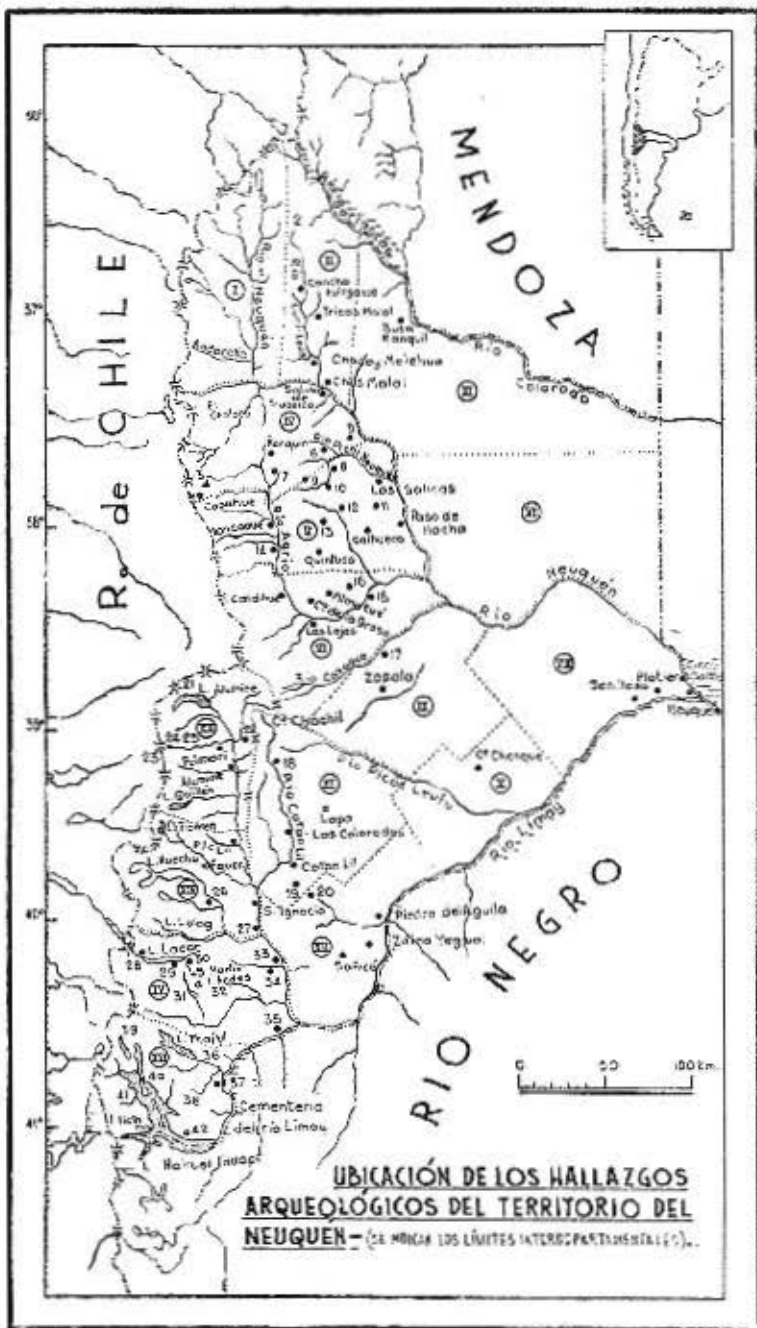


FIG. 1 - Mapa 1. (Ver referencias en la pág. sigte.)

nente de una antigua cultura paleolítica, o más bien epipaleolítica. Desgraciadamente, no hay hasta ahora base cronológica alguna para decir algo más, como aquellas que para la Patagonia señaló FRENGUELLI (1936, pp. 4-11) y utilizó magistralmente MENGHIN en sus recientes investigaciones en el remoto Sur argentino.

Tampoco cabe fiarse mucho en el análisis y comparación tipológica de este material, dado su carácter primitivo y bastante atípico, que dificulta la aplicación del criterio de forma. No obstante, señalaré algunas de las correlaciones que he podido rastrear, y que contribuyen a afirmar esa "posibilidad" que, de confirmarse, constituiría a los instrumentos de tipo paleolítico del área Agrio-Neuquén en los productos más antiguos de la actividad humana en el extremo noroeste de la Patagonia.

Antes, debo advertir que, entre el material hallado por Francisco de Aparicio en las estepas orientales del Neuquén, algunas piezas podrían ser incluidas en el presente grupo. Tal, las "hachas" (APARICIO,

REFERENCIAS AL MAPA 1

- I) Departamento Minas
1: Arroyo Cohuñ-co.
- II) Depto. Chos Malal.
2: Volcán Domuyo.
- III) Depto. Pehuenches.
- IV) Depto. Ñorquín.
3: Trolope. 4: Laguna Caviahue. 5: Naunaucó. 6: Tralatué. 7: Ranquilon.
- V) Depto. Loncopué.
8: Pichayhue. 9: Nonial. 10: Huncal. 11: Chorriaca. 12: Trabuncura.
13: Muluchencó. 14: Huarenchenque.
- VI) Depto. Picunches.
15: Bajada del Agrio. 16: Las Toscas. 17: Covunco Centro.
- VII) Depto. Añelo.
- VIII) " Confluencia.
- IX) " Zapala.
- X) " Picún Leufu.
- XI) " Catan Lil.
18: Espinazo del Zorro. 19: El Salitral.
- XII) Depto. Collón Cura.
20: Estancia "Santa Isabel".
- XIII) Depto. Aluminé.
21: La Angostura. 22: Quila Chanquil. 23: Reigofil. 24: Lago Pilhué.
25: Lago Ñorquinco.
- XIV) Depto. Huiliches.
26: Junín de los Andes. 27: La Rinconada.
- XV) Depto. Lacar.
28: Hua Hum. 29: Quila quina. 30: Vega Maipú. 31: Pil Pil. 32: Cerro Chapelco. 33: Arroyo Mata-Molle. 34: Quemquemtreu. 35: Paso Flores.
- XVI) Depto. Los Lagos.
36: Río Trafal. 37: Lipela Grande. 38: Cuyín Manzano. 39: Lago Espejo.
40: Villa La Angostura. 41: Brazo Rincón. 42: Estancia "Huemul".

1935 a, lám. XIX), y, quizás, los cuchillos del segundo tipo (op. cit., pp. 51-53; lám. XVII).

En toda la Patagonia se hallan, en ciertos lugares, instrumentos toscos y grandes, semejantes a los aquí descritos. Han sido amplia-

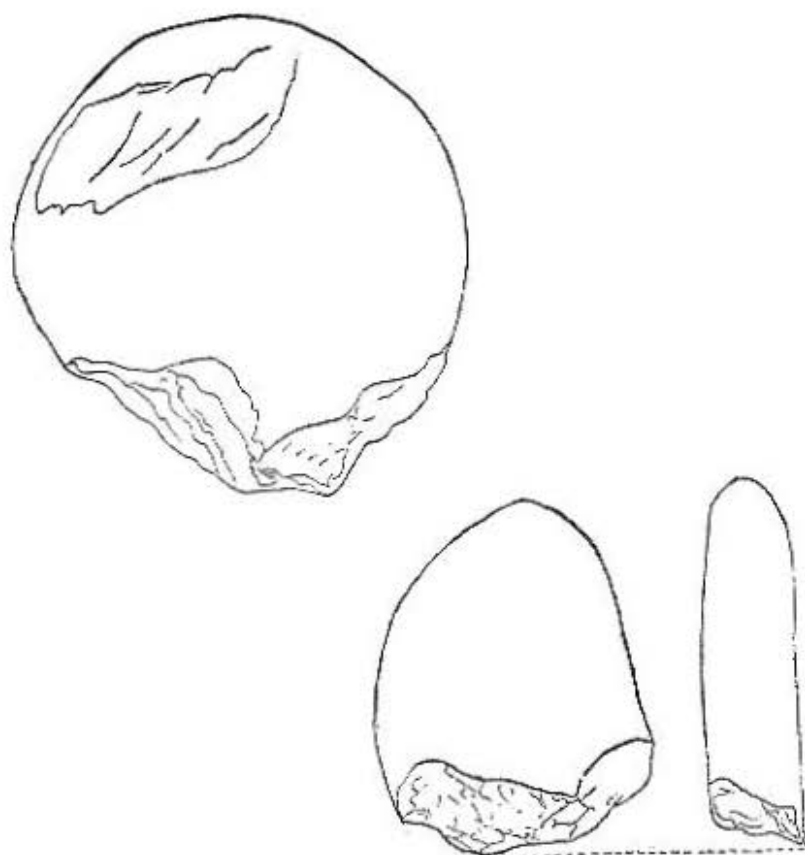


FIG. 2 - Toscos instrumentos, confeccionados sobre rodados basálticos. *Salinas de Truquico*; hallazgos superficiales. $\frac{1}{2}$ tam. nat. Museo Etnográfico, 28/187 y 190 (Col. Aramendia).

mente ilustrados en publicaciones de VIGNATI (1934) y APARICIO (1935 c), entre otros. La posibilidad de que, al lado de sus asociaciones con artefactos de técnica avanzada, constituyan también "un tipo peculiar de industria macrolítica sumamente importante, y no sólo de valor tecnológico y morfológico, sino quizá también, de valor cronológico", ha sido planteada con precisión por FRENGUILLI (1936, p. 3;

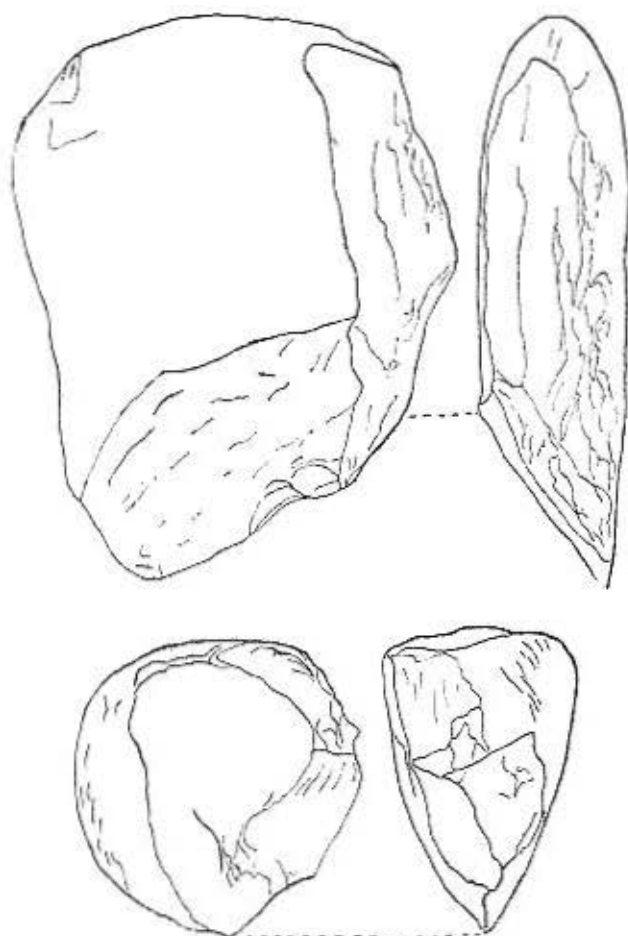


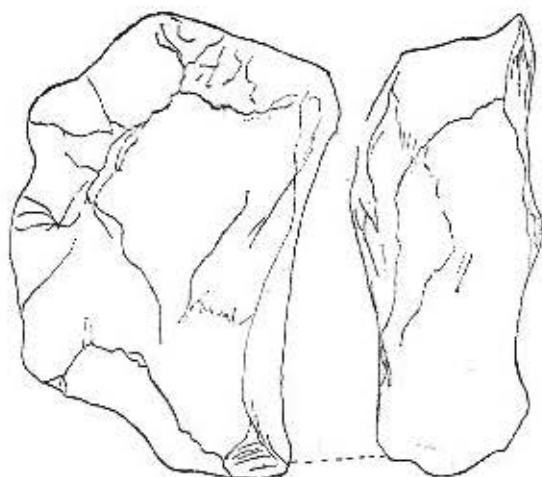
FIG. 3 - *Truquico* (continuación). MEBA, 28/185 y 186.

véase sus figuras 1 a 4). Este autor señala su existencia ocasional en agrupaciones donde falta otra clase de piezas líticas. Es notable la semejanza entre la punta o "perforador" allí ilustrado (figs. 1 y 2), proveniente de la estancia "San Miguel", territorio de Santa Cruz, con el de nuestra figura 10, abajo, procedente de Las Salinas.

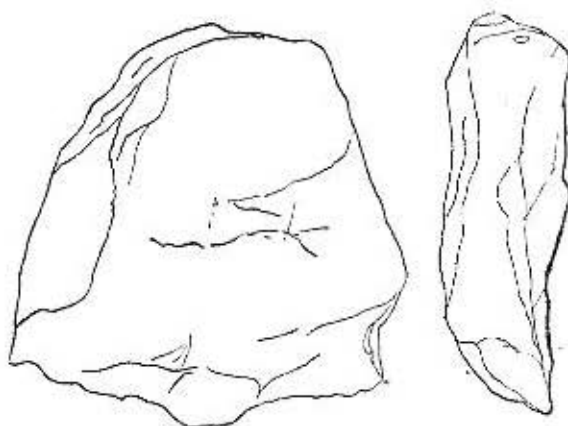
El mismo autor nos pone en guardia, empero, con respecto a dos dificultades: la "larga persistencia de elementos de aspecto paleolítico, por su forma y técnica de su tallado, hasta tiempos sumamente recientes" (op. cit., p. 7), y la asociación en tiempos relativamente recientes de artefactos finamente tallados, con las piezas más rudas, las cuales

sin embargo hoy día aparecen a menudo solas simplemente por el continuado saqueo efectuado con las otras "por coleccionadores incompetentes guiados únicamente por criterios estéticos" (ibidem).

La cuestión sólo puede ser resuelta por hallazgos estratigráficos. Entre los que hasta ahora se han logrado en esta forma mencionaré a



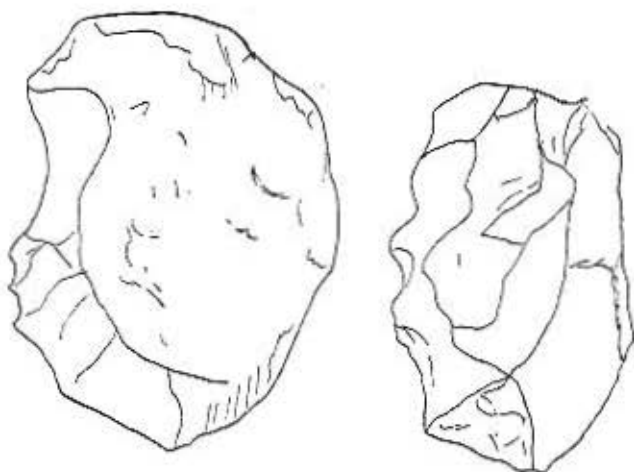
28/166. Con pátina.



28/167. Con pátina.

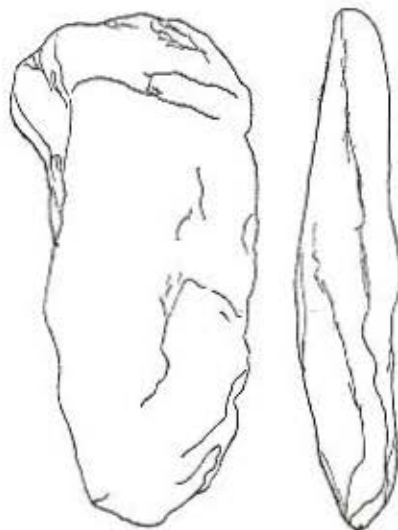
Fig. 4 - *Las Salinas* (del Pichi-Neuquén). Hachas e instrumentos toscamente tallados, hallados superficialmente. La numeración corresponde al Museo Etnográfico de Buenos Aires (Colección Aramendía). (Lo mismo hasta fig. 11, inclusive; todas $\frac{1}{2}$ tam. nat.).

dos, que proporcionaron algunos instrumentos comparables con los nuestros. En primer lugar, los de los estratos A y C del conchal del Río Chico (cabo Domingo), en Tierra del Fuego, aunque éstos muestran,



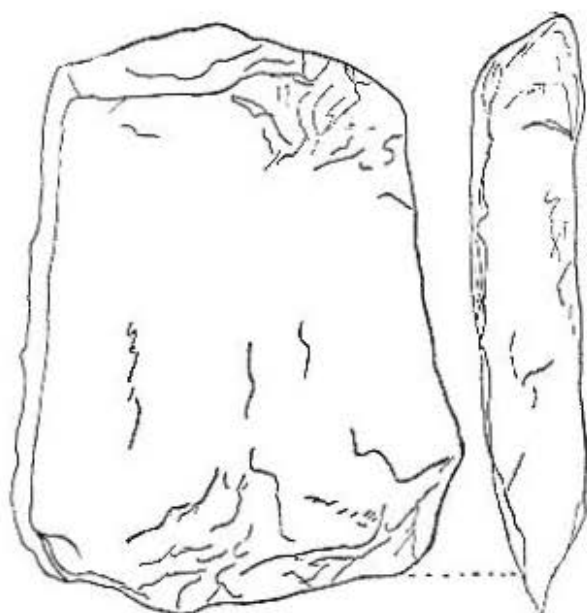
28/156. Con pátina; reverso liso.
Espesor, 25 mm.

28/245. Piedra granítica. Borde
izquierdo cortante. Pátina.

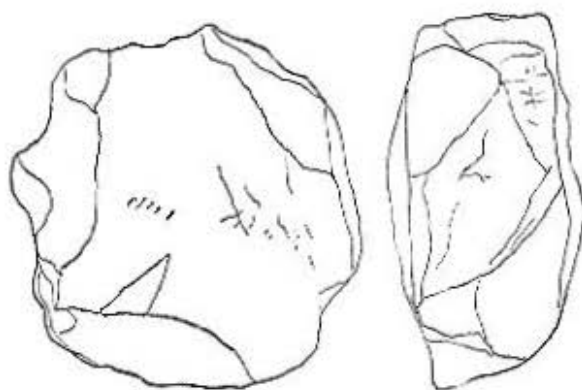


28/155. Bordes redondeados, probablemente por acción del tiempo.

FIG. 5 - Las Salinas (continuación).



28/170. Azadón (?); con pátina.



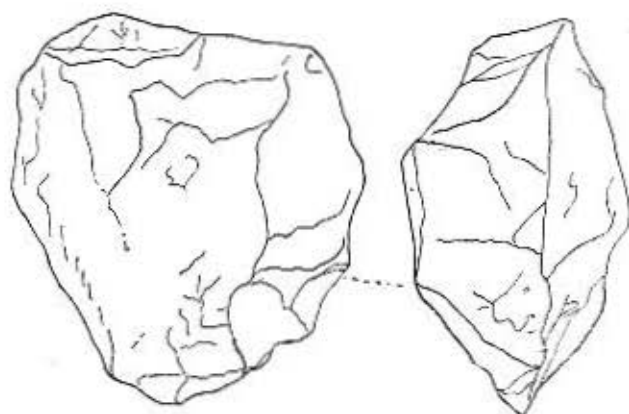
28/162

FIG. 6 - Las Salinas (continuación).

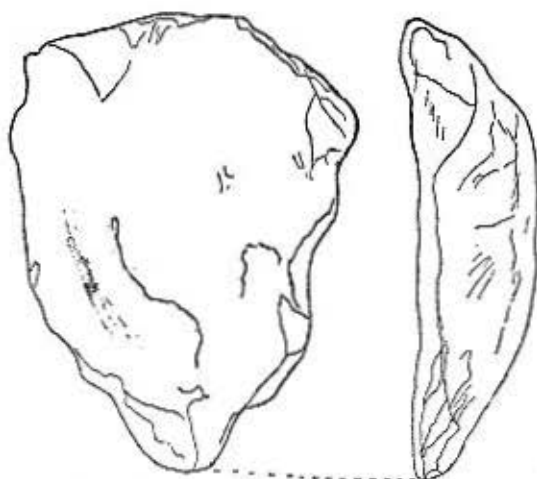
en general mayores signos de tallado y son más pequeños (VIGNATI, 1927; véase especialmente las figs. 21 y 22).

El otro yacimiento se encuentra mucho más al norte, en territorio extrapatagónico. Me refiero a los —hasta ahora escasos— exponentes del *Tandiliense* del sur de la provincia de Buenos Aires. Los artefactos

extraídos de las capas profundas de la Gruta del Oro, descritos por MENGHIN y BORMIDA (1950, pp. 22-25), muestran un indudable aire de familia con algunos de los objetos recogidos por Aramendía, que en algunos llega casi a la identidad de forma (ver op. cit., figs. 6, 8 y 9); es verdad que el tamaño de aquéllos es menor. Con un criterio analógico con respecto a la Patagonia, dichos hallazgos bonaerenses son fechados alrededor de 5000 años a. J.C. (op. cit., p. 21). También a los hallazgos neuquinos pueden aplicarse, a mi juicio, las analogías y conclusiones derivadas del estudio del material mencionado, cuyo punto más

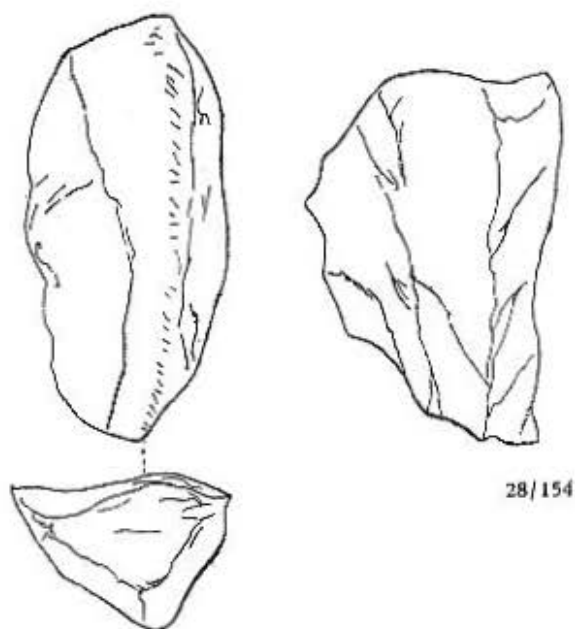


28/159. Con retoques muy toscos.



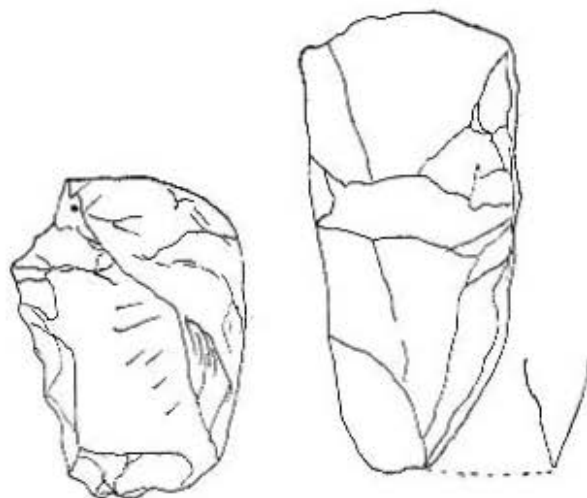
28/163. Sin señales claras de retoque.

FIG. 7 - Las Salinas (continuación).



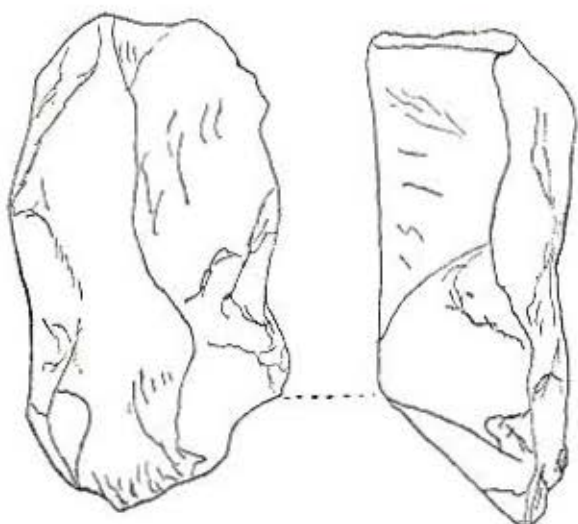
28/154

28/254 (de frente y de arriba)

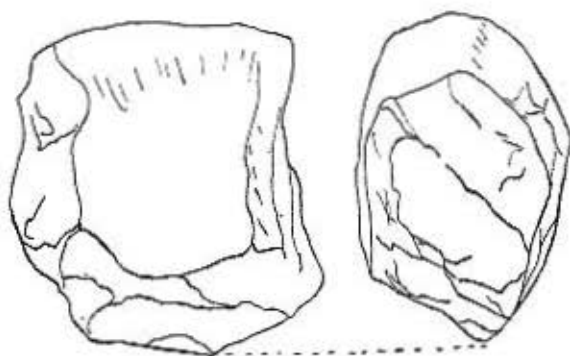
28/176. Reverso liso, convexo;
perfil triangular (rodado).

(Número sin identificar)

FIG. 8 - Las Salinas (continuación).



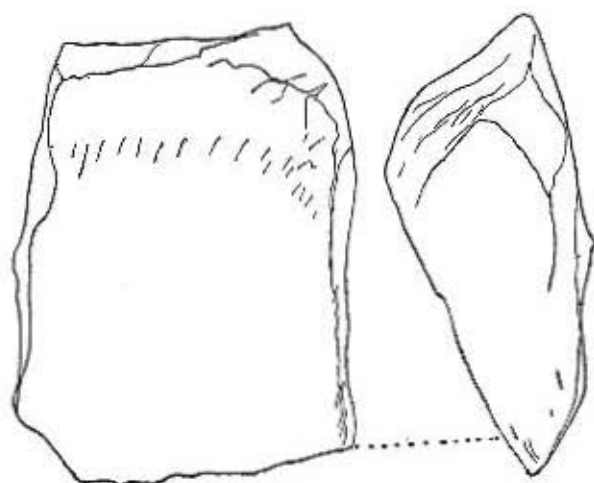
28/250. Raedera-cuchillo, apta para ser tomada desde el borde superior.



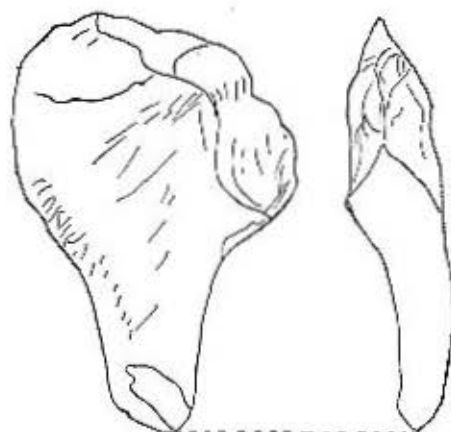
28/249. Con pátina.

FIG. 9 - Las Salinas (continuación).

importante es la relación con el complejo industrial lítico de la famosa Cueva Eberhardt o "del Milodonte" (seno de la Última Esperanza, Chile meridional). Según opiniones más recientes de MENGHIN (1952 c, p. 14), el poblamiento de dicha cueva se realizó en el último interstadial de la glaciación última, en el décimo milenio a. J. C. Sería un representante de la cultura protolítica del hueso, llegada con relativo



28/241



28/248. Punta (sin retoques)

FIG. 10 - Las Salinas (continuación).

atraso a la América meridional, y cuyas supervivencias se manifiestan en muchos lugares y períodos de la Patagonia ².

² Interesante enriquecimiento del escaso instrumental conocido de esta caverna lo constituyen los tres toscos cuchillos y la lámina de hueso que exhumó hace algunos años D. HAMMERLY DUPUY en un sondeo efectuado en capas profundas de este importante refugio prehistórico (1948, p. 261; lám. XVI).

Modernamente llama MENGHIN *Riogalleguense* a este complejo meridional, que fue hallado también bajo el humus de las terrazas del Río Gallegos en Santa Cruz.

De aquí se desprende la conclusión que podría aclarar igualmente el carácter de los "artefactos paleolíticos" del territorio del Neuquén: "La escasez de artefactos típicos que caracteriza (a aquellas industrias), parece un indicio de que la mayoría de los instrumentos de estos complejos culturales estuvo confeccionada de otras materias primas, es decir, la madera y el hueso, en los lugares donde las conchas quedaron fuera de alcance. Por lo tanto, es presumible que estos yacimientos no pertenezcan al gran grupo principal de las culturas de lascas —y naturalmente aún menos a las culturas protolíticas del hacha de mano—, sino a un ciclo cultural *sui generis*": el Protolítico del Hueso, cuyos componentes perecederos habrían desaparecido con el tiempo, descompuestos por la humedad que primaba en tiempos de su florecimiento. Pero, "para verificar definitivamente esta clasificación cultural del Tandiliense y complejos culturales emparentados con él, es necesario un número mucho mayor de hallazgos de estaciones pertenecientes a cada uno de ellos" (MENGHIN y BÓRMIDA, 1950, p. 34). Esto vale, con mayor evidencia aún, para el Neuquén.

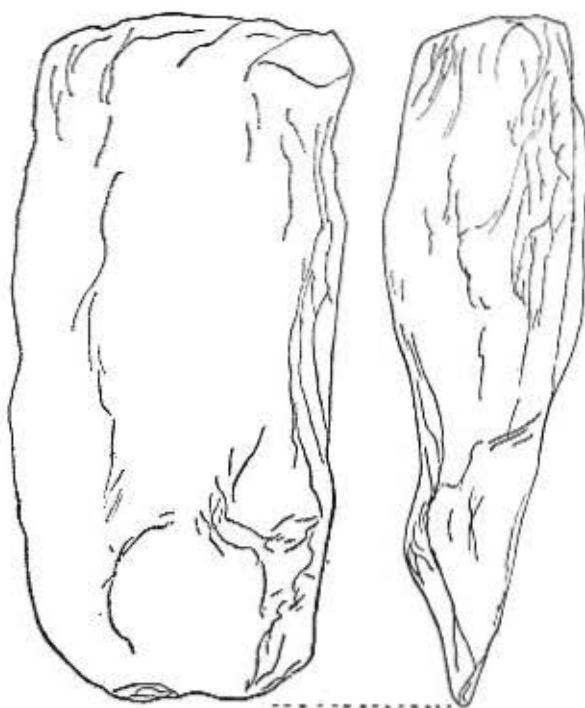
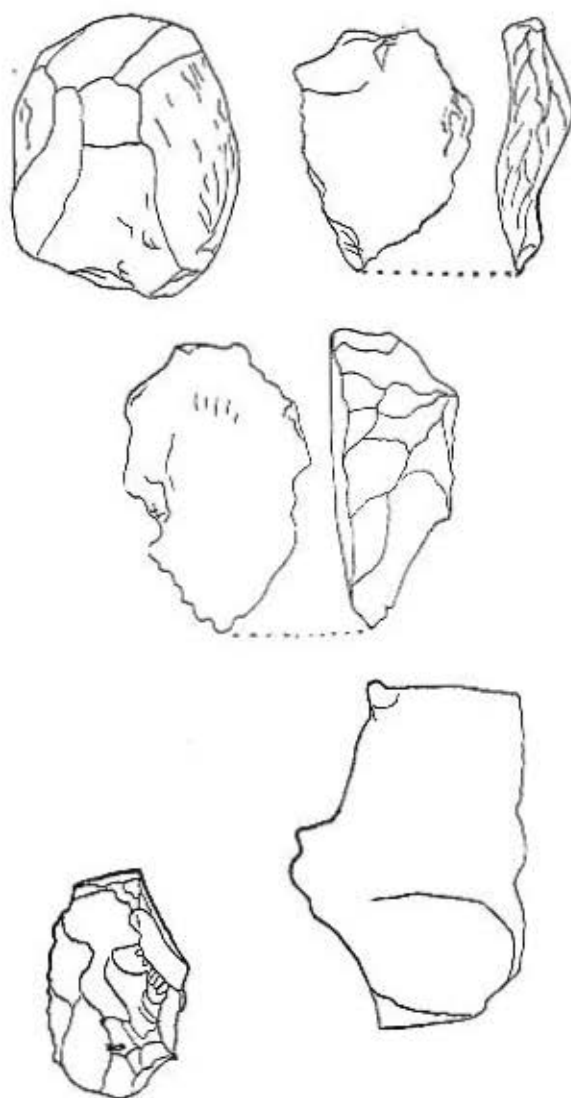


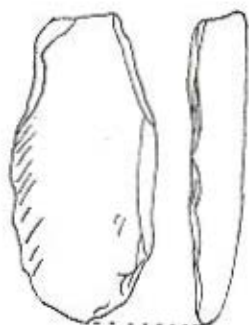
FIG. 11 - Las Salinas (conclusión). Número sin identificar. Sólo el borde inferior muestra signo de posibles retoques, tal vez efectos del uso.

Debemos hacer una mención especial de los instrumentos toscamente trabajados sobre el borde de rodados basálticos, algo aplanados, que fueron hallados en las salinas de Truquico (figs. 2 y 3). Se dife-

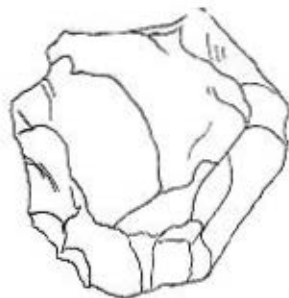


Cuchillo (?)

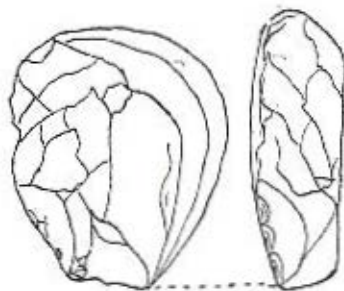
FIG. 12. - *Chacay Melehue*. Toscos instrumentos, y residuos; hallazgos superficiales. $\frac{1}{2}$ tam. nat. MERA, 28/129 (Colección Aramendía).



28/231. Cuchillo.



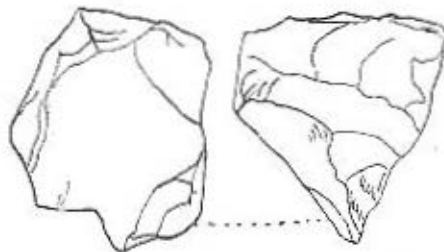
28/225. Reverso de superficie irregular.



28/227. Núcleo.



28/230. Esquirla laminácea

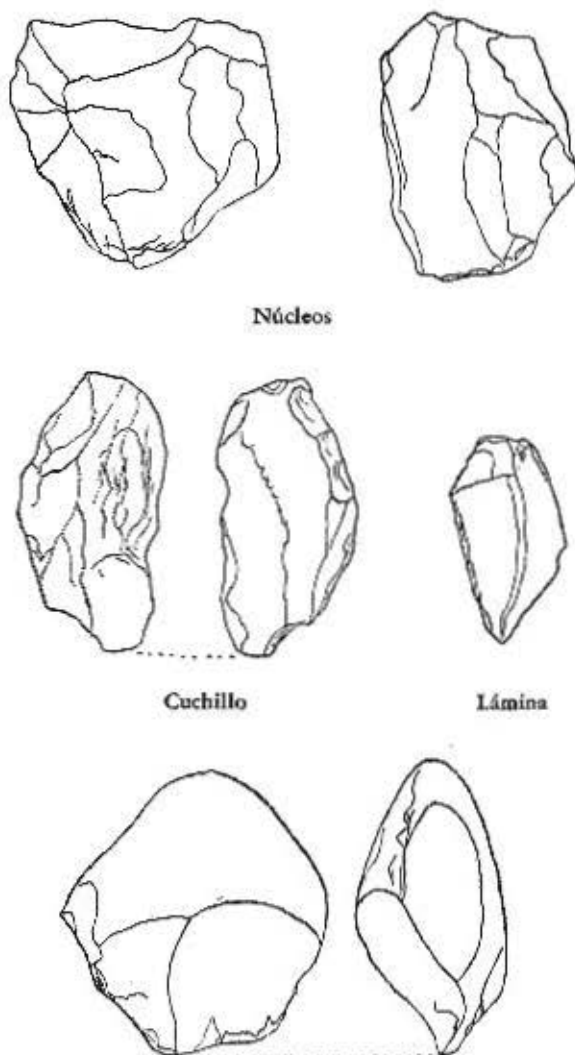


28/228. Color anaranjado.

FIG. 13. - *Coibucó*. Instrumentos toscos; hallazgos superficiales. $\frac{1}{2}$ tam. nat. MEBA, Colecc. Aramendía.

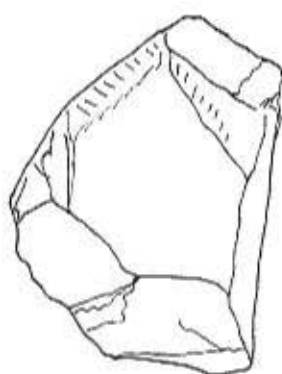
rencian un tanto de las restantes, pero teniendo en común las grandes dimensiones, así como la pátina que algunos ejemplares presentan. También se recogió un ejemplar aislado en Muluchencó (fig. 19).

Industrias basadas en guijarros encontramos en varias partes del

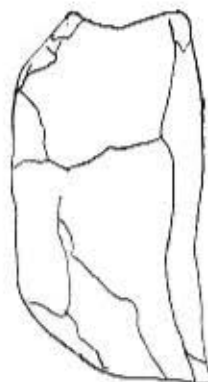


Con escasa pátina en las partes inferiores, rebajadas.

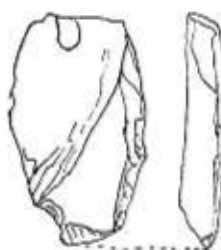
FIG. 14 - *Trabuncwá*. Hallazgos superficiales en antiguos paraderos. $\frac{1}{2}$ tam. natural. MEB, 28/1 (Col. Aramendia).



Con pátina.



Con pátina.



Con retoques monofásicos.



Con pátina; reverso liso.



Lámina (?)



Raspador; reverso liso.



Con retoques bifaciales en el borde superior.

FIG. 15. - *Trabuncurá* (continuación). MESA, 28/1.

ámbito americano meridional; la más caracterizada es sin duda la que BIRD halló en capas inferiores de la isla de Chiloé (pseudo-handaxes), acompañada de lascas sin retoques y pequeñas placas de arenisca. Más al sur dichas formas persisten, pero acompañadas del típico acervo óseo y de concha de los canoeros (MENGHIN, 1952 c, p. 10). No deja de ser interesante el paralelismo entre Chiloé y el Truquico, por cuanto en ambos a una antigua industria de guijarros se superpone otra, ca-

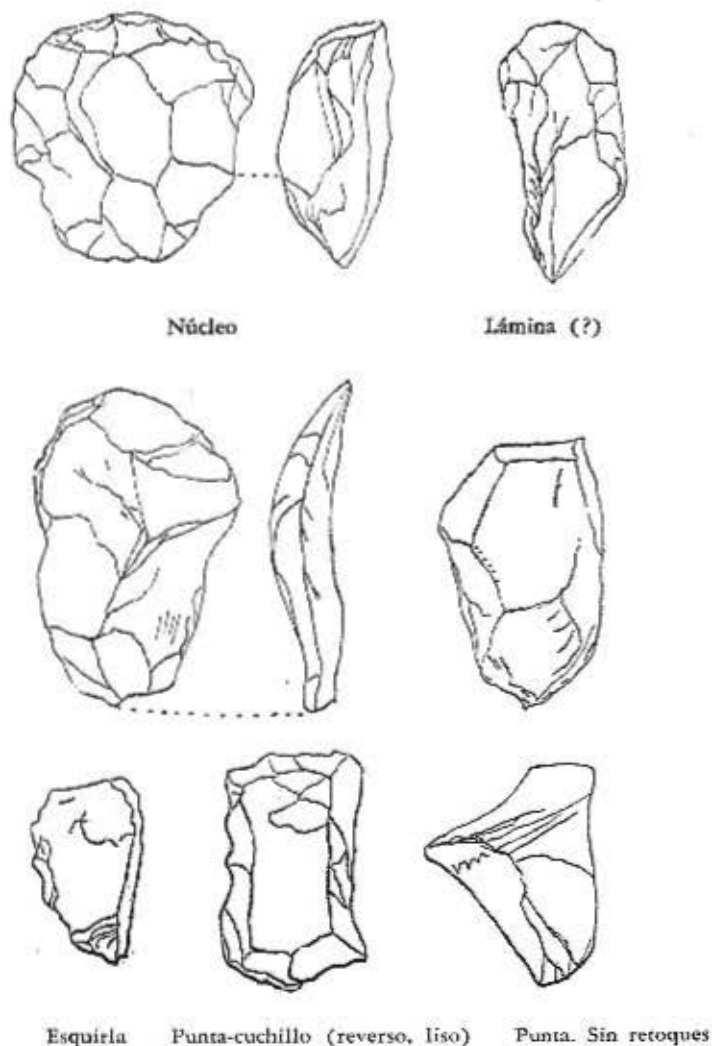
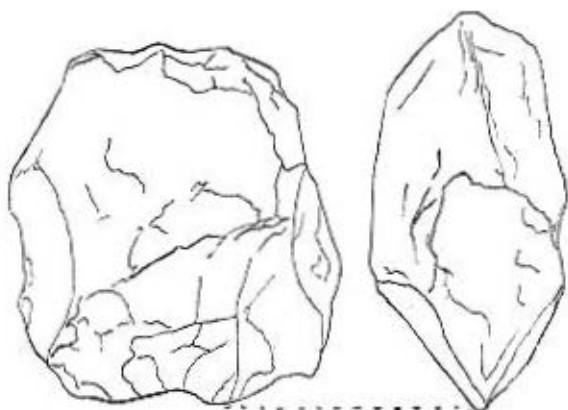
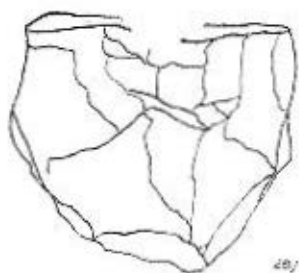


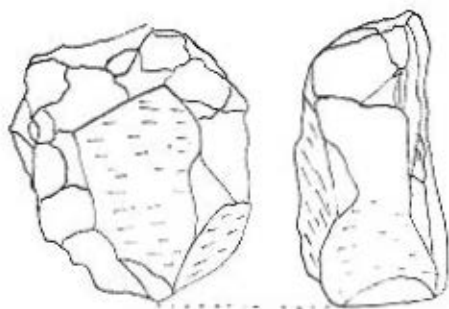
FIG. 16 - Trauncurá. MEBB, 28/1 (continuación).



28/1572



28/1574. Núcleo

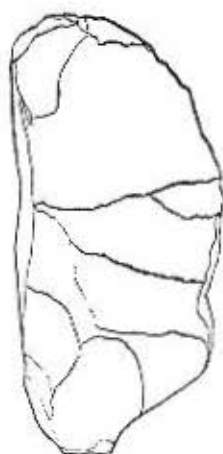


28/1573

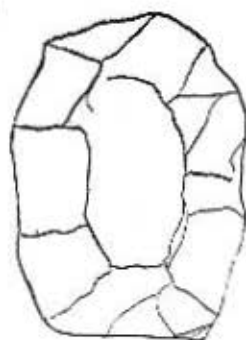
FIG. 17 - *Quintuco*. $\frac{1}{2}$ tam. nat. MEBA, Col. Aramendia.

racterizada por el hacha cilíndrica (*celt*), a la que en Chiloé se agregan aún otros tipos de hachas neolíticas, como veremos. Por supuesto, la mencionada *sequence* es para el Neuquén aún hipotética. De cualquier modo, pudieron seguirse usando estos instrumentos para ciertos menesteres, aún después de la introducción de las hachas pulimentadas. Análogamente, en toda la costa bonaerense y patagónica se hallan, mezclados con industria relativamente reciente, rudos percutores (*Klopfsteine*), trabajados sobre grandes rodados, que allí fueron utilizados principalmente para separar los moluscos de las rocas.

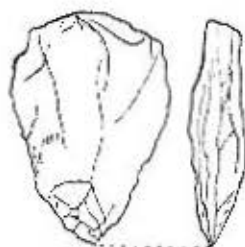
En realidad, la mencionada industria chiloana parece ser una continuación meridional de otras que han tenido su centro en las costas



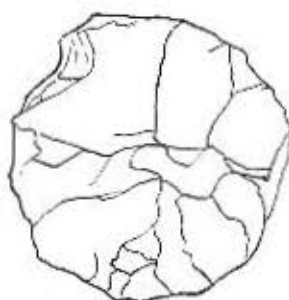
28/237. Cuchillo.



28/135. Martillo.



28/234. Punta raspador



28/134. Núcleo.

FIG. 18 - Objetos provenientes de *Paso de Hacha* (izquierda), y *Pichayhue* (derecha). $\frac{1}{2}$ tam. nat. MEBA, Colecc. Aramendia.

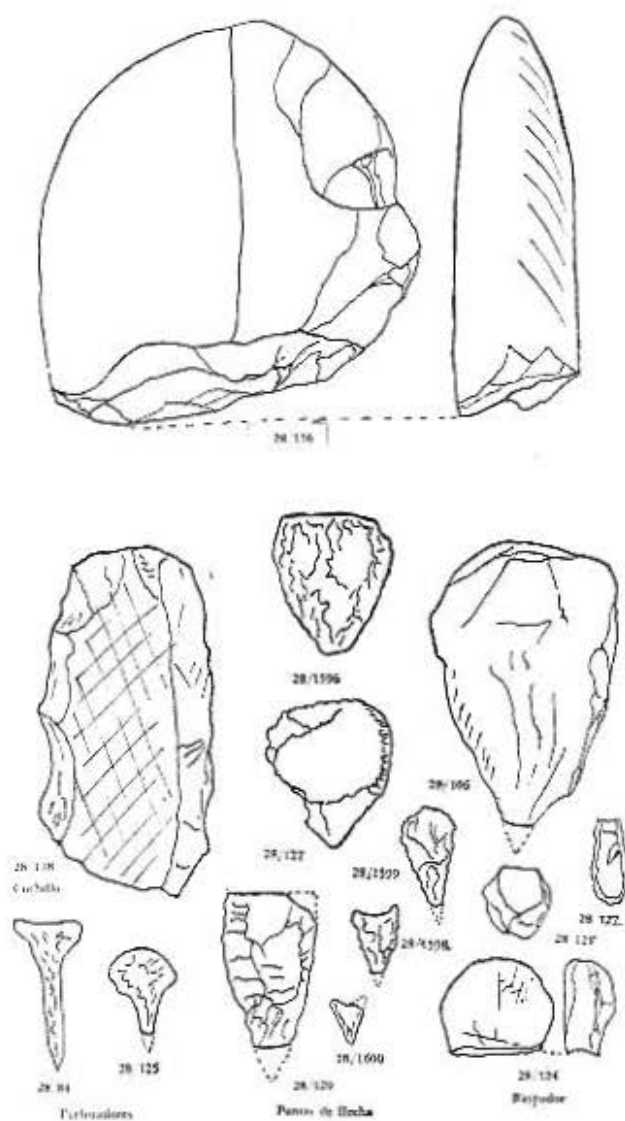


FIG. 19 - Objetos provenientes de *Mulubencó*. MEBA, Col. Aramendia. Aprox. $\frac{1}{2}$ tam. nat.

centrales y septentrionales de Chile. Sus conchales, estudiados primeramente por A. CAPDEVILLE, a quien siguieron LATCHAM y modernamente BIRD, han proporcionado desde su base hasta la expansión incaica instrumentos rudamente trabajados, en parte muy semejantes a los

neuquinos (véase ilustraciones en LATCHAM, 1928 a, figs. 2, 4 y 5, pp. 18, 24 y 25 respectivamente; BIRD, 1943, figs. 40, 41 y 42). Según BIRD, constituyen al principio un componente de la cultura "del anzuelo de concha" (*shellhook*), que tal vez se remonte a más de 2000 años a. J. C.³ A mi parecer, podemos considerar provisoriamente que, tanto los restos de Chile septentrional como de las islas meridionales, los de los paraderos del centro-norte del Neuquén, y los demás indicios que se descubren aquí y allá en las mesetas patagónicas (MENGHIN, 1952 b, pp. 27-28) y aún en las serranías y llanuras bonaerenses, representan en gran parte derivaciones de distinta época y carácter y con distintas asociaciones y agregados, de una antigua cultura epiprotolítica llegada en las postrimerías de la Edad Glacial a estas regiones. Como expresa MENGHIN, su carácter rudo y atípico lleva a pensar en la antigua y aún poco conocida cultura protolítica del Hueso, considerada por el citado investigador como "la más importante base cultural protolítica en este continente" (1952 c, p. 9), y más especialmente, un elemento básico de los pueblos canoeros cuyos últimos restos moran aún en los canales fueguinos.

No han aparecido en el Neuquén, hasta ahora, los bellos instrumentos amigdaloides que suele proporcionar la zona costera patagónica (OUTES, 1905, pp. 273-298). Al parecer, esta corriente cultural, que penetró en tiempos bastante remotos desde el área brasiliense meridional (láguidos), no llegó hasta las zonas cordilleranas.

Tampoco conocemos hallazgos que, en forma o en material, muestren relación con las raras piezas "de carácter paleolítico" (?) emparentadas con la isla de Pascua, que han aparecido en tumbas de la costa chilena central (AICHEL, 1926).

Para terminar este punto, algo sobre la función de estos artefactos. Resulta difícil determinarla en cada caso. Los hombres de culturas primitivas, de acuerdo con sus sencillas necesidades, no parecen haber delimitado con exactitud usos muy especiales para sus instrumentos. Por ello he preferido dejar en blanco a ese respecto la mayoría de las ilustraciones de artefactos de esta clase. Sin embargo, cabe suponer que los usos más frecuentes fueron los expresados por los términos hacha, martillo, raede-

3 Que también en el interior del territorio chileno existen objetos de aspecto paleolítico, lo sabemos con seguridad, aunque desgraciadamente aún no se han efectuado investigaciones sistemáticas al respecto. Se hallan en superficie (ARAMENDIA, 1951, p. 8), y profundamente enterrados (MEDINA, 1882, fig. 17; v. p. 415). La pieza ilustrada por este último es un "hacha" (cuchillo?), al parecer de trabajo bifacial, que según MENGHIN "semeja mucho a ciertos tipos epimiolíticos y protoeolíticos del Viejo Mundo" (1949, p. 117).

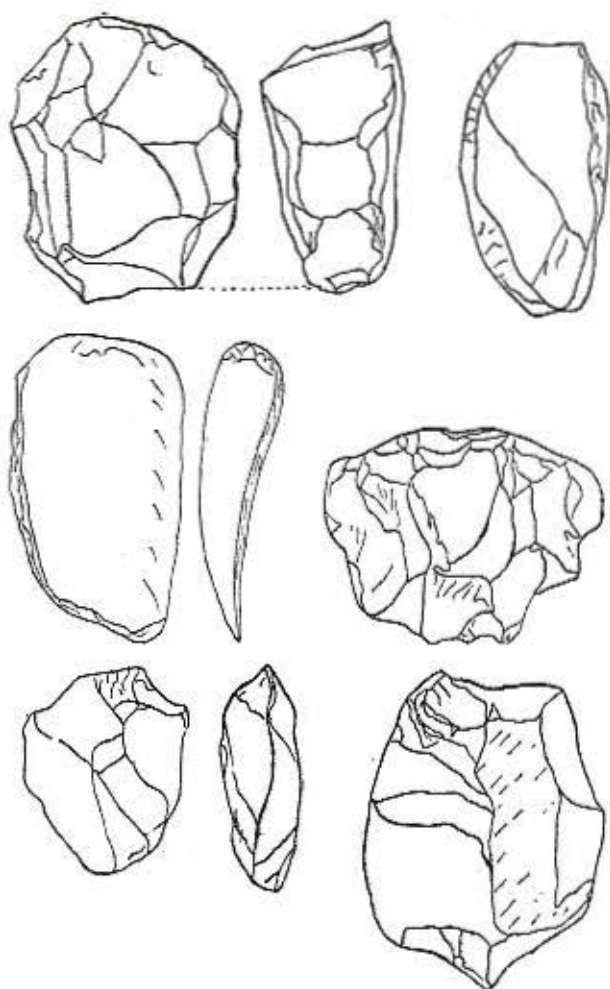


FIG. 20 - Toscos instrumentos de piedra, provenientes de la zona centro-norte del territorio del Neuquén. Hallazgos superficiales. Tamaño natural. Museo Etnográfico de Buenos Aires, lote 25/723. (Colección Aramendía)

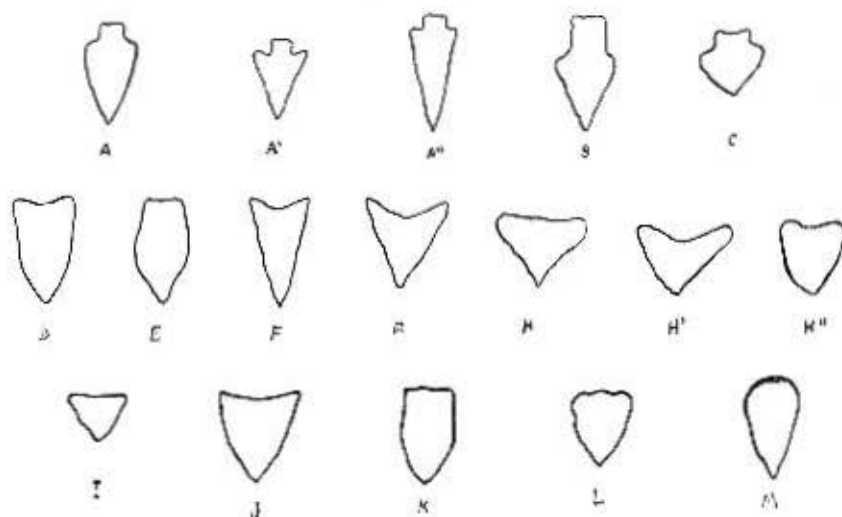
ra, percutor, etc., sin contar con un eventual uso como arma de caza o de combate. Por otra parte, como dijimos, muchos son núcleos, o sea restos líticos desbastados para la confección de otro instrumento.

Puntas de lanza y de flecha.

Las puntas de proyectiles constituyen el elemento más numeroso y ampliamente distribuido del territorio del Neuquén. Hállanse tanto

en los paraderos de la zona llana oriental —prolongación geográfica y arqueológica de la Patagonia—, como en la pedemontana occidental; nunca, en cambio, (excepto pocas piezas halladas cerca de algún paso) en la Cordillera propiamente dicha. Han sido casi siempre recogidas superficialmente, siendo probable que los recolectores despreciaran en su mayoría a los restantes artefactos tallados que seguramente acompañaban a aquéllas; de ahí la desproporción numérica en las colecciones.

Una clasificación exacta y útil de las puntas de flecha es tarea poco menos que imposible, como ya lo advirtiera OUTES (1905, p. 374), quien sin embargo no titubeó en efectuar una, un tanto complicada, basada en las piezas que pudo estudiar provenientes de los territorios al sur del río Negro. La clasificación ideada para las presentes descripciones (v. *Hallazgos*, Indicaciones previas, e) no tiene otra pretensión que la de abreviar la descripción de los ejemplares que he podido examinar; lo mismo en cuanto a las denominaciones referentes al tamaño (grande, mediano, pequeño). Me he basado exclusivamente en el material neuquino; de ahí que, aún cuando algunos tipos coincidan con otros tantos de OUTES, no haya en general una equivalencia.



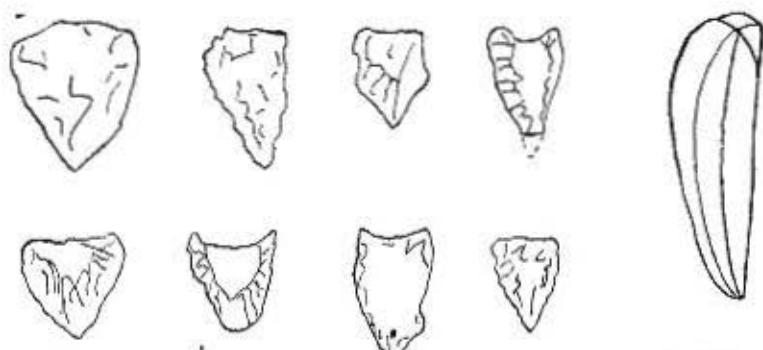
Tipos de puntas de flecha del Neuquén.

Ya en la clasificación se advierte, por su mayor variedad, la supremacía numérica de las formas carentes de pedúnculo con respecto a las pedunculadas. Ello es un factor diferencial hacia el resto de la Patagonia de considerable importancia.

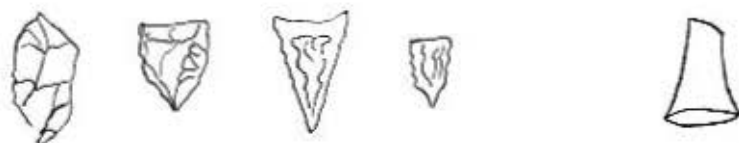
Analizando más de cerca el material observado, podemos establecer sintéticamente los hechos siguientes:

A) *Distribución espacial.*

1) Los hallazgos de puntas de proyectiles ocurren en zonas más o menos amplias, pero bien determinadas. Las más importantes son las

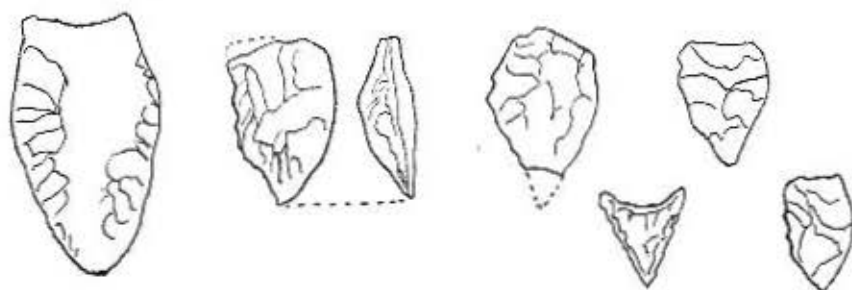


28/102
Pendeloque



28/88-99. Puntas de flecha.

28/101. Tembeté



Puntas de flecha de *Las Toscas*
(de izquierda a derecha: 49692,
49708, 49715, 49691, 49710,
49699).

FIG. 21 - Instrumentos, puntas de flecha y adornos, de *Paso de Hacha* (arriba), y *Las Toscas* (abajo). $\frac{2}{3}$ tam. nat. Museo Etnográfico de Buenos Aires.

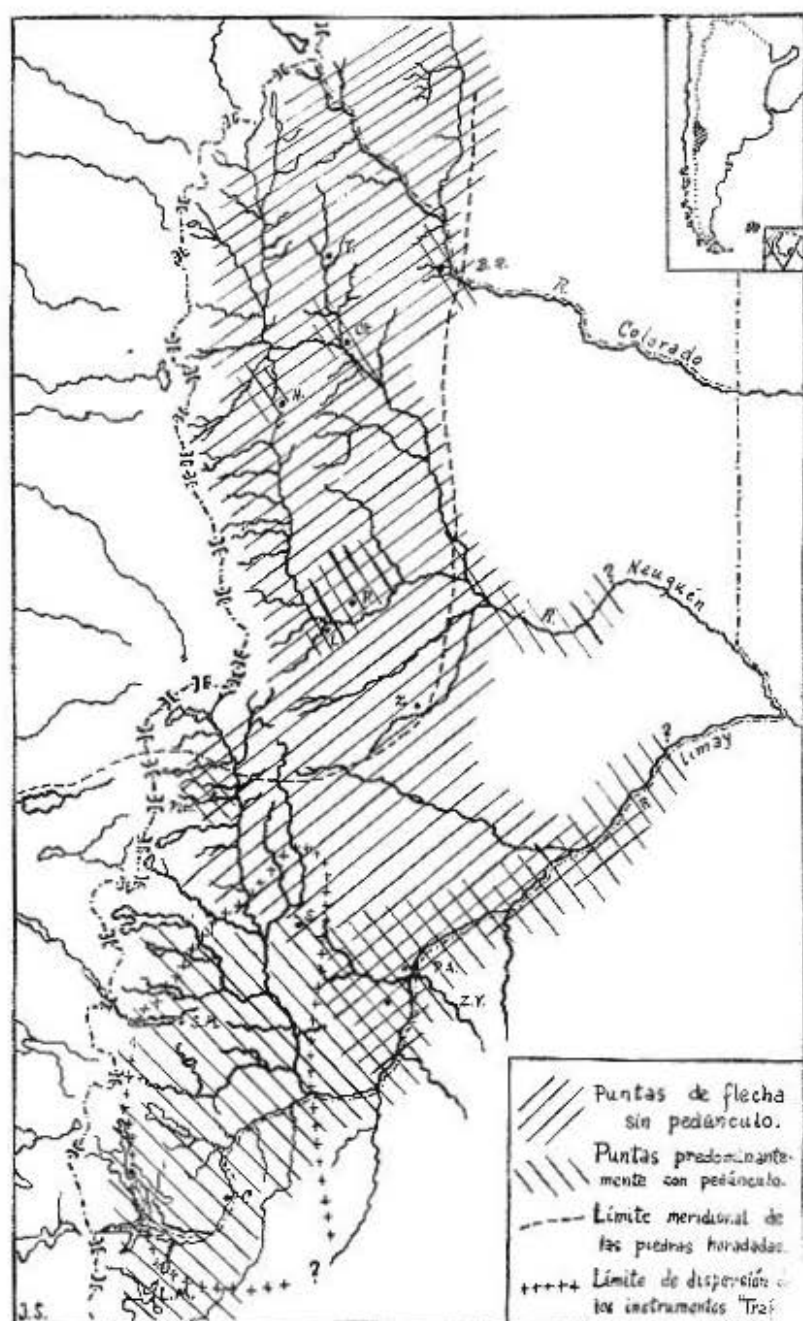


FIG. 22 - Mapa 2: Distribución esquemática de las puntas de flecha, piedras horadadas e instrumentos tipo "Trafal". B.R.: Buta Ranquil; T.: Tricao Malal; Ch.: Chos Malal; H.: El Huecú; P.: Pilmacué; L.: Las Lajas; Z.: Zapala; Pfm.: Pulmarí; S.: El Salitral; P.A.: Piedra del Águila; Z.Y.: Zaina Yegua; S.M.: San Martín de los Andes; C.: Cementerio del Río Limay; L.M.: Lago Mascardi.

siguientes, de norte a sur: Buta Ranquil, Tricao Malal y alrededores (fig. 30). Chos Malal (fig. 29), El Huecú, Muluchencó (fig. 19), Trahuncurá, Paso de Hacha, Colipilli (fig. 28), Tralatué, Quintuco Chico, Pilmatué y alrededores, Las Lajas y alrededores, Chorriaca (fig. 26), Las Toscas, márgenes del río Neuquén, confluencia de los ríos Covunco y Neuquén (fig. 23), Covunco Centro y otras zonas del río, zona de Zapala (figs. 28 y 31), cañadon Santo Domingo, zona del Chachil, confluencia de los ríos Picún Leufu y Limay, El Salitral, La Negra, Las Coloradas (fig. 27), Piedra del Águila y alrededores (el más importante repositorio de puntas líticas) (figs. 24 y 25), estancia "Santa Isabel", Zaina Yegua, márgenes



FIG. 23 - Puntas de flecha de la confluencia de los ríos Covunco y Neuquén. Escala: $\frac{1}{5}$. (Museo Regional Patagónico de Comodoro Rivadavia).

del río Limay; Aluminé, Pulmarí, Junin de los Andes, La Rinconada (fig. 29), San Martín de los Andes y alrededores (figs. 32 y 33), Cementerio del río Limay (véase más adelante, B), estancia Jones, zona del lago Nahuel Huapí. Faltan, como ya se ha dicho, en el cordón cordillerano limítrofe excepto en la zona de Pino Hachado; igualmente, en la gran cuenca desértica del Añelo, así como en amplios sectores de la región esteparia oriental. Escasean, notablemente, en la zona del lago Aluminé, apareciendo con parsimonia en las cuencias lacustres de más al sur.

2) De lo dicho se desprende la existencia de dos grandes áreas

de hallazgos de puntas de flecha (y, más raramente, de puntas de lanza o jabalina): una, en la zona precordillerana septentrional (*habitat* de los antiguos *Pebuenche*), entre los ríos Agrío y Barrancas-Colorado; y otra, que se continúa casi sin solución de continuidad hacia el sur, y cuyos hallazgos se hallan localizados principalmente a orillas de los ríos que atraviesan esta zona árida, y en sus confluencias. Parcialmente penetra en la zona subcordillerana, pero alcanzando sólo por excepción la franja de gran pluviosidad.

3) Las puntas carentes de pedúnculo se hallan en todo el territorio, pero notamos diferencias en el material y tamaño, así como en la proporción con respecto a las pedunculadas. Por de pronto, toda la cuenca de los ríos Agrío y Neuquén superior, así como, según hallazgos recientes del Dr. Escalada, la gran zona de Aluminé, muestra un predominio muy grande del uso de la obsidiana (alternada a veces con piedras de tipo basáltico), la cual es utilizada con no menos frecuencia en puntas *sin pedúnculo*, de tamaño mediano y pequeño, a veces extremadamente pequeño, por lo que algunos las llaman "microlíticas". Estas asociaciones, condicionadas sin duda por la existencia del material en la región, indica una verdadera diferenciación cultural (véase p. 194). Es de notar, sin embargo, la aparición de piezas grandes no confeccionadas en obsidiana, y puntas de lanza o jabalina, por lo general con pedúnculo, en algunos sitios tanto del norte como del centro-este de la provincia (Buta Ranquil, Tricao Malal, Chos Malal, El Huecú, Trahuncura, Pilmatué, Las Lajas: lotes del IALF, col. Alemándri). Su presencia no deja de plantear un problema que actualmente no estamos en condiciones de resolver. En la zona del Covunco y de Zapala la obsidiana comienza a mezclarse con piedras de tipo silíceo, las cuales también muestran mayor variedad y tamaño (fig. 23), pero primando siempre los tipos apedunculados. Más al sudeste, en cambio, la obsidiana casi desaparece, sustituida por el material silíceo (a menudo *xilópalo*; v. FRENGUELLI, 1936, p. 10, nota) de variados colores, la mayoría claros, que aparece con tanta frecuencia en la Patagonia. Los tamaños son variados, siendo frecuentes los grandes. Existen también puntas de jabalina. Sigue predominando la carencia del pedúnculo, excepto en algunos de los paraderos de las orillas del Limay (v. fig. 24), en donde se observa una intrusión de puntas pedunculadas de origen seguramente patagónico. Una intrusión semejante, pero bastante extraña para dicha zona, se repite sobre las márgenes del Neuquén, aunque la imprecisión de los lugares y condiciones del hallazgo de la serie considerada, le restan bastante del valor arqueológico (DEL LUPO,

1898). Algunas de las piezas reproducidas en la figura últimamente citada muestran una clara influencia patagónica en sus características ergológicas⁴, que aumentan su interés por el hecho de la existencia de otros repositorios en la misma zona (Piedra del Águila) con muy distintas formas y material (fig. 25). Indudablemente, nos hallamos ante

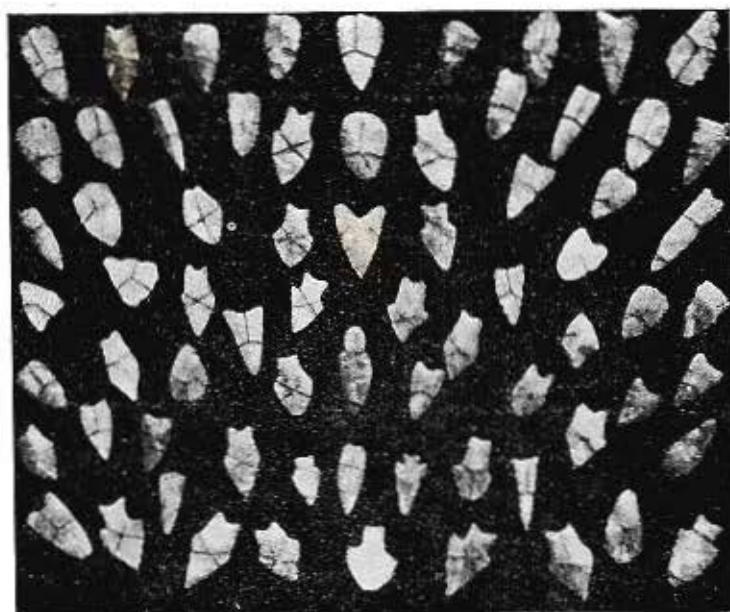


FIG. 24 - Puntas de flecha de Piedra del Águila. 1/3. (MCR).

fases cronológicas diferentes. Que en parte se podrían extender por varios milenios lo prueba la magnífica punta que vemos en la figura recién citada (a la derecha, en el centro), de morfología idéntica a las del primer período magallánico de BIRD (= Toldense II de MENGHIN, 7000 a J. C.). Ello podría tal vez extenderse a la pieza situada arriba (en el centro) en la misma fig. 25, que muestra cierta semejanza con el ejemplar situado hacia el centro de la lám. 9, arriba, de BIRD (1946 a). Dadas las características fisiográficas de la Patagonia, no resulta imposible

⁴ Al hablar de puntas de flecha "de tipo patagónico" nos referimos al material ancho y pedunculado que allí más frecuentemente se recoge, y que gracias a las excavaciones de BIRD y MENGHIN sabemos que corresponden a la cultura del nivel IV magallánico del primero, o Tehuelchense del segundo (2000 a. J. C. hasta el comienzo de la Conquista, aproximadamente).

hallar a flor de tierra objetos que en cuevas o conchales se hallan a bastante profundidad, como hay muchos ejemplos.

En ciertas zonas, incluso del norte, se hallan puntas de flecha, pequeñas y de obsidiana, pero con pedúnculo. Ello indica una combinación en la técnica de ambas zonas. Tenemos un ejemplo en la estancia "Santa Isabel", donde al lado de delicados ejemplares del tipo indicado, aparecen también otros, de variado tamaño y material (*Hallazgos*, p. 58). En la confluencia de los ríos Picún Leufu y Limay el Sr. Garcés ha hallado una interesante industria confeccionada en sílex blanco, en parte traslúcido; vemos, al lado de grandes puntas de lanza sin pedúnculo, interesantes puntas con escotadura basal, algo asimétrica a veces; las pedunculadas son raras.



FIG. 25 - Puntas de flecha de Piedras del Águila. $\frac{1}{n}$. (MCR).

Pasando, finalmente, a la zona meridional subandina, notamos en la zona de San Martín de los Andes una yuxtaposición variada de tipos y tamaños, escaseando la obsidiana. (Algo más al Este la obsidiana se halla representada en los hallazgos de Rinconada y de Las Coloradas, con tipos semejantes a los del Norte, figs. 29 y 27). Las formas con

pedúnculo y sin él se equilibran; las primeras muestran frecuentemente un aire marcadamente patagónico, existiendo asimismo ejemplares de pequeñas dimensiones (v. figs. 32 y 33). De las formas sin pedúnculo algunas las hay grandes y de factura muy armónica.



FIG. 26 - Puntas de flecha de la zona de Chorriaca. Aprox. $\frac{3}{4}$ tam. nat. (IAE).
(Foto IAE).

Es de notar el predominio numérico de las pedunculadas en el pequeño lote que disponemos de la zona de Pulmarí, más al norte. Lo mismo hallamos en el de la estancia Jones, cerca del lago Nahuel Huapí. La obsidiana es aquí de limitado empleo, tanto para las pedunculadas como para las que carecen de él. Las primeras difieren un tanto de la forma clásica patagónica, en el hecho de ser algo más delicadas y proporcionalmente estrechas; este carácter parece ser distintivo de las zonas patagónicas occidentales desde tiempos muy remotos, como veremos enseguida. También en Chile (zona de Osorno) he visto tipos semejantes en obsidiana. Otros hallazgos de puntas de flecha han sido realizados en la zona del Parque Nacional de Nahuel Huapí, como lo ilustra AMADEO ARTAYETA (1947, p. 44); predomina la forma con pedúnculo.

De todo lo dicho puede desprenderse que el valle del Limay ha de haber sido zona de cruzamiento entre la industria apedunculada propiamente neuquina, y las influencias patagónicas. Estas últimas penetran profundamente en la cuenca del Collón Cura, en donde también se enfrentan con influencias venidas, tal vez, de Chile.

4) Remontándonos al extremo norte del territorio, hallamos en la zona situada al pie del Domuyo una interesante *facies* de la industria sin pedúnculo, que al lado de escasos ejemplares pequeños y en obsidiana, muestra puntas de gran tamaño (en parte de dardo o lanza),

con escotadura basal curvilínea, de cuidada y simétrica confección, realizadas en rocas silíceas a menudo blancas (v. fig. 30). A pesar de la proveniencia un tanto vaga de los hallazgos, puédesse suponer una diferenciación etno-cultural con respecto a la zona de más al sur. No parece que esta industria sea una prolongación de una existente en el sur de Mendoza, ya que aquí reaparece la industria de la obsidiana. En la región de Pilmatué volvemos a hallar algunos de sus tipos, asociados a los de obsidiana propios de la zona. Tanto en Buta Ranquil como en Tricao Malal se han hallado, además, puntas con pedúnculo de tipo patagónico.

B) Distribución en el tiempo.

Nada puede decirse de la edad de los hallazgos anteriormente comentados; no hay ninguna base para ello. Sólo podemos citar las suposiciones ya mencionadas acerca de la no-contemporaneidad de algunas series provenientes de la zona del Limay y, tal vez, del Neuquén medio, así como de los conjuntos de tamaño grande de la colección Alemandri provenientes de algunos lugares septentrionales⁵. Veamos, en cambio, lo que puede desprenderse del único yacimiento del cual se conocen superposiciones estratigráficas.

Desgraciadamente, no hay otros indicios cronológicos de los distintos "niveles" del *Chenque* o Cementerio del río Limay que el muy indirecto de su propio espesor (cuyo considerable promedio es de aproximadamente 1 metro para cada uno), y ciertos hechos señalados por la ergología (elementos europeos en el nivel superior). Dejando para el capítulo V su consideración cronológica general, mencionaremos sólo las puntas líticas que aparecen en este yacimiento, descriptas por VIGNATI en su importante trabajo (1944, V).

Nivel V (más profundo): No aparecen puntas de flecha —indicio de antigüedad de la capa—, pero en cambio hay tres grandes piezas llamadas simplemente "puntas", de 76 a 77 mm de longitud, de forma más o menos triangular y base algo convexa. Es difícil imaginarse su uso no enastadas, así que cabría considerarlas como puntas de lanza o de dardo. Por su tamaño, forma ovoide y confección algo rústica, sería muy aventurado relacionarlas con la industria que aparece en la capa

⁵ Se han hallado puntas de flechas, junto con láminas, raspadores, esquirolas, etc., en una cueva cerca del Caleufú según Roth a 3 m. de profundidad. El tipo de flecha no parece arcaico (sin pedúnculo y tamaño pequeño-mediano). (v. *Hallazgos*, p. 182).

III de la zona magallánica (BIRD, 1946 a, lámina 10, arriba), que es sin embargo su más próximo símil tipológico obtenido estratigráficamente (anterior al segundo milenario a. J. C., según MENGHIN).

Nivel IV: Se hallaron 4 "puntas"; tres son de tipo muy semejante a las anteriores, y una es algo alargada, de buena talla. Las dimensiones son también muy uniformes, oscilando entre 69 y 74 mm de largo. Además, aparece la primera punta de flecha, pedunculada, de 47 mm de longitud. Por su forma podría corresponder tanto al período IV, como a las raras pedunculadas del III, de BIRD.



FIG. 27 - Puntas de flecha de la zona de Las Coloradas (dto. Catan Lil). Casi $\frac{1}{2}$ tam. nat. (IAE). (Foto IAE).

Nivel III: De aquí se mencionan 4 "puntas", de un largo que oscila entre 52 y 80 mm; los dos ejemplares ilustrados muestran una forma asimétrica, que las diferencia un tanto de las anteriores. Más interesante es la única punta de flecha, alargada, sin pedúnculo, de base ligeramente cóncava; su punta tiene un contorno redondeado, pero cortante. Se trata de un tipo bastante raro, y sus dimensiones (55 mm) hacen pensar en un posible empleo como dardo o lanza.

Nivel II: Entre su numeroso material, que comienza a incluir cerámica, aparece, al lado de una punta ovoide de 59 mm de largo, una punta de flecha sin pedúnculo, ancha (del tipo J), de 37 mm de largo. Se asemeja mucho a la que inicia la serie de puntas de proyectiles de la fase III de Magallanes (BIRD, 1946 a, lám. 10, arriba).

Finalmente, en el *nivel I* hallamos la descripción de dos ejemplares pedunculados, y de uno sin pedúnculo, aunque de forma irregular.

La escasez de puntas de proyectiles en este yacimiento no nos permite hacer deducciones muy amplias basadas en este importante elemento de diagnóstico cultural. Prescindiendo de las indefinidas "puntas", podemos únicamente comprobar la temprana influencia de la forma pedunculada patagónica en las regiones meridionales del Neuquén.

Este hecho se halla corroborado por el interesante hallazgo efectuado por el geólogo Dr. V. Auer asociado al depósito volcánico proveniente del segundo ciclo eruptivo patagónico (hacia 2300 a. J. C.), cerca del lago Mascardi, al sud del lago Nahuel Huapi. Se trata de dos finas puntas de flecha pedunculadas, al parecer hechas en cuarcita. Estas piezas probarían que el comienzo del período *Tebuelchense* (= BIRD IV) se remonta a fines del tercer milenario a. J. C., según MENGHIN (1952 b, p. 33). Su cercanía al territorio que estudiamos, y en especial al Cementerio del Limay, prueba la antigüedad del poblamiento del Neuquén, y aumenta las probabilidades de una fecha muy remota para las capas más bajas del Cementerio mencionado.

C) *Correlaciones.*

No cabe duda de que la peculiar tipología sin pedúnculo de la zona central y norte del Neuquén representa una diferenciación regional con respecto al área pampeano-patagónica, y no necesita ser relacionada con el período III de BIRD. Ningún indicio nos impide aceptar su carácter en parte protohistórico, o sea de los primeros siglos de la Conquista. Hasta dónde se remonta en el tiempo, aún no nos es posible decir. Las "cuevas de Fell" neuquinas todavía están esperando su excavación.

En el área pampeana abundan las formas tanto provistas de pedúnculo como sin él; pero unas como otras sólo tienen una analogía muy lejana con las que hemos hallado en territorio neuquino (WILLEY, 1946, lám. 13). Tanto en la zona meridional de la Pampa (OUTES, 1904 a) como en el valle del río Negro (ANDRICH, 1935) parecen predominar las puntas carentes del pedicelo basal; y, si las ilustraciones al trabajo citado en último término corresponden efectivamente al valle del río Negro, tendríamos aquí formas muy emparentadas con las del área Pehuenche.

Las puntas del yacimiento de Trenque Lauquén, en la Pampa central, se caracterizan por la pequeñez de sus dimensiones (entre 20 y 30 mm), lo que sumado al hecho de carecer de pedúnculo y de tener

base cóncava, las acerca bastante en su tipología a las del centro y norte del Neuquén. Semejantes son las puntas del área "querandí", situado más al Este (PALAVECINO, 1948, p. 45).

Con respecto a los hallazgos superficiales patagónicos, es de notar que casi $\frac{2}{3}$ del relativamente escaso número de puntas de proyectiles sin pedúnculo estudiadas por OUTES en su obra clásica (1905, pp. 378-381), provienen de lugares situados al norte del río Chubut, hallándose a su vez la mayoría de las mismas concentradas en el curso inferior del río Negro y zonas aledañas al golfo de San Matías. Se hallan, sin embargo, mezcladas con una proporción bastante mayor de puntas pedunculadas.

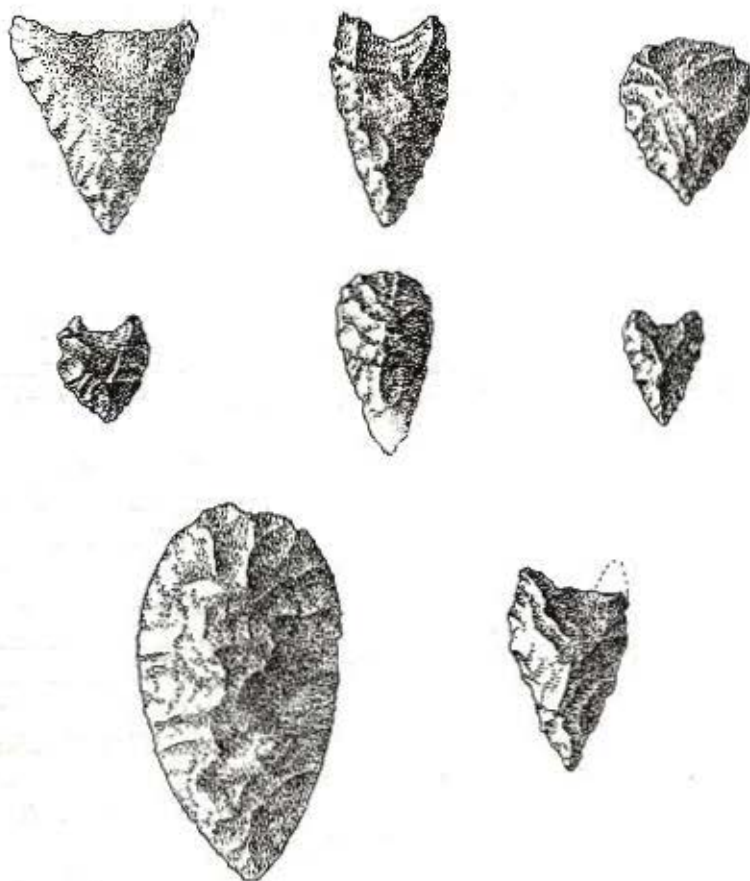


FIG. 28 - Puntas de flecha de las zonas de Colipilli (arriba y centro) y de Zapala (abajo). A $\frac{3}{4}$ tam. nat. Col. IAE. (Dibujos V. O. Agüero Blanch).

Exploraciones patagónicas más recientes muestran que las formas sin pedúnculo son de cierta frecuencia en las zonas occidentales. De las 11 puntas de flecha ilustradas por VIGNATI provenientes del lago Cardiel, en el territorio de Santa Cruz, siete no lo poseen (1934, lám. XXXIX). También la obsidiana parece haber sido bastante empleada en esas regiones. De las siete puntas mencionadas, tres se hallan confeccionadas en este material. He visto en el Museo de la Patagonia de Bariloche una magnífica punta pedunculada, ancha, tallada en obsidiana. Fue hallada cerca del lago Buenos Aires (Nº 623 de dicho museo).

Una impresión semejante se obtiene de la consideración del material publicado por R. VERNEAU (1903, v. lám. XII), donde la mayoría de las puntas de flecha sin pedúnculo provienen del río Negro.

Pasando a las posibles correlaciones con las regiones situadas al norte del Neuquén, detengámonos un momento en la provincia de Mendoza. Ya hemos aludido a la falta de material publicado de su zona meridional. Estudios recientemente efectuados por el Instituto de Arqueología y Etnología de la U.N.C. nos han mostrado la existencia de gran cantidad de puntas de flecha provenientes del dpto. Malargüe, y su semejanza con las del centro y norte del Neuquén. La carencia de pedúnculo es casi absoluta. Cerca del centro de la provincia, el cementerio de Viluco (fecha en la segunda mitad del siglo XVII, según los datos de BOMAN) ha proporcionado seis magníficas puntas de flecha de calcedonia, sin pedúnculo, de forma sagitada. A pesar de la superioridad en su confección, muestran cierto aire de familia con las del área neuquina septentrional (v. BOMAN, 1920, pp. 519-521). Dicho autor afirma a su vez, su analogía con algunas de la provincia de Buenos Aires. MÉTRAUX, en la lámina X de su publicación de 1929, ilustra 9 puntas de flecha provenientes de Luján de Cuyo y de Viluco. Prescindiendo de la primera (que muestra cierta analogía con las puntas Ayampitín), las demás, de tamaño mediano-pequeño, son muy semejantes a las del centro-norte del Neuquén. Además, son de obsidiana en proporción mayor de la mitad. L. M. TORRES (1923, p. 302) menciona el hallazgo de "tres puntas de flecha sin pedúnculo, triangulares, de base cóncava, de rocas diversas", asociadas a fragmentos de cerámica negra y roja, procedentes del cementerio del Cerro de la Sepultura, que se sitúa a unos 75 Km. al sur de Viluco.

Más hacia el SE. de la misma provincia, el paradero situado en el manantial de Cochicó proporcionó 33 puntas de flecha, de las cuales 26 carecen de pedúnculo. Es de notar, sin embargo, que tanto en el

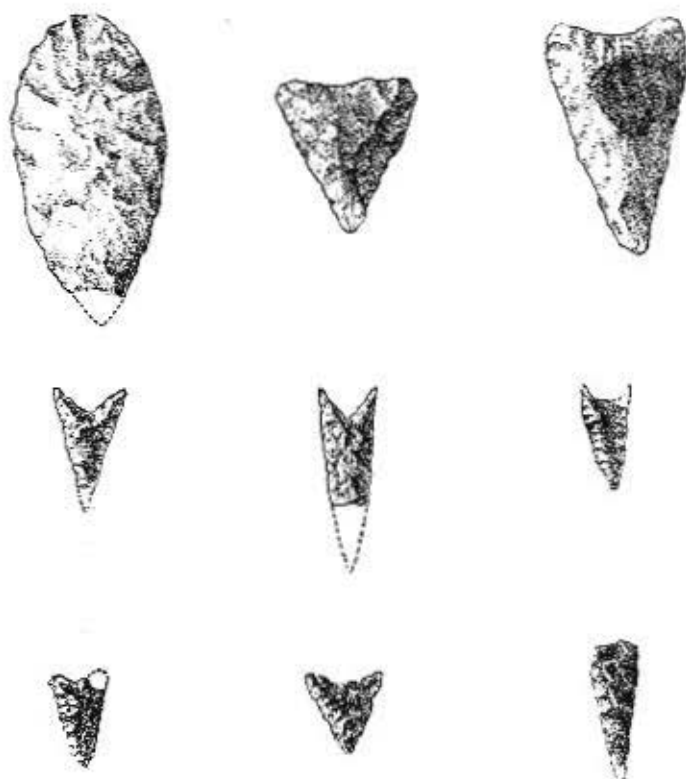


FIG. 29 - Punta de lanza de Chacay-Melehue (arr. izq.), puntas de flecha de Chos Malal (arr. centro y der.), y puntas de flecha de La Rinconada. A $2/3$ tam. nat. Col. IAE. (Dibujos V. O. Agüero Blanch).

material como en forma y dimensiones se acercan más a las patagónicas de dicha clase, que a las del centro y norte neuquino. Tampoco hallamos las piezas de base ampliamente escotada como algunas de las halladas en el extremo norte; por otra parte, un solo ejemplar es de obsidiana (OUTES, 1906, pp. 280-284).

De cualquier modo, queda el hecho fundamental del predominio de las puntas sin pedúnculo en todo el territorio mendocino relativamente cercano al Neuquén. Generalizando, PALAVECINO ha establecido recientemente un área arqueológica que se extiende desde el centro de Mendoza hasta el río Colorado, a lo largo de los ríos Atuel y Salado. Sus yacimientos se caracterizan "principalmente por la presencia de puntas de flechas de pequeño tamaño y finamente talladas" (PALAVECINO, 1948, p. 43).

Pasando al norte de dicha provincia, algo mejor estudiado, se nos presenta una situación semejante. De las 16 puntas de flechas dadas a conocer recientemente por VIGNATI de la colección proveniente de la XXIª Expedición del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, efectuada hace unos 30 años a la región de las Lagunas de Guanacache, sólo dos tienen un esbozo de pedúnculo, siendo éstas de un tipo muy distinto del frecuente en la Patagonia. Se asemejan a algunas que aparecen en el NO. argentino y en Chile. Lo mismo sucede con algunas de las que no poseen pedúnculo, de fuerte escotadura basal; en cambio, otras presentan analogía con algunos tipos neuquinos, si no en el material en que están confeccionadas, sí en tamaño y características generales (VIGNATI, 1953 a, I, lám. VII). Estos y otros ejemplos (p. ej. RUSCONI, 1941 b, cit. por R. GONZÁLEZ, 1952, p. 123; MÉTRAUX, 1929, fig. 39), nos llevan a considerar a esa zona cuyana como lugar de cruzamiento de distintas influencias tecnológicas, así como a vislumbrar un área más amplia, cuyano-neuquina, ocupada por una peculiar industria flechera caracterizada por la falta de pedúnculo.

Más al norte, las técnicas difieren un tanto para ambos grandes tipos, que allí se yuxtaponen. En el área puntano-cordobesa, prescindiendo de las antiguas y características puntas "Ayampitín", dadas a conocer por A. R. GONZÁLEZ en un importante trabajo preliminar (1952) —las que no he visto en las colecciones del Neuquén examinadas—, aparecen a veces puntas de flecha de mediano tamaño, un tanto toscas, que muestran semejanza con los tipos más comunes del centro-norte neuquino (GONZÁLEZ, 1949, fig. 6, Nos. 1, 2, 3 y 8; APARICIO, 1928, fig. 13, fila superior). Pero su valor diagnóstico se resiente por la gran cantidad de puntas de otro tipo, con y sin pedúnculo, que asimismo habrían sido usadas por los antiguos comechingones.

Entre las puntas de flecha brindadas por el Norte argentino hay una pequeña serie que merece nuestra atención, por dos razones. La primera, por el hecho de no poseer pedúnculo, siendo en forma y tamaño semejantes a muchas de las que se hallan en el Neuquén en el área de la obsidiana; además, en este mismo material se hallan confeccionadas 7 de las 9 piezas publicadas (v. SALAS, 1945, pp. 246-248). La segunda, porque algunas, halladas en una sepultura humahuaca, nos dan una visión directa del enmangado de estas piezas, que sin duda puede aplicarse a la mayoría de las puntas carentes de pedúnculo. Transcribiremos el párrafo descriptivo correspondiente: "En el extremo

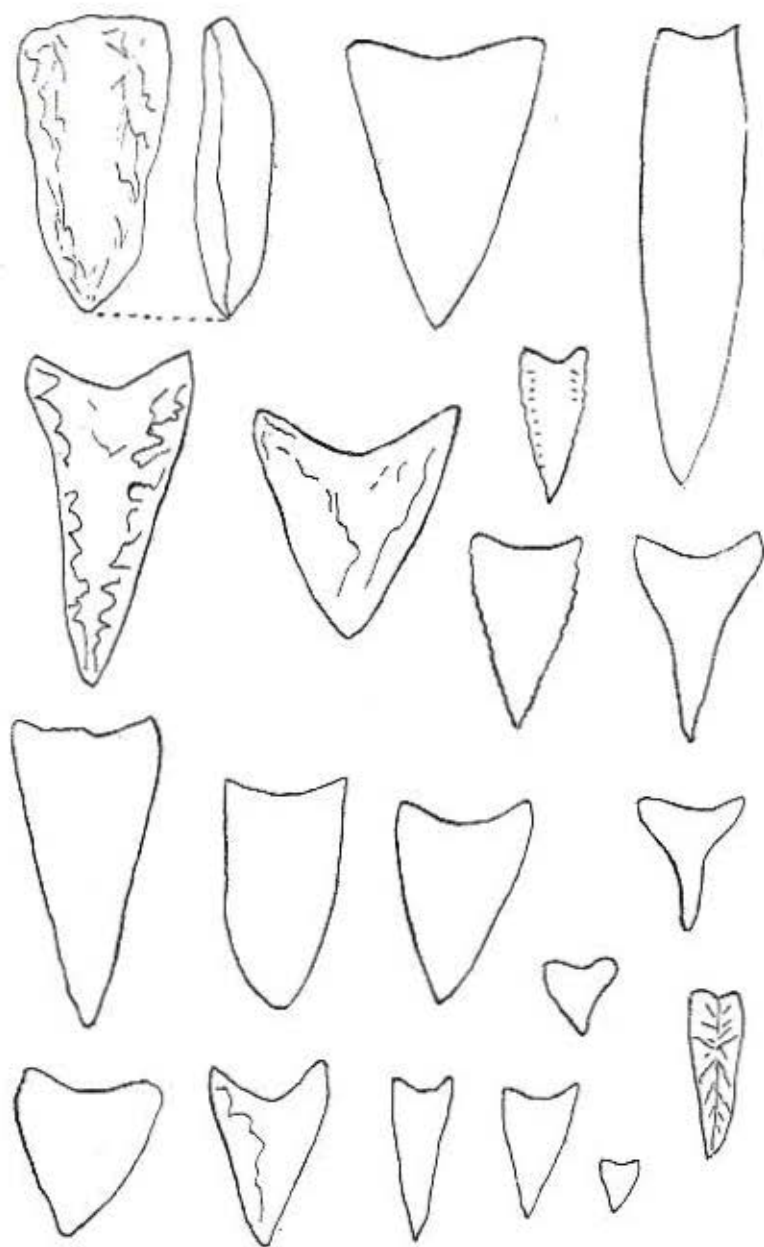


FIG. 30 - Puntas de proyectiles, provenientes de *Tricao Malal* y alrededores. En la mitad inferior se representan esquemáticamente tipos característicos. Centro, derecha: dos perforadores tipo "muleta". Aprox. $\frac{2}{3}$ del tamaño. Colección Antonio Della Chá, *Tricao Malal*.

apuntado del ástil, que es macizo, de sección circular, de escaso diámetro, se ha realizado una incisión en la cual se ha introducido la punta de flecha. Para asegurar la inserción parece que se ha usado alguna resina o sustancia semejante, que aún alcanza a advertirse. Uno de los pequeños fragmentos de vástago conserva vestigios de pintura roja. Es posible que estas piezas fueran del mismo tipo que las ya conocidas de la puna jujeña y de Atacama, que es también el hallado en el yacimiento de Los Amarillos, vale decir, compuesto de dos partes, la inferior por una madera medulosa o caña, y la superior, en cuyo extremo se inserta la punta, de madera maciza. Ambas partes se enchufaban" (Op. cit. pp. 246-247)⁶. Permanece sin variantes el comentario del autor citado: "Hasta el momento es relativamente escasa la cantidad de puntas de flecha publicadas del N.O. argentino. Creemos que ha de ser grande, sin embargo, la serie que se conserva inédita en los museos. Esta falta de publicación hace difícil, por el momento, la determinación del tipo de punta dominante en las diversas regiones del N.O. argentino" (op. cit., pág. 248). Y por lo tanto —agreguemos—, su comparación con las halladas en los territorios meridionales.

Lo mismo pasa en Chile. Prescindiendo de la poco explorada región central, la mayoría de las puntas de flecha que se hallan en gran cantidad en las provincias de Coquimbo y Atacama —especialmente en la costa pacífica—, parecen ser estrechas y alargadas, de forma elíptica, o también con un pequeño pedúnculo (CORNELLY, 1952, p. 246). No hay mayor relación con el Neuquén. Algunos hallazgos del interior muestran, en cambio, mayor analogía ("el común de las flechas, 3-6 cm., pertenece al tipo amigdalico o triangular isósceles, de base recta y de elaboración bifacial", IRIBARREN CHARLIN, 1951, p. 142).

En el nivel correspondiente al "segundo período pre-agrícola" de los conchales de Arica y Pisagua, se hallaron puntas triangulares de base cóncava, aunque es casi igualmente abundante un tipo de punta con aletas y pedúnculo estrecho, posiblemente para flechas, según BIRD (1946 b, p. 539). Dichas formas deben ser relacionadas antes con el área andina que con la neuquino-patagónica. Algunas de sus formas reaparecen, en cambio, en los conchales del sur de Chile continental.

⁶ También de la provincia de San Juan se conoce un hallazgo de punta carente de pedúnculo aún ajustada al ástil, "utilizando mástique o resina y luego fibras especiales —posiblemente de nervio de guanaco— para conseguir de esa manera mayor seguridad" (DEBENEDETTI, 1917, pp. 27-28). Cita luego otros hallazgos semejantes (N. de Chile y litoral patagónico) que muestran el mismo procedimiento.

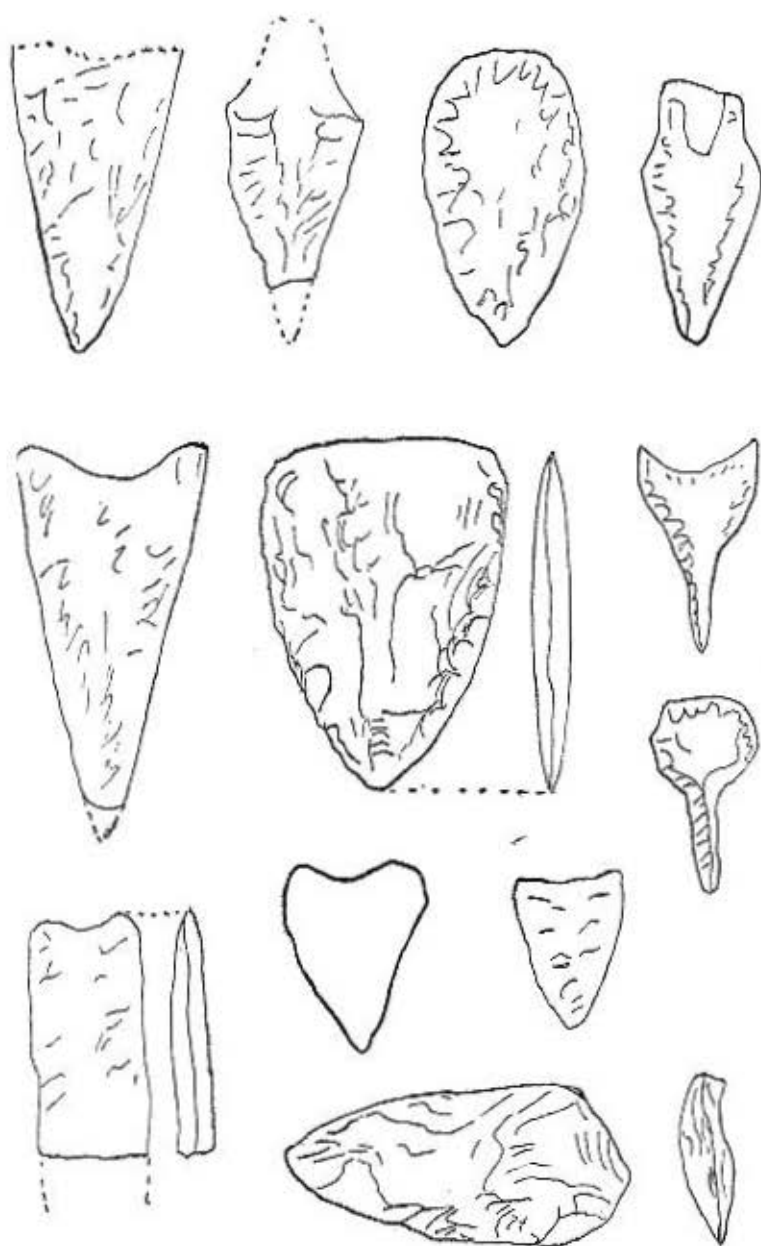


FIG. 31 - *Departamento Zapala*. Puntas de proyectiles, perforadores, cuchillo (abajo, a la derecha). $\frac{2}{3}$ tam. nat. Colecc. Dr. O. Pesqueira, Zapala.

J. T. MEDINA ilustra algunas de las mismas (1882, figs. 46-64, reproducidas por LATCHAM, 1928 a, fig. 33, p. 156), que con las que reproduce este último de Tirúa (1928 a, fig. 34, p. 160) constituyen algunas de las escasas documentaciones de este elemento cultural para el área araucana. Al lado de unas puntas estrechas, con bordes aserrados y generalmente con pedúnculo, de notable factura (que muy raramente aparecen al oriente de los Andes), vemos en la ilustración últimamente citada varias formas carentes de pedúnculo, de base levemente cóncava, que hacen recordar a un tipo frecuente en el centro-norte del Neuquén. Ello era de esperar, dadas las comunicaciones que de antiguo hubo entre ambas zonas. En el estado actual de los conocimientos, no sería imposible que estas formas chilenas provinieran de influencias cuyano-neuquénicas.

Investigaciones recientes en Chile central (cementeros antiguos de Las Cenizas, Papudo, etc.) nos indican que allí predominaron igualmente las puntas de flecha carentes de pedúnculo, en basalto y obsidiana. El Museo Fonck de Viña del Mar conserva algunas finas piezas procedentes de Quilpué.

Como piezas de excepción, aparecen en el Neuquén puntas de lanza grandes y bien trabajadas, como las halladas en la zona de Chos Malal, Zapala y del lago Huechulafquen, provistas de un corto y ancho pedúnculo. No conocemos las condiciones de hallazgo.

Addenda

Con respecto al problema de la adjudicación étnica de las puntas de flecha del centro y norte del Neuquén, he tenido conocimiento de un dato aportado por Alberto Rex González y basado en uno de los documentos publicados por FERNANDO MORALES GUÑAZÚ, *Primitivos habitantes de Mendoza*, Mendoza 1938. Se trata del titulado "Sobre la muerte del Cacique Currilipy" [Curripily], año 1792, pp. 238-239, en donde un informe firmado por el Comandante de Fronteras y Armas D. José Francisco de Amigorena habla de un ataque contra los Pehuenches por parte de "Huiliches, Ranquilches, Mameliches de los llanos y Pichipuelches". La lucha se produjo "en las orillas del río Regñilebuy en donde los enemigos le avian acometido con mucho ardor y causando mucho estrago los Pichipuelches *con sus flechas, armas nunca vistas entre los Pehuenches* que por su violencia les avia causado mucho temor porque se asemejaban a nuestras armas de fuego que no

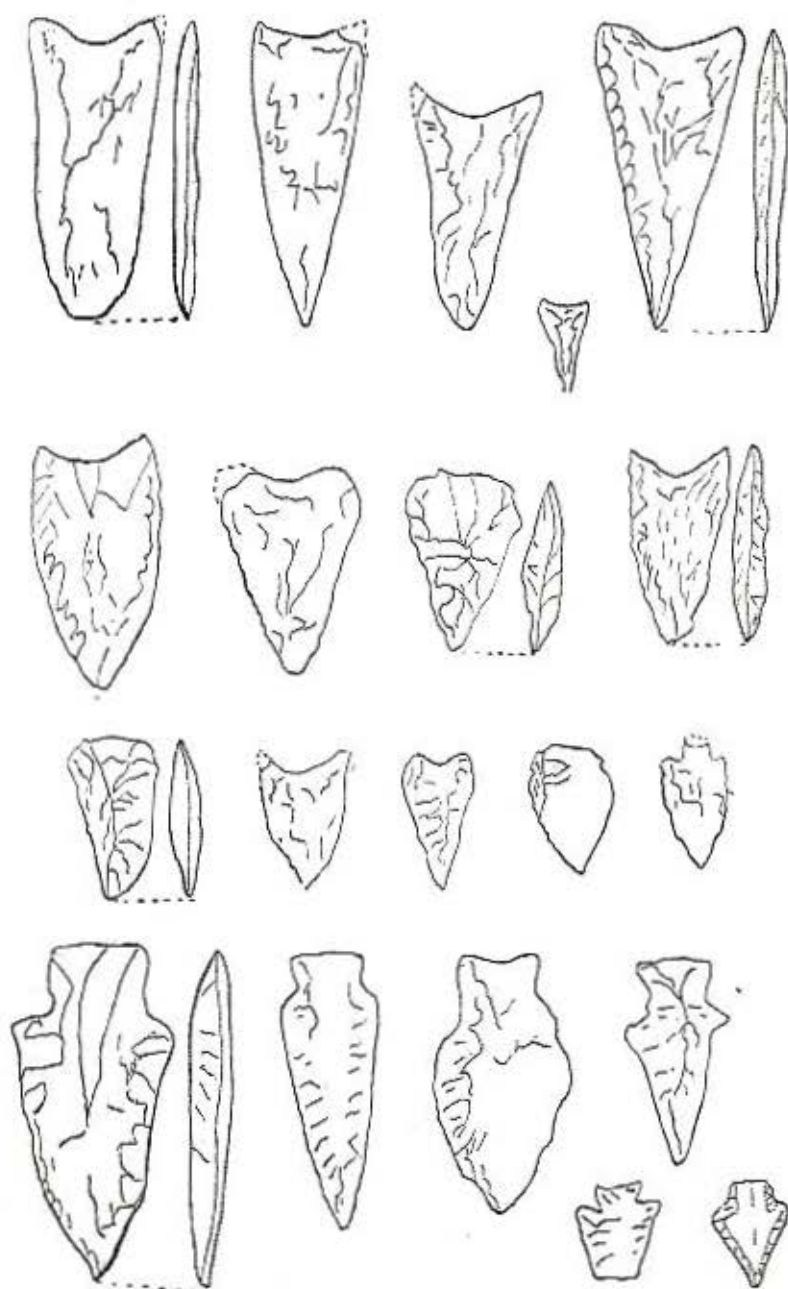


FIG. 32 • Puntas de proyectiles de la zona de San Martín de los Andes. $\frac{3}{5}$ tam. nat. Colección B. Koessler-Ilg, San Martín de los Andes.

reservaban ni aun a las mujeres, y niños...". Aún suponiendo que el grupo —se componía de sólo "200 indios armados"— habitase en la zona norte del Neuquén⁷, y que el río citado fuera el Reñileuvú (afluente del Neuquén), ello no tiene por qué impedirnos el atribuir la mayoría de las puntas neuquinas y del sur de Mendoza al conjunto de pueblos llamados "primitivos montañeses" por Canals Frau y cuyos dos grupos principales eran los "puelches" (de Cuyo o algarroberos) en Mendoza y los "pehuenches" en el Neuquén, antes de su araucanización a partir del siglo XVII. La misma provocó en estos últimos diversos cambios culturales (v. e. o. las publicaciones sobre el tema de VIGNATI, SERRANO, CANALS FRAU), entre los que seguramente se hallaba la pérdida del arco y la flecha. Los aquí llamados "Pichipuelches", "pequeños puelches", pudieron en cambio ser gentes que supieron conservar dicha arma. (V. cap. V del presente trabajo).

Otros instrumentos de piedra tallados: raspadores; lascas, láminas y cuchillos; perforadores y puntas; martillos y bachas; núcleos y esquirlas; etc.

Según puede verse en la lista de hallazgos, son muy raras las piezas de este tipo que se encuentran en las colecciones. Esto no es de extrañar, dada la forma en que éstas se formaron. Por otra parte, estos artefactos no poseen una tipología tan definida como las puntas de flecha; por ello, nos constreñiremos a una breve mención general de los mismos. Prescindimos de sus posibles relaciones con los hallazgos extraneuquinos, las cuales sin duda han existido, especialmente con el área pampeano-patagónica.

De los *raspadores*, deben mencionarse ante todo 25 ejemplares provenientes de la zona de la antigua Balsa del río Agrío y de Pilmatué (*Hallazgos*, pp. 38 y 42), muchos de los cuales tienen formas bien caracterizadas. La forma básica es el *thumbnail*.

Otros fueron hallados a orillas del lago Huechulafquen por F. de APARICIO, los que según su descripción son de grandes dimensiones. El mismo ilustra también dos pequeños "raspadores en punta de lasca", y dos "puntas-raspadores" de buena factura.

Dos interesantes raspadores de forma aproximadamente circular,

⁷ En realidad, a partir de mediados del siglo XVIII el centro de gravedad de los "pehuenches" se hallaba más bien en el sur de Mendoza, como siguió siendo en los tiempos de San Martín (ver por ejemplo mapa del cronista Molina, hacia 1760, reproducido en VIGNATI, 1940, p. 89; también VIGNATI, 1953 a; SERRANO, 1947, p. 161).

finamente retocados, fueron hallados por VIGNATI en las inmediaciones del enterratorio de la Misión jesuítica de principios del siglo XVIII, en la margen norte del lago Nahuel Huapi. No es segura su contemporaneidad con la Misión. Cabría asignarlos al tipo 2º de OUTES, "en herradura", que este autor consideró como el más abundante en la Patagonia (1905, p. 325). Piezas semejantes, denominadas "thumbnail scrapers", describe BIRD provenientes de la cultura IV magallánica, y de la antigua "shell knife culture" de los canales fueguinos (1946 a, láminas 10 y 11, abajo, respectivamente). Sin embargo, los mencionados ejemplares neuquinos muestran una mayor perfección del trabajo. Este tipo de raspador se utilizaba enmangado; la técnica empleada por los tehuelches del siglo pasado es ilustrada por OUTES (1905, p. 338), como ya lo hiciera anteriormente MUSTERS.

Algunos raspadores se hallan entre los objetos del sector norte recolectados por ARAMENDIA (ver figs. 15, 18 y 19); también considero como tal a una pieza de la estancia "Santa Isabel". Es de un tipo alargado, distinto de los anteriores, y algo rudo (*Hallazgos*, p. 59).

El nivel más antiguo del Cementerio del Limay (VIGNATI, 1944, V) proporcionó tres raspadores, espesos y de formas algo anómalas. Además, dos láminas-raspadores, de sección triangular. El aspecto de estas piezas no permite relacionarlas fácilmente con los períodos culturales hasta ahora reconocidos. En el nivel siguiente (4º desde arriba) los tres raspadores hallados son de menor tamaño, poseyendo finos retoques secundarios: uno es doble, o bipolar. También es de excelente factura la serie de láminas-raspadores; uno de estos ejemplares tiene igualmente retoques en ambos extremos.

Del tercer nivel se extrajo sólo un raspador discoide, algo espeso pero con retoques secundarios. Hay, además, una buena lámina-raspador. Los dos niveles superiores proporcionaron varios ejemplares de forma aproximadamente oblonga, de tamaño relativamente pequeño. Hay también láminas y puntas-raspadores.

Como se ve, excepto el aspecto algo arcaico de los ejemplares del primer nivel, no pueden utilizarse estos instrumentos para un diagnóstico cultural o cronológico.

La función de los raspadores ha sido claramente definida por el meritorio autor de "La edad de piedra en la Patagonia": "Sirvieron... para despojar las pieles de los animales que cazaban, de las adherencias carnosas y en especial de las partes grasas; cuando el cuero se destinaba a la confección de correas, etc., se hacía desaparecer con aquéllos el

pelaje exterior, aunque también se utilizaban para arrancar el periostio de los huesos que tallaban" (OUTES, 1905, pp. 337-338).

Escasas son también las piezas que se designan comúnmente como *láminas, lascas, y cuchillos* (las primeras no presentan retoques secundarios; las segundas suelen tenerlos, toscas y espesas; los últimos son de formas mejor definidas, presentando un cuidadoso tallado). Entre el material del área centro-norte del territorio puede reconocerse algunos toscos *cuchillos* (figuras 9, 12, 13, 14, 16, 18, 19 y 20), así como *láminas* y *lascas* poco caracterizadas. En el conjunto publicado por SERRANO (1934) figuran 7 *cuchillos*, del tipo 5° ("asimétrico") de la clasificación patagónica de OUTES. Tienen en su mayoría forma de triángulo escaleno. El tipo asimétrico se halla ampliamente representado en las regiones costeras de la Patagonia (OUTES, p. 363).

F. de APARICIO (1935 a) también describió un corto número de *cuchillos*, a los que agrupó en dos clases: de finos retoques, y de talla grosera, respectivamente; pero no se conoce su procedencia. Como instrumento de esta clase puede considerarse una pieza de la colección Pesqueira (fig. 31).

Un magnífico *cuchillo* de grandes dimensiones posee el Museo Etnográfico, procedente de Aguada de la Bruja (fig. 34). Descuellan, por su tamaño y factura, algunos de los *cuchillos* de la colección Alemandri, sobre todo uno de Chos Malal, de 11 cm. de longitud y doble filo, y otro magnífico ejemplar ovoide de dos puntas, procedente de Trahuncura. Conocemos, en fin, un *cuchillo* de regular tamaño y factura, de la zona de San Martín de los Andes, y dos provenientes de la estancia Jones (norte del lago Nahuel Huapi), de forma triangular y buena factura (*Hallazgos*, pp. 95 y 99, resp.).

De interés son las bellas y delgadas *láminas* extraídas del nivel más bajo del Cementerio del río Limay, por ser allí el elemento predominante. Son en su mayoría de sección triangular y poligonal (ver VIGNATI, 1944 V, láms. IV y V). Se mencionan también 8 *lascas*, poco caracterizadas. También el nivel siguiente proporcionó una serie de *láminas*, semejantes a las anteriores. Los ejemplares más notables son: una muy pequeña y estrecha, y una "de tipo auríacense", de sección triangular (Op. cit., fig. 4, y lám. VI, N° 9, respectivamente). En los tres niveles siguientes continúa esta clase de artefactos, de formas variadas y dimensiones más bien pequeñas.

De apariencia tosca y poco caracterizada es la pequeña *lámina* hallada cerca de la antigua Misión del lago Nahuel Huapi; es de obsidiana (VIGNATI, 1944 I).

Los usos, tanto de láminas como de cuchillos, debieron ser múltiples. Las primeras, según OUTES, "se han utilizado como instrumentos cortantes, cuchillos, etc., representando, desde luego, el tipo más primitivo de la mencionada clase de utensilios" (1905, p. 319). No cree este autor "que las láminas patagónicas se hayan usado enmangadas; seguramente se tomaban con los dedos de la mano derecha o izquierda" (op. cit., p. 320). De los cuchillos, algunos tipos habrían estado enmangados; no así otros (op. cit., pp. 365-366).

Los perforadores, mucho más raros que las puntas de flecha, se hallan sin embargo con cierta abundancia en las colecciones, ya que son muy buscados por los recolectores. El perforador es un elemento típicamente patagónico; uno de sus centros más importantes parece hallarse en el territorio de Río Negro, a juzgar por los ejemplares que se hallan en el Museo de la Patagonia (Nahuel Huapi). Los hallamos igualmente en gran número en la zona meridional del Neuquén; menos, en el norte. De aquí conocemos tres ejemplares de Muluchencó (fig. 19), correspondientes a los tipos 5º y 7º de OUTES (1905, pp. 348-349). Del cercano Pilmatué provienen tres ejemplares de tamaño mediano, correspondientes dos de ellos al tipo 7º o de base ancha y cóncava (frecuente en el norte de Patagonia, hallándose también en el S.E. de Mendoza: OUTES, 1906, p. 285). El otro es, en realidad, una "lanceta", semejante a algunos de los "sangradores" que abundan en el territorio de Río Negro, según puede verse en el Museo Nahuel Huapi. De la misma localidad provienen tres buenos perforadores tipo "muleta", con punta redondeada (Hall., p. 42). También conocemos hallazgos de Las Lajas y, en tipo distinto, de Tricao Malal (Ibid., p. 13).

De la zona central tenemos los dos magníficos perforadores ilustrados en la figura 31, que corresponderían igualmente a los tipos 7º y 5º, aunque son de tamaño algo mayor.

La serie más interesante proviene de la región de San Martín de los Andes (Hallazgos, pp. 93 y 95, fig. 33). También son de tamaño relativamente grande, y sus tipos difieren bastante de los establecidos por OUTES en base al material meridional.

De bella factura son los tres ejemplares provenientes de las cercanías del lago Trafal; el cuerpo es cuadrangular o redondeado, con larga punta, o corta y delicada (Hallazgos, pp. 104 y 105). El ejemplar citado en primer término muestra gran semejanza con uno de los hallados en Cochicó, en el S.E. de Mendoza (OUTES, 1906, pp. 278-279).

De gran interés resulta una pieza que he considerado dudosamente como perforador, proveniente de la estancia Jones, cerca del nacimiento

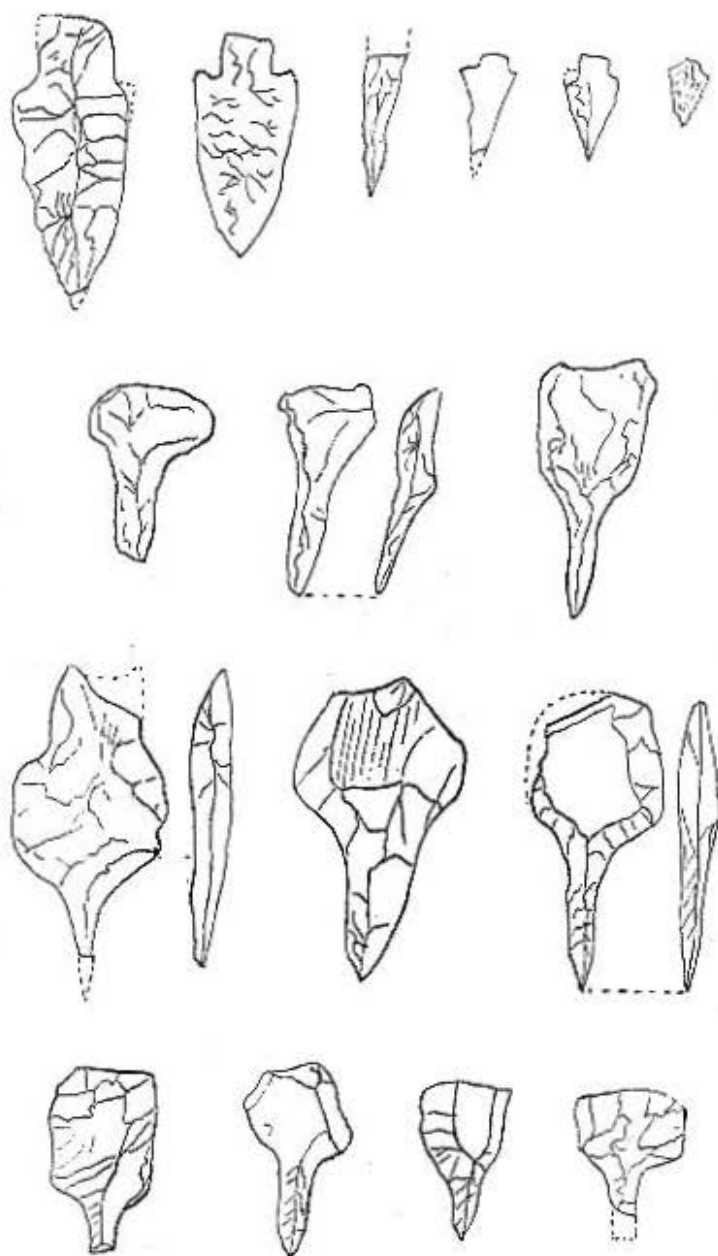


FIG. 35 - Puntas de flecha y perforadores de la zona de *San Martín de los Andes*; $\frac{3}{8}$ tam. nat. Colecc. B. Koessler-Ilg (mitad superior), y C. González (mitad inferior), de San Martín de los Andes.

del río Limay (*Hallazgos*, p. 99); presenta gran similitud con un único ejemplar descrito por OUTES (1905, pp. 371-372), del curso medio del río Deseado. Este autor lo considera un "instrumento para hendir", dada la filiosidad que presenta el borde superior de la cabeza. Formas semejantes son también llamadas "puntas de flechas romas".

Finalmente, notemos el hallazgo de un perforador en el nivel IV (penúltimo desde arriba) del Cementerio del Limay (VIGNATI, 1944 V, p. 132). Es de armoniosa factura, y de tipo análogo a algunas de las piezas halladas en la región de San Martín de los Andes. No parecen haberse hallado piezas de este tipo en los demás niveles del yacimiento.

Los perforadores se empleaban para "agujerear las pieles a fin de que luego pudieran atarse los tendones de guanaco"; otros usos secundarios serían "perforar los huesos trabajados, los pequeños discos de valvas de molusco que servían para collares, las alfarerías que presentan agujeros de suspensión y los pequeños fragmentos de rocas relativamente blandas que se destinaban a collares o para pesos del huso" (OUTES, 1905, p. 350). Este mismo autor cree que algunos pudieron haberse utilizado con empuñadura.

Una variante de los perforadores serían los ya mencionados "sangradores", llamados así por haber sido, al parecer, utilizados por los indígenas para practicar sangrías. Los que he visto en el Museo de la Patagonia (sin procedencia) son alargados y algo espesos, sin ensanchamiento basal, o apenas pronunciado. Piezas semejantes procedentes del litoral atlántico describe OUTES, llamándolas "lancetas" (1905, pp. 370 y 494).

Las *puntas* son instrumentos de factura más primitiva que los perforadores, y pudieron haber servido en parte para usos semejantes. Ejemplares grandes y toscos hemos visto provenientes de la región centro-norte del Neuquén (figs. 10, 16, 19, 20, 21). También existen en el territorio, como hemos dicho, puntas-raspadores, y además, las *puntas* de buena factura, tal vez usadas para proyectiles, de los niveles inferiores del Cementerio del Limay, las que hemos comentado junto con las puntas de flecha. Otras puntas de gran tamaño aparecen en Zaina Yegua, y en otros lugares indeterminados del Neuquén.

También ha sido mencionada la existencia de *martillos* y *bachas toscas*. Cabe mencionar, como martillos, a los dos ejemplares considerados como tales por APARICIO (1935 a, p. 55). El más caracterizado, proveniente del lago Huechulafquen, tiene forma pentagonal, con suaves hoyos sobre las superficies principales, que demuestran que el instrumento se tomaba directamente con las manos.

Grandes y toscos instrumentos, en parte dudosos, fueron hallados recientemente por el Dr. Escalada en la zona de Espinazo del Zorro (dto. Catan Lil), en las cercanías de un nuevo e interesante grupo de petroglifos.

Difícil resulta comprobar el uso a que estaban destinadas las hachas talladas. Como muchos integrantes del instrumental "de tipo paleolítico" tratado a principios de este capítulo, el mismo debió ser múltiple. El autor antes citado describe algunos interesantes ejemplares, pero no indica el lugar de hallazgo. Poseen retoque monofacial, y su tamaño no es muy grande (*Hallazgos*, p. 116). En las salinas de Truquico se han encontrado piezas semejantes. Dos grandes ejemplares de Las Salinas (Pichi-neuquén) podrían ser considerados como martillos, así como otros de Muluchencó y Pichayhué (fig. 18).

Como se ve, son escasas las piezas conocidas. Sin duda, mucho material ha sido pasado por alto por los coleccionistas.

Finaliza nuestra reseña de esta clase de material lítico tallado con la mención de los *núcleos* y las *esquirlas*, de las que existen amplios lotes en el Museo Etnográfico. Como se sabe, los primeros son piezas anchas y gruesas, que podrían calificarse como "negativos" instrumentales, ya que son fragmentos pétreos de los cuales los hábiles indígenas extraían la materia prima para la ulterior confección de las flechas, cuchillos, perforadores, etc. Algunas veces fueron luego empleados como verdaderos instrumentos. Como en la Patagonia, este tipo de artefacto se halla en todos los paraderos y talleres, asociado a menudo a multitud de *esquirlas*, como comúnmente se designan a los fragmentos, generalmente delgados y amorfos, que son el producto desechado del trabajo sobre piedra. Pueden ser tanto instrumentos fallidos, o simples escamas. Su tamaño es muy variable. El valor tipológico de estos objetos es, naturalmente, nulo; su valor reside en ilustrarnos acerca de la existencia de algún establecimiento humano, y del proceso de fabricación de algunos instrumentos. Se ilustran algunos de los núcleos hallados en la zona central del Neuquén (figs. 12-14, 16-18, 20).

Faltan, hasta ahora, hallazgos de *buriles* y de *sierras*, como los que proporcionara la Patagonia meridional en escasísimo número (OUTES, 1905, pp. 352-354, y 342-345 y 492, respectivamente). Si, como opina este autor, los buriles fueron utilizados para los grabados sobre roca, sin duda han de haber existido dichos instrumentos en el territorio neuquino, tan rico en petroglifos.

Tampoco he hallado las que OUTES considerara puntas de arpón

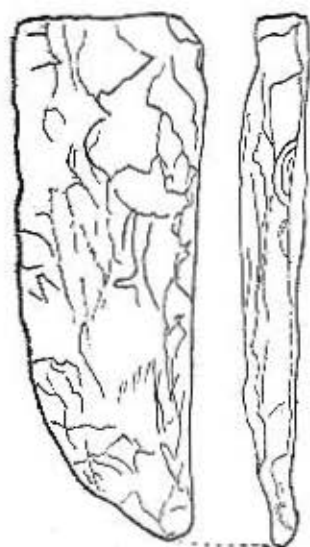
(op. cit., pp. 413-417), que más probablemente son un tipo especial de perforadores. Se han hallado en zonas cercanas de Río Negro.

Existe, en cambio, en la mitad meridional del Neuquén y occidental del Río Negro, un instrumento *sui generis*, al parecer desconocido en el resto de la Patagonia. Nos ocuparemos del mismo a continuación.

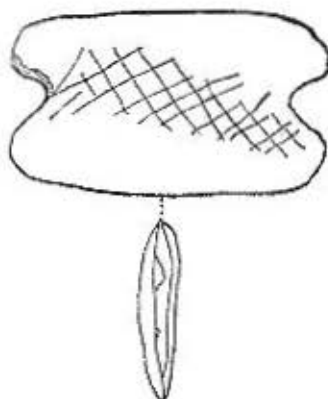
Instrumentos "tipo Trafal".

Según puede verse en las descripciones particulares, trátase de artefactos lamináceos, generalmente bien tallados en ambas caras, o en una sola. Su característica consiste en que su contorno (cuadrangular o elíptico) se halla interrumpido en cada extremo por una escotadura más o menos amplia, triangular o redonda (ver fig. 59). Conocemos piezas de los siguientes lugares del Neuquén: Las Coloradas, mitad de camino entre San Martín de los Andes y el lago Lolog, Vega Maipú, Paso Flores, dos piezas sin procedencia, aunque probablemente del Depto. Lacar, dos del lago Trafal, río Trafal, abrigo cercano al Limay superior, y una sin procedencia, probablemente de la zona del lago Nahuel Huapí. Piezas semejantes exhibe el Museo de la Patagonia provenientes del territorio de Río Negro, a saber: una del Dpto. Pilcaniyeu, zona río Limay (Nº 999) y cuatro que habrían sido adquiridas "de un Cacique, a unas 20 leguas de la localidad de Clemente Onelli para adentro" (entre otros toscos artefactos líticos), Nº 592-595 (col. E. A. Artayeta). Una pieza distinta, aunque emparentada, es la piedra discoidal con dos muescas de la zona de Pino Solo, al O. de Las Lajas (Hall., p. 45). Tenemos, pues, 11 ejemplares del Neuquén, y 5 de la región subcordillerana de Río Negro, formando un área unida. Trátase de una creación ergológica propia, ya que no se conocen hallazgos de este tipo ni para Chile ni para el resto de la Patagonia.

Su uso es desconocido. VIGNATI supone, sobre la base de los tres ejemplares que publica en 1944 (VII, pp. 158-160) —únicos que recogía la literatura arqueológica hasta ahora—, que fueran *raederas*, con la función especial de "fabricar arcos y astiles, estando dedicadas las escotaduras al trabajo de raer calibrando los astiles para flechas" (op. cit., p. 159). Ahora bien, de las piezas que aquí presentamos, algunas poseen un filo bastante pronunciado en uno de sus bordes mayores, generalmente algo menos curvo que el opuesto. Por otra parte, no todas las escotaduras tienen retoques, ni filo capaz de producir aquel trabajo. Por eso, al posible carácter de *raedera* (algo dudoso a mi sentir), debemos agregar el de *cuchillo*. En cambio, creo



Cuchillo (MEBA, 28/132)

Punta de lanza
(Col. Pesqueira)Instrumento de tipo
"Traful", con sencil-
los grabados.

Raedera

FIG. 34 - Objetos provenientes de *Aguada de la Bruja*, y *Rio Catan Lil* (arriba), y de la zona de *San Martín de los Andes* (abajo), estas últimas de la colección B. Koessler-Ilg. $\frac{1}{2}$ tam. natural.

que no puede tomarse en consideración la hipótesis expresada en las fichas del Museo Regional Lanín, que califican a estos objetos de "lanzaderas para el telar"⁸.

Frente a todas estas hipótesis, hay un hecho que nos plantea un interrogante. Conocemos dos piezas que, teniendo la misma forma y dimensiones de los instrumentos "tipo Trafal", son verdaderas *placas grabadas* (v. más abajo). La primera presenta un sencillo motivo de líneas entrecruzadas (Hall., p. 92; fig. 34, abajo), y la segunda, combinaciones algo más complicadas, pero también geométricas (Hall., p. 84; SERRANO, 1947, fig. 131, derecha). Ambas proceden de las cercanías de San Martín de los Andes. En estos casos ha habido, naturalmente, un alisamiento más o menos natural o artificial de las caras principales. ¿Puede deducirse del hecho innegable de la falta de uso "práctico" de estas dos piezas, lo mismo respecto de las demás? Porque en verdad, su forma es demasiado simétrica para simples instrumentos tallados; siendo raederas, bastaría una sola escotadura —como sucede en dos piezas procedentes del sur del Neuquén: Valle Hermoso (Trafal) y zona de San Martín de los Andes (fig. 34, derecha)—, y siendo cuchillo, ambas estarían de más.

La cuestión no puede resolverse con las escasas piezas conocidas, obtenidas en forma casual. Si se llegaran a encontrar formas intermedias, quedaría justificada una opinión que aquí aventuro: estos objetos y las hachas "en ocho" patagónicas se hallarían emparentados, posiblemente por un origen común. La "idea", probablemente, vino del Norte, como puede verse con bastante evidencia en el hacha encontrada a orillas del río Pichi-Leufú (Curru-Leufú), muy cerca del límite con el Neuquén, publicada por OUTES (1905, pp. 455-456). Mientras que el carácter "sagrado" de la forma se mantuvo, dentro de sus peculiares evoluciones, en las grandes hachas —tal vez con un uso consiguiente para cavar fosas mortuorias, como quiere VIGNATI (1923 b), si bien la inhumación no es muy frecuente en la Patagonia—, en cambio en las piezas más pequeñas se habría producido una evolución hacia un instrumento práctico. Sin embargo, su carácter ori-

⁸ Aún otra explicación me proporcionó el Sr. AMADEO ARTAYETA: la de que eran hachas de combate, enmangadas a lo largo. Sin embargo, ni su forma ni su pequeño tamaño parecen adecuados para ello; por otra parte, no hay ningún asidero histórico o etnográfico que la abone. Creo más bien que mi gentil informante efectúa una confusión con las "hachas patagónicas" en 8, que habrían estado enmangadas de aquel modo según OUTES (1905, fig. 167; p. 462), aunque VIGNATI rebatió tal opinión (1923 b). Pienso que, si estos objetos fueron usados como *cuchillos*, pudieron hallarse provistos de alguna clase de enmangadura.

ginario no se habría perdido del todo; lo prueban los ejemplares que se convirtieron en placas grabadas, cuyo carácter mágico ha sido recientemente reiterado sobre las bases firmes por BÓRMIDA (1952). No debe ser causalidad que el área de dispersión de las piezas "tipo Trafal" y la de las hachas patagónicas sean contiguas, superponiéndose en parte.

De cualquier modo, este elemento arqueológico es uno de los más interesantes y curiosos del territorio que abarca el Neuquén.

Objetos de hueso.

Salvo el material proporcionado por el Cementerio del río Limay, tan mencionado en estas páginas por ser el único punto del Neuquén estudiado estratigráficamente, no hay evidencias del uso del hueso para instrumentos en el territorio. Sea por la ineptitud de los coleccionistas, sea —como es, seguramente, la mayoría de los casos— por falta de conservación en los yacimientos superficiales. Ya he insinuado la posibilidad de una industria ósea que se hallara en su tiempo asociada a la ergología macrolítica del centro-norte del territorio; en el sur, comprobamos una limitada proporción de piezas óseas acompañando a la fina y arcaica industria lítica de los niveles inferiores de aquel Cementerio. En el nivel 5º (que, recordémoslo, se halla a una profundidad de entre 4,20 y 5,50 m.) figuran dos punzones, uno que debió tener unos 13 cm. de largo (se halla partido), y otro más pequeño, de 4,5 cm. de longitud; según VIGNATI, éste pudo estar enmangado. Ambos sufrieron la acción del calor de los fogones encendidos por los indígenas (VIGNATI, 1944 V, p. 128).

En el nivel IV, interesante por su variado material, aparecieron tres leznas, trabajadas en hueso de huemul (*Hippocamelus bisulcus*); se hallan muy bien pulimentadas, terminando en una punta aguda. Miden entre 79 y 105 mm de largo. (Op. cit., p. 133).

Del nivel III también hay una lezna, semejante a las anteriores y también trabajadas en un hueso de huemul (13 cm de largo) (Op. cit., p. 135).

Del nivel II se mencionan tres leznas, algo sumariamente trabajadas. Las longitudes se sitúan entre 54 y 85 mm. No se especifica la especie animal utilizada, pero es probable que sea el mismo huemul (op. cit., p. 136). El Nivel I brindó una sola lezna, mal conservada, de 10 cm de largo.

Instrumentos semejantes, pero en diferente asociación, fueron hallados en la célebre caverna de Ultima Esperanza, en Chile Meri-

dional. Por otra parte, una lámina espatular de hueso de unos 8 cm de largo (según puede colegirse de la fotografía, pues falta la descripción), hallada hace pocos años en estratos profundos de la misma cueva por D. HAMMERLY DUPUY (1948, lám. XVI, b), tiene una interesante semejanza con una "pichaña" o cuchara espatular para comer manzana, moderna, de la zona del Malleo (*Hallazgos*, p. 79). Una pieza parecida nos muestra BIRD en la figura 9, arriba, de su trabajo de 1946 (a), correspondiente al período I del estrecho de Magallanes (Toldense II de MENGHIN); también hay leznas de huesos de ave. El período II de aquel autor se caracteriza por el predominio de agujas y leznas de hueso, tanto de ave como de mamífero (op. cit., lám. 9, abajo): ello ha hecho suponer a MENGHIN la temprana existencia de una *facies* de la industria epiprotolítica del hueso en esas regiones (1952 c, p. 11). Del período III, en cambio, sólo se presenta un largo "raspador de hueso"; en el IV (Tehuelchense de MENGHIN) reaparecen instrumentos de hueso de varia clase, pero disímiles de las del Cementerio del Limay. Asimismo el numeroso instrumental óseo del período V, atribuido a los onas, muestra escasa analogía (BIRD, 1946 a, láminas 10 y 11, arriba). Lo contrario sucede con muchas de las piezas halladas por el mismo arqueólogo en los conchales del canal de Beagle, en donde abundan leznas al lado de otro material óseo, lítico y conchífero de los antiguos canoeros. En Chiloé, en cambio, los instrumentos de hueso escasean, faltando las leznas. En los conchales del centro y del norte de Chile, estos últimos investigados a fondo por BIRD, la industria del hueso es igualmente escasa, estando dedicada exclusivamente a los menesteres de la pesca. Faltan noticias de leznas y otros instrumentos semejantes.

Todo estos datos tienen en realidad un valor muy relativo, dada la escasa variabilidad tipológica que los artefactos óseos pueden presentar. Debemos, por ahora, conformarnos con comprobar la antigua existencia de la industria del hueso en algunos puntos de la provincia del Neuquén.

No dejemos de mencionar el arpón óseo hallado curiosamente en el extremo Norte del territorio, cuyo evidente carácter importado del ámbito de los canoeros magallánicos ya ha sido puntualizado por VIGNATI (1953 c).

*Bolas*⁹

La bola o piedra de boleadora es el elemento distribuido en el

⁹ Me adhiero a la opinión de Alberto REX GONZÁLEZ, en el sentido de que "sería de utilidad restringir el uso del término *bola* para el objeto puramente ar-

Neuquén con mayor amplitud espacial. Han sido hallados ejemplares en lugares de los que no conocemos aún otros hallazgos, ya sea en la zona cordillerana (lago Espejo), como en las llanuras orientales (depto. Confluencia). Las hay tanto en el extremo norte (Tricao Malal, Chos Malal, Buta Ranquil) como en las márgenes del Nahuel Huapi. A través de la lista de hallazgos podemos ver que su frecuencia es relativamente mayor en el área norte y oriental, que en la propiamente cordillerana. Llama especialmente la atención la escasez en los departamentos de Aluminé y Huiliches. Ello se explica: la boleadora es un elemento típicamente pampeano-patagónico, y no araucano.

Como es sabido, hay dos variedades principales de este peculiar elemento de arma arrojada sudamericana: la "bola" propiamente dicha (de boleadora, o bien "bola perdida" en caso de usarse sola), y la manija o manijera de boleadora. Esta es algo más pequeña y liviana, generalmente de forma ovoide más o menos pronunciada (piriforme), y a menudo con un hoyo o depresión en el polo superior. Las bolas patagónicas fueron distinguidas en cinco tipos por OUTES (1905, pp. 419-422); recientemente ALBERTO REX GONZÁLEZ efectuó, sobre la base de las colecciones del Museo de La Plata y del Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore de Córdoba una excelente división tipológica, en la que sólo objetaríamos el haber incluido las "manijas" dentro del grupo de las bolas sin surco (el hecho de conocerse boleadoras integradas por tres piedras piriformes, por lo demás muy poco frecuentes, no invalida la indudable desemejanza de éstas con las demás clases de bolas sin surco). En realidad —y prescindiendo de las "manijas"— la única división significativa parece ser la que se refiere a la presencia o a la ausencia de surco ecuatorial (en algunos casos, meridiano), ya que indica una diferencia en la técnica para su sostén. Las primeras son generalmente esféricas o achatadas (o a veces ensanchadas en los polos), mientras que las segundas tienden casi siempre a la esfericidad, al menos en las piezas que hemos visto del Neuquén. Las bolas provistas de surco se usaban con la cuerda directamente insertada en el mismo, mientras que las que carecían de surco debían ser "retobadas" en toda su superficie por medio de una pieza de cuero, de la cual pendía la cuerda hecha del mismo material. Numerosas boleadoras completas se conservan en nuestros días, y su uso persiste aún hoy en

queológico, es decir cuando se halla aislado, desprovisto de sus correas, tal como nos llega de las estaciones o yacimientos arqueológicos, a las que se denomina también "piedras de boleadora", y reservar el término *boleadora* para las piezas etnográficas, es decir aquellas que se hallan completas (el aparejo compuesto de las cuerdas y dos o más pesos de piedra)". (1953, p. 136).

ciertos lugares y ocasiones en las campañas argentinas; pueden verse en cualquier museo.

Una variante o derivado de la boleadora es la "bola-rompecabezas" (bola erizada), que posee un número regular de saliencias sobre su superficie. Como su nombre lo indica, parecen haber sido usadas para golpear, a diferencia de las boleadoras de dos o tres piedras que sólo trababan las patas de la víctima. Cabría pues considerarlas como verdaderas mazas, tal como las "bolas perdidas" de las que probablemente constituyen una variante¹⁰. Dentro del área que estudiamos, es el Nahuel Huapi la zona en donde con escasos ejemplares hasta ahora se ha hallado este elemento. Conócense hallazgos en toda la Patagonia al sur del río Negro; son muy raros en la Pampa y reaparecen en el Uruguay y sur del Brasil (A. R. GONZÁLEZ, 1953).

La distribución tipológica de las piedras de boleadoras procedentes del territorio del Neuquén es la siguiente (señalamos entre paréntesis las denominaciones taxonómicas de González):

	<i>Piezas registradas por nosotros (casi todas inéditas)</i>	<i>Piezas registradas por A. R. González (1953)</i>	
Bolas con surco (tipo B).....	39	64	
Bolas sin surco (tipo A, clases a, b y c).....	24	33	(Abundan en el Neuquén en re- lación con las regiones veci- nas)
Bolas sin indicación	31 (aproximad.)	—	
"Manijas" (tipo A, clase d)	19	4	
Ejemplares atípicos	10	—	
Bolas con doble surco (tipo C) ..	—	3	
"Rompecabezas" (tipo D).....	2	—	
Total	125	104	

Total de piezas conocidas del Neuquén: 229. De muchas de las consignadas en la primera columna no se conoce el lugar del hallazgo. Trátase en su mayoría de hallazgos superficiales y sin conocerse su asociación cultural.

Es interesante comprobar que en los registros totales de GONZÁLEZ,

¹⁰ "Creemos que la bola perdida es la bola de una sola piedra, la que puede ser lisa, aguzada en su extremo o erizada, la que atada a una correa de largo variable servía, arrojándola, para herir a la distancia a la presa o al enemigo, o bien, conservándola empuñada en su extremo, se la usaba como un especie de maza de mango flexible, para la lucha cuerpo a cuerpo. Es arma de gran poder traumático" (A. REX GONZÁLEZ, 1953, p. 139).

sin tener en cuenta las variedades con surco provenientes del Uruguay y sur del Brasil, el número de ejemplares provistos de surco triplica *grosso modo* el de los que carecen de él, tal como sucede dentro del ámbito más restringido del Neuquén.

Las excavaciones magallánicas de BIRD han evidenciado por primera vez la gran antigüedad de las bolas en la Patagonia. Aparecen allí en el período III (entre el quinto y el segundo milenio a. J. C., según la cronología de MENGHIN), pero son un tanto pequeñas y muy achatadas, provistas de surco. Al lado aparece ya una bola esférica sin surco. Se cree que las piezas de este período se utilizaban para la caza de aves.

De mayor tamaño son, en cambio, las bolas del período cultural siguiente (IV de BIRD), en que las hay con surco (ensanchadas o puntiagudas en los polos) y sin surco (esféricas). Estas ya serían las verdaderas boleadoras de caza cuyo uso quedó documentado por los conquistadores del siglo XVI para las regiones del Plata, y recién desde la segunda mitad del siglo XVIII para los habitantes de la Patagonia (OUTES, 1905, pp. 426-429). Se hallan también ejemplares con surco en los más antiguos conchales del canal de Beagle (segundo milenio a. J. C.?) —probablemente por préstamo de los pueblos continentales—, y en las dos capas más antiguas del conchal de Santo Domingo (VIGNATI, 1927, pp. 100 y ss; 112; también, atípicos: 116-118).

En Chile las piedras de boleadoras son bastantes raras, pero no inexistentes. Son, en general, algo pequeñas, pareciendo continuar la tradición del citado período III magallánico. Se confunden muchas veces con las pesas para redes, que suelen tener forma parecida. Según COOPER (1946 c. p. 703), la boleadora de dos piezas para caza recién fue introducida entre los *mapuche-builliche* en el siglo XVII, ya que su primera mención procede del cronista Rosales. En la provincia de Mendoza las bolas son poco frecuentes.

Nada podemos decir acerca de la cronología de las bolas neuquinas. Es probable que, dado el recrudescimiento del uso de la boleadora conjuntamente con el de la lanza a partir de los siglos XVII y XVIII entre los pueblos de la Pampa y de la Patagonia, sean en su mayoría de época relativamente moderna; aunque no debe olvidarse que era costumbre corriente que los indígenas reutilizaran las bolas antiguas que ocasionalmente hallaban (MUSTERS, *At home with the Patagonians*, p. 175). Es interesante constatar que, tanto las suposiciones acerca de la introducción moderna de la boleadora entre los patagones, basadas en informaciones históricas deficientes (cfr. OUTES, 1905, p. 427), como las especulaciones acerca de la prioridad cronológica del tipo con

surco, han caído tras las pocas excavaciones metódicas de BIRD, complementadas por los estudios de MENGHIN. Un hallazgo efectuado por éste último en la capa cultural más antigua de una cueva al sur del río Deseado (período Toldense I: 9000-8000 a. J.C., según los datos geocronológicos), del cual sólo poseemos una rápida noticia preliminar (MENGHIN, 1952 b, p. 38), nos revela la existencia de bolas de arenisca ya hacia el fin de la Edad Glacial. Esto nos obligaría a considerar a este instrumento como uno de los elementos arqueológicos más antiguos y persistentes del continente americano.

Sobadores.

El sobador (llamado a veces también alisador), es un elemento cultural característico del Neuquén, como ya lo notara Francisco de APARICIO hace 20 años (1935 a, p. 56). En forma limitada, se lo utiliza aún hoy en ciertas zonas. Su uso es el de ablandamiento y depilación de toda clase de cueros. Para ello se ha utilizado con preferencia cierto tipo de roca porosa que se halla con frecuencia en el territorio, de origen volcánico; siguiendo a SERRANO, la hemos considerado como escoria andesítica.

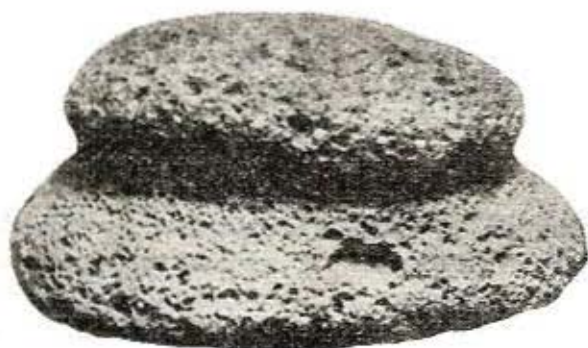
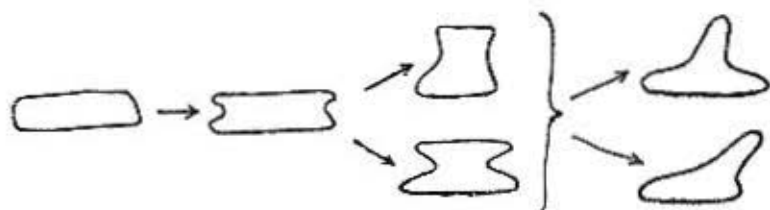


FIG. 35 - Sobador de la zona de Challacó. Largo 12,5 cm. (MLP). (Foto MLP).

Las piezas arqueológicas que hasta la fecha conocemos no se hallan en toda la extensión del territorio, sino que se agrupan en determinadas áreas. Así, parecen faltar en el extremo norte, mientras que abundan en la rica zona central. Podemos considerar como yacimiento típico a Paso de Hacha, en donde hallamos los dos tipos principales de este instrumento, que fueron distinguidos primeramente por SERRANO (1934). El tipo 1° es el que he denominado "chato";

por lo general son más o menos elípticos o circulares vistos de arriba, o rectangulares redondeados, provistos de una hendidura amplia en ambos costados, o en toda su extensión, vistos lateralmente. Generalmente la parte superior es algo más pequeña que la inferior (fig. 35). Cabría, por supuesto, establecer subtipos. El 2º, más numeroso, es el "de manija", que presenta una base en forma de platillo levemente cónico, que se continúa en un brazo o manija aproximadamente cilíndrica, generalmente algo inclinada (fig. 36). Ambos tipos poseen, pues, una característica definida; no obstante, es probable que uno derive del otro. He visto ejemplares del primero, pero bastante altos y con un surco central, con la parte superior de menores dimensiones que la inferior, que pueden seguramente ser considerados como intermedio con el tipo segundo. Por otra parte, la pieza al parecer propiamente llamada *alisador*, y que al lado de otros menesteres, también fue empleada en el trabajo de los cueros, puede probablemente ser considerada como iniciación tipológica de estos instrumentos.

Esquemáticamente, la sucesión podría representarse así, siendo la vista de costado:



El "alisador" es, en realidad, una simple moleta (de ahí que a veces se vacile en su atribución), de contorno aproximadamente rectangular y caras paralelas, muchas veces ambas alisadas por el uso. El color negruzco que por lo tanto presentan, su superficie plana (a diferencia de la leve convexidad en los bordes de las moletas) y, sobre todo, el material empleado, muestran el carácter de *sobador* de estas piezas, que como las otras se halla con preferencia en el área centro-norte del territorio.

Los sobadores, especialmente los del 2º tipo, quedan muy gastados con el uso; de aquí que algunos ejemplares cobren formas irregulares.

Las siguientes son algunas de las localidades del área septentrional, en que los hallazgos de sobadores fueron más numerosos: Chos Malal, Coihuecú, Pichayhué, Trahuncura, Quintuco, Paso de Hacha, y Pilmatué. Raros, pero no inexistentes, son los ejemplares de la zona centro-oriental

(zonas de Zapala y del río Picún Leufu). Prima allí la forma provista de manija.

Como en el caso de las hachas pulimentadas (p. 99) también con los sobadores se produce el extraño hiato —tal vez debido al deficiente conocimiento arqueológico— entre el sector septentrional y el meridional. En efecto, no hay noticias de ningún ejemplar hallado en los departamentos Aluminé y Huiliches. Escasean en el Depto. Lacar (*Hall.*, pp. 84 y 97), conociéndose algunos más de la zona del Trafal y del Limay superior (*Hall.*, pp. 100, 2º; 103 1º; 104, 5º). También aquí, como en el grupo anterior, el único tipo que aparece es el provisto de manija.

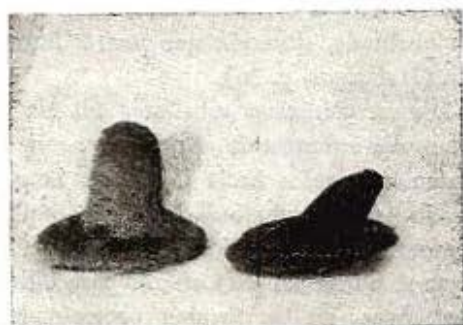


FIG. 36 - Dos formas de sobador con manija. Proceden de Chos Malal. (IAIF, Col. Alemandri). Altura del de la izquierda: 12 cm.

Hay que tener en cuenta que existen numerosos ejemplares cuya proveniencia se desconoce. Sin embargo, la mayoría parece provenir de alguno de los dos grandes focos de dispersión.

Fuera del Neuquén, se han hallado sobadores en algunos lugares del Río Negro y aún del Chubut; además, parecen tener cierta frecuencia en la provincia de La Pampa. Conocemos 7 ejemplares, en que se hallan representados todos los tipos y sus transiciones, provenientes de Laguna del Guanaco (MP-B, 806-812, Colección Aramendía). En el Dpto. Malargüe de la provincia de Mendoza se han hallado numerosos sobadores de diversos tipos, constituyéndose así en otro importante centro de dispersión de los mismos¹¹. En cambio, no hay noticias de su existencia en Chile.

11 Véase el trabajo de V. AGÜERO BLANCH sobre los sobadores de Mendoza, a aparecer en el tomo XIV de los "Anales de Arqueología y Etnología".

Este último hecho nos resulta algo inesperado. El carácter evidentemente moderno del sobador en la forma que lo conocemos, llevaría a considerarlo de origen araucano; pero la literatura etnológica del país hermano no los menciona, ni tampoco la reciente síntesis de todos los conocimientos acerca de aquellos aborígenes, debida a COOPER (1946 c).

¿Debemos deducir de ello un origen propio para el sobador neuquino, que a través de todas las vicisitudes étnicas permaneció enraizado en su territorio? Así lo parecen indicar los hechos hasta ahora conocidos. También es, entonces, probable que la evolución de sus formas haya tenido lugar en el mismo Neuquén, y más exactamente en su parte centro-norte. Es aquí, también, donde ARAMENDÍA halló un ejemplar chato (o sea, de la forma que consideramos más antigua), en el bajo de aluvión de una quebrada, situación que *podría* indicar cierta antigüedad cronológica (*Hallazgos*, p. 36).

Resumiendo: Los característicos sobadores del Neuquén y sur de Mendoza representan una industria de origen y expansión regional; sus portadores se revelan orientados hacia la caza o la ganadería, cuyo producto era utilizado para el trabajo de los cueros y pieles efectuados con este instrumento. Aunque ingenioso, este sistema era más rudimentario que los que se utilizaban para efectos parecidos, del otro lado de la Cordillera, al menos en los tiempos postcolombinos (COOPER, 1946 c, p. 717)¹². Como sucede con las boleadoras, su uso ha persistido hasta tiempos recientes; pero a diferencia de aquéllas, nada podemos comprobar acerca de su antigüedad. Su expansión hasta la zona pampeana y la Patagonia septentrional podría ser reciente, acompañando tal vez, en lo que a la última se refiere, a las hachas cilíndricas.

Piedras horadadas

Otro elemento típico de la arqueología neuquina es la "piedra horadada" o perforada. Pero a diferencia del sobador, su presencia es señalada ampliamente en todo el territorio chileno, de donde sin duda ha penetrado. (Para ilustraciones, puede verse entre otros, a GUEVARA, 1898, lámina frente a p. 94, y LATCHAM, 1928 a, fig. 32, p. 150).

Otro hecho importante debe ser señalado con respecto a su disper-

¹² El sobador araucano moderno consiste en lo fundamental en una pieza de madera dura, de grandes dimensiones, que se abre en dos brazos: en la muesca así formada se frota el cuero, a fin de ablandarlo. El único ejemplar conocido del Neuquén se halla en el Museo de Bariloche (N° 718), y proviene de la zona de Copahue y Norquén.

sión en territorio neuquino. Falta completamente en las regiones orientales y meridionales, y excepto algunos ejemplares de la zona de Aluminé y dos del Cañadón Santo Domingo (*Hall.*, pp. 64 y 49), provienen todas del norte del río Agrio. También los tres ejemplares sin relación de procedencia del Museo Nahuel Huapi (*Hall.*, p. 110) deben ser de esta zona, ya que fueron recogidos por el Sr. Aramendía quien, como sabemos, la recorrió preferentemente. Los hallazgos llegan hasta cerca del límite norte del territorio (Dpto. Minas, v. *Hall.*, p. 8); también aparecen en el sur de Mendoza. Conozco un ejemplar aislado de la zona de Tunuyán (col. C. Ianello, Mendoza). En cambio, en la colección del Instituto de Arqueología de Córdoba he visto algunos ejemplares de la provincia de Río Negro.

En Chile, la mayor densidad de hallazgos de este tipo de objetos se halla entre los ríos Choapa y Tolten. Entre este último y el seno de Reloncaví su frecuencia disminuye (GUEVARA, 1898, pp. 96-99), lo mismo que en la provincia de Coquimbo (CORNELLY, 1952, p. 244). Se han hallado, curiosamente, algunas piedras horadadas en una zona bastante peridional de la Patagonia cordillerana, así como una en Ushuaia (IALF, col. Alemandri, N° 515). Las primeras fueron descritas por OUTES (1905, pp. 437-445), quien, sobre la base de los cuatro ejemplares estudiados, distinguió dos tipos: el primero, de forma anular, con perforación tendiendo a cilíndrica; y el segundo, de forma ovoide, con perforación bicónica.

Hallamos, en efecto, ambas diferenciaciones en el Neuquén, pudiendo agregar un detalle más: las primeras suelen poseer grandes dimensiones, y estar hechas en material basáltico, rodados, etc., siendo por lo tanto pesadas y de superficie lisa; en cambio las segundas, aunque a veces también grandes, toman a menudo dimensiones menores; el material en que se hallan confeccionadas suele ser alguna roca de origen volcánico (lava andesítica, por ej.), relativamente liviana. Sus superficies son algo rugosas. Una variante, que bien podría constituir un tipo tercero, se presenta cuando la pieza es de un diámetro más pequeño (unos 5 a 6 cm.), mostrando un consiguiente aumento de espesor, así como un ensanchamiento de la perforación, que entonces suele ser casi cilíndrica, aunque de lados redondeados. De éstas hemos registrado varias en el Neuquén; parece abundar en Chile, a juzgar por las ilustraciones de J. T. MEDINA (1882, figs. 28-45). También conocemos algunos ejemplares del primer tipo (pp. 13, 110 y 115); pero en su mayor parte las piezas registradas del Neuquén pueden adscribirse al tipo segundo (fig. 37).

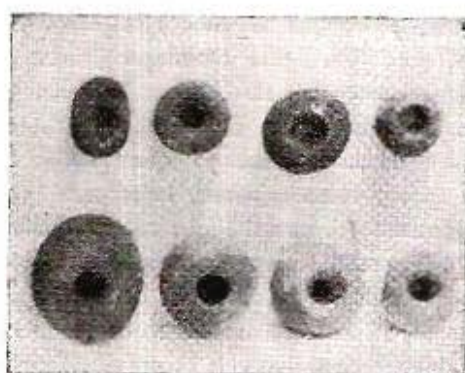


FIG. 37 - Piedras horadadas del Neuquén, IALFC, Col. Alemandri. De izquierda a derecha, arriba: Nos. 504 (Las Ovejas), 509 (Tricao Malal), 524 y 523 (Cañadón Santo Domingo); abajo: 522 y 520 (Aluminé), 512 Tricao Malal) y 511 (Chos Malal). Diám. máx. de la N° 522: 13,5 cm.

Se han señalado algunos ejemplares en la provincia de San Juan (OUTES, 1905, p. 443), que cabe considerar como importados desde Chile. En la colección del Sr. Ricardo A. Faltis, de Barreal en la citada provincia, he visto otra pieza con perforación cilíndrica. En el área diaguita ha quedado documentado el uso de mazas con cabezas anulares de piedra, de dimensiones reducidas, al lado de las formas más evolucionadas, estrelladas (MÁRQUEZ MIRANDA, 1946, p. 649; lám. 144, c). Más al norte, en Titiconte (Jujuy), han sido exhumadas algunas "cabezas de maza" confeccionadas en piedra: dos de las publicadas, en especial, tienen la clásica forma de nuestra piedra horadada (v. DEBENEDETTI-CASANOVA, 1935, pp. 28-29; lám. XII, Nos. 1 y 2). Se han hallado también en la Puna y en el sur de Bolivia, así como en la Quebrada de la Cueva (loc. cit.).

Hallazgos semejantes continúan en ciertas zonas de la región andina. OUTES menciona algunos de Tarija y de Tiahuanaco, en Bolivia, semejantes a las piezas chilenas; las del Perú, en cambio, "ofrecen formas diferentes, representativas de diversas facies de evolución": presentan forma globular, o bien estrellada, como muchas de las halladas en el área diaguita. También se conocen piedras horadadas del Ecuador, Centroamérica, y finalmente, la Baja California, "otro gran foco de irradiación" de estos objetos (además del chileno) (OUTES, 1905, p. 444).

Separada del área andina por un amplio hiato geográfico, se encuentra otra importante zona de dispersión de piezas arqueológicas emparentadas. Trátase del estado brasileño de Río Grande do Sul y

regiones adyacentes. SERRANO las adjudica al pueblo histórico de los *guayanás* (1939, p. 471, v. fig. 10; 1947, p. 147). En cambio, MÉTRAUX opina que no hay evidencia de que las tribus que en el siglo XVII utilizaban "clubs with stone heads (*itaizá*) . . . were *Caingang* [descendientes modernos de los guayanás de los siglos XVII y XVIII, según SERRANO]; it is more likely that they were *Guaraní*" (MÉTRAUX, 1946, p. 461). Sea como fuere, nada impide de que se trate de un elemento cultural asentado de antiguo en dicha área. Al lado de piezas anulares, de ancha perforación, hay otras que se asemejan mucho a las de Chile y Neuquén. La forma es casi con exclusividad circular; abundan los ejemplares grandes y pesados.

Ninguna seguridad existe acerca de la posición cronológica de los objetos que estudiamos. Sólo sabemos que su conocimiento y empleo ha persistido hasta tiempos históricos en ambas áreas de dispersión de América meridional: como *itaizá* o cabeza de maza en el Brasil hasta el siglo XVIII, y en la Araucanía como: a) pesos o complementos para ciertos instrumentos (azadones y tridentes) en la primera mitad del siglo XVII, según testimonio de NÚÑEZ DE PINEDA Y BASCUÑAN (*Cautiverio feliz*, pp. 192 y 278), y b) en los tiempos modernos, como *discos mágicos*, objetos de superstición de los indígenas, según CLAUDE JOSEPH (1930, p. 22, cit. por SERRANO, 1934, pp. 11-12) y otros. En este caso se llama a la piedra *pimuntbue* ("lugar donde se sopla"), porque efectuaban un soplado a través de la perforación, al expresar algún deseo¹³.

Estos son los únicos datos seguros acerca del *uso* de estas piedras. Es indudable que sus empleos han sido varios, según pueblos y épocas; también de acuerdo con el tamaño, peso, y forma de la perforación. Así, por ejemplo, ciertas tribus modernas del norte de Méjico usaban piedras semejantes, pequeñas, para pesos en las redes (OUTES, 1905, p. 445). Es casi seguro que algunas que se encuentran en los conchales chilenos también lo fueron.

Por otra parte, el empleo como maza o rompecabezas en el área andina está atestiguado por hallazgos enmangados: citase la descripción

13 Otro nombre araucano para estos objetos es el de *catan-cura*, que significa "piedra con un agujero". Dice el P. Housse (1940; cit. por G. ALVAREZ, 1953, p. 102): "Su poder sobrenatural es múltiple; puestas en el mango de los instrumentos agrícolas, aseguran opimas cosechas. Empleadas en la guerra como proyectiles o mazas, hacen que el guerrero sea invulnerable y atraen la victoria. Lanzadas ocultamente antes de empezar un partido de pelota, favorecen a los compañeros del jugador cuya piedra fue más lejos. Pero, sobre todo, poseen maravilloso poder según su aspecto y corte, que se adapta felizmente a todas las circunstancias de la vida. Tan sólo los magos son los únicos que tienen derecho a emplear las fórmulas rituales, los únicos sabedores de todas las fuerzas misteriosas de estas piedras. . .".

hecha por GIGLIOLI de "una clava con testa sferoidale . . . tuttora munita del suo bastone di un legno tenace", de una sepultura de La Serena, provincia de Coquimbo (OUTES, 1905, p. 443)¹⁴. CORNELI (quien hace notar que "no podemos asegurar que este artefacto o arma haya pertenecido a los diaguitas [chilenos], porque nunca los hemos encontrado en sepulturas diaguitas, sino en el suelo o en los conchales de la costa") adscribe para el mismo uso a la mayoría de las piezas chilenas, aunque sin excluir otros (1952, pp. 244-245). A este respecto es muy instructivo un dato aportado por el mismo autor. Un "machi" o hechicero de la Araucanía le refirió como tradición de sus antepasados que el modo de preparar dicho instrumento era el siguiente: la piedra ya perforada (se supone por medio de otra piedra más dura, frotada con arena y agua) era colocada sobre el tallo de un arbustito nuevo de *temu*, cuya madera es muy dura; el árbol crecía luego a través de la perforación, rellenándola completamente y formando una unidad perfecta. Luego se desbastaba el vegetal, obteniéndose una maza. Otro informe semejante lo he recibido de parte del Sr. T. Aramendía. Esta técnica tan singular como lógica, nos hace recordar la que se empleaba para enmangar las hachas cilíndricas (ver pp. 104-105); el paralelo no deja de ser sugestivo.

Aún otros usos se han citado (o imaginado) para estas un tanto misteriosas piedras horadadas: como monedas (CAÑAS PINOCHET, 1904); para bajar las piñas de las araucarias, por medio de un golpe (GARCÉS, 1943, p. 16); para limitar, provistas de un palo, la movilidad de los caballos desensillados (informe del Dr. Gregorio Álvarez; trátase de una práctica moderna); como juego, basado en el dato analógico, aportado primeramente por J. T. MEDINA (1882, p. 141), de que los aborígenes de las islas Fiyi acostumbraban arrojarse mutuamente piedras muy semejantes a las chilenas, por medio de cañas elásticas de bambú; etc.

Como síntesis, podemos decir con respecto a la presencia de las piedras horadadas en el sector neuquino septentrional, que constituyen una penetración ergológica llegada indudablemente de Chile. Esto lo indica su dispersión geográfica, la que a mi juicio sugiere también, que se trata de un elemento anterior a la formación del pueblo *mapuche* histórico, y que comenzó a llegar al Neuquén *antes* de la araucanización del territorio. Las razones —a falta de datos cronológicos direc-

¹⁴ Tanto en Chile (MEDINA, 1882, fig. 73) como en el Perú se encuentran verdaderas "piedras horadadas" de contorno sinusoidal, cuyo carácter de maza es indudable, y que son seguramente modelos o variantes de las "mazas estrelladas" confeccionadas en metal.

tos— son las siguientes: a) De haber sido traído por los araucanos, no habría razón para no hallarlo en otras partes del territorio; sin embargo, se encuentra sólo en el antiguo *habitat* de los *Pebuenche*, cuya araucanización cultural fue endeble, y en todo caso muy reciente. (En cambio, deben atribuirse a la influencia araucana las piezas encontradas en Río Negro y en la Patagonia meridional). b) Al igual que con las hachas pulimentadas, compruébase un uso mágico-supersticioso de estas piedras en épocas recientes. Ello indica una pérdida por largo tiempo de sus usos primitivos, y aún de su memoria (salvo raras excepciones, como la que recién hemos visto acerca del modo de confección). Además, piedras de este tipo tenían ya en el siglo XVII un empleo *derivado* entre los araucanos, como lo es sin duda el señalado por el cronista NÚÑEZ DE PINEDA Y BASCUÑÁN, como pesos para los instrumentos de labranza. c) La ubicación septentrional de su dispersión en el Neuquén lleva a relacionar a ésta con el sector chileno central, antes que con la Araucanía (en cuya extremidad meridional, habitada por los *builliche*, los hallazgos de piedras horadadas son mucho menos frecuentes, correspondiendo así con la dispersión en territorio neuquino). Si con LATCHAM admitimos la existencia en todo el territorio chileno desde el área diaguíta hasta el golfo de Ancud, de una capa cultural neolítica, *anterior a la formación del pueblo mapuche*, con centro de gravedad en la zona central, la cantidad de piedras horadadas encontradas en esta zona indicaría que también este elemento perteneció a esta capa anterior. Como muchos de sus integrantes, habría pasado a los araucanos, y con ello comenzado a perder su carácter instrumental originario, es decir, de maza, aunque sin excluir otros.

Estas suposiciones se han visto confirmadas recientemente con las importantes excavaciones realizadas a partir de 1955 en varios lugares cercanos a la costa chilena central. He tenido oportunidad de recibir una impresión directa de sus resultados en una visita realizada al Museo Fonck de Viña del Mar, bajo la guía del Dr. Roberto Gajardo Tobar, quien excavó el más importante de dichos yacimientos situado en el Fundo Las Cenizas (provincia Valparaíso). La asociación de cementerios de una población precerámica con "rocas con morteros" o "tacitas", diversos instrumentos líticos inclusive moletas, y piedras horadadas de perforación generalmente bicónica, todo bajo un estrato que contenía cerámica burda, indica con suficiente claridad el carácter ampliamente prearaucano de este elemento cultural, así como la anti-

güedad y carácter cültico de las "piedras de tacitas". (Véase SILVA OLIVARES, 1957, breve informe preliminar).

Los indicios anteriormente apuntados, así como el hecho de existir otras manifestaciones arqueológicas que pueden hacerse derivar de dicha cultura chilena central (v. p. 191), contribuyen a reforzar el carácter originariamente pre-araucano y pre-Conquista de las piedras horadadas en el Neuquén. La continuación de las investigaciones sistemáticas en la citada zona chilena, así como en el mismo Neuquén, confirmará o desechará esta hipótesis.

Implementos para moler.

No son muy numerosos los hallazgos de instrumentos de este tipo, pero lo suficientes como para evidenciarlos que la molienda y trituración de granos y otros productos vegetales era una práctica común entre los antiguos pobladores del Neuquén.

Es sabido que los implementos para moler más elementales presentan dos tipos opuestos: uno, el sencillo, que consiste fundamentalmente en una piedra plana y alargada (*molino*, *conana*, *metate* en Méjico), complementada por otra piedra estrecha y larga, de forma a veces aplanada, a veces de cilindro o prisma (*moleta*). Colocadas las semillas sobre la primera, son trituradas por medio del frotamiento efectuado de extremo a extremo con la moleta. El segundo tipo es, en cambio, alto y con una oquedad cilíndrica en su interior (*mortero*), en la cual se introduce una *mano* igualmente cilíndrica, para efectuar la molienda¹⁵.

Ambos tipos están representados en nuestro territorio; pero con diferente ubicación geográfica. Hay dos áreas en que los hallamos: una es la repetidamente citada del centro-norte, donde hallamos exclusivamente el primer tipo (si excluimos dos morteritos poco profundos procedentes de Chos Malal: *Hall.*, p. 10) y la otra se extiende desde la zona de San Martín de los Andes hacia el Sur, especialmente alrededor del lago Nahuel Huapí. Aquí coexisten ambas formas, aunque continúa el predominio de la primera. (También de la zona de Zapala conocemos algunos ejemplares —*Hall.*, p. 50—, pero su proveniencia es insegura).

Una buena muestra de los molinos planos neuquénicos ha sido

¹⁵ Instrumentos semejantes, algo más pequeños, fueron usados para la molienda y preparación de los colores para pintura (en la Patagonia ya en tiempos muy remotos: v. MENGHIN, 1952 b. pp. 38, 40); pero no se han hallado de éstos en el Neuquén.

reproducida por APARICIO (1935 a, lám. XXII b); en ningún caso sus superficies son completamente horizontales, sino siempre un tanto arqueadas, y más o menos paralelas. Vistos de arriba, tienen una forma elíptica, ovoide, o rectangular; a veces los bordes se hallan algo engrosados. El material es semejante al de los sobadores y piedras horadadas, o sea, andesita y lava no muy porosa; en algunos casos son de granito. Pieza excepcional es un molino provisto de grabados en su parte cóncava inferior, representando un motivo patagónico clásico: la recta y el zig-zag alternados. Procede de Pilmatué (fig. 38).



Fig. 38 - Conana o piedra de moler, con grabados en la parte cóncava. Largo: 31,5 cm. Pilmatué. (IALFC, Col. Alemandri).

Los especímenes provenientes de los alrededores del Nahuel Huapi tienen gran tamaño y formas definidas; llama especialmente la atención una de las moletas, hallada en la costa norte de dicho lago, por las prominencias simétricas, semicirculares, de sus extremos. En la margen meridional del mismo lago (territorio de Río Negro) se han hallado algunos molinos grandes y de buena factura.

Como ya se ha dicho, se registran en esta zona meridional del Neuquén algunos morteros circulares, parcialmente provistos de sus manos. Su tamaño no es muy grande, siendo los bordes y superficies exteriores bastante irregulares. También se hallan confeccionados en piedra volcánica. Una de las piezas parece no haber sido concluida, a juzgar por la poca profundidad del alvéolo (Hall., p. 96), aunque sin duda éste se iba agrandando con el continuado uso.

Nada sabemos acerca de la posición cronológica de todos estos instrumentos. No sabemos hasta qué punto las piezas del segundo tipo (morteros) representan una intrusión cultural distinta. *A priori* podemos suponer que son de una edad relativamente moderna.

En cuanto a las comparaciones con otras regiones, poco puede sacarse de las mismas, dada la poca especialización de la tipología de cada una de las dos formas. Diré únicamente que han sido señaladas piezas del primer tipo para la Patagonia, así como morteros de forma subglobular para el norte de esta extensa región geográfica (OUTES, 1905, pp. 431-437). La conexión de estos últimos con los del extremo sur del Neuquén parece evidente. Según el autor citado, hallazgos semejantes se han efectuado en la provincia de Buenos Aires y en el Uruguay. Es conocida, por otra parte, la frecuencia de estos implementos —de ambos tipos— en las provincias centrales y septentrionales del país. F. de APARICIO hace notar a propósito de una moleta aplanada de Covunco Centro, que "responde, exactamente, a los tipos clásico del noroeste argentino" (1935 a, p. 57). En Mendoza se han encontrado numerosos molinos, así como morteros con sus correspondientes manos (CANALS FRAU, 1946, p. 171).

En cuanto a Chile, los araucanos —pueblo que practicó la agricultura— poseyeron sin duda ambos tipos de implementos para moler. Molinos y moletas de diversos tipos he visto en la colección del señor Walterio Meyer Rusca (Osorno). Los cronistas atestiguan que fabricaban una especie de harina utilizando un molino con una moleta cilíndrica provista de dos agarraderas (COOPER, 1946 c, p. 705; hay varias en la colección recién citada). Este dato nos hace pensar que también son de origen araucano las piezas más elaboradas de la zona lacustre meridional del Neuquén. En cambio, no me atrevería a afirmar con exclusividad lo mismo de las más sencillas del área centro-norte. Sabemos, por noticia del cronista MARIÑO DE LOVERA, que ya a mediados del siglo XVI los *pebuenches* de aquella zona fabricaban una especie de pan a base del fruto de las araucarias, siendo éste su alimento principal (cfr. CANALS FRAU, 1953, p. 363). Cabe, pues, adscribir a este pueblo no-agricultor, y por consiguiente a una época pre-araucana, parte al menos de los molinos y moletas que se hallan en aquel territorio.

Hachas pulimentadas

El Neuquén se ha revelado como un importante centro de este elemento cultural, de gran valor diagnóstico. En efecto: el hacha puli-

mentada caracteriza ecuménicamente a las culturas neolíticas, siendo frecuente —aunque no muy correcto— llamar a su exponente más antiguo, el hacha cilíndrica, simplemente "hacha neolítica". Las formas culturales neolíticas presentan como característica fundamental las prácticas agrícolas, asociadas a la domesticación de animales y a la técnica de la cerámica, y una influencia importante del elemento femenino en la vida social y mental.

En el estudio de las formas y de la dispersión de esta clase de hallazgos arqueológicos, debemos considerar desde el principio las regiones geográficas vecinas, con las que el Neuquén se halla vinculado orgánicamente; en primer lugar, Chile.



FIG. 39 - Hachas subcilíndricas de la zona de San Martín de los Andes. $\frac{1}{4}$. (Colección B. Koessler-IIg).

En la vasta zona en que he rastreado la presencia de las hachas pulimentadas y sus derivados (reproducida en el Mapa 3, fig. 42), hallamos dos tipos fundamentales: el subcilíndrico sin perforación, y el plano con perforación. Del primero a su vez pueden distinguirse dos formas: la cilíndrica o subcilíndrica propiamente dicha (lados más o menos paralelos o convexos, a veces formando aristas por un proceso

de afilamiento: incluye al tipo "cuneiforme" de REED, 1924, p. 44), y la triangular alargada, cuyo filo es semejante a la anterior, pero que hacia arriba se adelgaza, formando a veces una verdadera punta (tipo "subcilíndrico" de REED, 1924, p. 61). De las hachas perforadas hay, además, dos variedades: la de forma más o menos rectangular y bordes levemente convexos, con perforación cilíndrica o cónica cerca de su extremo opuesto al filo, y la de forma trapezoidal y bordes rectilíneos o algo abiertos hacia el filo, con perforación siempre bicónica. (Ambas aparecen en el mapa bajo el mismo signo).



FIG. 40 - Hacha subcilíndrica, de buena factura y conservación. Salinas de Truquico, cercanas a Chos Malal. Largo 14 cm. (IAE). (Foto IAE).

Además, existe —y esto sólo en territorio chileno— un instrumento o insignia tal vez derivado del hacha cilíndrica: son las "clavas cilindromorfas" (REED, 1924, p. 25), cuya característica la constituyen



FIG. 41 - Hachas planas con perforación. a) Fundo Pelchue (Chile); b) Pulmarí; c) península Rucañire. $\frac{1}{4}$. (Museo Regional Lanín).

los surcos grabados en una extremidad. Los escasos ejemplares conocidos parecen provenir en su mayoría de la zona central de Chile, aunque se conocen también hallazgos de Bío-Bío y de Chiloé (no se hallan incluidos en el mapa). Excepto los de este tipo, más algunos ejemplares de hacha subcilíndrica, los hallazgos chilenos se hallan concentrados al sur del Bío-Bío, en el *habitat* histórico de "mapuches" y "huilliches". Gran receptáculo de todos los tipos mencionados fue la isla de Chiloé, antigua patria de los *chonos*, a los que a su vez acompañaron en su emigración a las islas más meridionales¹⁶.

Una ojeada al mapa nos muestra otro hecho muy importante en relación con la arqueología del Neuquén: que mientras en Chile se hallan representados todos los tipos, con amplia distribución del subcilíndrico y, con frecuencia no mucho menor, las hachas perforadas, en el lado oriental de los Andes el predominio de las primeras es abrumador, faltando la forma triangular alargada (casi exclusiva de la zona de Llanquihué y Chiloé), y relegando a la decena de piezas perforadas de que tenemos noticia a la categoría de objetos de importación de allende la Cordillera.

Por otra parte, y reduciéndonos al territorio neuquino, debemos hacer notar la uniformidad tipológica de todas las hachas subcilíndricas conocidas. Son pocas las que muestran algún trabajo de afilamiento susceptible de otorgarles fuertes aristas, o de achatarlas, como sucede con cierta frecuencia en Chile. Su altura o longitud presenta menos variación que las hachas perforadas, hallándose en general entre 70 y 150 mm como límites máximos.

Otro hecho importante (aunque se deba tal vez a la falta de mayores investigaciones), es el que muestra con claridad el mapa 3: las hachas subcilíndricas se hallan en el Neuquén en dos áreas definidas, y separadas por un *hiatus* que sólo parcialmente es llenado por las piezas mencionadas por F. SAN MARTÍN (zona de Quila Chanquil). La más importante de ambas áreas se halla en la región centro-norte, entre los ríos Agrío y Neuquén, sin internarse (excepto una zona, Caviahue y Trolope) en el área propiamente cordillerana. Es allí por otra parte,

16 A mi juicio, la influencia tecnológica del hacha subcilíndrica llegó hasta los antiguos canoeros del canal de Beagle. En efecto, advertimos su peculiar técnica en la zona del filo, en un hacha un tanto delgada que, aparte del hecho de estar confeccionada en un hueso largo, no se diferencia mayormente de las de aquel tipo. VIGNATI, su descriptor, opina lo mismo, y agrega: "En vista de la engañadora apariencia de la pieza descrita, estimo, también, muy posible que las hachas de piedra que los viajeros mencionan haber visto entre los fueguinos, correspondan en realidad a este tipo óseo" (1927, p. 129, ver fig. 56). La misma influencia puede reconocerse en el "abre-valvas" reproducido en la figura 58 del mismo trabajo.

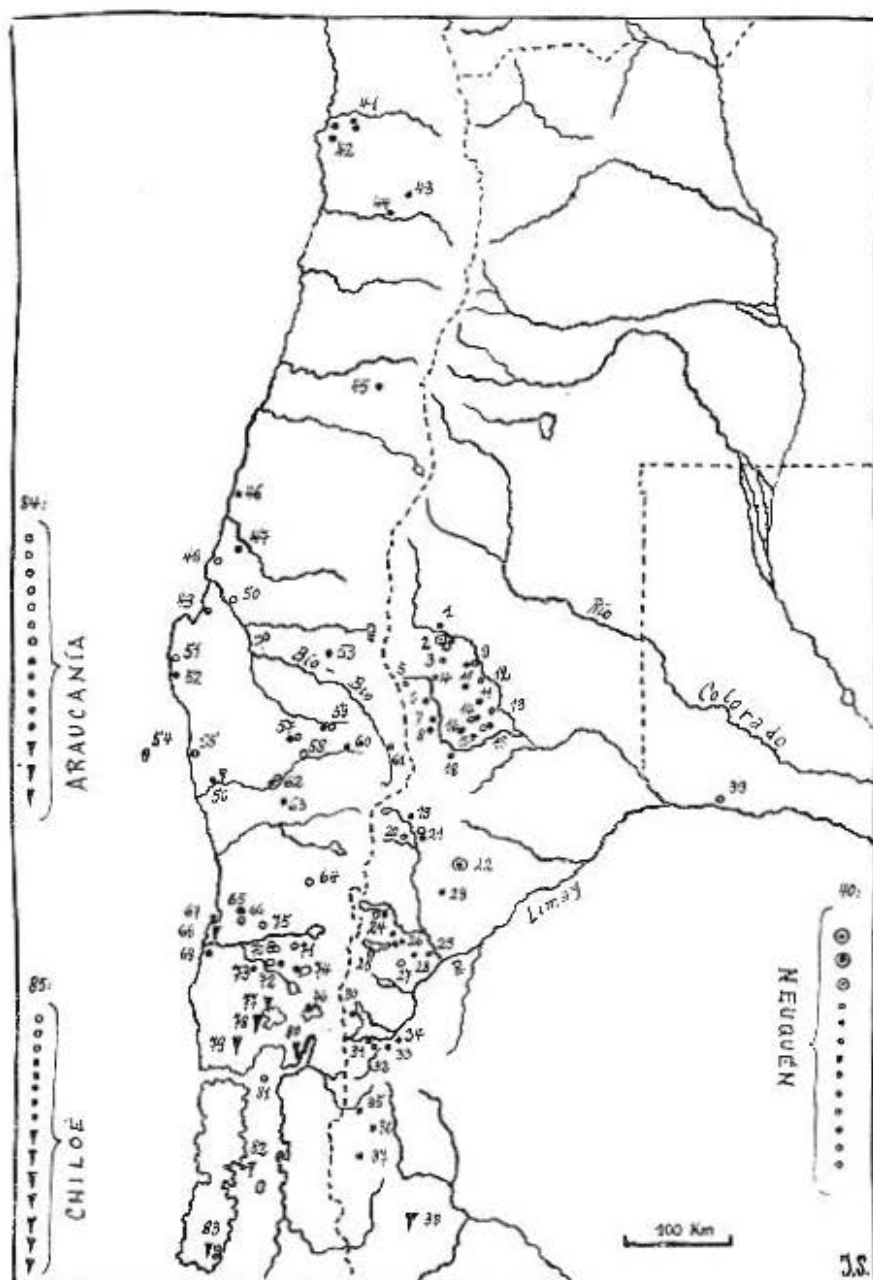


Fig. 42 · Mapa 3: Dispersión de los distintos tipos de hachas pulimentadas en ambos lados de la Cordillera centro-meridional. (Ver Referencias en la pág. siguiente).

REFERENCIAS AL MAPA 3

- Hacha subcilíndrica (*celt*), inclusive el tipo "cuneiforme" de Reed.
- ⊙ Idem. Hallazgos con enmangadura de madera.
- ▼ Hacha subcilíndrica de forma triangular, alargada.
- Hacha aplanada con perforación apical bicónica o cilíndrica.

ARGENTINA (para los ejemplares del Neuquén, véase las partes correspondientes de *Hallazgos*):

1) Chos Malal, 2) Salinas del Truquico, 3) Tralatué, 4) Ñorquin, 5) Laguna Caviahue, 6) Estancia "El Pino Andino, 7) Loncopué, 8) Estancia "La Argentina", 9) Las Salinas de Pichi-Neuquén, 10) Colipilli, 11) Chorríaca, 12) Aguada Amarga, 13) Coihuecú, 14) Muluchencó, 15) Trahuncura (incluso dos hachas planas), 16) varias otras localidades del sector Agrio-Neuquén: Quintuco, Quintuco chico, Pichayhue, Huncal, Cerro Las Escaleras, Aguada de la Bruja, Tricahuera, Taquimilan; 17) Pilmatué, 18) Las Lajas, 19) zona de Quila Chanquil, 20) Pulmari, 21) Aluminé, 22) Chacaico Sur, 23) Lapa, 24) Lago Huechulafquen, 25) Península Rucañire, 26) San Martín de los Andes y alrededores, 27) Chapelco, 28) Arroyo Quitrahué, 29) Quemquemtréu, 30) Brazo Rincón (lago Nahuel Huapi), 31) Península de San Pedro (MPB, N° 604), 32) Chacra Michayhue (lago Moreno) (MPB, 226), 33) Río Ñirecú (MPB, 603), 34) Cerro Leones, (VIGNATI, 1944 IV), 35) El Bolsón (IALFC, 423), 36) Epuyén (IALFC, 459), 37) Camino general al lago Blanco (IALFC, 458), 38) Costa del río Lepá (IALFC, 456), 39) General Roca (?) (VIGNATI, 1953 c, p. 20, lám. III), 40) Neuquén, sin especificación (IALFC, 438, 463, 464; 427-437, 462, 465-468).

CHILE:

41) Zona de Quilpué (FONCK, 1910, pp. 25-26), 42) Valparaíso (MEBA, 18361, 18400), 43) Nuñoa (Santiago) (Mus. Histórico Nac. de Chile), 44) Hacienda San Miguel, Dpto. Melipilla (MEDINA, 1882, fig. 5), 45) Caupolicán (Prov. Colchagua) (MEBA, 18370), 46) Bucalemu (MEDINA, 1882, fig. 24), 47) Collemu (MEBA, 18372), 48) Mina de Santa Ana, entre Penco y Concepción (LATCHAM, 1910, N° 7). (REED cita un ejemplar perforado de dimensiones excepcionales: 75 cm. de largo, que habría sido hallado cerca de Concepción); 49) Valle de Calabasso, cerca de Coronel (HANSEN, 1886, p. 435), 50) Quilacoya (REED, 1921, 1924, pp. 33-36), 51) Lebu (LATCHAM, 1910, N° 11), 52) Tumbes (REED, 1921, 1924, pp. 50-51), 53) Bopenco (REED, 1924, pp. 53-54), 54) Isla de Mocha (id., pp. 55-57), 55) Tirúa (id., p. 33), 56) Carahue (id., pp. 55-56, 64-65), 57) Victoria (cuatro subcilíndricas y dos con perforación: MEBA, 25/459-464. La N° 462 se halla descripta en VIGNATI, 1953 c, p. 20), 58) Lautaro (GUEVARA, 1898, lám. fr. a pág. 100, fig. 6), 58) Gorbea-Cautín (MEBA, 1350 y 1355, perforadas, 1352-54, subcilíndricas) (VIGNATI, 1953 c, p. 20, lám. X, fig. 3), 60) Curacautín (REED, 1924, pp. 45-46), 61) Lonquimay (id., p. 45), 62) Temuco (id., pp. 38-39, 46-48), 63) Quepe (id., p. 58), 64) Fundo Pelchue (MRL, ver fig. 41) (ubicación dudosa), 65) y 66) Provincia de Valdivia (REED, 1924, pp. 36, 39-40) (ubicación esquemática), 67) Isla Mancera (MEDINA, 1882, fig. 14), 68) Collicó (MEDINA, 1882, fig. 20). Este autor ilustra, además, un ejemplar aberrante procedente de las inmediaciones de Valdivia (op. cit., fig. 23), 69) Los Cuncos (id., fig. 8), 70) zona de Osorno (5 con perforación tendiente a cilíndrica y 2, bicónica, MO, y tres ejemplares de la Col. Meyer-Rusca), 71) Osorno (un ej.) y Fundo Las Toscas (3 ej.) (MO), 72) y 73) diversos lugares de la prov. Osorno (Bonechemó, Riachuelo, Fundo Pumachillhue), ubicación aproximada (MO), 74) desagüe del lago Puyehue (Col. Meyer-Rusca), 75) La Unión (MEDINA, 1882, fig. 4), 76) Hacienda Chilcóc (Lago Todos los Santos) (HEIM, 1953, p. 69), 77) Lago Llanquihue (REED, 1924, pp. 66-67), 78) El Frutillar (MEDINA, 1882, fig. 6), 79) Río Maullín (id., figs. 9 y 15), 80) Boca de Reloncaví (id., fig. 26), 81) Isla de Huar (id., fig. 11), 82) Quinchao, isla de Apiao (MEBA, 18365, 18367), 83) Quellón, Chiloé (REED, 1924, pp. 41-42, 51-52); 84)

Araucanía en general: lugares no identificados, o sin relación de procedencia (MEDINA, 1882, fig. 13; GUEVARA, 1898, lám. fr. a p. 100, fig. 8; id., 1908, fig. 2. GIRARD DE RIALLE, 1902, p. 645; REED, 1924, pp. 31-33, 37-38, 39-40, 48, 57). Se incluyen también 4 ejemplares subcilíndricos y dos tendiendo a cónicos, procedentes de la zona entre el río Cautín y Osorno (Col. Meyer-Rusca); 85) Chiloé e islas adyacentes: lugares no identificados o sin relación de procedencia (MEDINA, 1882, figs. 7, 10, 12 y 21; LATCHAM, 1910, N° 8; REED, 1924, pp. 41, 48-50, 54-55, 58-59, 62-66; BIRD, 1946 a, lám. 12, abajo, c; MEDA, 18359-60, 18364).

NOTA: No ha habido lugar en este mapa para algunos ejemplares triangulares procedentes de las islas Guaytecas (MEDINA, 1882, fig. 22; REED, 1924, p. 63), y del Archipiélago de los Chonos (MEDINA, 1882, figs. 16 y 18; REED, 1924, p. 66).

Los ejemplares citados del Museo Etnográfico han sido examinados personalmente, coincidiendo en parte con los mencionados por OUTES (1916 b, p. 17, nota). Fuera de éstos existen en este Museo varios más, provenientes en su mayoría del sur de Chile y de Chiloé.

La diferencia entre los tipos subcilíndrico propiamente dicho y triangular no siempre es fácil de hacer; hay, además, algunas piezas de forma rectangular. La mayoría de las piezas se halla con algunas roturas, o irregularmente gastadas.

Deba tenerse en cuenta que no ha sido agotada la bibliografía de hachas halladas en territorio chileno, ni menos, su existencia real en museos y colecciones.

donde se han encontrado las hachas con su enmangadura (Salinas de Truquico, cerca de Chos Malal), de las que hablaremos luego. La segunda zona tiene su centro en San Martín de los Andes, y se extiende desde el lago Huechulafquen hasta ambas márgenes del lago Nahuel Huapí. La cuenca de este último constituye de por sí una importante sub-área, que se continúa hacia el Sur. En varios puntos más de la Patagonia noroccidental se han hecho hallazgos semejantes; hasta en la zona del lago Colhué Huapí (según una mención verbal), como límite extremo hacia el sur y este.

En toda el área considerada falta por completo el hacha de amplio surco en el cuello ("garganta"), característico del N.O. argentino y de la región serrana de Córdoba y San Luis. En cuanto a las "hachas ceremoniales" (o "insignias") patagónicas (en realidad, grandes placas con escotadura bilateral) no han llegado a hallarse al norte del Limay. Su centro se halla en las provincias de Río Negro y Chubut (OUTES, 1916 b; VIGNATI, 1923 b)¹⁷. Muestra, así, ser un elemento típicamente *tebuelche septentrional*, aunque de ignorada antigüedad y desconocido origen. Este último tal vez haya que buscarlo en ciertas formas peruano-andinas en forma de T, que hallamos en territorio argentino (v. p. ej. AMBROSETTI, 1904, pp. 208-215; DEBENEDETTI-CASANOVA, 1935, p. 29, lám. XII; WILLEY, 1946 b, p. 670), y también chileno

¹⁷ He sido informado del hallazgo de un ejemplar cerca de Bariloche, partido. Se halla en poder de la Dirección de Parques Nacionales.



FIG. 43 - Hacha plana ceremonial, proveniente de Sañicó. Largo 21 cm. (MLP).
(Foto MLP).

(REED, 1924, lám. XXI; CORNELLY, 1956, fig. 33, de metal); reproducidas en algunas representaciones sobre cerámica de la cultura de Barreales, y como emblemas, en ciertos petroglifos y pictografías del N.O. (por ejemplo, Carahuasi; v. AMBROSETTI, 1895, lámina), y cuya transición al tipo patagónico lo hallamos precisamente en un "ejemplar excepcional", procedente de las cercanías del Neuquén: al fragmento del río Pichi-Leufú inferior descrito por OUTES (1905, pp. 455-456)¹⁸. Conocemos, empero, tres piezas emparentadas con estas célebres y discutidas "hachas patagónicas", procedentes del depto. Collón Cura, es decir, en vecindad inmediata con el área de dispersión de aquéllas. Trátase de un elegante ejemplar de Sañicó (fig. 43) y dos de Bajada Colorada, sobre el río Limay (fig. 60).

También se califica de "ceremoniales" a dos grandes hachas bastante planas, de forma aproximadamente rectangular, carentes de perforación y de verdadero filo, procedentes de Trahuncura (*Hall.*, p. 36).

¹⁸ Este autor utiliza uno de los antiguos nombres de este afluente del Limay, el de Curru-Leufú, hoy en desuso. La pieza citada es aplanada, con orejas o saliencias en un extremo ("en T").

De gran importancia son las hachas que, por haber estado en contacto con la sal, han conservado la enmangadura de madera (v. *Hallazgos*, pp. 18-21; figs. 44-46). El elemento lítico es, sin excepción, del tipo subcilíndrico clásico, y el mango también presenta gran uniformidad, como puede verse en las descripciones. Es muy probable que para el resto del territorio neuquino la enmangadura haya sido semejante. Ello se deduce de la persistencia de la rugosidad que presenta la parte superior del hacha, hasta muy cerca del filo a veces. Ello no es un defecto del pulimento, sino el efecto de un trabajo *a la martellina* realizado *ex profeso* en vistas a su enmangamiento. También vemos esto en la generalidad de las hachas subcilíndricas chilenas (las de tipo triangular a veces no tienen ninguna porción pulimentada), y, yendo más lejos, observamos este carácter en algunas hachas del Neolítico europeo. Un ejemplo claro lo hallamos en MENGHIN, 1937, p. 50, fig. 25, donde se establece el carácter "relativamente arcaico" de este tipo de hacha, intermedio entre las forma propiamente cilíndrica y la plana.

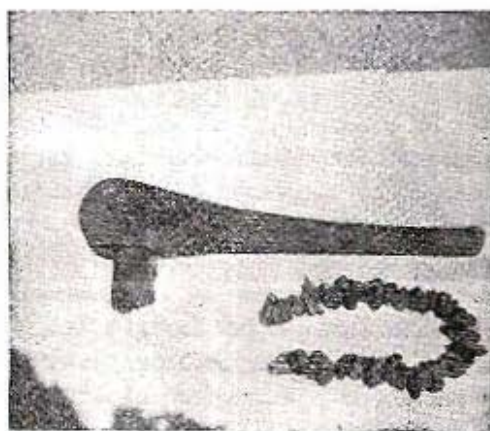


FIG. 44 - Hacha de piedra con enmangadura de madera, de las salinas de Troquico, cercanas a Chos Malal. Abajo, collar de moluscos fósiles de Paso de Hacha. Escala $\frac{1}{10}$. (Colección Alvarez).

La técnica del enmangamiento de las hachas neuquinas era la siguiente: en una rama de algún árbol joven se practicaba una incisión, que se ensanchaba algo para introducir en ella el hacha que gracias a su superficie rugosa, quedaba perfectamente adherida. Se la dejaba así durante un tiempo, hasta que el crecimiento natural de la rama

hubiese formado un ensanchamiento noduloso alrededor de la pieza lítica, que quedaba perfectamente sujeta a la madera sin necesitar ninguna materia adhesiva. Se cortaba entonces la rama; se la descortezaba y alisaba, quedando en la forma que hoy conocemos. Al irse embotando el filo del hacha, el mismo era periódicamente afilado, hasta que sobresalía tan poco del mango, que dejaba de prestar utilidad. Aunque es probable que por lo común el hacha se partiera antes de llegar a ese punto.



FIG. 45 - Hacha con empuñadura de madera. Salinas de Truquico, cerca de Chos Malal. Aprox. $\frac{1}{4}$. (Col. Pesqueira).

Esta técnica me ha sido referida en varias oportunidades, habiendo al parecer sido conservada por la tradición indígena. Su veracidad se comprueba por el hecho de encajar las hachas perfectamente en sus respectivos alvéolos, sin presentar trazas de materia adhesiva alguna; igualmente, en el carácter nodular del ensanchamiento de la empuñadura. Por otra parte, y como ha sido señalado reiteradamente (APARICIO, 1935 a, p. 55; SALAS, 1942, p. 71; VIGNATI, 1944 IV, p. 115), la misma forma presentan las hachas de los modernos *guayaquí* del área altoparanaense; en cambio, la semejanza apuntada por SALAS respecto a los indígenas de la Tierra del Fuego es errónea, ya que el tipo de hacha aculturado por éstos es de hierro, plana, e introducida desde afuera en un *mango previamente preparado*, cuyo alvéolo lo perfora totalmente (v. NORDENSKJÖLD, 1930, fig. 45, p. 87). Además, no sólo los *guayaquí*, sino también los *guaraní* y otros pueblos del área brasileña meridional (incluso de los *sambaquí*) han utilizado esta técnica, puesto que el *celt* o hacha cilíndrica ha formado parte de su haber cultural, a veces con una sorprendente identidad de forma con las del Neuquén (ver, p. ej., SERRANO, 1947, fig. 94, p. 138).

Constituye un serio problema, para la determinación de las vinculaciones del hacha subcilíndrica chileno-neuquina, la falta de eslabones intermedios entre ésta y las otras áreas sudamericanas de su dispersión.

Admitida la uniformidad fundamental del enmangamiento de todas las hachas neuquinas de este tipo, así como de las chilenas, y probablemente también de las triangulares alargadas de este país (a las que considero como una variación especializada del hacha cilíndrica, producida por los habitantes del extremo sur de Chile continental), tendríamos aquí un área sudamericana de relativa amplitud, vinculado ergológicamente con la gran área *brasiliense meridional*, que incluye parte de la Mesopotamia argentina. En esta zona, la onda cultural del hacha cilíndrica se superpone, según MENGHIN (1952 b, p. 43) hacia 1000 a. J. C., a un antiguo complejo caracterizado por un hacha de mano toscamente tallada, clavos curvos, raederas, etc. (el *Altoparanaense*). Irradiaciones de este antiguo círculo cultural epipaleolítico penetraron profundamente en territorio argentino "y posiblemente llegaron hasta la Patagonia y Chile" (MENGHIN, 1949, p. 116).

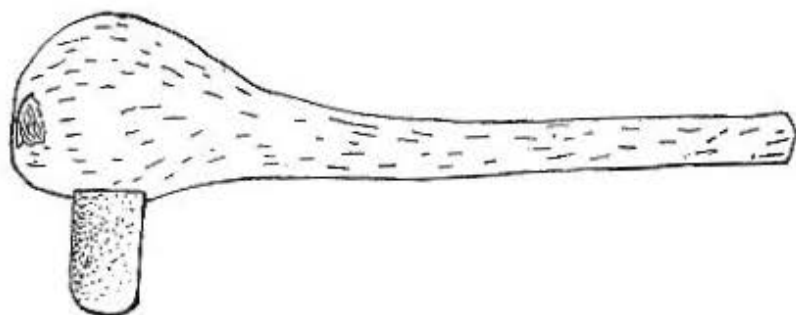


FIG. 46 - Hacha enmangada, proveniente de las salinas de *Truquico*, cercanas a Chos Malal. A $\frac{1}{4}$ del tam. natural. Colecc. A. Della Chá, Tricao Malal.

Hasta poco antes de la redacción definitiva de este trabajo, creía, teniendo en cuenta estos hechos, poder adherirme a la opinión de VIGNATI, quien prefiere "buscar para las hachas del Neuquén un origen en las culturas del N.E. del país, en lugar de ceder a la tentadora solución brindada por la vecindad geográfica" (1944 IV, p. 115). Parecía lógico considerar a este elemento como formando parte del acervo de origen neolítico y neolitizado que llegó a la Patagonia desde el N.E. en época bastante anterior a la conquista; por otra parte, los jalones cronológicos que provisoriamente se han podido establecer gracias a las investigaciones de MENGHIN, hacían plausible dicha hipótesis. La "neolitización" brasileña habría sido unos 1000 años anterior al comienzo de la parcial "neolitización" patagónica. También las inves-

tigaciones de ESCALADA convergen hacia estos resultados. Según este meritorio autor, la más antigua influencia neolitizante en la Patagonia sigue dos "líneas de influencia: de norte a sur, a lo largo de la costa atlántica, y de este a oeste, remontando el curso de los ríos" (1953, p. 9). El *tembetá* (San Blas) y otros adornos corporales, y cierto tipo de alfarería serían los más característicos exponentes arqueológicos de estas penetraciones de raíz, en última instancia, amazónica.

Pero, desgraciadamente, no conocemos hallazgos de hachas cilíndricas realizados en la gran zona pampeana ni en el valle del río Negro, su más probable vía de penetración en caso de haberse producido desde allí¹⁹. Además, esta hipótesis —que así sólo podría mantenerse suponiendo una improbable migración súbita desde el área riograndense-mesopotámica al Neuquén— presupondría que el *celt* continuase desde aquí su camino de Este a Oeste, y se enraizase en Chile inmediatamente después que en el Neuquén. Esto resulta bastante improbable, dada la gran dispersión de este tipo de hacha desde la provincia de Valparaíso hasta Chiloé.

En el estado actual de esta cuestión, y sin desechar del todo la posibilidad de un origen oriental del hacha pulimentada del Neuquén, parece más acertado ver su origen inmediato en el territorio chileno.

Es aquí donde este elemento cultural —también allí de fuente amazónica, o, más probablemente, oceánica o asiática sudoriental directa— habría sufrido las mayores variaciones en tamaño y tipología. Desgraciadamente, no conocemos la cronología de los distintos tipos de hachas chilenas. Se sabe, a lo sumo, que algunas piezas fueron halladas enterradas a bastante profundidad, o bajo las raíces de árboles añosos. Es de suponer que en una época relativamente antigua, su forma más elemental y armónica pasó al Neuquén, en donde permaneció relativamente

19 Stig RYDÉN, en sus importantes excavaciones efectuadas en La Candelaria (sur de la provincia de Salta), halló un conjunto de hachas de piedra que presenta gran interés. Al lado de las típicas hachas con cuello escotado del Noroeste (que presentan dos variedades), de una en forma de T, y de algunos ejemplares confeccionados por tallado, halló un verdadero *celt* subcilíndrico, de forma algo triangular; su longitud es de 11 cm. (WILLEY, 1946 b, p. 670, fig. 68 d). Pero se trata de un hallazgo muy aislado para permitir cualquier suposición. Lo mismo cabe decir de unas hachas que aparecen excepcionalmente en el área cordobesa, "de forma generalmente amigdalóide, a veces cilíndricas" (SERRANO, 1945, pp. 307-308; v. fig. 245).

Aunque lejos de querer rastrear la dispersión de estas hachas en territorio sudamericano, deseo señalar la coexistencia de *celts* pulimentados y hachas en forma de T en la región andina de Colombia, a saber: áreas de Nariño (BENNETT, 1946 b, p. 834), Quimbaya (op. cit., p. 841), Cundinamarca y Boyacá (chibcha) (op. cit., p. 844), hallándose hachas subcilíndricas en varios otros lugares arqueológicos de aquel país. La cronología es aún bastante indeterminada.

inalterada hasta la época de la Conquista. Su función entre los *pebuenche* (o sus antecesores) habría sido, como en las zonas tropicales, primariamente "el desbaste de los árboles para obtener la madera necesaria en la fabricación de sus armas y demás utensilios de uso casero" (VIGNATI, 1944 IV, p. 115), así como, secundariamente, el trabajo extractor de sal, que aún constituía un importante producto comercial de estas gentes en el siglo XVIII. Tal vez haya que contar, en algunas zonas, con una incipiente agricultura (con seguridad, en Chile).

Estas consideraciones, y diversos otros indicios (p. ej., supersticiones de los indígenas modernos a su respecto; desconocimiento de su uso entre los araucanos en el siglo XIX y probablemente aún antes)²⁰, señalan, a mi juicio, que el abundante uso de estas hachas en el norte del Neuquén no reconoce una influencia araucana en sentido estricto, ni menos, que hayan sido traídas en el curso de la inmigración araucana a partir del siglo XVII. Es, por el contrario, una manifestación de una capa cultural chilena neolítica que cabría llamar protoaraucana, y que llegó acompañando a las piedras horadadas, a las "piedras tacitas" (Ñorquín), y tal vez al tembetá (LATCHAM, 1928 a, p. 39).

Distinto es el caso de las hachas planas con perforación, cuyo uso comenzó en la Araucanía probablemente en un momento posterior, tal vez pocos siglos antes de la Conquista. Como lo expresa VIGNATI, representa un elemento cultural completamente distinto. Es el prototipo chileno del *toki* (LATCHAM, 1910, p. 141), cuya asociación con el pueblo *mapuche* parece segura, y cuyo origen hay que buscar en la Polinesia, como ya quedó demostrado con respecto al nombre que lo designa, y la idea social e incluso mágica que lo acompaña (IMBELLONI, 1928 a; 1928 b [1953]; 1934 [1953]; 1930 b [1953])²¹.

Supone VIGNATI que también tuvo alguna forma de emangadura. LATCHAM (1928 a, fig. 36, p. 172) presenta, aunque en forma poco clara, la reconstrucción de una "pala de piedra", emangada por medio de un palo sujetado por cuerdas, que al parecer atraviesan la perforación.

20 Una muestra de ello son ciertos seres míticos de los que COX (1863, p. 57) nos trae la siguiente noticia: Trátase de los *Penquenes*, que iban vestidos de hojas de avellano; eran "pequeños leñadores, con sombreros de corteza, una hacha y su mango, hechos de palo de avellano...".

21 Su origen lejano es el Asia, puesto que se encuentran idénticas formas de hacha pulimentada en el período neolítico del Asia sudoriental y de la China (GIUGLIOLI, 1898, fig. 3, p. 374).

En diversos otros lugares de América del Sur se han hallado piezas de este tipo o emparentadas; entre otros, el N.O. argentino (BOMAN, 1927-32 a, fig. 74, p. 155).

Como sea, y sin excluir algún uso enmangado (tal vez de la variedad algo más tosca de esta hacha, de perforación cilíndrica), hay que hacer notar que ya en su ámbito polinesio el *toki* perforado recibió cierta significación mágica, paralela a su consagración como emblema de autoridad y poder, proceso que en la Araucanía culminó con el otorgamiento de su nombre a la persona misma del jefe. Por eso, así como por el excelente pulimento de *toda* la pieza y el buen estado de conservación de casi todos los hallazgos de este tipo, me inclino a considerarlos de carácter predominantemente ceremonial, mágica o social (lo cual no excluye algún uso violento); destinados, no a enmangarse, sino a ser pendidos de una cuerda que atravesaba su cuidada perforación. En Chile esto se da por sentado; en el Museo de Osorno, por ej., se dice de los *toki-cura* allí conservados que se trata del "medallón insignia del *toki*". Se conocen, en efecto, piezas provistas de una cuerda, tanto de Chile como de Nueva Zelandia. Entre los *maori* de esta última, dicha forma se transformó en *pendiente*, evolucionando también hacia una especie de amuleto antropo o zoomorfo denominado *bei-tiki* (SKINNER, 1916 II; v. lám. XVI). El hacha aplanada con perforación es aún hoy día objeto de afanes mágico-supersticiosos²².

A nuestro juicio, pues, y en el estado actual de los conocimientos, todo indica que sólo el hacha perforada es de importación *mapuche* en el Neuquén; la forma subcilíndrica como tal es más antigua y, por más que fuera también utilizada por el pueblo araucano, su conocimiento se fue perdiendo a partir de la Conquista y de la araucanización del territorio argentino.

Addenda

En el trabajo de VIGNATI, 1953 c (1955), en el que se describe un número de hachas y enmangaduras conservadas antes en el Museo Argentino de Ciencias Naturales y hoy en el Etnográfico de Buenos Aires, quedan distinguidos tres tipos en las hachas sin perforación del Neuquén: el subcilíndrico corriente, el de unas pocas piezas sólo "talladas por percusión, manteniendo la morfología de las otras" (ejemplares de

²² El Sr. A. Garcés, a quien debo varios amables informes, me ha dicho que conoció a una anciana en la zona centro-norte del Neuquén, donde se hallan algunos de los últimos reductos indígenas, que usaba un *toki* perforado para controlarse la fiebre. Pero también los comunes *celts* han sido, perdido su uso y significación, empleados con algún fin semejante, como se estilaba aún en el N. O. argentino y en Chile para conjurar a la tormenta (A. QUIROGA, 1942, p. 87; GUEVARA, 1898, p. 100).

Las Salinas y del Truquico), y el representado por una sola pieza proveniente de Taquimilan (*Hallazgos*, p. 22): laja alisada que corresponde al instrumento llamado "azadón" y del que conocemos unos pocos ejemplares más. Sus conclusiones no alteran, sino confirman las aquí expuestas. Insiste en el paralelismo técnico (introducción del hacha en el árbol en crecimiento) y funcional (múltiple, en primer lugar trabajos de corte y desbaste vegetal) con el área sudbrasiliense-guayaquí. La deducida vinculación morfológico-genética —indudable también a mi parecer— no presupone sin embargo un camino directo entre ambas áreas, y no excluye la probabilidad de una fuente común.

De gran interés es el resultado del análisis microxilográfico de una muestra de mango proveniente de la Salina de Truquico, efectuado por el Ing. Lucas Tortorelli. La especie en cuestión es *Myrtus luma* Barn; "se trata de un arbolito de cuatro metros de altura por 20 cm. de diámetro, perteneciente a la familia de las Mirtáceas que se llama vulgarmente "luna" y habita en la parte N.O. del territorio del Chubut, O. de Río Negro y S.O. de Neuquén. En el lado chileno es árbol de mayor magnitud, pero del nuestro, sus dimensiones son tan escasas, que hacen dificultosa la aplicación de su madera. Sin embargo, localmente suele usarse para hacer cabos de herramientas en general por su textura muy fina, grano rectilíneo, dureza y elasticidad" (repr. en VIGNATI, 1953 c, p. 21).

Que el vegetal utilizado exista en ambas franjas cordilleranas es un indicio más de la estrecha vinculación chilena del producto cultural con él confeccionado. No deja de ser curioso el que dicho árbol no exista en la mitad septentrional del Neuquén, siendo así que de allí proviene la mayoría de las hachas y la totalidad de las enmangaduras conservadas del N.O. de la Patagonia. Pero se debe contar con que hayan sido diversas las maderas utilizadas para ese fin, como ser, también, la de sauce, como opina el Sr. Aramendía.

b) ARTE PLÁSTICA MOBILIAR

Insignias líticas esculpidas

Menos problemático en cuanto a su origen y proveniencia, pero aún más interesante desde el punto de vista artístico e ideológico-religioso, es el tema de las insignias líticas. (Se las suele llamar "hachas insignias", incorrectamente, ya que no son hachas). Nos referimos a esos

objetos, confeccionados generalmente en piedra de tipo anfibólico y perfectamente pulimentada, de forma asimétrica, ya afectando una cabeza de ave estilizada, ya presentando a un animal felino esculpido²³. Ambos tipos son de origen diferente, asemejándose sólo a raíz de su función, que hizo necesaria en ambos la provisión de un mango. Provenientes del Neuquén, he examinado y descripto cinco ejemplares del primer tipo (para cuatro, ver SCHOBINGER, 1956 b, y *Hallazgos*; figs. 48-51; para el restante, de Malleo, únicamente *Hall.*, p. 77; v. fig. 52) así como tres del segundo (dos en op. cit. y *Hall.*; figs. 54-56; el tercero, de Bajada del Marucho, únicam. en *Hall.*, p. 53; fig. 57). Tengo, además, noticias fidedignas de la existencia de otros dos ejemplares del primer tipo (col. Garcés). Agregados a los anteriormente conocidos, hacen un total de 12 ejemplares para el área del Neuquén, a lo que se agregarían los cuatro objetos conocidos del sur de Mendoza. Prescindimos en esta enumeración del ejemplar de existencia dudosa

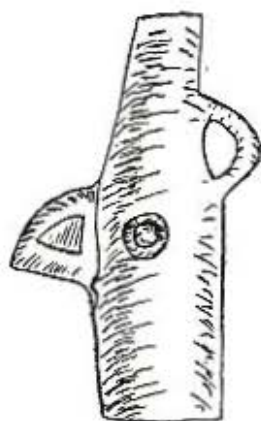


FIG. 47 - Pieza de alfarería, hallada en la zona del río Barrancas. Aprox. $\frac{1}{2}$ del tam. nat. Museo Regional Patagónico (Comodoro Rivadavia).

citado por R. LEHMANN NITSCHÉ (1909 a, N^o 2), así como del *okewa* lítico de tipología oceánica que mencionaremos más abajo. Con ello el Neuquén queda puesto casi a la par —en variedad de formas y en número— con la Araucanía chilena. Otro hecho notable que nos enseña

²³ Véase J. SCHOBINGER, 1956 b, aquí reproducido parcialmente y con modificaciones. La lista de hallazgos correspondiente al mapa (fig. 53) ha sido completada con dos nuevos ejemplares del Neuquén, y varios más de Chile.

el mapa 4, es el de la "densidad" de hallazgos de esta índole en nuestro territorio, ya que se hallan todos concentrados en la zona cordillerana y subcordillerana centro-meridional, especialmente alrededor de Huechulafquen-Pilo Lil.

Refiriéndonos al primer tipo que llamamos "ornitomorfo", el más ampliamente difundido, no repetiremos los pasos de las investigaciones



FIG. 48 - Clava insignia ornitomorfa. Sierra de Catan Lil. $\frac{1}{4}$. (MPB.)

etnológicas modernas, que condujeron hace ya casi treinta años a la brillante demostración del origen polinesio de un grupo de instrumentos que, en algunos lugares de la costa sudamericana del Pacífico y en su *Hinterland*, muestran "una progresión de formas que gradualmente se diferencian de las primitivas, hasta llegar a la creación de variaciones muy peculiares y especializadas" (IMBELLONI, 1929 [1953], p. 244). Estas variaciones son, precisamente, las que llamamos "clavas insignias ornitomorfas", derivadas en su forma del *mere okewa* que hallamos en su aspecto más rudimentario en Nueva Zelanda (isla Sur) y las islas Chatham.

De acuerdo con las citadas investigaciones de IMBELLONI, de la primitiva forma lítica falciforme o de rozón se derivó, por un proceso evolutivo y de complicación cuyas influencias vinieron del norte del ámbito neocelandés, el *waha-ika*, que por ser confeccionado en madera fue susceptible de recibir una interesante ornamentalización. Según dicho autor, ello se debe a la influencia del *onewa* evolucionado, o sea del instrumento de forma espatular que, construido en madera o hueso, era llamado entonces *kotiato*.



FIG. 49 • Clava ornitomorfa del Chapelco. Aprox. $\frac{1}{4}$ tam. nat. (Col. B. Koessler).

Lo notable es que ambas formas, espatular y de rozón, reaparecen en varios puntos del occidente americano, desde la Columbia Británica hasta el río Limay, construidos en su mayoría en piedra (IMBELLONI, 1930 a [1953]).

El territorio que estudiamos ha proporcionado un objeto de esta clase, precisamente el más meridional de la serie: uno de los dos únicos *onewa* que aparecen en América —si prescindimos de las dos piezas algo atípicas halladas en el valle de Elqui (Chile) recientemente dadas a conocer por IRIBARREN CHARLIN (1951)—; fue hallado a orillas del río Limay. El otro proviene de una zona relativamente cercana, como lo es la región del volcán chileno Llaima (LOOSER, 1931). Como dice IMBELLONI, se trata en estos ejemplares americanos "de un verdadero *waha-*

ika construido en piedra", y exento, por lo tanto, de sus ornamentos característicos, que son elementos "secundarios y dissociables".

En cambio, y al lado de estas raras formas polinesio-neocelandesas puras, vemos combinarse en tierras americanas meridionales la antigua forma semilunar del rozón con una *idea* que llegó a jugar un gran papel en las mitologías de sus culturas más avanzadas: la del *ave mítica*²⁴. El



FIG. 50 - Clava del lago Huechulafquen. $\frac{1}{3}$. (Colección Ferrari).

citado investigador nos presenta un gráfico con la posición tipológica de estas variaciones (IMBELLONI, 1929 [1953], fig. 47, p. 244), en cuyo comienzo se hallan algunas de las sencillas formas de la Araucanía, sin círculo central u "ojo", pero ya con las características fundamentales de la "insignia ornitomorfa". Llegan luego los ejemplares con "ojo" y aún con "dientes" (Araucanía, sin procedencia; lago Aluminé), cuya forma más diversificada resulta la pieza de Chillán, con doble dentadura, ojo formado por tres círculos concéntricos, y grabados geométrico-irregulares en el mango. Con razón AMBROSETTI (1904) lo llamó un "ave mítica", aunque su identificación con el "thunderbird" es discutible (y aún más, el carácter fálico que otorga al mango). También merece

²⁴ La "idea ornitomorfa" no era desconocida en el área del Pacífico. Realizada allí plásticamente en el extremo del mango de los *kotiate* y *waba-ika*, así como en las clavos óseos del N.O. de Norteamérica, se desarrolló en cambio en América del Sur en el mismo cuerpo del instrumento.

ser señalada la pieza de Cochiquito (S. de Mendoza), por la ornamentación geométrica que la cubre (SCHOBINGER, 1956 b, p. 269).

Por otro lado, hallamos la especial variación que llevó a otorgar a las piezas una cabeza circular o discoidal, con sólo una pequeña escotadura representando al pico y dándole un marcado aspecto psitacoide. Aunque el grueso de los ejemplares conocidos de este tipo provienen



Fig. 51 - Clava ornitomorfa fuertemente estilizada. Aprox. $\frac{1}{4}$ tam. nat. (MEBA, 807).

de la zona chilena central, debe notarse el hallazgo de uno de ellos en la Araucanía. El material de que están contruidos es una piedra de estructura talcosa, distinta del tipo más extendido en la Araucanía y el Neuquén. Por hallarse confeccionadas, como estas últimas, en roca anfibólica o porfídica, y teniendo en cuenta que también se han recogido dos ejemplares en la provincia de Colchagua (v. mapa 4, Nos. 24 y 25), podemos sospechar que son asimismo del tipo ornitomorfo los "otros dos ejemplares semejantes" a la pieza circular de Quintero que, provenientes de la misma provincia, menciona J. T. MEDINA en su gran obra de 1882 (p. 363).

Recientemente, D. S. BULLOCK (1956) ha dado a conocer una pieza que configura de por sí una variedad algo distinta dentro del tipo ornitomorfo semilunar. Procede de Ercilla (prov. Cautín) y su contorno falcí-

forme se asemeja más que ningún otro a las formas toscas de las islas Chatham. Presuponiendo la relativa antigüedad de éstas, cabe preguntarse: ¿cuál variación chilena es anterior, ésta o la clásica de pico abierto en actitud de grito? La existencia de una línea señalando el "pico", simulando a menudo una "dentadura" en lo que primitivamente era sólo la parte superior del pico, en ejemplares éditos e inéditos de la segunda variedad citada —lo que podemos atribuir a influencias de la primera— complica aún más el problema. No muy lejos de la de Ercilla se halla la clava de Aluminé descrita por IMBELLONI (1931), en la que sin embargo hay un lejano recuerdo del "pico abierto" representado por una leve saliencia inferior. (Lo mismo observamos en la pieza zoomorfa del lago Huechulafquen; v. más abajo).

Otra variación se halla representada por dos piezas, ambas sin ma-



FIG. 52 - Clava insignia (ornitomorfa muy estilizada), de la zona del Malleco. Longitud 19,7 mm. Col. B. Koessler-IIg. (Foto IAE).

por especificación del hallazgo. Una es del Neuquén, la otra del sur de Mendoza. Aquí la forma general es un tanto espatular, con una entrante relativamente pequeña al costado, recuerdo desnaturalizado del antiguo "pico". Tampoco muestran el círculo central u "ojo", presentando en cambio el ejemplar mendocino una interesante ornamentación geométrica, tal vez de carácter simbólico. Notable es, en cambio, la carencia visible de grabados de la insignia neuquina.

El último grado de exageración de esta forma de "llave inglesa" lo constituye, según Imbelloni, un ejemplar hallado lejos de la zona que tratamos: Azogues, república del Ecuador; se halla confeccionado en bronce. Sus descriptores VERNEAU y RIVET (1912), explicaban la presencia aislada de esta "probable insignia de mando" en dicho lugar por la presencia de soldados chilenos en tiempos del inca Huira Cocha (siglo XV), quienes la habrían confeccionado bajo el recuerdo de sus modelos meridionales. Esta hipótesis ya no es aceptable desde que conocemos la existencia de varias piezas más, correspondientes según modernos estudios a la cultura Milagro-Quevedo, periodo llamado de la "Integración" en el Ecuador, o sea, inmediatamente preincaico (ESTRADA, 1957). Trátase de "hachas ceremoniales de cobre", planas y con abundante ornamentación grabada; no pueden relacionarse en forma directa con Chile, pero revelan una semejante influencia oceánica con asimilación estilizada de la idea del ave con el pico abierto. Los puntos u hoyuelos situados paralelamente al borde ofrecen otra coincidencia con varias piezas chilenas²⁵.

Una estilización notable de las clavav ornitomorfav, aunque de otro carácter, la constituye una pieza de 44 mm. de largo, verdadera miniatura, hallada por el Sr. Vicente O. Agüero Blanch en Coipo Lauquén (Mendoza). Su forma recuerda en efecto a la de los objetos que

25 ¿Serán estos hoyuelos un reflejo o supervivencia de piezas en las que se colocaban mechones de pelos o de plumas? Esta idea puede surgir al observar un "hacha ceremonial", sugestiva por muchos aspectos, de la colección de Johann Wäber en el Historisches Museum de Berna, reproducida en la lámina 2 de HENKING, 1957. Procede del Nootka Sund, Alaska (otro receptáculo de elementos polinesios; v. por ej. IMBELLONI 1930 a [1953], p. 271); la cabeza de la empuñadura de madera representa una máscara ornitomorfa, con el pico abierto, dentro del cual se halla insertada un hacha plana de piedra. Su parte craneana presenta numerosas perforaciones, en las cuales se han insertado largos mechones de pelo.

Es de notar que junto a las citadas hachas ecuatorianas de la cultura Milagro-Quevedo se encuentran otras semejantes, pero cuya cabeza es constituida por un disco completo en cuyo centro se halla un rostro estilizado visto de frente. A mi juicio, no se trata de dos variaciones de lo mismo, sino de elementos e ideas míticas diferentes que por convergencia funcional del objeto tomaron forma semejante; algo parecido a lo que sucedió con los dos principales tipos de clavav líticas protoaraucanas.

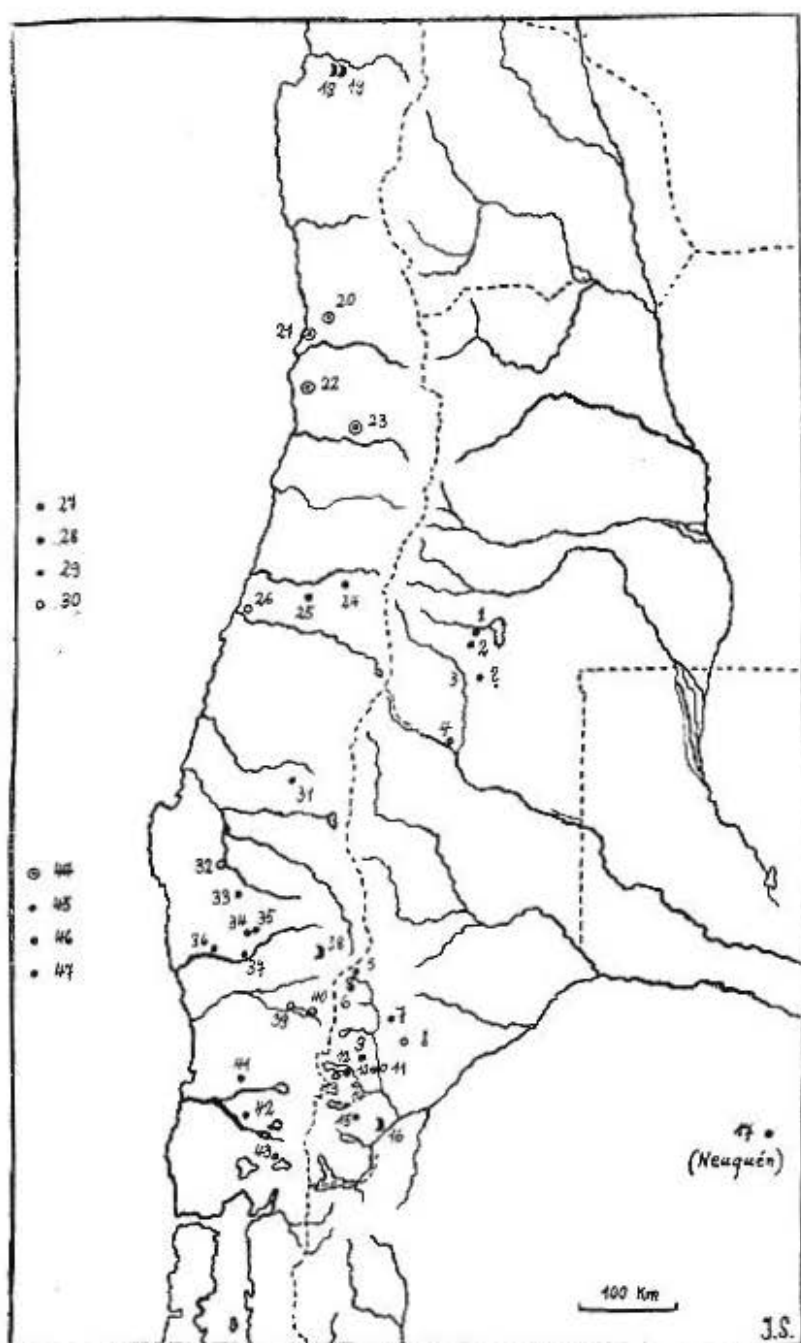


FIG. 53 - Mapa 4. Dispersión de las clavos insignias chileno-argentinas. (Referencias en la pág. sigte.).

REFERENCIAS AL MAPA 4

- Insignia ornitomorfa de cabeza semilunar, incluso el tipo de "llave inglesa" (Nos. 3 y 17).
- ⊙ Insignia ornitomorfa de cabeza discoidal, con un costado escotado ("pico").
- Insignia de ornamentación zoomorfa esculpida.
- ‡ "Okewa" o rozón (forma oceánica).

ARGENTINA (para los ejemplares del Neuquén véase, además de la bibliografía indicada, las partes correspondientes de *Hallazgos*):

1) Malargüe (SCHOBINGER, 1956 a, pp. 260-261), 2) Cerro El Chihuido (RUSCONI, 1945, N° 1), 3) Sur de la provincia de Mendoza, sin especificación (AMBROSETTI, 1904; LEHMANN-NITSCHKE, 1909 a, pp. 157-158), 4) Cochiquito (SCHOBINGER, 1956 a, pp. 259-260), 5) Lago Aluminé (id., p. 254), 6) Id. (IMBELLONI, 1931), 7) Sierra de Catan Lil (SCHOBINGER, cit., pp. 253-254), 8) Bajada del Marucho (*Hall.*, p. 53), 9) río Malleo (estancia El Atalaya) (*Hall.*, p. 77), 10) Pilo Lil (SCHOBINGER, cit., p. 257, referencia), 11) Pilo Lil (id., pp. 257-258), 12) lago Huechulafquen (id., p. 255), 13) lago Huechulafquen (id., p. 258), 14) Junín de los Andes (id., p. 257, referencia), 15) Chapelco (id., p. 256), 16) Río Limay (ubicación exacta desconocida) (AMBROSETTI, 1908 a; IMBELLONI, 1929), 17) Neuquén, sin lugar de hallazgo (LEHMANN-NITSCHKE, 1909 a, p. 158).

CHILE:

18) Altovalsol Oriente (de hueso; IRIBARREN CHARLIN, 1951), 19) Ibid. (botón apical zoomorfo; op. cit.), 20) Catapilco (LATCHAM, 1910, p. 131), 21) Quintero (MEDINA, 1882, p. 363, fig. 103; LATCHAM, 1910, pp. 138-139), 22) Casablanca (GAJARDO TOBAR, 1937), 23) Lampa (LATCHAM, 1910, pp. 133-137), 24) Almahue (LATCHAM, 1910, p. 139), 25) Tagua-Tagua (REED, 1924, pp. 22-24), 26) Vichuquén ("mano de mortero" con decoración zoomorfa; MEDINA, 1882, pp. 362-363, fig. 104), 27) Centro o sur de Chile, sin procedencia (GAJARDO TOBAR y ROJAS CARRASCO, 1956), 28) Idem (ejemplar inédito que será descrito próximamente por GAJARDO TOBAR), 29) y 30) Idem. (Mus. Nac. de Hist. Nat. de Chile, inéditos), 31) Chillán (según GIGLIOLI, en AMBROSETTI, 1904, pp. 28-30, y LEHMANN NITSCHKE, 1909 a, pp. 150-152), 32) Angol (BULLOCK, 1956), 33) Ercilla (ibid.), 34) Victoria (Mus. Nac. Hist. Nat. de Chile, inédito; existe también un calco en el Mus. Histórico Nacional de Chile), 35) Victoria (REED, 1924, pp. 24-25), 36) región de Imperial (CORNELLY y LINDBERG, 1952), 37) Temuco (BULLOCK, 1956), 38) zona del volcán Llaima (LOOSER, 1931), 39) Villarrica (REED, 1924, pp. 19-20), 40) Pucón (MÁRQUEZ MIRANDA, 1939), 41) San Juan de la Unión (LATCHAM, 1910, pp. 139-140), 42) Colimahuida (MO, inédito), 43) Lago Todos los Santos (CORNELLY y LINDBERG, 1952), 44) Araucanía, sin especificación (REED, 1924, pp. 17-19), 45) Idem (op. cit., p. 21), 46) Idem (op. cit., p. 22), 47) Idem (SCHOBINGER, 1956 a, pp. 261-262).

NOTAS: a) Prescindimos en esta lista —a diferencia de nuestro trabajo citado— de las piezas que, como el *oneua* de Villavicencio y el ejemplar anómalo de las lagunas del Rosario, no se hallan directamente emparentadas con las clavos insignias; asimismo, de la miniatura de Coipo-Lauquén (SCHOBINGER, 1956 c), y del ejemplar dudoso, cuya noticia fue obtenida de un indígena (LEHMANN-NITSCHKE, 1909 a, pp. 153-156). Se incluyen, pues, las clavos ornitomorfas conocidas (35 en toda el área chileno-argentina), las zoomorfas (8 ejemplares), así como sus probables prototipos los *okewa* oceánicos (4 ejemplares, dos de ellos bastante atípicos, Nos. 18 y 19).

b) J. T. MEDINA menciona haber visto "dos ejemplares semejantes" a la pieza de Quintero, provenientes de la provincia de Colchagua (1882, p. 363).

c) Como lo hiciera notar LEHMANN-NITSCHKE en 1937 (p. 223), la pieza

tratamos. Pudo haber sido dejada como ofrenda en una tumba, o poseer carácter de amuleto (SCHOBINGER, 1956 c). Hace unos años publicó SERRANO una pieza de forma semejante, aunque de dimensiones mayores y provista de un ornamento pintado (1941). Proviene de Angualasto, prov. San Juan.

Las insignias ornitomorfos nunca fueron enmangadas. No lo era tampoco el rozón polinesio, su forma ancestral. Como éste, presentan una extremidad o mango que a menudo termina en un sencillo ensanchamiento o botón (v. p. ej., figs. 48-50). Es digno de notar el hecho de que la perforación en su extremo, efectuada para llevar la pieza colgada de una cuerda, aparece en todas las formas consideradas más evolucionadas (discoidal y "llave inglesa"). En cambio, sólo la conocemos en tres representantes del tipo semilunar, la pieza del lago Huechulafquen (Hall., p. 77; fig. 50), la de Cochiquito en Mendoza (SCHOBINGER, 1956 b, p. 259) y la de Almahue en Chile (LATCHAM, 1910, p. 139). Otra, la de Chapelco (Hall., p. 83, fig. 49), presenta cerca de su extremidad inferior una ranura que muestra haber tenido una cuerda enrollada, rasgo que se repite en el ejemplar de San Juan de la Unión (LATCHAM, 1910, pp. 139-140). El ejemplar discoidal de Lampa (ibid.) posee ranura y perforación.

Podemos, pues, suponer que, paralelamente al proceso de parcial diversificación de la forma que cabría llamar "rozón ornitomorfo", varió también su función y significado. Sea cual fuere primitivamente (de dignidad religiosa o sacerdotal —carácter mítico—, o militar —insignia de mando—, o ambas a la vez), es claro que al serle colocada una perforación, el objeto quedó reducido a una pieza de adorno, probablemente como símbolo indicador de poder o rango social de su portador, y tal vez con algún carácter mágico-fetichista. Pudo, naturalmente, conservar algo de su anterior carácter.

LEHMANN-NITSCHKE, en su estudio sobre las "clavas céfalomorfas" entonces conocidas (1909 a), expresa algo parecido, al decir que "se pierde la idea o el deseo de representar en una escultura materialística la cabeza de un animal de una [determinada] significación..." (p. 164), proceso evidente para el tipo de "llave inglesa", aunque no estoy de acuerdo en aplicarlo también a las de cabeza discoidal, en donde el

Nº 3 de LATCHAM (1910, pp. 138), de la cual éste no conocía la proveniencia, es la misma que describiera MEDINA en 1882 (p. 363), hallada en Quintero.

d) Todas las descripciones de piezas aparecidas con anterioridad a la publicación de REED (1924) se hallan reproducidas por orden cronológico en la misma.

proceso parece haber sido inverso. Tampoco estoy de acuerdo con su serie tipológica de 1937, por las razones que doy en mi trabajo de 1956 b (p. 270).

Todo esto nos lleva al problema cronológico y étnico. No sabemos aún con exactitud cuándo y por quién fueron confeccionadas estas formas ergológico-artísticas. El hecho de hallarse, en su totalidad —prescindamos de los ejemplares aberrantes del Ecuador— en territorio chileno centro-meridional, en el sur de la provincia de Mendoza y en el Neuquén, todas zonas de establecimiento o de influencia del pueblo *mapuche*, no nos autoriza *a priori* a suponerlas de este origen²⁶. Ni siquiera si se confirmara un esporádico uso moderno por parte de indígenas de este origen, por ejemplo como *cherruwe* o piedra mágica (GUEVARA, 1908, pp. 343-344; LEHMANN-NITSCHKE, 1909 a, pp. 153-156). Nos informa este último autor, en apoyo de su atribución prearaucana: "Los antiguos cronistas no nos informan nada al respecto de estos objetos, y los *tokis*, hachas insignias de mando, eran de tipo completamente distinto, simples cuñas de piedra engarzadas en un mango de madera" (1909 a, p. 165). En otro trabajo aparecido el mismo año, este investigador cita la definición dada por uno de los mejores conocedores de la "lengua de Chile" del vocablo que designa a las hachas: "*Tboqui*, dicen a los que gobiernan en tiempo de guerra, y su insignia, que es una piedra a modo de hacha..." (ANDRÉS FEBRÉS, *Diccionario Arauco-español*, Lima 1765). Con éste coinciden los testimonios de los cronistas ROSALES y NÚÑEZ DE PINEDA Y BASCUÑAN. Este último, que vivió entre los araucanos en el año 1629, dice: "Otro tenía un *toque*, que es una insignia de piedra a modo de una hacha astillera, que usan los regues, y está en poder siempre del mas principal cacique, a quien llaman *toque*..." (*Cautiverio feliz*, p. 40).

Es evidente: si las insignias líticas que consideramos hubieran sido utilizadas por los jefes araucanos, sus descriptores no se habrían conformado con llamar "una piedra a modo de hacha" a un objeto tan singular. Por otra parte, ya dijimos que los autores chilenos aseguran que el *toki* es únicamente el hacha, y más concretamente, el hacha plana per-

26 Entendemos por *mapuche* ("gente de la tierra") al pueblo histórico que hallaron los conquistadores al llegar a Chile, cuyo centro geográfico de gravedad era la cuenca de los ríos Bio-Bio y Cautín, que luchó con los europeos durante más de cuatro siglos, y que subsiste aún hoy día en restos más o menos puros. Al sud del Tolten, entre este río y el golfo de Ancud, se hallaban los *huilliche*, rama algo distinta de la gran familia de lengua araucana. Parecen haber intervenido elementos de ambos grupos en la araucanización de los territorios al oriente de la Cordillera, iniciada en el siglo XVII.

forada. Dice, p. ej., LATCHAM (1910, p. 141), que "los *toquis* o hachas de piedras usadas [por los araucanos] como instrumento de mando, eran muy distintas" de aquéllas. Es corriente la tendencia de los autores chilenos a considerar a las piezas que aquí estudiamos como "exponentes de una cultura remotísima", probablemente prearaucana (REED, 1924, p. 4). También GIGLIOLI, primer descriptor de la pieza de Chillán, la tiene por una reliquia "degli antichi Mapu-ché, o, per essere più precisi, dei loro antenati avanti all'epoca della conquista spagnuola" (cit. por LEHMANN-NITSCHKE, 1909 a, p. 164).

No deja de ser un argumento a favor de la antigüedad de estos objetos el haberse hallado varios —de los escasísimos de los que se conocen aproximadamente las condiciones de hallazgo— a cierta profundidad. El caso más notable es el del N.º 6 de la lista de REED (1924, pp. 24-25), uno de los que conservan con mayor pureza la forma de rozón: fue hallado en Victoria "el año 1897, al construir un pozo, a una profundidad de 13 metros".

AMBROSETTI supone, en cambio, que tanto las insignias "de tipo chileno" como sus famosos "Pillán-toki" del área pampeana son "rastros de la influencia araucana prehistórica en la Argentina". Las primeras habrían sido las insignias de mando de los jefes, mientras que a los segundos los consideraba objetos votivos dedicados al Pillán, divinidad ctónico-atmosférica de los *mapuche*, confundida con el espíritu de los antepasados. En ciertos casos, se habrían grabado también sobre los primeros los pretendidos atributos del Pillán, como lo serían los trazos geométricos de los ejemplares de Chillán y del sur de Mendoza. Sabido es que este gran estudioso consideraba a los araucanos instalados desde muy antiguo en la Pampa, y en relación con los pueblos del Noroeste, los cuales por su parte también han animizado los fenómenos meteorológicos, y aun hoy realizan prácticas que reconocen ese origen. Ello no importaba, pues, necesariamente, reconocerles un origen reciente a dichos instrumentos. Claro está que todo falla por su base, si admitimos las reiteradas y plenamente justificadas críticas a su concepción del "Pillán-toki" y de la presencia remota de los araucanos en territorio argentino, hechas por OUTES, VIGNATI y otros. Estos recalcan el origen no-araucano de los peculiares instrumentos y hachas pampeano-patagónicas, y su inexistencia en territorio chileno.

De cualquier modo, hay una serie de hechos que hay que considerar, antes de pensar en la atribución étnica y cronológica de las insignias ornitomorfas:

- 1) Su empleo post-conquista no está documentado históricamente.

2) No hay ninguna prueba de que el vocablo *toki* se haya aplicado a estos objetos. Como designación de un objeto material, se lo empleaba sólo para las hachas (ya sea como instrumento de trabajo, arma, o insignia de dignidad o poder), y, en sus variantes peruanas y aún norteamericanas, para lanzas o picas con puntas de pedernal (IMBELLONI, 1934 [1953]). En cuanto a Chile, se lo aplicaba al parecer sólo a las hachas planas con perforación, al menos en su acepción más estricta. O sea, que éstas eran las insignias que usaban los bravos *vutathoki* araucanos.

3) La "línea isoglosemática" pacífico-americana establecida por IMBELLONI (1928 b [1953]) con respecto a la palabra *toki*, no se refiere —que nosotros sepamos— a las insignias del tipo que estudiamos, o a sus antecedentes polinesios. "Toki" se refiere, como hemos visto, a las hachas, y además a "todo el sistema oceánico de palabras, costumbres y jerarquía" vinculado orgánicamente con aquéllas (IMBELLONI, 1930 a [1953], p. 277). Para las formas que encontramos en posesión de los *maori* y *mori* existe, en cambio, el nombre de *mere* o *patu* aplicado en general a sus peculiares clavos o mazas filosas, y dentro de éstas el de *okewa* a las piezas asimétricas, en forma de rozón, así como el de *waba-ika* para su variante más evolucionada, confeccionada en hueso o madera. Su designación americana, empero, tanto para las piezas oceánicas puras halladas en su ámbito como para sus variaciones y desarrollos (nuestras "insignias ornitomorfás"), nos es desconocida. Por lo demás, las piezas de ambos grupos no son hachas, siendo pues erróneo —repito— llamar a las últimas "toki", como suele ser usual²⁷.

4) No hay que confundir el documentado uso de "hachas insignias" (*toki*) entre los araucanos, con un probable empleo semejante de las piezas ornitomorfás, el cual pudo ser contemporáneo con aquél, o más probablemente, anterior. No hay que dejar de distinguir ambas formas, por el hecho de que también los *mere* neocelandeses, tanto el *onewa* como el *okewa*, son instrumentos ceremoniales y emblemas de dignidad (sin excluir su uso violento), y que también en sus tipos más evolucionados aparece la perforación para pasar una cuerda sostenedora.

Desde el punto de vista arqueológico, la cuestión no puede ser resuelta con los datos de que disponemos actualmente; debemos esperar

27 Lo hace, por ejemplo, MÁRQUEZ MIRANDA hasta en el título de su trabajo de 1939. No es ella la única inexactitud que hallamos en el transcurso del mismo. La más grave es, tal vez, la de creer que el "ojo" central de los ejemplares ornitomorfos —formado siempre por un relieve discoidal o por una circunferencia incisa— pueda constituir, "ocasionalmente, un agujero de suspensión..." (op. cit., p. 36).

nuevos hallazgos, hechos si es posible en condiciones estratigráficas. Provisoriamente, podemos considerar que este tipo de insignia lítica es un producto cultural elevado, derivado de las Altas Culturas oceánico-americanas. Los ejemplares chileno-neuquinos son sin duda la consecuencia de un impacto proto-polinesio aislado sobre la costa chilena meridional, efectuado probablemente varios siglos antes de la formación de la etnia *mapuche* histórica. Ésta pudo conservarlas como reliquia y con un sentido mágico-supersticioso, y contribuir a su difusión por toda su área de influencia, seguramente ya antes de la inmigración araucana histórica al oriente de los Andes.



FIG. 54 - Insignia lítica zoomorfa de Pilo Lil. $\frac{1}{4}$ tam. nat. (Col. Pesqueira). (Ver fig. 55).

La citada vinculación con las culturas más avanzadas del área andina central se muestra con mayor evidencia en el segundo gran grupo de insignias líticas que hemos reunido bajo este acápite. Si bien éstas muestran, en efecto, el mismo "aire de familia" en lo fundamental, difieren en cambio radicalmente en su motivo mítico-exornativo. Éste consiste en un figura al parecer de felino, esculpida en la parte superior del respectivo ensanchamiento capital. A diferencia del grupo anterior, formado por más de treinta piezas documentadas, éste se halla integrado por seis piezas, tres de las cuales dadas a conocer por el que escribe (Pilo Lil, figs. 54 y 55; lago Huechulafquen, fig. 56; Bajada del Marucho, fig. 57). Las otras tres proceden de Chile, sin haberse notado hasta ahora su correlación. Existe además un ejemplar zoomorfo en el Museo

de Historia Natural de Santiago de Chile, inédito y sin indicación de procedencia.

He señalado el parentesco técnico y estilístico de nuestra notable pieza de Pilo Lil con la hallada en Pucón (E. del lago Villarrica), descrita por MÁRQUEZ MIRANDA (1939). La identidad se muestra, especialmente, en las cejas, nariz, ojos y fauces, que muestran claramente una lengua poco sobresaliente. Este rasgo es sin duda exponente de la

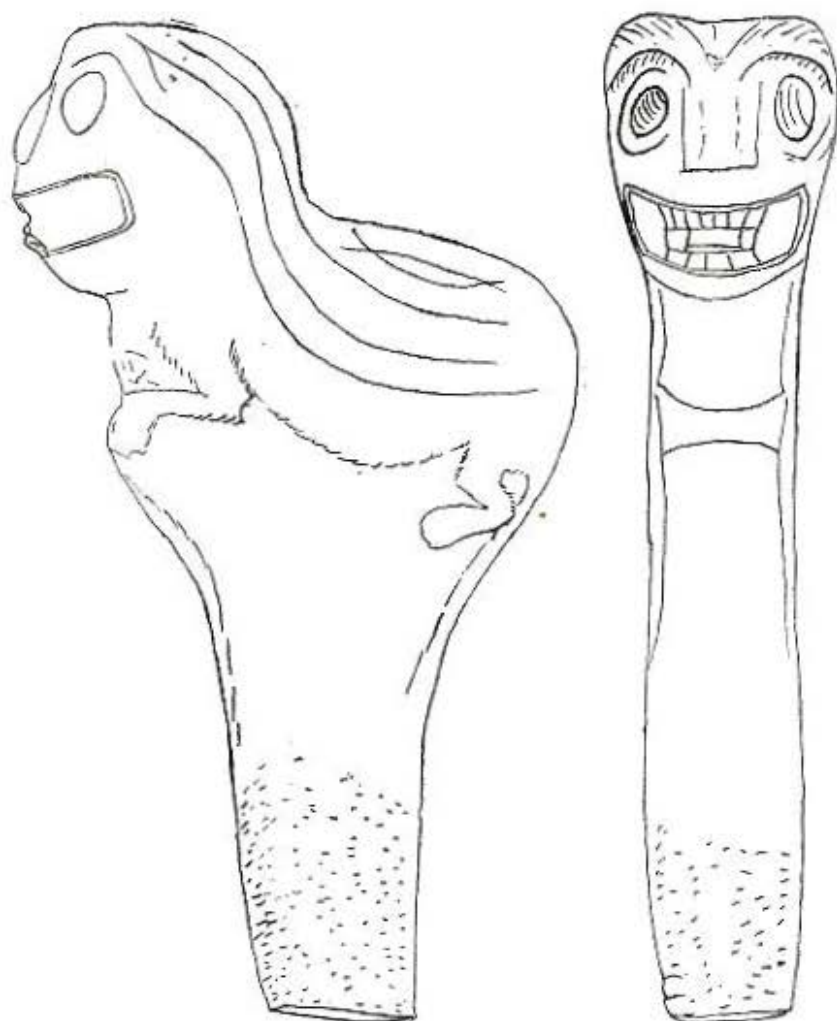


Fig. 55 - Insignia litica zoomorfa, hallada en *Pilo Lil*. Detalle esquemático (de perfil y de frente); $\frac{2}{3}$ tamaño natural. Colección Dr. O. Pesquiera, Zapala. (Ver. fig. 54).

misma idea manifestada entre peruanos y polinesios, y que entre los *maori* aparece "tanto en figuras talladas de madera que adornan las casas como en las cabezas humanas con que rematan los *hani*, o varas de autoridad de los caciques" (CANALS FRAU, 1950, p. 484). Carácter excepcional reviste por su parte la pieza de Pucón, ya que expresa un motivo que juega un importante papel en algunas antiguas altas culturas americanas: el del "doble" o del "otro yo" (v. fig. 60). Es sabido, por lo demás, lo ampliamente difundido en tiempo y espacio que se halla el "felino mítico" en toda el área andina.

La pieza hallada recientemente en Bajada del Marucho (Dto. Catan Lil), es decir, algo fuera de la zona subcordillerana, ha agregado un segundo ejemplar al tipo zoomorfo doble. Aunque sus superficies sean menos acentuadas, la forma de ejecución es la misma de la de Pucón, y revela una idéntica idea, simbolizada por los dos felinos encaramados.

El motivo zoomorfo reaparece en la pieza, de contornos bastante globulares, hallada a 3 metros de profundidad en Villarrica (en notable cercanía con el citado hallazgo de Pucón, el que también fue encontrado al efectuar una excavación, en plena plaza del mencionado pueblo). El mango de la misma termina en un leve ensanchamiento redondeado, al contrario del de los dos anteriores, que terminan algo abruptamente. Ello ha dado pábulo a la interpretación de su descriptor REED de que se trata de una reproducción fálica, utilizada en ritos obscenos (1924, p. 20; v. lám. II). Con los nuevos elementos de juicio que poseemos, podemos desechar esa fantasiosa interpretación.

A este género de objetos considero perteneciente también una extraña "mano de moler, que representa en la parte superior la cabeza de un gato montés", hallada en Vichuquén (provincia de Talca), y hecha en pórfido anfibólico. Sigue diciendo a su respecto MEDINA: "Ha sido también sin duda un objeto de lujo, pues además del esmerado trabajo que ha requerido, su estado de conservación demuestra que no ha tenido ningún uso" (1882, p. 363; v. fig. 104). Más que "mano de moler", cabría pues llamarla "insignia lítica zoomorfa". Es el único ejemplar conocido de esta serie que se halla algo alejado del área en la cual se hallan concentrados notablemente los demás hallazgos.

Recientemente dióse a conocer una pieza que considero debe ser incluida en este grupo, a pesar de que su descriptor no considera al animal representado como un felino sino como un lagarto (BULLOCK, 1956, p. 191). Tiene un tamaño algo menor (158 mm), y conserva notablemente un color verde claro con que su parte superior fue pintada. Vista de perfil, observamos una saliencia antes del comienzo del

mango, lo que, al igual que en el ejemplar siguiente, cabe interpretar como supervivencia de la parte inferior del pico de las clavaz ornitomorfos.

A orillas del lago Huechulafquen se halló la pieza que vemos en la figura 56 (Hall., p. 77). Difiere algo de las anteriores, y su interés radica, además de su sencillez y de la forma estilizada de representarse el cuerpo y las patas, en el hecho de que en su parte ancha parece haber una supervivencia de la forma "de rozón". Más aún: la pequeña saliencia que hay en la parte superior del mango, hace pensar en el contorno de las insignias de tipo ornitomorfo. Todo ello nos hace suponer que



FIG. 56 · Insignia lítica zoomorfa del lago Huechulafquen. $\frac{1}{3}$. (MPB)

se trata de una forma derivada, posterior. También en esta pieza el mango termina en forma abrupta; esto y el hecho de carecer de agujero de suspensión (el que presenta el ejemplar de Pucón en la parte central fue sin duda practicado posteriormente; por lo demás, no llega a atravesar el objeto) nos hace pensar en la posibilidad de que las insignias

líticas de este tipo hayan estado alguna vez enastadas en un palo, como los citados *hani* maories, o como lo debían de estar en algunos casos los *toki* de los jefes araucanos²⁸.

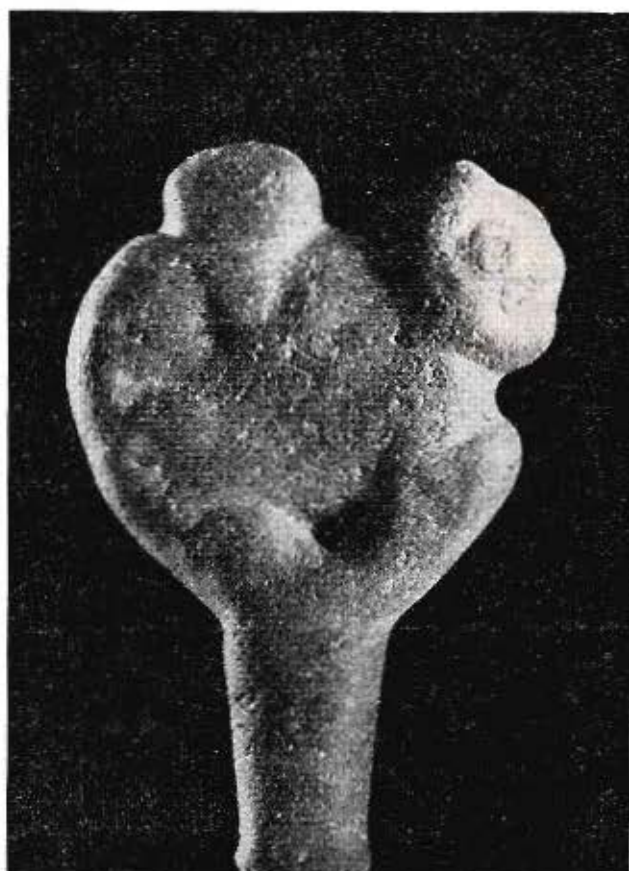


FIG. 57 - Clava insignia zoomorfa, con un animal pequeño encaramado sobre otro grande. Hallado en Bajada del Marucho (dto. Catan Lil). Col. Pesqueira. (Foto Pesqueira).

Existe un objeto muy interesante que, a mi juicio, es perfectamente susceptible de ser considerado en relación con las insignias que estamos

²⁸ Dice el P. Rosales: "Así como los romanos usaban llevar por delante unas hachas y unas varas, así éstos tienen por insignia unas hachas, no de hueso, sino de pedernal ensartadas en un palo" (*Historia*, t. I, p. 178). No me atrevo a afirmar, sin embargo, que los cronistas se refieran a estas piezas zoomorfas; por el contrario, me parece poco probable su confección post-Conquista.

tratando. Me refiero al "hacha de Huaycama", cuya fotografía y descripción publicó AMBROSETTI (1906, v. fig. 1). Fue hallada a 3 metros de profundidad, en la aldea de ese nombre, a 15 Km. de la ciudad de Catamarca; está confeccionada en basalto negro y mide 14 cm de altura. Según AMBROSETTI, el relieve superior debía representar un "tigre o puma", pero la pieza no fue terminada. Lo que la diferencia de nuestras insignias es que la parte inferior es ancha en toda su extensión, sin poseer por lo tanto un verdadero mango. Lo que interesa es el carácter general de "hacha insignia" que el ejemplar presenta, el material empleado, y más especialmente la conexión temática representada por el felino esculpido. Es ello un indicio más de las vinculaciones del N.O. con las regiones chileno-patagónicas, al que se agregan las hachas de piedra con representación felina en la cabeza, encontradas en la provincia de La Rioja (ALANIS, 1947, p. 34).

También en el norte chileno, al parecer, se han hallado objetos probablemente emparentados. Dice CORNELLY (1952, p. 244): "Una piedra con escultura antropomorfa en forma de un majadero de mortero existe en el Museo de La Serena, pero no conocemos su procedencia". Desgraciadamente, no acompaña una ilustración.

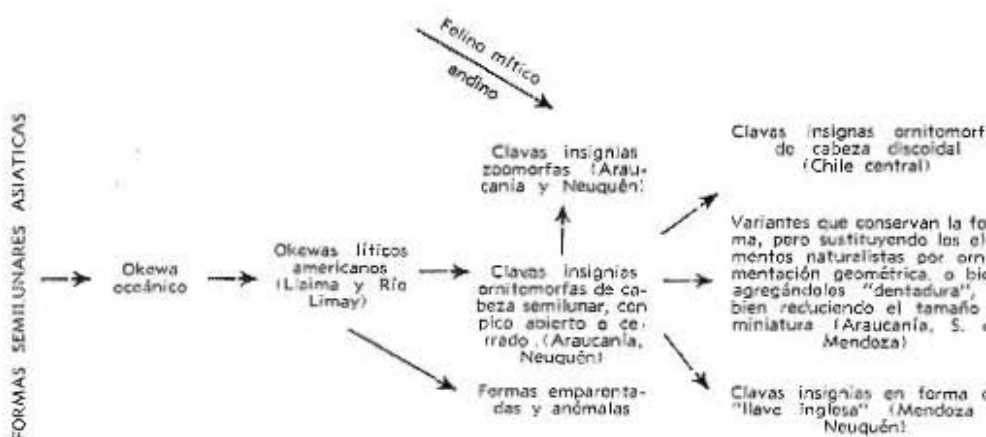
De la posible supervivencia de estas formas zoomorfas aún entre araucanos modernos, nos ilustra la descripción que le fue hecha a LEHMANN-NITSCHE del *cherruwe* o piedra milagrosa hallada por el cacique Kallfucura a orillas del río "Millarino" (¿Collón-cura?), y que luego heredó su hijo Namuncura: "una piedra chata de unos 25 cm de largo, "como un gatito", con los cuatro pies y las orejas bien marcadas. Supongo —agrega el autor citado— que también se trata de una antigua escultura" (LEHMANN-NITSCHE, 1909 a, p. 166). En efecto, por los datos consignados, no habría ninguna dificultad en identificar dicha piedra con nuestras insignias de Pilo Lil, del Huechulafquen, o de Villarrica. La leyenda con que los mismos indígenas chilenos rodearon a dicho instrumento y a la circunstancia de su hallazgo, nos demuestra que para el siglo pasado, al menos, la significación primitiva de estas piezas, y aún su misma existencia, habían sido completamente olvidadas. Esto nos lleva a suponerle alguna antigüedad al tipo zoomorfo —también indicada por haberse hallado varios ejemplares a cierta profundidad del suelo—, el que sería así aproximadamente contemporáneo al ornitomorfo. Constituye, no una simple variación *hors série* de los derivados del rozón (como dice MÁRQUEZ MIRANDA, 1939, p. 36), sino una verdadera insignia lítica de carácter propio, de raíz más directamente andina, cuyos caracteres sin embargo han tomado en el área

chileno-neuquina algunos de los del otro grupo, tal vez por convergencia de función ²⁹.

Mencionemos, finalmente, una pieza lítica considerada por su descriptor como un "okewa" —aunque bastante atípico— que representa un interesante eslabón dentro de ambas series de "hachas insignias", ya que presenta un botón apical zoomorfo, interpretado como un felino esquematizado. Trátase de una de las dos piezas de este tipo (la otra de hueso) halladas entre los restos del importante cementerio diaguita-chileno de Altovalsol Oriente, en el valle de Elqui (IRIBARREN CHARLIN, 1951, pp. 132-134).

Esto es lo que actualmente puede decirse con respecto a las correlaciones de las interesantes insignias líticas halladas en el Neuquén y zonas vecinas. Sintetizando, podemos decir que forman una unidad con las halladas en territorio chileno, en donde probablemente se originaron como variación de elementos culturales venidos del Océano Pacífico, bajo influencias míticas y tal vez totémicas típicamente americanas. Futuras investigaciones podrán aclarar su posición cronológica, y aún étnico-cultural. Con cierta probabilidad, las consideramos de edad prehistórica.

CUADRO TIPOLÓGICO DE LAS CLAVAS INSIGNIAS DE CHILE Y ARGENTINA ³⁰



²⁹ Acerca del *eberruuc* y su significación mítico-mágica, véase OCTES, 1917. La piedra trapezoidal con toscos grabados naturalistas publicada en dicho trabajo, parece ser un verdadero *toki* (aunque no presenta perforación), sobre el cual posteriormente se habrían efectuado los dibujos. (Sugestión verbal del Sr. A. Garcés).

³⁰ En el citado artículo de 1956 b, cuyas pruebas no me fueron entregadas

Placas grabadas

Hasta hace pocos años se carecía de noticias de placas grabadas halladas al norte del río Limay. Es verdad que, ya en 1909 (b) LEHMANN-NITSCHE dio a conocer el bello ejemplar hallado en la isla Victoria y traído de allí por el Dr. Francisco P. Moreno; pero se lo consideraba situado en el extremo N.O. de la difusión patagónica de estos objetos.

En 1942 GARCÉS dio a conocer, en una publicación local, dos placas grabadas del territorio del Neuquén; según manifestaciones verbales, posee algunas más. No he podido obtener la publicación, por lo que prescindo de dicho material en el presente trabajo.

En su obra de 1947 dedicada a los aborígenes argentinos, SERRANO ilustra dos ejemplares, de Codihue y del Chapelco respectivamente (*hall.*, pp. 39 y 84).

En la lista de materiales he descrito siete nuevas placas líticas incisas: del lago Lolog, de gran tamaño (*Hall.*, p. 86 b; v. fig. 58); del río Limay (*Hall.*, p. 107 b; fig. 58), y de Villa La Angostura, a orillas del lago Nahuel Huapi (*Hall.*, pp. 97-98; fig. 58; para las dos últimas, véase también BÓRMIDA, 1956); así como dos ejemplares anómalos: la plaquita con forma de instrumento tipo "Trafal", de la Vega Maipú (*Hall.*, p. 92; fig. 34), y la pieza sin procedencia en forma de colgante de la zona de San Martín de los Andes (*Hall.*, p. 113 a; fig. 59, centro). No hay que olvidar, por otra parte, la existencia de dos placas que carecen de grabados definidos: una, también con perforación, en forma de colgante, con líneas muy irregulares y borradas (sin procedencia, (*Hall.*, p. 113 b), y la pieza rectangular sin incisiones visibles del río Limay (*id.*, p. 107 a). Últimamente he examinado otras dos piezas con sencillos grabados geométricos del IALF: un rodado alargado de Tralatué, y el fragmento con una perforación de Paso San Ignacio (*Hall.*, pp. 23 y 82). Todos estos hallazgos amplían, pues, el límite norte de la dispersión de estos objetos hasta cerca del río Neuquén.

Los estudios y los puntos de vista acerca de la tipología, finalidad y antigüedad de estas piezas líticas, de escaso espesor y cubiertas con sistemas más o menos ordenados de decoraciones incisas, han sido largos y en parte contradictorios. No los he de historiar, pues alargaría dema-

para su corrección, se deslizaron numerosas erratas, la más grave de las cuales fue la supresión del cuadro final. Lo reproducimos pues aquí (véase también SCHOBINGER, 1956 c y 1957).

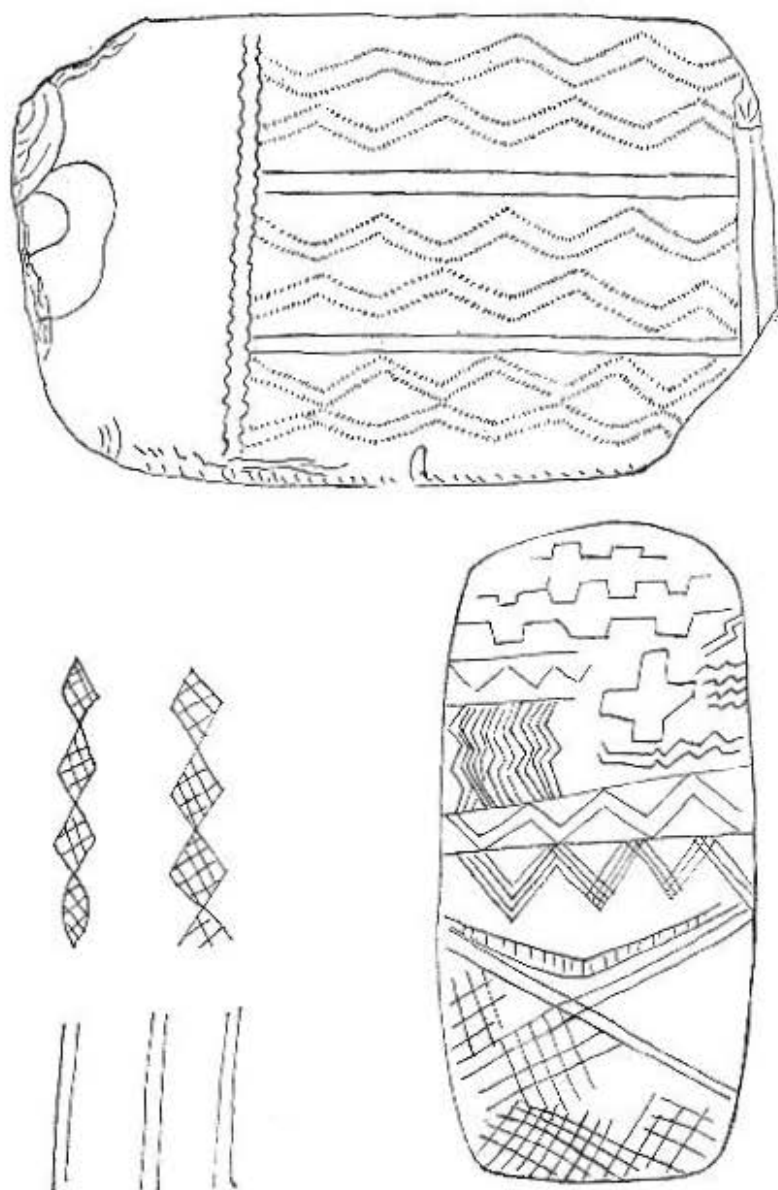


FIG. 58 - Placas grabadas de la zona Sud del Neuquén. La de arriba proviene de *Villa La Angostura*, y la segunda, del valle del *Limay*. Tamaño aprox. $\frac{3}{4}$. Ambas en el Museo de la Patagonia, de Bariloche.
A la izquierda se hallan los motivos decorativos de una placa rectangular hallada en una tumba a orillas del *lago Lolog*; $\frac{2}{3}$ tam. nat. Museo Regional Lanín.

siado nuestro tema; por otra parte, una reseña fue efectuada por BÓRMIDA en su reciente trabajo sobre el Complejo del Churinga (1952). Este autor ha realizado, asimismo, una *mise au point* ampliamente satisfactoria de la cuestión de las placas grabadas, al asimilarlas ergológicamente (así como en su raíz mental) a las variaciones líticas del *churinga* en el área australiana y americana. Con ello queda establecida su adscripción a una agrupación humana de cultura cazadora, poseyendo un valor mítico-mágico, y por ende, también, ceremonial.

Modificando algo la clasificación de OUTES (1916 a), establece BÓRMIDA tres tipos fundamentales de placas grabadas patagónicas:

- | | |
|--|--|
| A) Forma alargada, más o menos ovoide, con decoración geométrica, rectilínea, a menudo en bandas transversales. | } Grupo arcaico, de origen patagónico. |
| B) "Forma subrectangular alargada con perforación apical". Ornamentación atípica. | |
| C) "Formas rectangulares con ángulos redondeados; frecuentemente de grandes dimensiones". Ornamentación geométrica avanzada, de apariencia histomorfa. | } Grupo reciente (producto de una influencia septentrional). |

Nada tengo que objetar a esta clasificación, que responde a los hallazgos conocidos hasta ahora; pero no me cabe duda de que la misma excluye objetos de carácter igualmente mágico y provistos de grabados, que muestran forma y decoración divergente. En verdad, es difícil llegar a separar en forma tajante las "placas grabadas" de ciertas piezas con forma de T o de 8, halladas en la zona cordillerana de Río Negro y Chubut (v. GRESLEBIN, 1932, p. 100 y ss.), como tampoco de los "desolladores de guanacos" (?) según VIGNATI (1931 a, pp. 180-182), de la región pampeana y patagónica septentrional ("Pillán-toki" de AMBROSETTI). Sin duda, algún carácter mágico les fue otorgado a las típicas "hachas patagónicas", así como por otra parte a las placas naturales y de forma irregular (grupo 1º de OUTES), deliberadamente excluidas por BÓRMIDA. Yendo más lejos, ¿no cabría considerar a los *tokis* perforados chileno-neuquinos y a las insignias líticas zoo y ornitomorfos de algún modo como verdaderos *churinga-objetos*?³¹ OUTES

31 Así como lo es, según la acertada suposición de BORMIDA, una pieza lítica tan disímil y singular como el "bastón mágico herpetiforme" procedente de la margen norte del río Deseado, dado a conocer por DEODAT (1942).

Tal vez haya tenido alguna función parecida el curioso cilindroide lítico de la

señala el parentesco de los grabados de las placas del grupo C, no sólo con la alfercería del Río Negro y de la región central de la provincia de Buenos Aires, sino con "los objetos en forma de hacha obtenidos en la Pampa [los citados "Pillán-toki"]", y entre los ornamentos de cierta insignia zoomorfa hallada en la región meridional de Mendoza" (1916 a, p. 622), refiriéndose a la clava en forma "de llave inglesa" descripta por AMBROSETTI en 1904.

Por supuesto, lejos estoy de suponer un parentesco entre objetos de origen cultural y geográfico tan diferente; pero sí plantear la posibilidad de que, llegados a posesión de las agrupaciones cuyano-patagónicas, hayan sido provistos todos de un carácter mágico semejante, cuya raíz se halla en el antiguo *substratum* mental de los cazadores superiores. Ello está confirmado, a mi juicio, por el proceso de ornamentalización de las hachas planas perforadas, que al ser objeto de grabados en sus caras, quedan poco menos que equiparadas a las placas, si no en aspecto, seguramente en función. Un bello ejemplar demostrativo nos lo ha proporcionado el mismo Neuquén (hacha del Chapelco de la colecc. Alemandri; *ball.*, p. 84. Algo semejante podría decirse, como vimos, del objeto lítico que habría sido portado como amuleto por un araucano moderno, en cuyos grabados vio OUTES (1917) la materialización del mítico *cherruwe*. Sus figuras naturalistas revelan, empero, una base cultural distinta, tal vez debido a la influencia europea.

Por otra parte, no olvidemos que el grupo B de BÓRMIDA se halla provisto de una perforación muy cerca de uno de los ápices; esto plantea el problema de la vinculación de estas placas hasta hoy poco numerosas, con las grandes hachas perforadas de Chile, de las cuales algunas sólo difieren de estas placas en una confección más simétrica y acabada. No puede menos que llamarnos la atención el hecho de que el ejemplar de Valcheta que BÓRMIDA presenta como ejemplar característico de este segundo tipo de placas, posea una hermosa perforación *bicónica*, de 6 mm de diámetro en la parte más estrecha, y 16 mm en el plano de las caras (GRESLEBIN, 1932, p. 102, fig. 1).

La función, ya sea específica o "derivada" de todos estos objetos debe, en cambio, haber variado para cada forma principal, así como con el transcurso del tiempo y los cambios de los contingentes humanos. Tal vez las placas propiamente dichas tuvieron preferentemente una función *terapéutica*, como ya lo supuso LEHMANN-NITSCHKE en base, precisamente, a las pequeñas muescas y rupturas que presenta el ejemplar de la isla Victoria (1909 b, p. 158). Y también *protectora*, con cierto carácter votivo —llevadas tal vez "en el interior de una bolsita

sujeta al cuello"—, como piensa OUTES (1905, p. 472). Tanto VERNEAU (1903, p. 302) como TORRES (1922, p. 513) les asignan algún valor de *amuleto*.

Soslayando por ahora la difícil cuestión de la adjudicación étnica de las placas grabadas —tanto SERRANO (1947, p. 192) como CANALS FRAU (1953, p. 208) las suponen pertenecientes al acervo de los primitivos *guénenakéne*—, nos limitaremos a un somero análisis de los ejemplares neuquinos registrados.

Tal vez por falta de atención de coleccionistas y autores, no hay noticia de la existencia de las placas naturales, con grabados irregulares, que constituyen el primer grupo de OUTES y de las que se han hallado en gran cantidad en la zona de San Blas (al norte de la desembocadura del río Negro). Sin embargo, podemos afirmar que han existido, si tenemos en cuenta la citada plaquita provista de perforación, del Museo Regional Lanín.

Cabría adscribir al grupo A de BÓRMIDA (2º de OUTES) la placa de bordes redondeados (aunque de forma no-ovoide, sino rectangular), con sencillos registros transversales, procedente de Codihue (*Hall.*, p. 39). Es el único ejemplar del tipo patagónico arcaico, hallado precisamente en el extremo norte de su dispersión, en plena área Pehuenche.

La gran placa del lago Lolog pertenece sin duda al grupo C; sin embargo, la decoración que la distingue es extremadamente elemental, aunque de una sencilla belleza. Resulta interesante su semejanza con la del fragmento hallado en los médanos de El Doradillo, cerca de Puerto Madryn (Chubut). En uno de sus lados los trazos determinan "la formación de espacios más o menos cudrangulares, libres o reticulados. Todos estos grabados son finísimos y muy poco profundos" (OUTES, 1916 a, p. 623). También el material parece ser el mismo ("arcilla metamórfica color bermejo poco uniforme"). En cambio, en su forma y en su carácter levemente plan-convexo, se asemeja al otro ejemplar descrito por OUTES en la misma monografía, hallado en Puesto de Gorrití, sobre el golfo San José (Chubut) (*Op. cit.*, p. 624). La placa que comentamos fue hallada en una tumba, al parecer no muy antigua. Es ello un hecho que debe ser tenido en cuenta: revela que estas placas tuvieron también un valor de apoyo y protección para el Más Allá. Desgraciadamente, no conocemos otros objetos que estuvieran asociados a la misma.

También la placa de la isla Victoria fue ya por OUTES incluida en este mismo grupo. Parece evidente la conexión de sus motivos escalonados superpuestos con algunas pictografías, como veremos. No deja

de sorprender —sin permitirnos mayores conclusiones por el momento— la existencia de grandes placas de piedra de escaso achatamiento, halladas en la zona del río Uruguay, y que presentan una ornamentación escalonada muy semejante (ver, p. ej., SERRANO, 1947, fig. 89, p. 130).

Asimismo referibles al grupo C son las dos placas del Limay y de Villa La Angostura, conservadas ambas en el Museo de Bariloche. Su tamaño, empero, es menor que el hasta ahora comprobado para los —bien escasos— ejemplares de este grupo. Notable es la decoración de la primera (v. fig. 58), en la que se destaca una cruz de brazos anchos e iguales, comparable también a ciertas pictografías, y reveladora de una influencia andina. Junto con los zig-zag que la rodean habría hecho la delicia de Adán QUIROGA y de AMBROSETTI, dada la interpretación mítico-meteorológica de dichos signos por parte de estos *pionners* de la arqueología argentina. Sin participar de la misma, creo sin embargo que en casos como éstos —como en el de muchos motivos del arte parietal— no cabe contentarse con el ornamentalismo puro de ciertos autores, sino ver en ellos una verdadera expresión *simbólica* (no necesariamente consciente); o al menos, una manifestación artística elemental de la concepción mágica que dominaba al hombre que confeccionó y decoró a la placa, atribuyéndole luego *a ella* dicho carácter mágico.

Con la placa que tratamos, muestra cierta semejanza un ejemplar de dimensiones algo mayores, procedente de Laguna del Guanaco (provincia de La Pampa), que se conserva en el mismo Museo. Ha sido publicada por BÓRMIDA (1956).

Análoga a la de la isla Victoria en su forma, así como en las roturas parcialmente antiguas que presenta, es la placa de Villa La Angostura. En el lugar correspondiente se ha descrito su ornamentación, que posee cierta reminiscencia ofídica (v. fig. 58). La particulariza una técnica de minúsculas incisiones transversales, de la cual tenemos muy pocos paralelos patagónicos (por ej., el fragmento de placa grande y espesa, de El Paso, Río Chico de Santa Cruz, reproducido por OUTES (1905, pp. 471-472; fig. 177), cuyos motivos son, sin embargo, mucho más irregulares. Mayor semejanza tiene la ornamentación de un hacha patagónica también publicada por OUTES, 1916 b., lámina, fig. 5.

Una interesante muestra de las formas intermedias o "híbridas" que antes mencionábamos, es la placa triangular perforada de la zona de San Martín de los Andes ya mencionada. Es, propiamente, un "colgante grabado", provisto de los mismos motivos de las "placas" clásicas de menor evolución (zig-zag paralelos y entrecruzados).

Finalmente, debemos llamar nuevamente la atención sobre las dos

"placas grabadas" que presentan la curiosa particularidad de ser verdaderos "instrumentos tipo Trafal" con sus correspondientes escotaduras, pero de superficies alisadas y cubiertas de incisiones. Ambas proceden de la región S.E. de San Martín de los Andes (Hall., pp. 84 a, y 92, 3ª, respectivamente). Forman un grupo aparte, y una interpretación de su origen ha sido hecha en el acápite correspondiente a las citadas piezas tipo "Trafal" (p. 79).

Las placas grabadas corresponden al para-neolítico patagónico. Podemos, pues, suponer, que las de tipo arcaico proceden aproximadamente de los primeros siglos de nuestra era, mientras que las del grupo reciente datarían de poco antes del comienzo de la Conquista, continuando durante todo el transcurso de la misma. Hasta qué punto el elemento étnico de los *mapuche* intervino en su creación, nos es por ahora imposible decir; pero no deja de hablar en sentido negativo la falta de noticias de hallazgos semejantes en territorio chileno, confirmada por mi reciente visita a varios museos de aquel país.

c) ADORNOS PERSONALES; OBJETOS CEREMONIALES O DE GOCE

Adornos labiales

Los importantes paraderos "neolíticos" de Paso de Hacha han proporcionado el único ejemplar de *tembetá* conocido del territorio del Neuquén (Hall., p. 30; v. fig. 21)³². Este tan interesante elemento cultural, destinado generalmente a ser colocado bajo el labio inferior previamente horadado, tiene una gran dispersión por todo el continente americano, conservándose aún su uso entre algunas tribus del interior del Brasil. Sus muchos tipos y variantes pueden reducirse a dos formas extremas: la achatada ("discoidal"), y la alargada, en que el adorno presenta una extremidad cilíndrica o terminada en punta, de mayor o menor espesor y longitud.

El ejemplar obtenido pertenece al segundo grupo. En su estado actual, cabría adscribirlo al tipo *cilíndrico con base discoidal*; pero su escaso espesor, y el hecho probable de faltar la parte apical, me inclina a considerarlo del tipo de forma cilíndrica, con extremo más o menos aguzado y ensanchamiento basal.

No considero como *tembetá* al objeto fragmentado hallado por VIGNATI en la estancia "Huemul" (1944 I, p. 67), y considerado por

32 "Tembetá" es voz tupí-guaraní: *tembe*=labio; *itá*=piedra.

dicho autor —algo dubitativamente— como "adorno labial". Tiene una forma demasiado simétrica en relación con su gran longitud; sería, en todo caso, un tipo de *tembetá* distinto de todos los conocidos. Lo supongo, más bien, una especie de "piedra mágica", emparentada funcionalmente a las placas grabadas, como lo sugieren los grabados geométricos laberínticos que lo adornan en toda su extensión.

Correlaciones. Prescindiendo de los dudosos hallazgos de Pucón, en la Araucanía (IRIBARREN CHARLIN, 1950, p. 58), los hallazgos más meridionales de *tembetá* conocidos hasta la fecha son: Cauquenes (tipo discoidal con alas), Curicó (*idem*), y Mallea (*idem*, y cilíndrico con alas), en Chile (IREBARREN CHARLIN, 1950, p. 58); Malargüe y Viluco (tipo discoidal y cilíndrico con alas), en Mendoza (*op. cit.*, p. 72, 43). El tipo aquí descubierto es el discoidal, y el cilíndrico con alas; uno de los ejemplares discoidales es de gran tamaño, presentando una interesante ornamentación geométrica incisa (LEHMANN-NITSCHKE, 1924, pp. 128-129).

Por su forma, el ejemplar neuquino no se relaciona con los de San Blas; pero tampoco con los ejemplares anteriormente citados. La mayor semejanza la encontramos con algunos hallados en el norte de la provincia de Mendoza (que con las de San Juan y La Rioja constituye un importante centro de dispersión, de origen seguramente pre-diaguita). Hallamos, por de pronto, una pieza del tipo cilíndrico con alas, relativamente delgada, procedente de Uspallata (IRIBARREN CHARLIN, 1950, lám. X, fig. 8).

Un ejemplar de las lagunas Guanacache posee, asimismo, cierto "aire de familia" con el nuestro, a diferencia de otros dos exhumados en la misma zona por la XXIª Expedición del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires (publicado por IRIBARREN CHARLIN, 1950, lám. III, figs. 6, 1 y 3, respectivamente; y VIGNATTI, 1953 I, lám. IX, Nos. 32981; 33065 y 33066, ver. pp. 35-36).

Finalmente, entre los *tembetá* ilustrados por IRIBARREN en su trabajo sobre la dispersión americana de este elemento, encontramos algunos de la zona cuyana de tipo alargado, que cabría relacionar con el de Paso de Hacha; sobre todo uno procedente de Laguna del Rosario (Mendoza), de tipo "clavija" con ensanchamiento basal (*op. cit.*, lám. IV, fig. 4; v. p. 71. Ver también DEBENEDETTI, 1917, pp. 60 y 171). CANALS FRAU supone, probablemente con razón, que de los dos tipos fundamentales de *tembetá* de Mendoza —el alargado y el discoidal— este último es más reciente, correspondiente a los *huarpes* y sus contemporáneos. El otro sería, en cambio, un elemento característico de la

cultura neolítica de Agrelo (1956, p. 177). Conócense también numerosos ejemplares del sur de la provincia. Un tembetá muy semejante al neuquino ha ingresado recientemente a las colecciones del I.A.E. procedente de Quechuil en el dpto. Malargüe; otro, algo más fino, se halla en poder del Dr. H. Sanfurgo (Mendoza) y procede de la zona de Choique, en el mismo departamento.

La presencia del tembetá en el Neuquén es un factor más que confiere interés a la arqueología de este territorio, ya que prolonga hasta esta región el interrogante que de por sí plantea su presencia en Mendoza, así como la misma variedad de sus tipos en toda esta zona³³. Si bien es probable que la población encontrada por los Conquistadores llamada *huarpe* utilizara el tembetá, casi nada sabemos de la antigüedad y proveniencia de este elemento cultural de esta región. IRIBARREN CHARLIN (1950, pp. 44-45) lo supone producto de una antigua aculturación. Es probable que haya sido importado de más al norte, y aunque el área boliviano-chaqueña pudo haber constituido un centro de dispersión, su raíz última en Sud América parecen ser las culturas de tipo amazónico. La cronología del tembetá en la zona chileno-argentina es sin duda anterior a la formación de las Altas Culturas andinas, en las cuales sólo aparece esporádicamente (op. cit., pp. 37-40). Esto se halla confirmado por la llamada cultura de El Molle, en la provincia chilena de Coquimbo, descubierta en los últimos años. Según la cronología provisoria de CORNELLY (1952), en los siglos anteriores al VI d. J.C., en que se supone la llegada de los diaguitas a la región, floreció esta cultura en el valle de Elqui. Sus portadores conocían la alfarería y el cobre, enterraban a sus muertos en posición extendida cubriéndolos con anillos de piedras de río o lajas, y los munían del tembetá o bezote. Este suele ser estrecho y muy alargado, con un peculiar ensanchamiento cerca de la base, por lo que se lo denomina del tipo "botellita". Según las evidencias arqueológicas, al someter o expulsar a este pueblo los diaguitas invasores, el tembetá cobró para éstos tan sólo un valor secundario de adorno, conservándolo tal vez como trofeo (IRIBARREN CHARLIN, 1952, pp. 214-215).

El cronista GONZÁLEZ DE NÁJERA, que escribió a principios del siglo XVII nos proporciona un dato que alude a los pueblos del norte neuquino en tiempos de la Conquista; dice que los *pebuenches* "no se horadaron los labios y bezos, como los del Paraguay y los Charrúas, y

33 La dispersión del tembetá parece haber alcanzado hasta la zona subcordillerana del Chubut. VIGNATI (1944 I, p. 67) menciona un ejemplar inédito procedente del arroyo Apelég (MEBA, 31806).

otros muchos que traen huesos y piedras labradas en ellos, a que llaman los nuestros barbotes..." (cit. por MEDINA, 1882, p. 170).

Podemos, sin demasiadas probabilidades de error, considerar al tembetá como llegado en tiempos relativamente antiguos a Cuyo, por un lado; a la desembocadura del río Negro y, excepcionalmente, al Neuquén, por otro. Tal vez sus diversos tipos representen influencias diferentes en el tiempo. De cualquier modo, el ejemplar neuquino posee un carácter demasiado aislado para permitirnos conclusiones cuyas bases son de por sí muy poco seguras.

Adornos nasales

En el mismo grupo de adornos faciales mutilatorios al que pertenecen las piezas labiales y las auriculares —estas últimas no se han hallado en el Neuquén—, están las *narigueras*. Consisten en lo fundamental en una pieza alargada que se introduce tras horadar la ternilla de la nariz.

Cabe al Neuquén la particularidad de haber proporcionado, en diferentes niveles de un mismo lugar, dos piezas de esta clase, que corroboran las pocas noticias históricas que se tenían sobre el uso de adornos nasales entre los aborígenes patagónicos. Entre estas noticias se destaca por su proximidad geográfica, la del capitán FLORES DE LEÓN, quien en su segunda "maloca" al oriente de los Andes (algo después de 1621), llegó, tras remontar el río Puelo, a la región pedemontana de la zona limítrofe de los actuales territorios de Río Negro y Chubut. Allí, dice, "caminamos cosa de veinte leguas la vuelta del Sur, y un día cogimos dos indios, el uno puelche y el otro de la tierra adentro, que tenía las narices boradadas como los del Perú; éste nos dijo que por la parte del Sur, hacia el Estrecho, señalando la otra mar, había mucha cantidad de indios de diferentes naciones..." (*Memorial*, p. 256. También en VIGNATI, 1939 a, p. 239).

Algo más al sur, aunque probablemente no tanto como el paralelo 47° como supone FURLONG, existían en el siglo XVII tribus de "Poyas bárbaros, que traían las narices agujereadas y en ellas unas chapas de metal y chaquiras colgando..." (*Vida Apostólica y Glorioso Martyrio de el Venerable P.e Nicolas Mascardi*, etc.; biografía anónima, cit. por FURLONG, 1943, p. 80). Estos son los que, según la citada noticia, dieron muerte al P. Mascardi a fines de 1673.

Uno de aquellos adornos del Cementerio del río Limay es "de forma rectangular, de extremos curvos. El cuerpo es achatado. Presen-

ta una talla delicada cuya suavidad al tacto se acentúa porque se han embotado las aristas producidas al desprenderse las esquirlas mediante frote con un cuerpo blando. Las aristas laterales forman una perceptible cintura, lo cual entraña queden las extremidades un poco más abultadas que el cuerpo. Longitud: 40 mm. Trabajado en pedernal" (VIGNATI, 1944 V, pp. 131-132). Procede del nivel IV, o sea segundo en antigüedad, del mencionado yacimiento.

El otro fue hallado en el nivel inmediatamente superior (III°). "Es un pequeño cilindro achatado, obtenido de un trozo de hueso, finamente pulimentado. Sus extremos tallados en forma de casquete esférico, de flecha muy reducida. Longitud: 26 mm" (VIGNATI, 1944 V, p. 135. Estas descripciones también se hallan en VIGNATI, 1944 a, p. 267).

Conocemos de Patagonia algunas otras piezas susceptibles de ser consideradas como adornos nasales; tal vez muchas piezas tenidas por "perforadores", "sangradores", "lancetas de tatuaje", sean en realidad piezas de aquel tipo, como lo supone VIGNATI para algunos ejemplares de San Blas (1944 a, pp. 268-270). No es posible, por el momento, efectuar correlaciones más concretas. La aparente falta de hallazgos de este tipo en las regiones cuyano-pampeanas y en Chile (sólo del sur de Mendoza, conocemos finos bastoncillos de piedra, que pudieron ser narigueras), así como la profundidad de los estratos de donde fueron extraídos los ejemplares neuquinos y el carácter relativamente arcaico de las industrias asociadas, hace pensar en una antigüedad tal vez considerable de estas piezas, como ya lo hemos supuesto al comentar la industria lítica de dicho cementerio. A ello no se opone el hecho de su supervivencia posterior al siglo XVI, tanto entre tribus de la costa como del interior patagónico³⁴.

Otros adornos (collares, chaquiras, pendeloques)

Prescindiendo de los adornos de metal, que mencionaremos más adelante, el material utilizado para los adornos corporales exteriores ha sido preferentemente la piedra. Existen también piezas confecciona-

34 VIGNATI, en cambio a base de esas mismas informaciones históricas, cree que los niveles II a V (contando desde abajo) del Cementerio del Limay son posteriores al comienzo de la Conquista (1944 V, p. 139). Me parece que éste es un criterio demasiado estrecho, ya que nada impide que el comienzo del uso de la nariguera entre algunas parcialidades patagónicas date de mucho atrás, como ya lo sugiere —repito— el mismo espesor de los niveles del mencionado Cementerio.

das en valvas de moluscos; en cambio, no las conocemos hasta ahora en hueso. Los adornos de piedra, por su parte, provienen a menudo de moluscos fosilizados. Los ejemplos más característicos son los *collares* encontrados en Paso de Hacha. (Hall., pp. 30-31; v. fig. 44), y otros lugares de la zona centro-norte del Neuquén. Trátase, al parecer, de un elemento muy antiguo, ciertamente prearaucano³⁵. Estos collares testimonian una fuerte y original voluntad de adorno personal entre aquellos primitivos pobladores.

Diversos hallazgos prueban que, como en Chile, los antiguos habitantes del Neuquén utilizaban mucho las valvas de moluscos para la confección de collares y adornos semejantes. Fueron halladas en el nivel III del Cementerio del río Limay, entre cuyo acervo llama la atención una pieza de *Mytilus chorus* con doble perforación. Tratándose de una especie que se encuentra sólo en las costas chilenas, su presencia "es un testimonio arqueológico de las relaciones comerciales con los pueblos de allende los Andes", como dice VIGNATI (1944 V, p. 139).

Son muy abundantes en nuestro territorio las *chaquiras*, nombre dado a las cuentas de vidrio, loza, etc., proporcionadas a los indígenas por los europeos. Su carácter es, pues, muy reciente, por lo que no entraremos en su estudio detallado.

Los *pendeloques*, o adornos colgantes, se hallan representados por varios ejemplares que acusan dos formas principales: A) cilindro-cónica, más o menos regular, con un surco o dispositivo exterior para su sujeción por una cuerda (Paso de Hacha, fig. 21); B) plana y de forma aproximadamente elíptica, con agujero de suspensión en uno de sus extremos. Los ejemplares arqueológicos registrados provienen del Cerro de la Grasa (Hall., p. 39), Pilmatué (id., p. 43), y sin lugar de hallazgo (id., p. 113 a y b; 110). Las del segundo tipo parecen haber estado en uso hasta tiempos recientes. Tal vez tengan alguna clase de vinculación con las placas grabadas y los "tokis" perforados, que sin duda fueron alguna vez usados como pendeloques. Recordemos el interesante "colgante grabado" comentado anteriormente (p. 136). También en Chile estuvo de moda la utilización de este tipo de colgante (MEDINA,

35 No puede confundirse con las *llancas* araucanas, que son "green or bluish-green stones, mostly malachite and azurite, perforated and polished" (COOPER, 1946 c, p. 711). De este último tipo se han hallado, también en el Neuquén (Hallazgos, p. 59).

Sin embargo, parece ser que en los primeros tiempos de la Conquista aún se utilizaban en Chile collares de piedras toscas, "sin formas, feas, bruscas y cavernosas", muy estimadas como adorno de los caciques (GONZÁLEZ DE NAJERA, cit. por MEDINA, 1882, p. 170).

1882, fig. 154). En cambio, el tipo (A), de apariencia más primitiva, parece ser propio de los pueblos del oriente cordillerano.

Pipas

Se conoce una gran cantidad de pipas indígenas provenientes del territorio del Neuquén. Como la mayoría de los hallazgos de esta índole, ocurren preferentemente en la franja subcordillerana. Trátase de uno de los pocos elementos culturales de cuya filiación étnica y posición cronológica caben pocas dudas. Por de pronto, su época reciente, ya sugerida por el hecho de conservarse su uso entre los indígenas de fines del siglo XIX, se atestigua por los adornos y agregados de metal que muchas presentan. Su patria inmediata de origen es la Araucanía, de donde pasó a partir de los siglos XVII y XVIII a los pueblos de la Pampa y la Patagonia.

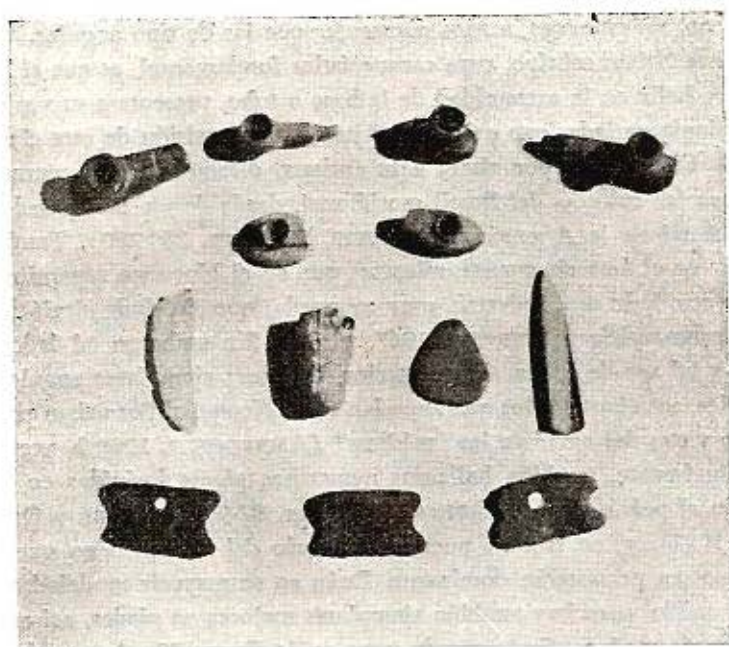


Fig. 59 - Diversos objetos del Museo Regional Lanín. Arriba (de izquierda a derecha): pipas de (a) Ñorquinco, b) sin procedencia, c) Haillaquina Lolog, d) Huechulafquen-Contra, e) idem, y f) sin procedencia. Centro: punta de lanza (Vivero San Martín), *pi-loi-loi* (sin procedencia), plaquita grabada y perforada (sin procedencia), y cuchara de hueso (Malleo). Abajo: piezas líticas "tipo Trafal", g) y h) sin procedencia, i) Vega Maipú. ($\frac{1}{5}$ del tam. nat.).

No nos detendremos, pues, demasiado en su análisis. Remitimos a la introducción del trabajo de BADANO (1945) para una visión general de este capítulo ergológico.

Se han subdividido las pipas sudamericanas en dos grandes apartados: las tubulares, y las de hornillo perpendicular al tubo (BOMAN, 1927-32 b, Apéndice). Las primeras se hallan, sobre todo, en la región chaqueña y en ciertas partes del Brasil (se conservan entre indígenas modernos). Las segundas se suelen subdividir en las de tipo "monitor", y en las del genéricamente llamado *angular*. Las primeras poseen una factura bien cuidada, hallándose a menudo confeccionadas en piedra; su característica consiste en que el hornillo se halla cerca del centro del cuerpo (el que suele tener una forma cuadrangular). El orificio de salida es ancho, ya que se solía introducir una boquilla, de caña o de metal³⁶. Este tipo halla su dispersión en la Araucanía chilena, en la Patagonia y la Pampa meridional, hasta la provincia de Buenos Aires (efecto, sin duda, de la mencionada expansión araucana). En el Neuquén son, sin embargo, menos numerosas que las de tipo angular.

Este último subtipo, cuya característica fundamental, es que el hornillo se halla en la extremidad de la base o tubo, presenta a su vez una morfología variada, que exige, a mi juicio, una revisión de esta clasificación. Ciñéndonos por ahora a la antigua, diremos que su centro se halla en las culturas del Brasil meridional, desde donde han pasado al área litoral de la Argentina (APARICIO, 1931, pp. 289-290). También las hay en el área chaqueña, mientras que en el Noroeste argentino se ha desarrollado una industria muy avanzada, que sin duda sirvió para fines ceremoniales (SERRANO, 1947, p. 39). Sin embargo, al lado de éstas, y tal vez de época algo posterior, hallamos ejemplares angulares, sencillos, semejantes a los que abundan en el Neuquén. Formaban parte, por lo visto, del ajuar de las "médicas" (AMBROSETTI, 1908 b, ver fig. 4). Finalmente, también hallamos numerosas piezas incluidas en este tipo en el país chileno (MEDINA, 1882, figs. 87-90; GUEVARA y OYARZÚN, 1912), y, en fin, en nuestro territorio del Neuquén en que las hallamos en proporción dominante. Están en su mayoría modeladas en barro cocido, pero hay también ejemplares mejores en piedra, así como algunos de madera. Como puede verse en la figura 59, algunas de las halladas en la rica zona de San Martín de los Andes, existe un tipo de pipa en que el cuerpo se continúa algún trecho delante del hornillo.

³⁶ Entre los ejemplares patagónicos recientes se han hallado con un fragmento de bombilla de mate (!) (OUTES, 1905, p. 467; BOMAN, 1927-32 b, p. 335). El primero menciona también una con "caña de pluma gruesa de avestruz".

En algunos casos, posee un simple mamelón o saliencia. Del examen de las pipas de esta zona surge la posibilidad de que la mayoría de los ejemplares de buena factura (que en parte deben haber sido utilizados con boquilla) sean relativamente antiguos, conservando quizás su carácter ceremonial primitivo. COOPER (1946 c, p. 741) señala que en el siglo XVII los cronistas chilenos atestiguan su uso por los *machi* o shamanes, siendo una evolución posterior su uso secularizado para fumar. Esta se ha de haber producido tempranamente en este lado de los Andes, y de entonces han de datar las numerosas pipas toscamente confeccionadas en barro cocido, cuyo estrecho orificio exterior muestra no haber sido utilizadas con boquilla, sino con apoyo directo del labio.

Mención especial merece la artística pipa, hecha por un cacique araucano establecido en las mesetas orientales del Neuquén durante el siglo pasado, descrita por RUSCONI (1946 b; Hall., p. 59). Éste y otros hallazgos prueban la subsistencia, hasta tiempos recientes, de un afán artístico bastante elevado respecto de estos objetos. Indudablemente, la calidad de las pipas se hallaba en relación con la categoría social de sus portadores.

Finalmente, llamamos la atención sobre la existencia de pipas con doble boquilla (Hall., pp. 17, 39, 64, 85), que sin duda eran fumadas en ocasiones especiales por dos personas al mismo tiempo. También se encuentran en Chile. En las tumbas de la cultura de El Molle (provincia de Coquimbo) se han hallado pipas de piedra, de factura excelente. Algunas presentan una base fina, larga, con el hornillo en el medio; pero, aunque su apariencia es de "doble", no lo son, ya que uno de los tubos es ciego. Es posible que esta antigua población, u otra emparentada, haya sido el intermediario por el cual habría de llegar, con el tiempo, la pipa a la región araucano-neuquina.

Hasta qué punto la coexistencia de los tipos monitor y angular en el territorio que estudiamos —que se prolonga por el extremo sur de Mendoza—, revela desigualdad de origen o influencias, no estamos en condiciones de determinarlo.

Instrumentos musicales

El único instrumento musical de carácter presuntamente arqueológico procedente del territorio del Neuquén, es la *flauta de pan confeccionada en piedra*, de la cual he podido registrar dos ejemplares cuyo lugar de hallazgo se desconoce (Hall., pp. 112 y 116). Su nombre araucano es *pi-loi-loi* (voz seguramente onomatopéyica), aunque a veces



FIG. 60 - Objetos diversos de la colección E. Bachmann. Arriba, extremos: dos hachas ceremoniales de Bajada Colorada (dpto. Picún Leufú); clava insignia de Pucón (Chile), publicada por Márquez Miranda (calco), cántaro excepcional, representando a una mujer (*machi* ?) con el brazo derecho en actitud de empujar algo, de Ruca Choroy (dto. Aluminé); abajo: pipas de diversos lugares del Neuquén. (Foto Bachmann).

se le da el genérico de *pivilla*, que sin embargo corresponde con propiedad a las flautas de madera, o antiguamente de huesos largos humanos (COOPER, 1946 c, p. 738). Este y otros instrumentos en material perecedero, de factura por lo tanto moderna, no los hemos de tener en cuenta aquí.

Las dos piezas referidas poseen 3 y 2 tubos, respectivamente, de diferente longitud. Como todos los instrumentos de esta clase, se hallan trabajados en una piedra talcosa, blanda, aunque sólida y compacta. Es muy probable que se trate de importaciones chilenas, en cuya área halló este elemento un limitado uso (COOPER, loc cit.; MEDINA, 1882, fig. 82; p. 419). Ambos ejemplares poseen cerca de uno de los extremos dos perforaciones estrechas, destinadas a pasar una cuerda de suspensión. La forma de la primera pieza es algo aberrante, pues es corta y ancha; además, uno de sus tubos se halla apenas comenzado. El segundo ejemplar, de tamaño mayor, parece acercarse más a la forma achatada que se encuentra en Chile y en el N.O. argentino (MÁRQUEZ MIRANDA,

1934)); desgraciadamente, su parte superior se encuentra rota. Las culturas más adelantadas del norte de Chile parecen ser el foco de dispersión hacia el Sur de este tipo de instrumento: CORNELLY menciona, entre otros, el hallazgo de una flauta de pan de cuatro voces, hecha en piedra talcosa, en el cementerio de El Olivar (1952, p. 249).

Instrumentos de características semejantes, pero de un solo tubo ("silbato"), se hallaron en Chile y en Viluco (Mendoza: post-Conquista), este último de tierra cocida, reproduciendo formas de ultra-cordillera trabajadas en madera (BOMAN, 1920, pp. 513-519). En realidad, más que una verdadera siringa, el *pi-loi-loi* podría considerarse como un "silbato" de dos o tres tubos³⁷.

Las incisiones rectilíneas, irregulares, que presentan sus superficies, permiten suponer alguna atribución mágica (tal vez posterior a su construcción) a estas curiosas piezas.

De carácter más etnográfico que arqueológico parece una "flauta" obtenida de un hueso y con grabados geométricos, que posee el I.A.L.F. N° 350, del Neuquén sin lugar de hallazgo.

Pakcha

Un hallazgo único, no sólo del Neuquén, sino del territorio argentino, es la enorme *pakcha* o vaso libatorio hallado en una cueva en el interior de la isla Victoria (Hall., p. 105, 2°). Su edad relativamente moderna se halla atestiguada por su perfecto estado de conservación, dado el material perecedero en que fue confeccionada.

De la exégesis efectuada al tiempo de su descripción por VIGNATI (1944 II) (a la cual remitimos para una consideración más detallada de este hallazgo), y de los datos aportados por JOYCE (1923), podemos historiar a este elemento del siguiente modo: La *pakcha* tuvo su origen en las culturas peruanas preincaicas (Chinchaysuyo, según JOYCE), poseyendo probablemente un carácter libatorio-ceremonial. Su característica —un depósito con orificio de salida del líquido, el que se continúa por una boca o canal— sufrió varias modificaciones. La cultura de los Incas la adoptó, dándole o adoptando el nombre con que la conocemos, que significaría "chorro de agua, fuente, agua que corre". Hay que suponer que, con la conquista incaica del centro de Chile hacia 1480, este objeto acompañado del respectivo nombre llegó hasta aquellas regiones, siendo luego adoptado por los araucanos a raíz del contacto con aqué-

37 Al lado del silbato, los *mapuche* también poseyeron la verdadera flauta de pan lítica, de cinco tubos (v. MÁRQUEZ MIRANDA, 1934, p. 321).

llos. Como dice acertadamente VIGNATI, dicho proceso no se habría producido "por el vaso físicamente considerado, sino por su valor espiritual" (1944 II, p. 91). Sin embargo, el carácter sagrado del objeto y de las prácticas libatorias asociadas —lo que llevó a su confección con madera de "canelo" (*Drymis Winteri*), "el árbol que estos indígenas usan aún en todas sus manifestaciones religiosas y mágicas" (VIGNATI, loc. cit.)— sufrieron una relativa degeneración en tiempos posteriores. Es así como, en 1713, el viajero francés FRÉZIER asiste en Talcahuano a una borrachera indígena provocada por la bebida de chicha "avec un instrument de bois long d'environ deux pieds $\frac{1}{2}$ composé de une tasse à manche d'un coté & d'un long bec de l'autre, creusé d'un petit canal fait en serpentant, a fin que la liqueur coule doucement dans la bouche par un petit trou percé au fond de la tasse à la tete de ce canal" (FRÉZIER, *Relation du voyage de la mer du sud aux cotes du Chily et du Perou* (...), Paris, 1716), p. 60; cit. por VIGNATI, 1944 II, p. 88). Un dibujo en que el autor citado incluye una "paquecha ou tasse a bec", suprime toda duda acerca de la identidad tipológica de la pieza vista por FRÉZIER con la hallada en el lago Nahuel Huapi.

También J. T. MEDINA (1882, p. 211) señala como araucana a la *pacúcha*, que era "un cucharón a modo de canal en que beben chicha, echándola otro".

¿Fue el ejemplar neuquino utilizado por algún grupo de emigrados chilenos, o de indígenas neuquinos araucanizados? Me inclino a creer que el objeto es de directa procedencia chilena, y que fue escondido piadosamente por alguno de los últimos sobrevivientes indígenas relativamente puros, en la espesura de la antiguamente isla sagrada.

d) OTROS OBJETOS

Torteros, espátulas, objetos varios. Amuletos naturales

Entre los objetos de uso doméstico de valor arqueológico se hallan los *torteros* o pesos para el huso. Son escasos los ejemplares hallados en el territorio del Neuquén, y seguramente de época moderna. Siendo el área araucana el centro de la industria textil al sud del paralelo 34°, cabe atribuir a los *torteros* ese origen étnico. Lo mismo ha de decirse de los esporádicos hallazgos efectuados en territorio patagónico, en donde OUTES distinguió tres tipos (1905, pp. 445-448). Los ejemplares registrados del Neuquén corresponden al tipo 1° —el más común tam-

bien en Chile meridional—, el cual posee forma discoide, de caras paralelas, con perforación central cilíndrica o levemente bicónica. Son en su mayoría de piedra, y de grandes dimensiones; algunos poseen una rara perfección. Hemos visto un ejemplar, con decoración que no tiene mucho de "indígena". A excepción de los ejemplares de Coihueco (Hall., p. 25), los hallazgos neuquénicos provienen de los departamentos de Aluminé hacia el sur, zona en que hasta tiempos recientes la industria textil se hallaba floreciente.

Se encuentran a veces, al parecer en tumbas, piedras de contornos muy plimentados, pero de formas asimétricas, sin duda naturales. Se las llama generalmente *espátulas* (SAN MARTÍN, 1919, p. 134), o a veces, *martillos* (Hall., pp. 88, 111). Se trata, probablemente, de rodados, aprovechados por los indígenas para algún menester. Tal vez efectuaban en los mismos alguna obra de retoque; pero ello resulta difícil comprobar. Por su carácter algo dudoso preferimos no tenerlas demasiado en cuenta en el presente estudio.

Se incluyen en el acervo arqueológico del Neuquén los "alisadores de cerámica". Como su nombre lo indica, trátase de simples rodados basálticos, usados para el pulimento de la superficie de las piezas de alfarería en proceso de confección.

Demás está decir que las bolitas del juego araucano de la chueca (*uño*), halladas a veces en la zona cordillerana, tienen más valor etnográfico que arqueológico.

Finalmente, debemos mencionar otro tipo de objetos naturales: se trata de las que se podrían llamar "piedras amuletoideas".

Uno de los varios rasgos comunes a tehuelches y araucanos en la vida mental, es el de atribuir algún significado mágico a ciertas formaciones pétreas naturales, que recogen y conservan, rodeándolas de un supersticioso cuidado³⁸. Si bien no son "artefactos", no se puede excluir a estos objetos al abordarse un estudio etnológico. Si no hay dificultad en su atribución con respecto a las piezas que han sido conservadas por

38) Con respecto a los *tehuelches*, ello se halla atestiguado por Antonio de VIEDMA, el cual en su "Diario de un viaje a la costa de Patagonia" (1779; en P. de ANGELIS, *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata*, t. VI, Buenos Aires, 1837, pp. 75-76), dice que adoran a la o las potencias que gobiernan la tierra "bajo cualquier figura que fabrican o que se hayan hallado en las playas", al modo de verdaderos fetiches. "Estas figuras las guardan en sus toldos, muy cubiertas y liadas con cueros, paño, bayeta o lienzo, según cada uno puede, y no se descubre a nadie sin dictamen del santón o hechicero". (Citado por VIGNATI, 1931 b, pp. 384-385).

Referente a los indios modernos de Chile, remitimos, entre otros, a GUEVARA, 1908, y CAÑAS PINOCHET, 1902.

los sobrevivientes indígenas contemporáneos, la inseguridad se presenta al hallarse objetos semejantes en la tierra. Pero, aunque no siempre hay evidencia acerca de su uso por los indígenas, ni de su función, la comparación con elementos etnográficos y, en ciertos casos, sus condiciones de hallazgo (una tumba, por ej.), nos permite incluirlas entre el acervo arqueológico del territorio que estudiamos.

Una pieza de esta clase parece ser la extraña piedra basáltica hallada en La Rinconada (*Hall*, p. 81), que semeja un falo. Posee cierta antigüedad, como lo revela el hecho de haber sido encontrada en profundidad.

Según un dato de F. SAN MARTIN (1919, p. 140), se llamaba *lican* en araucano a "unas piedrecitas blancas a las que las *macbi* les atribuyen propiedades misteriosas". En varias colecciones he visto ejemplares de las mismas, que afectan formas bizarras, a veces zoomorfas.

No se excluye, por otra parte, que las grandes y pesadas formaciones que conservaban algunos aborígenes modernos —en la colección de la Sra. Kessler he visto varias— hayan poseído ese carácter "sagrado" desde muchos siglos atrás, transmitiéndose los de generación en generación.

Cabecita de alfarería

Las laderas del río Barrancas han proporcionado una cabecita que recuerda un tanto las confeccionadas por los comechingones (*Hall*, p. 14). Sin embargo, no posee la delicadeza de trazo de aquéllas, contrastando también su gran espesor. Llamamos la atención la nariz y las orejas perforadas. Dada la falta de estas piezas en el Neuquén, y especialmente en el extremo Norte relativamente pobre en elementos arqueológicos, no puede dudarse de su carácter de pieza importada, tal vez del área "huarpe-comechingona", o aún de más al norte³⁹. También en Chile se han hallado estatuillas de arcilla, por lo que no se excluye dicha vinculación. J. T. MEDINA ilustra una "cabeza de greda" proveniente de Punta de Teatinos (prov. Coquimbo), de gran similitud con el espécimen que comentamos. (1882, fig. 160).

³⁹ Recientemente S. CANALS FRAU ha dado a conocer figurillas de barro (fragmentadas) de la Cultura de Agrelo, cuyo centro es el área de Tupungato en Mendoza (1956, p. 179).

e) CERÁMICA

En el estudio de la cerámica proveniente del Neuquén debemos partir de un postulado (derivado del hecho de no haberse efectuado hasta ahora estudios estilísticos y estratigráficos al respecto): su carácter reciente, y de algún modo vinculado a los araucanos. Existen dos razones para admitir, provisoriamente, lo dicho. Ante todo, el que las formas arqueológicas más comunes se repitan a menudo en la alfarería confeccionada en el siglo XIX y en el nuestro, así como su parentesco con la alfarería indígena chilena contemporánea. Luego, se halla el hecho de acompañarse, al menos en algunas de las importantes sepulturas de la zona cordillerana, de material decididamente post-Conquista. Un tercer indicio sería la falta de mención de esta industria entre los primitivos *puelche*, los *poya* (VIGNATI, 1939 a), y aún los *pebuenche*, por parte de los cronistas. Ello no prueba su ausencia, pero sí, en todo caso, su escasez y poca importancia. Recurriendo una vez más al Cementerio del Limay, encontramos fragmentos de alfarería tosca y sencilla en los *dos niveles superiores*, de los que al menos el último es post-colombino.

Por todo ello, se excluirá del presente trabajo dedicado a la prehistoria del Neuquén un análisis detallado de la alfarería hallada hasta ahora en su territorio. Fuera de las descripciones particulares efectuadas en *Hallazgos*, me limitaré a una presentación de conjunto, y a un intento de correlación.

a) En términos generales, podemos comprobar que en la mitad septentrional del territorio la cerámica es escasa y poco caracterizada; en los llanos orientales, casi inexistente; mientras que se halla representada con profusión y variedad estilística y cualitativa en los departamentos lacustres de la región Sud y Oeste. El centro más importante es el Dpto. Aluminé, en donde, por otra parte, escasea grandemente el material arqueológico restante. Difícil resulta, en la actualidad, decidir si ello se debe a una simple coincidencia, derivada de la falta de investigación. Otro centro importante es la zona de San Martín de los Andes.

Si bien en la mayoría de los casos nos resultan desconocidas las condiciones de hallazgo, sabemos que muchas de las piezas enteras fueron extraídas de *chenques* o tumbas (véase el capítulo siguiente), que parecen ser de época reciente (siglos XVII a XIX), y de influencia decididamente araucana. Sin embargo, no habrá seguridad acerca del tiempo y del origen étnico de todo este material hasta no haberse estudiado con detenimiento los sistemas funerarios y sus ajuares, tanto de

Chile como del Neuquén. En las descripciones he seguido, no obstante, la calificación de "araucana" aplicada a muchas de las piezas por GARCÉS en su Catálogo (1952, MS). De ahí que, al transcribirse la calificación de "antigua" para alguna de las mismas, deba sobrentenderse "relativamente".



FIG. 61 - Alfarería hallada en: a) lago Huechulafquen, b) Haillaquina Lolog, y c) Pulmarí. Aproximadamente $\frac{1}{10}$ tam. nat. (Museo Regional Lanín).

b) No habiendo indicios —lo mismo que en el resto de la Patagonia— de sucesión cronológica para los diferentes hallazgos cerámicos, haremos una simple enumeración geográfica de los ejemplares cuya procedencia se conoce, comenzando por el Norte.

De las inhóspitas faldas del volcán Domuyo (en donde he obtenido noticias de la existencia de "chenques"), y de algo más al sur, de Cancha Huinganco, provienen algunos fragmentos de cerámica lisa (pp. 11 y 9) ⁴⁰.

Una interesante pieza, "botellita ornitomorfa", señalase como proveniente del río Barrancas, probablemente en los alrededores del puente de la Ruta N° 40 y, al parecer, no lejos de la "cabecita" comentada poco más atrás. Trátase de una realización excepcional para el área que estudiamos, tanto por su forma como por la finura de su confección; sus características permiten deducir su importación del área cultural andina (p. 14 a).

Otra pieza indudablemente alóctona, es el bello vasito con decoración geométrica incisa, hecho en piedra, procedente de Cinco Saltos (p. 46).

De Copahue procede un ejemplar francamente excepcional: el cán-

⁴⁰ Las páginas mencionadas hasta el fin del punto (b) corresponden a *Hallazgos arqueológicos de la provincia del Neuquén*.

taro pintado que se conserva en el Museo Nahuel Huapí (p. 16). Su técnica y decoración geométrica lo relacionan con las restantes piezas de cerámica pintada del territorio, y que serán tratados en conjunto en el párrafo siguiente.

Ollas y cantaritos, de factura moderna, provienen de diversas localidades de los Deptos. Norquín y Loncopué. De las Salinas del Truquico (Chos Malal) hay sólo la noticia un tanto vaga del hallazgo superficial de un cacharro (p. 22). En cambio, de Tralatué existen algunos cántaros interesantes: uno globular con dos bocas unidas por un asa, que recuerda a formas peruanas, y otro ornitomorfo de cuello alto, entre otros (p. 23). De El Cholar conocemos una serie de pequeños *metabue* con un asa, platos y ollitas (p. 16). Del Cajón del Manzano procede otro cantarito con un asa con dos estrías horizontales (p. 24).



FIG. 62 - Alfarería de: a) Haillaquina Lolog, b) sin procedencia, c) Pulmarí, d) Haillaquina Lolog, y e) lago Lolog. Aprox. $\frac{1}{6}$. (Museo Regional Lanín).

Un cántaro del tipo que, siguiendo a GARCÉS, buen conocedor de la alfarería neuquina, llamamos "clásico", proviene del Cerro de la Grasa (p. 39). El mencionado tipo, así llamado por su frecuencia en el territorio, es liso, sin adornos (excepto, a veces, una prolongación simple o doble en la parte anterior del asa), y de confección sencilla. SERRANO reproduce algunas de sus formas más frecuentes (1934, fig. 2). Otra pieza, globular y algo tosca, proviene según el autor citado de la misma localidad. También de allí provienen algunos cántaros moder-

nos, pucos y platos (p. 39). Varias piezas grandes (cántaros y ollas con estrías horizontales) existentes en el IALFC proceden de otros puntos del dto. Picunches.

En la zona centro-norte del Depto. Picunches se han hallado piezas fragmentadas, que revelan bastante tosquedad. A veces presentan decoración grabada (líneas y puntos) (p. 45). De Las Toscas conocemos, además de fragmentos semejantes, uno que muestra decoración geométrica pintada (p. 42).

Del cerro Cuchillo, cerca de Las Lajas, proviene una olla de dos asas, de tamaño pequeño (p. 38). En un paraje próximo se halló un botellón araucano moderno (p. 41). Otro botellón, de gran tamaño, proviene de Las Lajas, así como una pequeña jarra (p. 41).

Un magnífico y excepcional cántaro pintado, de dos asas, proviene del lugar llamado Bajada del Agrio (p. 38; fig. 64 a).

Pasando a las mesetas del centro y este del territorio, encontramos las siguientes muestras:

Del arroyo Santo Domingo, un jarro sencillo, y un fragmento de cántaro de forma algo atípica (p. 49).

De Covunco Centro, los dos jarros con un asa descritos por APARICIO (1935 a, ver lám. XXIV), de forma "clásica" y factura relativamente moderna. Hallamos aquí un rasgo que se repite a menudo en la alfarería del Neuquén, y que atestigua su carácter post-Conquista: las incrustaciones de pedacitos de loza —de origen europeo— en su parte superior (p. 48). Del mismo lugar se conocen algunos fragmentos de cerámica.

Un cántaro grande con un asa pequeña, moderno, proviene del río Picún Leufu (p. 52).

Del arroyo Espinazo del Zorro proceden un jarrito con dos asas, y dos jarros con un asa, estos últimos extraídos de una sepultura. Todos de factura sencilla (p. 55).

Un bello cántaro provisto de asa procede de Las Coloradas (p. 55), así como una olla globular.

De la zona del río Collón Cura, conocemos una gran olla de dos asas, provistas de estrías horizontales (p. 61).

Finalmente, entre el material hallado en la estancia "Santa Isabel", se incluyen algunos fragmentos de alfarería tosca (p. 59).

Zona andina centro-meridional:

Ya he aludido a la riqueza cerámica del departamento Aluminé. En sus numerosos "chenques" o tumbas hallamos, además del material ya encontrado en las zonas anteriores (clásico con un asa, olla con dos

asas, vaso con y sin asa, presentando distintos tamaños y calidad de factura), nuevas formas. Entre la cerámica sin decoración, se destacan los cántaros ornitomorfos ("vasos-pato"). Digno de mención es también el cántaro zoomorfo de Pulmarí (p. 74; fig. 61 c). Otra pieza excepcional es el cantarito doble, proveniente del mismo lugar (p. 73; fig. 62 c). Estos y otros productos se hallan a menudo pintados o barnizados de color rojo.



FIG. 63 - Cántaro de La Angostura (lago Aluminé). Aprox. $1/6$. (Museo Regional Patagónico, C. Rivadavia).

Entre la alfarería con decoración pintada hállase la jarrita de la colección Pesqueira (p. 65 g; fig. 64 b); un cántaro con un asa, algo toscó, del Museo Regional Patagónico (p. 65 i), y el elegante cántaro con zig-zag en el cuello proveniente de La Angostura (p. 67, 1°), reproducido en la fig. 63.

De las piezas del IALFC —cuya colección he estudiado en fecha muy reciente— procedentes de este departamento, tienen especial interés un puco alto (sin lugar de hallazgo), un *metabue* de cuello alto de Lonco Mula, y un cántaro de dos bocas unidas por un asa de La Angostura.

Un lugar especial merece, dentro de esta mención de conjunto de la alfarería del Depto. Aluminé, la numerosa serie extraída por el Museo Nahuel Huapi (hoy de la Patagonia) de las tumbas de la zona Reigolil-Pilhue-Norquinco. Encontramos en profusión, grandes cántaros con un asa (de diversos tamaños y tipos, pero de la misma forma funda-



FIG. 64 - Cerámica fina de ambos lados de la Cordillera. a) Cántaro pintado de Bajada del Agrio; b) cantarito pintado de Aluminé; c) cántaro zoomorfo de Liucura (Chile). Aprox. $\frac{1}{5}$ tam. nat. (Colección Pesqueira).

mental), y ollas con dos asas; además: un cántaro con dos asas horizontales (p. 69, 5°), un cántaro globular de dos asas (p. 70, 5°), un jarrito con dibujos geométricos (p. 69, 1°), un cántaro zoomorfo (p. 70, 7°), un vaso-pato (p. 71, 8°), otro, con incisiones (p. 72, 12°), y un notable cántaro con dos asas, provisto de decoración geométrica (p. 71, 8°). Además de su valor e importancia intrínseca, el material de dichas sepulturas la tiene porque su restante contenido atestigua su carácter post-Conquista (en una de ellas se halló incluso un par de espuelas), y porque señala la contemporaneidad de la alfarería con decoración pintada con la cerámica común, al menos para este conjunto funerario. Desgraciadamente, no hay mayores informes acerca de las condiciones de hallazgo, por lo que dichas conclusiones no tienen valor definitivo. Por otra parte, las dos únicas piezas con motivos pintados no permiten ir muy lejos. Aquí, como en todas las cuestiones arqueológicas del territorio, hay que esperar nuevos hallazgos efectuados con métodos científicos.

Otro interesante conjunto de hallazgos cerámicos, bien documentados, es el que acaba de excavar el Dr. Federico A. Escalada en el interior de dos "corralitos" (*malal*) de la zona de Aluminé. Trátase de fragmentos en su mayoría de color beige o marrón, algunos con agujero cilíndrico o troncocónico (de suspensión?), otros con delgados grabados horizontales, y asas sencillas, casi todas de sección circular. Piezas de interés son las asas reproducidas en la figura 63: un fragmento con cinco prominencias, otro con una curiosa estilización antropomorfa, y otro con dos mamelones y grabados horizontales. Aunque hallados a

diferente profundidad, todas estas piezas dan la impresión de corresponder a un período cultural unitario, y no muy antiguo. Las asas redondas sugieren una facies algo distinta de la araucana clásica.

Entre el material cerámico ilustrado por SAN MARTÍN (1919) se hallan, al lado de algunos ejemplares "clásicos" y con incrustaciones de loza, también un cántaro zoomorfo, y uno que presenta bella ornamentación pintada (p. 72).

Para una enumeración detallada de la cerámica del Depto. Aluminé, véase la parte pertinente de la lista de hallazgos.

Pasando al Depto. Huiliches, nos encontramos con dos interesantes piezas del lago Tromen: un cántaro con decoración pintada en zig-zag, y otro con incrustaciones sobre el cuerpo (p. 82).

De las márgenes del lago Huechulafquen, tan interesantes arqueológicamente, conocemos dos "vasos-pato", tres cántaros con un asa, y una olla con una sola asa (p. 78).



Fig. 65 - Alfarería del departamento Lacar: a) San Martín de los Andes; b) camino de San Martín de los Andes al lago Lolog; c) arroyo Chuchiuma; d) arroyo Pérez (cántaro pintado). Aprox. $\frac{1}{7}$. (Colección Gonzalía). Foto Gonzalía.

De una de las tumbas de la zona de San Ignacio hallóse un cantarito con un asa, y en otro lugar, fragmentos de cerámica (p. 82). De la margen Este del lago Lolog hay un elegante cántaro globular (p. 78).

Finalmente, hemos de señalar la zona de Pilo Lil, rica en "chenques", en donde se han exhumado algunos cántaros y vasos con un asa, y un "vaso-pato" de características algo anómalas (p. 81). Pieza excep-

cional, aunque probablemente moderna, es el cántaro "doble ornito-morfo", con tréboles de 4 y 6 hojas grabados en el cuerpo, procedente de este lugar (p. 81).

En el Depto. Lacar, asiento hasta hoy de restos indígenas, no es siempre fácil distinguir entre alfarería antigua y moderna. Buena parte de las antiguas fueron extraídas de tumbas, que abundan en la región. Sin efectuar una nómina detallada (ver lista de hallazgos, pp. 83-98), podemos decir que, de la alfarería sin decorar, encontramos los clásicos cántaros con un asa (alguno de forma esferoidal: p. 85), ollas con dos asas (con algún ejemplar de grandes dimensiones), cántaros o botellones sin asas, de alto cuello (pp. 85 b; fig. 62 b; y p. 86, 2º), jarros con un asa, un cántaro u olla con dos asas horizontales (p. 91, 7º), una pieza anular, de función dudosa (p. 85 d), un fragmento de alfarería incisa, de grabados cuneiformes (p. 97); fragmentos de alfarería recogidos en un paradero, a orillas del lago Lacar: lisos, y con líneas paralelas incisas (p. 85 b); fragmentos recogidos en el abrigo "Gingins" (p. 91, 9º); etc. La numerosa serie del Museo Regional Lanín que carece de procedencia, posee los mismos caracteres generales (p. 113).

Conocemos dos piezas con decoración geométrica pintada, una de ellas de gran valor. Trátase de un gran cántaro de boca estrecha, con un asa, procedente de las márgenes del arroyo Pérez (p. 87; fig. 65 d). El otro ejemplar es un jarrito, deteriorado, de la zona de San Martín de los Andes (p. 97). Además, existen dos fragmentos pintados de la misma procedencia (p. 90, 6º).



FIG. 66 - Alfarería de la zona central: a) Las Coloradas; b) Aluminé; c) idem. ¹/₁₀. (Col. Pesqueira).

Del departamento Los Lagos conocemos pocas piezas enteras. Trátase del cántaro globular con un asa, tipo clásico, hallado en compañía

de los esqueletos del enterratorio de la Misión jesuítica (principios del siglo XVIII), en la estancia "Huemul" (p. 98, a). Ello es otro importante dato corroborante del carácter moderno de este tipo cerámico.

Un cántaro con loza en la boca, una olla y un raro recipiente globular achatado, sin cuello y con dos asas horizontales, proceden del Valle Hermoso (zona del Traful).

Abundan en cambio los fragmentos, que incluyen asas. Pertenecen siempre al tipo corriente, sin pintar. Registramos: el trozo recogido en el penúltimo nivel del Cementerio del río Limay (p. 101), y las asas y tiestos del nivel superior del mismo (p. 102); los fragmentos de diversa clase hallados por Vignati en la zona del Traful, parcialmente decorados con incisiones de líneas y puntos, y de listones en relieve (pp. 104 - 105); la serie de fragmentos pequeños hallados por BÓRMIDA en varios lugares de la zona del alto Limay (p. 100), y en la isla Victoria (p.106).

Citemos los dos *metabue* y el par de fragmentos provistos de agujeros de la isla Victoria, traídos por el Dr. F. P. Moreno de su expedición de 1902 (p. 106).

Finalmente, un fragmento con decoración geométrica pintada, ha-

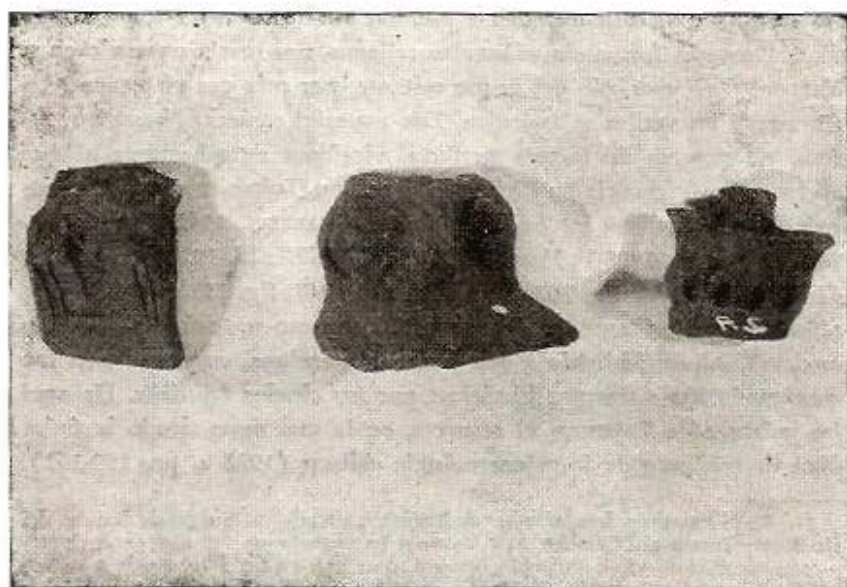


FIG. 67 - Asas decoradas de Aluminé (exped. Escalada, 1957). Con saliencias, grabados, y una de carácter antropomorfo, Aprox. $\frac{3}{4}$ tam. nat.

llado en la costa del lago Nahuel Huapi, que atestigua la dispersión de este estilo hasta esta región (p. 133, 2º).

c) Echaremos ahora una mirada de conjunto sobre la cerámica indígena del Neuquén, con vistas a sus posibles vinculaciones geográficas y culturales.

Ante todo, debemos admitir una separación entre el material provisto de pinturas geométricas, y el restante. Este último, que incluye tanto la alfarería común (sin pintar, o a veces sencillamente monocroma) como las piezas zoomorfas, así como también el escaso material grabado, es en su mayoría de directa vinculación araucana; lo prueban las formas araucanas modernas, que muestran parentesco aunque no siempre identidad (véase, p. ej., COOPER, 1946 c, lám. 154). Sin duda alguna, también dentro de este grupo cabría efectuar distinciones estilísticas (especialmente entre el material liso y el grabado), pero aún no estamos en condiciones de hacerlo. Deberá tenerse en cuenta, asimismo, la posibilidad de que parte de los restos cerámicos recogidos en el territorio no sean de origen o influencia araucana, sino patagónica (*guéne-na-kéne*, en cuyo territorio aparece una alfarería con decoración geométrica incisa)⁴¹.

Más nos interesan, por ahora las once piezas enteras más algunos fragmentos cuya ornamentación pintada en líneas rojas sobre fondo blanco, a veces formando triángulos rellenos, nos revela un estilo en sí cerrado, y diferenciado del grupo restante, por más que en general las formas de las vasijas se asemejen. Este material cerámico, hasta hoy escaso, no siempre de factura perfecta, vincúlase estrechamente al que aparece con frecuencia en Chile al sur del río Tolten, en área tradicionalmente asignado a los *huilliche* (véase OYARZUN, 1942, figs. 2-5, p. 286; LATCHAM, 1928 b, láms. XXXVII, XXXIX; id. 1928 a, figs. 42 y 44; MEDINA, 1882, fig. 202, etc.; SERRANO, 1947, fig. 157, p. 242). Esta alfarería es considerada unánimemente como *no-mapuche* (en sentido estricto), adjudicándose a una *facies* más antigua, cuya tradición fue continuada hasta tiempos históricos por los citados *huilliche*. He aquí las palabras de LATCHAM al respecto, en la que sigue siendo la única obra de conjunto de la paleoetnología chilena (1928 a, pp. 159-161).

41 En el paradero denominado "de Yankín", situado en la margen derecha del río Limay frente al "Cementerio", VIGNATI ha hallado un "instrumental tipológicamente distinto al de la orilla opuesta, cosa que en un futuro más o menos próximo servirá para establecer límites entre *facies* culturales o étnicas (1944 VI, p. 144). Inclúyase una apreciable serie de fragmentos de alfarería, algunos de los cuales tienen características interesantes y algo divergentes del material neuquénico (ver op. cit., pp. 146-147).

Refiriéndose a la existencia de "dos capas culturales en la antigua región de los araucanos", dice: "En las sepulturas de túmulos y de cistas se encuentran restos de una cultura distinta a la hallada entre los araucanos. Predomina entre los restos que han resistido los estragos del tiempo, la alfarería, frecuentemente decorada con dibujos pintados en rojo o negro, generalmente sobre un fondo blanco. Por la mayor parte, tanto en su forma como en su decoración, esta alfarería es análoga si no idéntica a la hallada en las provincias promaucaes entre el Cachapoal y el Maule. Alfarería de esta clase se ha hallado en varias partes del territorio que hemos asignado a los araucanos. . . En muchos puntos de la costa, entre la bahía de Arauco y la desembocadura del Cautín o Imperial, se han encontrado sepulturas antiguas de tipos desconocidos en época posterior, y en ellos alfarería pintada y otros artefactos como picotas, azadones y palos de piedras y de madera, puntas de flecha de pedernal, etc., cuya fabricación no se practicaba entre los araucanos a la llegada de los españoles, pero que persistían hasta tiempos relativamente recientes entre los huilliches de Valdivia al sur, hecho notado por los cronistas y confirmado por hallazgos arqueológicos. . . Con el mayor conocimiento de la arqueología del país y del orden cronológico de sus capas culturales, podemos ahora indicar la época a que pertenecen tales restos. Las decoraciones de la alfarería son del tipo chincha, y sabemos por los estudios de UHLE que la repartición de este estilo en Chile Central tuvo lugar en el último período preincaico. Es indudable que es a este período que se ha de asignar esta cultura prearaucana del sur".

Otro conocido estudioso chileno, A. OYARZUN, defiende el carácter antiguo —preincaico— de este estilo decorativo que aparece desde Chile central hasta Llanquihue, y que —como en las piezas neuquinas— se halla a menudo combinado con formas comunes, especialmente el *metabue* (nuestro cántaro clásico). Rastreando similitudes, llega a la conclusión del origen atacameño de dicha ornamentación pintada. La antigüedad de las piezas que la presentan, estaría abonada por hallárselas en "tumbas antiguas", así como por la edad del florecimiento de la cultura atacameña (OYARZUN, 1942, pp. 279-281). Según se halla implícito en su pensamiento, el *metabue* pintado habría sido cronológicamente anterior a las formas sencillas; estas últimas habrían sobrevivido en las épocas posthispánicas, más apegados sus portadores a lo puramente utilitario.

Nueva luz sobre la cerámica pintada de la Araucanía proporciona el estudio de Dillmann S. BULLOCK (1955) sobre las urnas funerarias

halladas entre los ríos Bio Bio y Tolten, a las que se atribuye edad anterior a la Conquista. A las mismas se asocian cántaros del estilo "de Valdivia" (*builliche*), algunos ornitomorfos también provistos de ornamentación geométrica, y aros sencillos de cobre de un tipo que ya no se usaba en el siglo XIX⁴². Aceptando el carácter intrusivo de los *mapuche*, BULLOCK atribuye este grupo cultural a una población más antigua, protoaraucana y probablemente emparentada con los que después se llamarían *builliche*. Conocemos en verdad aún muy poco de esta interesante facies cultural.

Hay, pues, en general concordancia entre los autores chilenos acerca del origen septentrional, andino, de este tipo de alfarería, y de su antigüedad anterior a la conquista. Según estas importantes conclusiones —que sin embargo todavía necesitan el refuerzo de mayores evidencias surgidas de investigaciones metódicas en el territorio del país hermano— este tipo de cerámica podría ser el más antiguo del Neuquén, constituyendo un interesante eslabón de las influencias chilenas precolombinas en nuestro territorio. No significa ello atribuirle siempre edad anterior a la Conquista. Por el contrario, es seguro que aun en el territorio *mapuche* esta cerámica con decoración inspirada en modelos andinos continuaba confeccionándose en tiempos coloniales (v. p. ej. BULLOCK, 1949). Del mismo modo, debe tenerse en cuenta el hallazgo, en la zona del Pilhué, de ejemplares de esta clase asociados a material posthispánico. Ello indica que también en el Neuquén esta alfarería continuó fabricándose en épocas posteriores. Lo cual a su vez confirma la intuición de SERRANO, al decir que hubo una inmigración *builliche* en la precordillera del Neuquén, ya que "las alfarerías pintadas que aparecen en las tumbas antiguas del Neuquén, corresponden a las del sur del río Tolten" (1947, p. 252). Las influencias de estos indígenas relativamente avanzados del sur de Chile continental, manifiestas por lo menos desde el siglo XVIII (SERRANO, l. c.), comenzaron probablemente varios siglos atrás, como parte de una expansión "protoaraucana" que no ha sido tenida en cuenta hasta ahora por los etnólogos argentinos, y cuyos indicios recién empezamos a entrever. Como sería por tanto de esperar, la zona cordillerana centro-sur del territorio —entre el Aluminé y el Nahuel Huapi— es el área de la alfarería ornamentada. Las piezas halladas aisladamente más hacia el N. y el N.E. —cántaros de Copahue y de Bajada del Agrío, fragmentos de Las Tos-

42 Nos llama la atención el cántaro N° 1208 (fig. 30 de la publicación citada), muy semejante al de nuestra figura 61 b, incluso en el color rojo. Fue hallado junto con dos cantaritos decorados en el interior de una de las urnas.

cas— podrían ser, o bien importaciones o influencias partidas de esta área lacustre, o bien exponentes de una influencia chilena directa relativamente antigua.

Ya hemos mencionado la dificultad de correlacionar la tosca alfarería grabada, de la que, con excepción de un vaso-pato de la zona del Pilhué, no poseemos ningún ejemplar entero. Los araucanos no fueron afectos a esta clase de decoración; sus vinculaciones se han de hallar, pues, más bien en el área pampeano-patagónica.

De la alfarería propiamente araucana merecen destacarse los cántaros zoomorfos, generalmente del tipo "pato". Su "idea", ya que no siempre su forma, es de indudable procedencia andina, en donde la hallamos en varias de las culturas más avanzadas. Proporcionan otra prueba de las antiguas vinculaciones ergológicas y mentales entre estos pueblos y los que habrían de constituir la moderna etnia *mapuche*. Aún en nuestro siglo, una "india de Zapala" fabricaba cerámica imitando la forma del "vaso-pato" (hay un ejemplar en el Museo Regional Patagónico). La misma influencia septentrional revela el cantarito doble de Pulmarí, forma que aún en Chile es extremadamente rara (OYARZÚN, 1942, p. 279). Dice BOMAN de un ejemplar de "vasos gemelos", no muy distantes en su forma del cantarito mencionado, hallado en los Bañados del Pantano (La Rioja), que es "prehistórico, aunque podría ser moderno" (1927-32, p. 136, fig. 55 b).

En la alfarería más común puede reconocerse, al lado de muchas formas idénticas, una cierta variación entre el material neuquino y el chileno. Como hemos podido ver, el primero ama las formas amplias, que a veces alcanzan gran elegancia; su boca por lo general es relativamente ancha. El segundo presenta en su alfarería corriente cantaritos con un asa de boca bastante estrecha, a veces con cuello cilíndrico; también, a menudo, carecen de asa, lo cual es raro en el territorio que estudiamos (ver, p. ej., MEDINA, 1882, figs. 188-200).

Es interesante comprobar la presencia frecuente en el Neuquén de vasijas de grandes dimensiones, de 40 cm. y más de ancho. Seguramente sirvieron —ya que el entierro de párvulos en urna no existió en estas regiones— para guardar alimentos o bebidas durante algún tiempo. Algunos cántaros semejantes se vuelven a hallar en la zona del lago Colhué Huapí, en donde parece haberse establecido un importante núcleo araucano, el más meridional de la Patagonia que haya dejado remanentes arqueológicos.

La forma clásica de la olla con dos asas (*challa*), también existente en el sur de Mendoza, posee semejanza de forma con recipientes de los

antiguos habitantes de la Puna de Atacama, usados ocasionalmente como urnas funerarias (CASANOVA, 1939, fig. 8, p. 265). En el Museo Histórico Nacional de Santiago de Chile he visto "jarros-pato" así como ollas de dos asas del área atacameña, semejantes a las araucanas.

Los bordes de la alfarería neuquina no presentan particularidades notables. En la mayoría de los casos su sección termina por un plano perpendicular a las dos caras de la pared del vaso; a veces presenta un corte oblicuo hacia adentro, con aristas fuertemente pronunciadas. Según algunos indicios, las piezas con asa de sección rectangular, de mejor calidad, parecen ser más antiguas que las de sección redonda. Son frecuentes en el Neuquén las asas con dos extremos o mamelones en su parte superior. Trátase al parecer de un rasgo usual en Chile. En cambio, hallamos su presencia en la costa patagónica, como lo prueba un fragmento dado a conocer por VERNEAU (1903, lám. XIV, 21).

Para las características más generales referentes a cocción, técnica, etc., de la alfarería corriente del Neuquén, véase SERRANO, 1934, p. 9, que hemos citado parcialmente en *Hallazgos*, página 45. De las someras observaciones efectuadas, puede deducirse que no difieren mayormente de las de allende los Andes.

En síntesis: la cerámica conocida del territorio del Neuquén se nos muestra emparentada genéticamente con la del área chilena. Su posición cronológica es postcolombina en su mayor parte. A través de Chile, muestra vinculación con productos de las civilizaciones andinas. No presenta relación con la cerámica hallada en el centro y norte de Mendoza⁴³, ni con la de la Patagonia, cuyas vasijas difieren en la forma y cuya decoración por lo general grabada es más variada que la del Neuquén y sur de Chile (v. OUTES, 1904 b). En cambio, y seguramente por

43 Sólo en la forma tienen alguna semejanza con el "single handled pitcher" araucano los jarros hallados en Viluco, aunque son más anchos y bajos. En cuanto a la decoración pintada, sobre no ser característica de los *mapuche*, sino de los *huilliche* y de la "capa cultural pre (o proto)-araucana" del centro y sur de Chile, no tiene ninguna semejanza con este último estilo, a pesar de la afirmación de WILLEY (1946 a, p. 39; véase su cuadro comparativo, lám. 19). A su lado, los vasos-timbales atestiguan una influencia decididamente nordestina. (Véase ilustraciones en SERRANO, 1947, figs. 106 y 107, pp. 153 y 155). A mi juicio, esta cerámica mendocina se halla en relación con la del valle de Aconcagua en Chile, descrita por A. OYARZÚN (1934; véase especialmente la pieza N° 21, p. 116).

Tampoco hay contacto entre la cerámica neuquina y los fragmentos hallados en la zona de las lagunas de Guanacache (VIGNATI, 1953, I, láms. 8 y 9).

Cabe señalar, yendo más lejos que, tampoco puede reconocerse vinculación de la industria sud chileno-neuquina con la de la interesante cultura pre-diaguita de El Molle (CORNELLY, 1953, pp. 10-16); sin embargo, la idea zoomorfa se halla allí presente, y un cántaro de tipo ornitomorfo posee un cuerpo muy semejante a los que hemos visto en el Neuquén (op. cit., lám. II, f).

efectos de la expansión araucana, ha llegado el "cántaro neuquino con un asa" hasta la sierra de Curru-Malal (sur de la provincia de Buenos Aires), como lo prueban hallazgos no publicados (VIGNATI, 1944 I, p. 62).

f) NOTA SOBRE TEJIDOS Y OBJETOS DE METAL

Raro es el caso —como se da en la costa del Perú y de Chile septentrional— en el que los productos de la manufactura textil se conservan arqueológicamente. El Neuquén, especialmente su parte cordillerana, ha sido un importante centro de esta industria, pero su carácter es "etnográfico" más que arqueológico. Los materiales conocidos —ponchos, fajas, matras, etc.— son recientes, de una antigüedad menor de aproximadamente un siglo, y conservados directamente. Sus diseños son generalmente geométricos, destacándose por una sencilla belleza. Es manifiesta la influencia del occidente cordillerano, como que toda la tejeduría de esta región y de la Pampa tiene sus raíces en la Araucanía⁴⁴.

La cestería, que según las fuentes históricas era practicada por los *pebuenche*, ha naturalmente desaparecido casi por completo. Es una tarea del futuro estudiar los fragmentos de cestería y aún de tejidos que se habrían hallado en las minas de sal de la zona de Chos Malal (Truquico). Es allí también donde se han encontrado los únicos utensilios de madera de carácter arqueológico (Hall., p. 21), sin contar, por supuesto, las enmangaduras de las hachas. Otro hallazgo en materia perecedera de ese yacimiento lo constituye un interesante astil de flecha hecho en caña coligüe, que se repitió en una de las cuevas del Cerro Leones cerca de Bariloche, provisto de un grabado escalonado (M.P.-B., 781 a). Dignos de notar son los "granos de maíz y de porotos" hallados en la misma salina, sobre cuyo paradero, desgraciadamente, no tengo noticias.

También se conservó algún material perecedero en una cueva cerca de San Ignacio (Hall., p. 82, 1°), del que no cabe duda su carácter moderno y de filiación araucana.

El mismo diagnóstico puede hacerse de los objetos de metal. Como

⁴⁴ Para los tejidos indígenas provenientes del territorio que estudiamos, puede consultarse: MILLÁN, María Delia, *Tejidos araucanos del Neuquén*, en "Actas y Trabajos de la XXV sesión del Congreso Internacional de Americanistas" (La Plata, 1932), vol. I, pp. 215-222. La Plata, 1934.

los anteriores, no han sido incluidos analíticamente en la lista de hallazgos; por otra parte, la mayoría carece de lugar de procedencia. Es indudable que las poblaciones pre y protohistóricas del Neuquén no conocían la metalurgia, recibiendo tal vez una que otra muestra de la entonces incipiente industria araucana. Ejemplo de ello es el aro cuadrangular de cobre de Pilmatué que ilustra SERRANO (1947, p. 162), así como otro aro semejante muy pequeño y fino hallado por Escalada en sus recientes excavaciones de Aluminé (Hall., p. 63). Datan del siglo XVIII o aún antes; su interés se acrecienta por haberse comprobado la existencia de este tipo ya en tiempos probablemente anteriores a la Conquista, aunque su uso continuó posteriormente, confeccionándose también en oro y plata (BULLOCK, 1955, p. 138-141). Con el contacto con los españoles, la metalurgia *mapuche* se desarrolló grandemente, dirigiéndose especialmente hacia la *platería*. Pero, como dice COOPER (1946, c, p. 718), "even silversmithing, as practiced so skilfully by the 19th-century *Mapuche-Huilliche*, begins to be described in our sources only after the close of the 18th century although it may have been developed a little earlier". De las tribus situadas en la zona patagónica recién se menciona la metalurgia platera en el primer tercio del siglo XIX (COOPER, l. c.), aunque para fines del 1700 ya se menciona el uso de adornos de cobre y plata entre los indios "conocidos con el nombre de Pampas que habitan al S.E. de Cordova entre Mendoza y Buenos-Ayres..." (APARICIO, 1942, pp. 34-35). Al lado de las antiguas formas del *tupu* (palabra araucana que, como varias otras que designan objetos de metal, proviene del *queshwa*) o prendedor discoide provisto de larga aguja, y del *chapell* o aro rectangular, se desarrollaron durante el citado siglo las magníficas formas de pectorales, brazaletes, anillos, collares, el *travilonco* (para la cabeza), el *tupu* real, etc. a menudo con motivos exornativos europeos (cruz, figura animal y humana, etc.). Ello representa la fase final de una evolución comenzada, probablemente con la conquista incaica del centro de Chile en la segunda mitad del siglo XV. Paralelamente, se produjo en la ornamentación femenina la sustitución de las antiguas *llancas* por las *chaquiras* de origen europeo (COOPER, 1946 c, p. 712). Es notable la uniformidad que presentan todas las piezas de una misma clase, lo que hace ver la existencia de un verdadero *canon* en ambos lados de la Cordillera.

Dignas de ser mencionadas son, finalmente, dos piezas arqueológicas provenientes de nuestro territorio. La primera es el "cántaro de cobre", extraído de una tumba a orillas del lago Aluminé (Hall., p. 67), que fuera sumariamente descripto por Félix SAN MARTÍN (1919). La

otra pieza, es el disco metálico hallado en compañía de un cántaro y de un fragmento de crucifijo, en el enterratorio indígena-cristiano de la Misión jesuítica del lago Nahuel Huapi (*Hall.*, p. 98 c; VIGNATI, 1944 I). Según la descripción, se halla repujado y grabado; el material es cobre, pero con vestigios de oro y plata. Su fabricación podría datar más o menos del año 1700. Es poco probable que sea de factura indígena; tal vez fue hecho en Chile bajo la dirección de los religiosos.

IV

LA INSTALACIÓN HUMANA Y LOS SISTEMAS FUNERARIOS. LAS SALINAS

Aparte del arte rupestre (véase AAE, XII, p. 115 ss.), poco puede decirse por ahora de los restos arqueológicos inmuebles existentes en el territorio del Neuquén. Habremos de suplir la casi ausencia de descripciones sistemáticas con datos generales, y noticias cosechadas verbalmente.

Los sistemas de la "vivienda natural" existentes en el Neuquén fueron estudiados por Francisco de APARICIO en el curso de su rápido viaje de 1932. La influencia del ambiente geográfico que se advierte en la instalación humana actual, sin duda tuvo la misma vigencia en tiempos pre y protohistóricos (v. APARICIO, 1932).

En la zona norte y centro-oriental, no hay noticias de construcciones arquitectónicas efectuadas en piedra; pudieron existir, sin embargo, bajo la forma de *pirca* muy rudimentaria. En cambio, una verdadera erección pétreo parece haber sido efectuada entre los petroglifos del Colo Michi Co (SCHOBINGER, 1956 a, p. 134.). Con respecto a otras zonas cordilleranas, F. SAN MARTÍN menciona, en su conocido libro, a cierta especie de fortaleza o reducto (en araucano *malal*), "construidos de piedra sin cemento, en forma circular, invariablemente en un punto dominante de la comarca y siempre a la vista el uno del otro. En la región que habitamos —añade (Quila Chanquil, Depto. Aluminé)— se cuentan por docenas, escalonados de cumbre en cumbre, de manera de asegurar su respectiva protección. Se conservan en perfecto estado. El parapeto cubre a un hombre de estatura normal hasta el pecho. Desde esos sitios se daba la alarma encendiendo grandes hogueras, cuyo humo visible desde el reducto inmediato, era reproducido por todos los de la extensa línea" (1919, pp. 89-90).

Dos de estos "corralitos" o *malal* fueron, según se ha dicho en el capítulo anterior, excavados por el Dr. F. Escalada, proporcionando su interior hasta una profundidad de unos 0,60 m fragmentos de cerámica, puntas de flecha medianas y pequeñas, esquirlas diversas, moletas y un arito de cobre. Según su amable comunicación —que aprovecho para agradecer— se hallaban en la cima de unos cerrillos, hacia uno de los costados del valle de Aluminé.

Estos *malal*, de los cuales nos han quedado abundantes testimonios en la toponimia, existen también en Chile, y cabe atribuir su construcción al pueblo *mapuche*. Hay que tener en cuenta, por otra parte, que la cuenca del Aluminé fue una de las zonas más fuertemente araucanizadas.

Dos grupos semejantes se conocen también —y seguramente hay más— del sur de Mendoza, en el "Rincón del Atuel"; han sido estudiados modernamente por LAGIGLIA (1956), quien, empero, les atribuye carácter prearaucano, huarpe o semejante.

En gran parte del territorio estudiado la instalación humana correspondió, hasta los tiempos más recientes, al tipo "paradero", exceptuándose únicamente —hasta cierto punto— la zona meridional inmediatamente adosada a la Cordillera. Aquello se debe, por un lado, al tipo fisiográfico-climático imperante, y por otra al carácter predominantemente cazador de todos los grupos humanos que han recorrido su suelo, condicionado ello a su vez en gran parte por el factor geográfico.

El *paradero* neuquino no se diferencia mayormente del patagónico en general, ofreciendo los mismos elementos arqueológicos. Se hallan ampliamente explotados por coleccionistas y vecinos, tal vez en mayor grado aún que los patagónicos. Denotan los sitios donde, en algún lugar abrigado y cercano a una aguada, alguna tribu asentó sus tiendas. Mención especial debe hacerse de ciertos paraderos de las mesetas y sierras al norte del río Agrío, por los instrumentos de morfología tan primitiva que de los mismos pudo recoger el Sr. Aramendía en sus fructíferas excursiones.

En cambio, en la zona cordillerana al sud del Paso del Arco el tipo de habitación sufrió la influencia condicionante de la riqueza de la vegetación. Mientras estuvo ocupada por tribus cazadoras y recolectoras, se cumpliría lo que señalaba Jerónimo PRIETAS en 1729 para los *pebuenche* de más al norte, que citamos por dar una interesante visión del género de vida que caracterizó al Neuquén en un tiempo, que con pocas variantes debió extenderse hasta tiempos muy antiguos. Dice: "Las casas de los más son de cuero de vaca o yegua, y las mudan tres

veces al año, porque en el invierno viven a las orillas del río o de la laguna, que hay muchas, por ser donde se cuaja menos nieve; la primavera y parte del verano en las vegas, al pie de la montaña, y el fin de verano y el otoño en los pinares, en lo alto de la cordillera, y cada uno de ellos tiene como hacienda propia su pedazo de pinar, como sucede con las viñas de los españoles" (*Noticia*, p. 500; cit. por VIGNATI, 1953 a, p. 12). Claro que antes del contacto con los europeos los toldos fueron confeccionados de cuero de guanaco, sostenidos probablemente por caña *colihue* o ramas, y también por las propias lanzas de los indígenas¹. Existieron también —y especialmente al hacerse sentir la influencia araucana— habitaciones construidas enteramente con caña y, en las zonas de más densa boscosidad, las *ruca* con paredes de troncos o ramas y techos de paja, colihue o también, modernamente, de madera (KÜHN, 1924, pp. 570-571).

Por influencia septentrional, se construyeron en el territorio (al menos en épocas recientes) ranchos de ramas con relleno de barro. Existe aún hoy para ciertos menesteres, o para habitación de indígenas, una construcción que consiste en una especie de techo a dos aguas, de altura reducida, con sus extremos colocados directamente en el suelo; se lo llama "bendito". Su origen es sin duda indígena, suponiéndolo F. de APARICIO "acaso, metamorfosis del antiguo toldo" (1932, p. 299). A mi juicio, pudo haber sido la forma de habitación de los "puelche" en su *habitat* cordillerano.

No es, pues, de extrañar la falta de preservación arqueológica de

1 Vale la pena —ya que para esta materia dependemos de las escasas noticias de carácter general, proporcionadas por los cronistas— transcribir un instructivo pasaje del *Diario* del P. HAVESTADT: "Entre los Indios Chilenos no faltan quienes tengan sus casas bastante cómodas para su manera de vivir; y al Padre Misionero suelen prepararle capilla o casa construida *ad hoc*, con ramas, con su techo suficiente contra la lluvia, o por lo menos un reparo hecho con hojas; pero los Indios *Pebuenches* y *Puelches*, esto acontece muy rara vez, pues (lo que se colige por lo que ya bastante dijimos más arriba), jamás se encuentran allí árboles, ni aún pequeños; por donde sus viviendas generalmente tan sólo consisten en cueros de yeguas que llevan consigo y que, cuando, o donde sea necesario y a ellos mejor les parece, los suspenden, colocan o sostienen con sus lanzas puestas en línea recta, oblicua u horizontales" (*Chilidugu*, parte séptima, en SAN MARTIN, 1919, pp. 205-206).

Complementando estas noticias, y las de PIETAS citadas en el texto, nos dice el abate MOLINA, testimoniando el carácter *ganadero* de los *pebuenches* del siglo XVIII: "Habitan a la manera de los Arabes Scenitos, baxo toldos de pieles, que disponen en círculo, dexando en el centro un campo espacioso, donde pacen sus bestias mientras hay yerba. Quando esta empieza a faltalles, transportan sus barracas a otro sitio, y así de lugar en lugar van corriendo los valles de la cordillera" (*Compendio de la historia civil*, cit. por VIGNATI, 1953 a, p. 13).

las viviendas indígenas de ambas zonas neuquinas, ya que los materiales de construcción de una y otra eran de carácter perecedero.

Es probable que las *cuevas* —como ya su nombre generalizado de "casa de piedra" lo indica— hayan sido usadas como alojamiento humano, temporario tal vez para la gente común; más o menos permanente para los brujos y adivinos. A este último respecto hay una bella leyenda, según la cual las cuevas del Cerro Leones, cerca de Bariloche, estaban habitadas por una especie de cofradía de *machis* o hechiceras (C. AROLF, 1953).

También como corral o depósito pudieron haberse empleado algunas cuevas o abrigos, claro está, en época relativamente moderna. Dos "chenques" estudiados recientemente por el Dr. Gregorio Alvarez en el extremo norte de la provincia —en el Cajón de los Vilos y en Colli Mamil— así lo sugieren por sus estratos con abundancia de huesos (de llama o guanaco), bosta y coirón.

Algo más puede decirse de los sistemas funerarios, aunque por otro lado la documentación histórica a su respecto es casi inexistente. Ya hemos visto que una parte de los hallazgos efectuados en la zona montañosa centro-meridional proviene de tumbas removidas con afán y método no precisamente científicos. Félix SAN MARTÍN, uno de los pocos que las explotó con un cierto afán idealista, nos da una interesante descripción desprendida de sus experiencias, que se refieren a la zona centro-occidental del territorio. Dice, con respecto al lugar que cada tribu escogía como enterratorio: "Generalmente era una meseta, la falta oriental de un cerro o loma, sin piedras. Se le asignaba a cada familia su parcela y dentro de ella debía enterrar sus muertos. El entierro de éstos, según su rango, era precedido de más o menos aparatosas ceremonias". La sepultura era excavada con anticipación, y el ataúd "era construido con lajas de piedra en el fondo mismo de la fosa. Cuando no había piedra cerca, un enrejado de cañas, o varillas, lo substituía". Los objetos de toda clase que se suelen encontrar en estas tumbas, serían ofrendas más o menos grandes de deudos y amigos. "Al lado de la cabeza del muerto se le ponía un *charu* y a los pies dos *metahue* con alimentos y bebidas, pues creían que al alma (*pulli*) las necesitaba para el viaje ultraterreno. Las armas y prendas del muerto también eran colocadas dentro de la fosa". Un importante dato cultural nos lo proporciona su comprobación de que el cadáver se hallaba en posición de decúbito dorsal con la cabeza inclinada hacia el occidente. A veces se superponían los ataúdes. "Hemos abierto tumbas en las que había hasta cinco cadá-

veres en esa situación, alcanzando la fosa a dos metros de profundidad". Se formaban verdaderos cementerios, con las tumbas en distribución paralela, en series de tres o cuatro. A veces se hallan dos cadáveres en un mismo ataúd, "lo que comprobaría la costumbre que se les ha atribuido a estos naturales de matar, en ocasión de la muerte del marido, a la mujer favorita y enterrarla con él". (F. SAN MARTÍN, 1919, p. 90-91).

Esta última práctica hace recordar a la que fue revelada por la tumba que excavó VIGNATI en el cerro Picicoco al sur del río Santa Cruz (1934, pp. 83-98), lo mismo que la frecuente confección de un "ataúd" o cista de piedras para protección del cadáver. Por otra parte, he oído vagas referencias acerca de una tumba de características semejantes en cuanto a profundidad y existencia de losas de piedra, situada en el Cajón de los Vilos, en el extremo norte del Neuquén. También las sepulturas del gran conjunto existente en la zona del lago Pilhué, entre otras, habrían tenido "paredes de lajas".

Los citados estudios del Dr. Escalada también incluyeron algunas



FIG. 68 - Tumba con lajas del Dpto. Aluminé, excavada por el Dr. F. Escalada. Con dos cántaros *in situ*. (Foto Escalada).

tumbas, una de cuyas fotos reproduzco aquí por amable autorización del autor (fig. 68). Se halla en la zona de Rucachoroi (v. *Hall*, p. 76). Confírmase la existencia de sepulturas rectangulares alargadas rodeadas de piedras lajas, en algunos casos con dos cántaros en la cabecera del esqueleto (conteniendo alimentos para el Más Allá ?), y que por lo general forman cistas de 1,80 por 0,60 por 0,60 m. aproximadamente.

Este sistema funerario de las regiones cordilleranas del Neuquén está asociado a objetos y adornos netamente araucanos y —en lo que se ha podido comprobar— a cráneos de tipo ándido. Al respecto cabe tener en cuenta que, antes de generalizarse la práctica del entierro en *canoas* de madera (*trolov*), cuya raíz europea parece segura, los araucanos conocieron también el entierro en *cistas* formadas por piedras lajas, iguales a las neuquinas (GUSINDE, 1948). Aunque este autor no le otorga mayor antigüedad que el siglo XVIII, atribuyéndole igualmente carácter de imitación de los ataúdes europeos, creo más probable su raíz indígena y pre-conquista. No hay que olvidar que el período "clásico" de los mal llamados Diaguitas chilenos, vecinos septentrionales de los pueblos de habla araucana, se caracteriza precisamente por este sistema funerario (CORNELLY, 1952). La sepultura profunda, cubierta por "piedras de río" más o menos planas, mezcladas con tierra, caracteriza por su parte a la cultura de El Molle, anterior a la Diaguita chilena. Otra influencia o tal vez intrusión, esta vez de tipo amazónico², es representada por las sorprendentes sepulturas —a veces formando cementerios— en grandes urnas de las que nos habla BULLOCK en una importante monografía (1955). Nada parecido se ha hallado en el Neuquén, y por lo tanto no es por este lado donde debe buscarse la llegada a Chile de esta costumbre perteneciente al parecer a un grupo protoaraucano³. Indudablemente, es urgente estudiar con método un número grande de tumbas de Chile y de Argentina meridionales.

Interesantes en relación con nuestro tema, aunque igualmente poco estudiadas, son las manifestaciones funerarias de la zona central de Chile. En una época intermediaria, posterior a la de Tiahuanaco según

2 No queremos decir con ello que provenga del área amazónica. En realidad, según GUEVARA, "el primitivo sistema de sepultación de los indios chilenos era en realidad bien sencillo: consistía en tapar el cadáver y los objetos, puestos sobre la superficie del suelo, con un montón de tierra y de piedras. Ningún vestigio de tales sepulturas es posible hallar hoy, a consecuencia de las grandes lluvias del sur, de las inundaciones y la calidad del suelo gredoso, que, conservando la humedad, destruye todo resto humano" (1898, p. 264).

3 Recuerdo sin embargo haber sido informado en San Martín de los Andes del hallazgo, más al norte, de ollas o cántaros de gran tamaño, que fueron rotos por los "chenqueros" - saqueadores, que no otro nombre les cabe.

LATCHAM, existió allí un pueblo que acostumbraba enterrar a sus muertos "en túmulos o montones de tierra y piedra. La sepultura misma era generalmente una pequeña cámara construida de pircas o de lajas de 1,50 m. a dos metros de largo, de 80 cm. a un metro de ancho y de 60 a 80 cm. de altura, y techada de ramas sobrepuestas. Por lo común, el cadáver se colocaba en posición recostada o tendida y a la cabecera y a los pies, los deudos del muerto dejaban sus ofrendas y los objetos que acostumbraban sepultar con sus muertos" (LATCHAM, 1928 a, p. 133). Excepto el carácter de túmulo artificial de sus revestimientos—forma que probablemente exista en el Neuquén, pero que no fue consignada hasta ahora— los demás detalles coinciden con los apuntados para las tumbas indígenas del Neuquén que hemos citado. Acrecienta su importancia el hecho de que este tipo de sepultura reaparece con menos frecuencia entre los *builliche* del sur, así como parecen corresponder a una capa cultural del habitat *mapuche* histórico, anterior a la constitución de esta etnia. "Todavía quedan muchas de estas sepulturas al sur del Tolén, y quedan también muchas diseminadas en pleno territorio araucano... Dicha forma de sepultura no se generalizó entre los araucanos, quienes desde la conquista... enterraban sus muertos en ataúdes de madera en forma de canoas, llamados *trolof*" (ibid., p. 157). Es en estas sepulturas donde se encuentra la alfarería geométrica pintada (al lado de una, al parecer, más antigua, negra), originada como hemos dicho por influencias del altiplano andino. A esta capa cultural (cuyas bases aún hoy continúan muy flojas, por falta de investigaciones adecuadas) se asociarían, según LATCHAM, las piedras horadadas y las piedras-tacitas o morteros sobre roca, también abundantes en la zona central de Chile, y que recientes investigaciones han mostrado ser efectivamente muy antiguas. Su economía habría sido agrícola. En el norte, esta cultura sufrió fuertes influencias de sus vecinos diaguitas (chilenos), y tal vez otras, disminuyendo las mismas a medida del alejamiento hacia el sur.

Creo que podemos, hoy por hoy, admitir alguna vinculación entre esta antigua *facies* chilena y el peculiar sistema funerario neuquino relatado por SAN MARTÍN.

Interesante sería investigar la posible relación entre esas sepulturas tumuliformes chilenas y los "chenques" o "cairns" patagónicos.

En términos generales, puede decirse, pues, que el sistema funerario que hasta ahora se presenta en la zona cordillerana del Neuquén, es la tumba subterránea, con una mayor o menor protección lítica interna, sin signo exterior (artificial) que denote su presencia. Como se

dijo, es frecuente ubicarlas sobre una elevación, del lado oriental. Por otra parte, están a menudo cercanos a la costa de un río o de un lago. He sido informado, por ejemplo, de la existencia de cementerios en dos lugares de la margen meridional del lago Lolog (de uno de los cuales proviene el material arqueológico descrito en *Hallazgos*, p. 86); en las cercanías del lago Lacar; sobre la margen sur del Huechulafquen; sobre la extremidad norte del lago Quillén; en la margen sur del lago Ñorquinco; sobre el lago Aluminé, y en varios puntos del curso del río Aluminé-Collón Cura. Existen, asimismo, en el interior de la sierra de Chapelco. En la figura 69 presentamos una fotografía que ilustra la excavación de uno de estos enterratorios, y la forma que se hallan —y se revuelven— las osamentas. El lugar se halla situado al sud del río



Fig. 69 - Material óseo de un "chenque", excavado por un aficionado; zona del río Malleo. (Foto Gonzalía).

Malleo, poco antes de su confluencia con el Aluminé. También en Pilo Lil y en la estancia del Sr. Ayoso en Aluminé el material recogido nos indica la existencia de importantes cementerios. La abundante toponimia que registra el discutido vocablo *chenque*, revela su número y la importancia que el pueblo ha sabido asignarles.

Cabe aquí ocuparse del problema nomenclatorio derivado del vocablo recién mencionado, ya que tiene relación con la distribución de los sistemas funerarios. El término "chenque" es usualmente empleado en el Neuquén para toda clase de tumbas o enterratorios. También ha tomado carta de ciudadanía en la Patagonia, aplicándose a los túmulos de piedra que recubrían los cadáveres; pero parece seguro, después de la demostración de DEODAT (1946), que el vocablo es *de origen neuquina no-araucano* (como ya lo supusiera F. SAN MARTÍN: 1919, p. 51), siendo la peculiar denominación *tehuélche* para los "cairns antiguos" patagónicos la de *coshom*⁴. También se emplea *chenque* como sinónimo de "casa de piedra", o sea gruta, cueva, o abrigo rocoso. Tanto SAN MARTÍN como GROEBER (1926, p. 63) nos dicen que ésta es la acepción primitiva, de donde pasó insensiblemente a referirse a cualquier enterratorio. La transposición pudo tener una sola causa, y es la de haberse utilizado también —y al parecer con preferencia— a las cuevas y abrigos como morada de los muertos.

Ejemplos concretos de esta práctica no faltan, aunque el único lugar investigado con detención es el "Cementerio del río Limay", que mencionaremos después. Carlos BRUCH, al relevar una cueva con grabados cerca de Junín de los Andes, halló a flor de tierra restos de huesos humanos, inclusive de dos jóvenes. Muy cerca del área neuquina, las cuevas del Cerro Leones han proporcionado restos humanos y objetos del ajuar, desgraciadamente saqueados de antiguo (VIGNATI, 1944 IV).

4 Este último dato fue aportado por F. P. MORENO en su "Vocabulario Castellano-Tehuelche, Ahoneckenke o Tzoneca", incluido en su obra de 1879 (p. 395). Es necesario advertir que este "pehuenchismo", como parece serlo la palabra *chenque*, no es desconocida en la zona subcordillerana de la Araucanía. OYARZUN (1910, p. 6), refiriéndose a un lugar del Dpto. Llaimea, menciona los "innumerables *chenques* o cementerios antiguos que se encuentran en estos parajes i de donde sacamos el esqueleto de una india con sus chaquiras de ámbar i de loza...". Pero no parece hallarse en topónimos (única excepción: *Chenquemó*, según DEODAT), al revés de lo que sucede en el Neuquén. GROEBER nos aclara un tanto esta cuestión, cuando nos dice (refiriéndose a "chenke", palabra que "no figura en los diccionarios del siglo XVIII"): "Su procedencia me es desconocida; su uso es tan generalizado que ha penetrado en el hablar del roto chileno de la región y de allí en el de los demás pobladores" (1926, p. 63).

No hay que olvidar que el nombre araucano de los cementerios es *eltun*. Por otra parte, el nombre popular que se da en Chile a las sepulturas indígenas, especialmente los túmulos, es "ancuviñas" (OYARZUN, 1934, p. 113).

AMADEO ARTAYETA menciona como ejemplo del uso funerario de cavernas, haberse hallado "un fémur coloreado con tintura rojiza" en la cueva pintada de la isla Victoria (1950, p. 133). También se atestigua esta práctica en el otro extremo del territorio. He sido informado de la existencia de este tipo de sepultura en la áspera zona del cerro Chenque Mallín, que de ello tomó su nombre. Por otra parte, el río Neuquén atraviesa, inmediatamente después de nacer, todo un "Cajón de los Chenques".

Según informe del Sr. Aramendía, en la zona centro-norte existen "chenques"-cuevas con y sin restos humanos; además, son frecuentes los enterratorios al aire libre. Se hallarían los cadáveres en posición encogida, acompañados de enseres, flechas, etc. Otro dato (comunicado por el Dr. G. Alvarez) proviene del relato de un anciano indígena, quien refiere haber escuchado de su abuelo mención del hallazgo de dos esqueletos (hombre y mujer?), conservando la piel, en un hueco entre las rocas, cubiertos con una matra.

La inhumación en cuevas practicada en el territorio del Neuquén tenía probablemente los mismos caracteres que en la provincia de Mendoza, aunque aquí es poco frecuente. Dice RUSCONI al respecto: Por lo regular, el cadáver era colocado en el interior de la cueva. Algunas veces excavando parte de su piso (si el terreno lo permitía), y en otros casos, depositado en un rincón y al cual lo cubrían con tierra" (1947 a, p. 108).

Por otra parte, yendo hacia el Sur, comprobamos el uso como sepulturas de algunas cuevas y abrigos de la zona del lago Nahuel Huapi. La misma práctica se continúa, al parecer, por toda la Patagonia subcordillerana (VERNEAU, 1903, pp. 313-314).

En la zona esteparia oriental la escasez de datos referentes a prácticas funerarias es aún mayor, lo cual en parte se debe a la misma escasez de sepulturas. El Perito Moreno refiere haber visto en la Bajada del Chocón (izquierda del Limay, Dpto. Collón Cura), al pasar por allí en 1875, algunas sepulturas: "En la pendiente de la sierra se ven nueve tumbas en forma de cono, construidas de piedras sueltas y cubiertas con ramas secas" (MORENO, 1876, p. 189). También ese otro gran explorador que fue Clemente ONELLI habla, refiriéndose a la travesía entre la confluencia del Limay y del Neuquén y el lago Nahuel Huapi, de los "kairns violados después de la conquista, las osamentas antiguas y nuevas que jalonan el rumbo" (1904, p. 9).

Sin embargo, estas informaciones no permiten deducir la existencia en territorio neuquino del tipo de sepultura atribuido a las parcialida-

des *tebuelches* (mal llamado en la literatura científica "chenque"), consistente en la colocación superficial del cadáver —también a veces, bajo tierra—, cubierto de un amontonamiento de piedras, sobre la cumbre de pequeñas elevaciones. Al profundizar la cita del primero de los autores citados, leemos que dichos túmulos se originaron porque "todo indio que pasaba por allí ahora diez años, cuando la memoria del suceso (la muerte de una familia) estaba aun fresca, arrojaba en el sitio en que se hallaba cada cadáver una piedra; pero la devoción ha disminuído con el tiempo y hoy día se contentan con colocar respetuosamente una rama y algunos pedazos de poncho o chiripá" (MORENO, 1876, p. 189). Otro factor de inseguridad es la falta de informes más modernos sobre la existencia de esta clase de túmulos⁵.

Sin duda se practicó en esa zona también el entierro en cuevas o lugares rocosos, como lo indica la misma toponimia (APARICIO, 1935 a, pp. 42-43). Tampoco en la Patagonia meridional se desconocía, por otra parte, este sistema (APARICIO, 1935 c, pp. 82 y 85).

Una consideración especial merecen dos yacimientos funerarios estudiados por VIGNATI en su publicación de 1944 (I y V). El primero se sitúa en las cercanías de Puerto Huemul, sobre la orilla norte del lago Nahuel Huapi, y tiene un interés tanto histórico como arqueológico. Trátase de un enterratorio que proporcionó 13 esqueletos humanos situados a 1,30 m. bajo el nivel del suelo, en posición de decúbito dorsal, dispuestos en tres hileras paralelas y a distancias de 1 a 3 metros entre sí. Diversos indicios hicieron ver que se trataba de indígenas que en sus hábitos culturales y funerarios habían sido influidos por la civilización europea, y que se trataba de un cementerio vinculado con la Misión jesuítica que ya hemos mencionado. En *Hallazgos* (pp. 98-99) ha sido descrito el material mueble que se encontró en este mismo lugar; entre otros, el fragmento de un crucifijo, sostenido en sus manos entrelazadas sobre el pecho por uno de los cadáveres. Dicho entrelazamiento —práctica típicamente cristiana⁶— lo mostraban casi todos los esqueletos encontrados; por otra parte, varios presentaban "fracturas y aplastamien-

5 Tenemos, sin embargo, un interesante dato proporcionado por un anciano indígena del norte del Neuquén, según el cual existía en otros tiempos la costumbre de tapar con piedras el cadáver, rellenando los agujeros con una mezcla de ceniza y sangre de yegua, y tapando luego todo con tierra. (Información que agradezco al Dr. Gregorio Álvarez). No sabemos desgraciadamente para qué lugar y qué grupo humano valdría esta tradición.

6 Sin embargo, en la mitad septentrional de la provincia de Mendoza, donde prima la posición extendida de los cadáveres indígenas, RUSCONI ha observado casos en que los miembros superiores se hallaban cruzados sobre el tórax (1947 a, p. 109).

tos óseos que demuestran inequívocamente haber sucumbido en forma violenta" (VIGNATI, 1944 I, p. 56), incluso uno, femenino (Nº 6991 del Museo de La Plata), en el que la marca del golpe muestra no haber sido esa la causa de su muerte, puesto que hay signos de un proceso cicatricial.

Como puede verse, las características indígenas predominan en este conjunto arqueológico, y no se puede distinguir exactamente en qué punto comienza la influencia europea (me refiero especialmente a la posición alargada del cadáver y a su profundidad, características que seguramente ya fueron propias de ciertos núcleos aborígenes del Neuquén).

En cuanto al segundo de los mencionados yacimientos, se lo puede hoy por hoy considerar como la estación arqueológica más importante del territorio neuquino, entre otras razones por ser el único lugar en donde se ha practicado un estudio estratigráfico. Trátase del Cementerio del río Limay, cuyo material mobiliario ya hemos tratado anteriormente, y cuya pictografía lo ha sido en el trabajo sobre el arte rupestre aparecido en el anterior tomo de estos "Anales".

Concretándonos al aspecto propiamente funerario, recordemos que se trata de un verdadero cementerio situado al pie de una gran roca, cuya pared se inclina formando un abrigo poco pronunciado, mirando aproximadamente hacia el norte. Se trata, pues, de un auténtico "chénque" (así también se suele designar el lugar, a pesar de la objeción de VIGNATI a dicha denominación: 1944 V, p. 122, nota). El lugar se halla a orillas del Limay, entre los arroyos del Carbón y del Corral, a unos 25 Km. del extremo oriental del lago Nahuel Huapi. Los cadáveres, en número de 20, fueron hallados en el transcurso de los cinco niveles que se escalonan hasta los 5,50 m. de profundidad. Del mayor interés es el dato de que se encontraban en posición encogida ("ritual"), e irregularmente distribuidos. Además, "el relleno de tierra que cubría cada uno de los niveles con esqueletos contenía capas cineríticas de antiguos fogones" (op. cit., p. 120), lo cual es interpretado por VIGNATI como "los vestigios de las hogueras rituales, posteriores al entierro, en las que se quemaban los enseres del difunto" (ibid., nota), rechazando su utilización como paradero. Ello responde a su opinión de que se trata de inhumaciones sucesivas efectuadas por una misma parcialidad en el transcurso de pocas generaciones (comenzando algún tiempo antes de la Conquista).

Sin embargo, tanto el espesor de las capas como la tipología de los instrumentos hacen probable una antigüedad mucho mayor, pudiendo

entonces suponerse otro el origen de los fogones; éstos, por otra parte, presentando al parecer más de una capa (v. op. cit., p. 120), mal podían haberse formado en una sola ocasión.

Sea como fuere, este *chenque* nos demuestra la existencia por largo tiempo en esta zona, de tribus que efectuaban las inhumaciones de sus miembros en determinados lugares probablemente considerados sagrados, preferentemente las "casas de piedra", abrigos o cuevas⁷. El estudio de un mayor número probablemente permitiría generalizar la orientación de su abertura o cara principal hacia el Norte observada en el presente yacimiento, igual que en el caso de las pinturas rupestres. El cadáver, puesto en la posición de cuclillas frecuente en los pueblos primitivos, era colocado en una sepultura excavada hasta aproximadamente 1 m. bajo el nivel del suelo en ese momento⁸. No parecen haberse empleado piedras para rodear o cubrir el cadáver.

Como síntesis de lo visto, y hasta donde lo permiten los fragmentarios datos que poseemos, podemos considerar que en la zona montañosa del Neuquén predomina la inhumación subterránea, ya sea al aire libre (sobre la falda de una altura, o a la orilla de un lago), al pie de rocas y abrigos o en cuevas; en el primer caso suele haber una protección interna de piedras. Más detalles (como ser: el problema cronológico; la frecuencia y distribución de la posición alargada o encogida, y la existencia del enterramiento secundario, con pintura ósea, como lo parece indicar el fémur de la isla Victoria) sólo los proporcionarán

7 No quiere decir ello que se tratara siempre de la misma tribu o parcialidad. El estudio antropológico de los esqueletos hallados que no sabemos por qué causa no se ha hecho, nos daría a este respecto más de una aclaración.

8 O bien, si admitimos la improbable hipótesis que podría deducirse del lenguaje poco explícito de VIGNATI, según la cual, durante la primera época del uso de este enterratorio se efectuaba un pozo muy profundo, de más de 5 m. (tal vez previendo los indígenas un largo uso posterior (!), volviéndolo luego a recubrir de tierra. Para una segunda serie de enterramientos, nueva "remoción de la tierra que cubría el conjunto anterior", esta vez hasta unos 4 metros; y así sucesivamente. El cálculo de los sabios antepasados habría resultado tan exacto, que el quinto y último nivel, "que contiene restos de armas europeas de los ejércitos regulares del país", coincidió precisamente con la extinción de la cultura aborigen en el siglo XIX.

Otra posibilidad algo menos absurda que de allí podría deducirse, es la de que los mismos indígenas, tras el entierro, hayan cubierto el cadáver de una amplia capa adicional de tierra, dentro de la cual habrían más adelante colocado sus sucesores el cadáver correspondiente al nivel superior. Ello implicaría la construcción de alguna clase de *túmulo*. Sin embargo, de éstos no quedan vestigios; conspira también contra esta hipótesis el hecho de que el relleno superior a los cadáveres encerraba "capas cineríticas de antiguos fogones", y "no poco ejemplares de instrumentos similares a la capa sepulcral inmediata superior" (VIGNATI, 1944 V, p. 120). Pero aún admitiendo esta hipótesis, todas las probabilidades están a favor del transcurso de un tiempo bastante largo entre dos distintos niveles sepulcrales.

futuras investigaciones. La zona llana oriental, más escasa en cementerios, presenta en cambio casos de inhumación superficial cubierta de piedras, dudosamente emparentados con el tipo clásico patagónico. Seguramente existe en la misma zona el tipo de inhumación directa que ya fuera señalada por F. P. MORENO para la zona del río Negro (VERNEAU, 1903, pp. 309-310).

Sólo en aspectos de carácter general, hay semejanza entre las tumbas del Neuquén y algunas del norte y centro de Mendoza; no parece haber mayor vinculación en este aspecto entre ambas áreas. Según RUSCONI, los hallazgos de esqueletos con ajuar son allí raros, a diferencia del Neuquén. Sin embargo, merece destacarse entre las distintas prácticas funerarias halladas en la región mencionada, la de la inhumación en profundidad (hasta 1,50 m.) en "montículos altos y terrenos arenosos, o arcillosos y blandos" (RUSCONI, 1947 a, p. 111).

Otro aspecto de la arqueología inmueble del oriente cordillerano lo constituyen las "rocas con morteros" ("piedras de tacitas" en Chile). Un erudito artículo del prof. MENGHIN (1957 d) ha establecido su carácter ante todo cáltico a través de su dispersión mundial, correspondiendo a culturas de carácter paleoagrícola. Las recientes excavaciones ya citadas en Chile central han demostrado la vinculación de estas piedras con enterratorios de un pueblo indudablemente prearaucaño. Aparecen con cierta abundancia en la zona de Tupungato y San Carlos en Mendoza, habiendo el que escribe relevado una estación rupestre con "morteros" asociados en el Agua Botada, depto. de Malargüe⁹. En el Neuquén se conocía hasta ahora un sólo lugar con estas algo enigmáticas manifestaciones; trátase de las que acompañan al petroglifo de Ñorquin (APARICIO, 1935 b; SCHOBINGER, 1956 a, pp. 141, 218), y asociadas por lo tanto al estilo rupestre de "huellas" o "pisadas", que hemos ubicado hacia el primer milenio d. J.C. Pero, como era de esperarse, existen otros, y recientemente he recibido valiosos informes del Dr. G. Álvarez acerca de cuatro lugares situados en el extremo norte de la provincia. Trátase de los siguientes: paso de Epulavquen, en el filo de la Cordillera (se las llama allí "piedras moqueteadas"); Cajón Grande; cercanías del arroyo Los Tachos (zona de aguas termales), y Los Graneros, cerca del arroyo Atreuco. Claro está que no en todos los casos es seguro el carácter artificial de las oquedades. Así como las "piedras de tacitas" no existen en Chile más al sur del río Tolten, tam-

⁹ Véase el próximo tomo de estos "Anales".

poco parecen extenderse por la mitad sur del Neuquén y el resto de la Patagonia.

Las *minas de sal* son, bajo más de un punto de vista, elementos de singular interés en la arqueología neuquina. Ya hemos dicho que la amplia zona entre los ríos Cuvunco y Neuquén es muy salitrosa. En muchos lugares se han formado verdaderas concreciones de sal gema, que los aborígenes han sabido aprovechar de antiguo¹⁰. De uno de estos lugares, llamado precisamente Las Salinas, cerca del río Pichi Neuquén, proviene el conjunto más extenso y caracterizado de instrumentos de morfología primitiva, que ilustran las figuras 2 a 9. Seguramente corresponden a los instrumentos con los que, en forma rudimentaria, excavaban en tiempos tal vez bastante remotos, los trozos petrificados de sal.

También hay salinas en la Pampa de Tril, al N.E. de Chos Malal (Dpto. Pehuenches), pero no he dado con objetos encontrados allí.

La salida más importante y famosa es la "del Truquico". Se halla sobre la margen derecha del río Neuquén, algo al S.E. de la localidad de Chos Malal. Ya hemos analizado el valioso material extraído de este lugar, entre el que descuellan las hachas provistas de su mango de madera. La salinidad del terreno permitió conservar estas enmangaduras, perdidas en todos los restantes hallazgos de hachas pulimentadas; pero también se hallaron aquí hachas sueltas, muchas de ellas fragmentadas al parecer intencionalmente (lo que hace recordar hallazgos semejantes en la antigua región arqueológica de Quilpué, en Chile central; v. FONCK, 1910, pp. 25-26). No se contentaron los indígenas con la extracción superficial, sino que efectuaron verdaderos pozos. Al menos, así lo refieren los extractores modernos, quienes han encontrado sus rastros.

Estas salinas septentrionales y sus habitantes ya son mencionados por el P. ROSALES, quien los visitó en 1651, en uno de sus osados viajes de pacificación. Dice textualmente: "...Caminé cincuenta leguas, atravesando cordilleras, y fui haciendo parlamentos por las tierras de Guiligura, Millacuya, Pocon, y demás, hasta los pehuenches de las salinas, que están junto al cerro nevado, que está camino de Mendoza; encargándoles a todos la paz, é intimándoles el orden del Gobernador,

¹⁰ Los araucanos, que solían obtener sal de otras maneras, llamaban *lil-co-chiadi* ("sal del agua de piedra") a la sal fósil extraída de las montañas (MEDINA, 1882, p. 197).

que no se maloquease más a los puelches, ni unos con otros tuviesen guerras. Y todos prometieron de hacerlo..." (*Historia*, p. 202). Algo más concretas son las noticias provenientes del siglo XVIII. La mención más interesante es, tal vez, la del P. HAVESTADT, al referirse en su Diario a su paso por el cercano Pun Mahuida. Dice que el camino que lleva a las salinas "carece por completo el agua; por tanto, a fin de que las bestias no perezcan o mueran de sed y puedan refrigerarse con la frescura de la noche o sentir menos la sed, se va allí de noche y se emplean durante todo el día en recoger la sal, regresando a la caída del sol". Luego de expresar que, según los habitantes del lugar, la sal se formaba por congelación del agua salada, dice que la misma "después se recoge, raspando el suelo con una pala de madera" (*Chilláugu*, en SAN MARTÍN, 1919, pp. 188-189). Teniendo en cuenta que el esforzado fraile se guió probablemente por alguna descripción vaga proporcionada por los indígenas, no es de extrañar que a las hachas emangadas las llame "palas de madera", siendo así que efectivamente la madera es cuantitativamente el elemento que predomina en su confección¹¹.

Documentada la existencia de verdaderos indios salineros para el siglo XVIII (los cuales según MOLINA, GÓMEZ DE VIDAURRE y, algo después, el General SAN MARTÍN, efectuaban un activo comercio a base de "sal fósil" y otros productos con los españoles de Chile y Mendoza), y de *pehuenches de las salinas* para el siglo XVII, quedaría por ver la antigüedad de la explotación salinera en el norte del Neuquén. No poseemos ningún indicio directo; pero cabe suponer que —precedida por las ocasionales extracciones de los cazadores epipaleolíticos— su comienzo sea contemporáneo con la "neolitización" que trascendió a la Patagonia durante el primer milenio de nuestra Era.

V

ENSAYO DE INTERPRETACIÓN CRONOLÓGICA. DETERMINACIÓN DE GRUPOS REGIONALES. LA ARAUCANIZACIÓN Y SUS PROBLEMAS

No hay ningún dato cronológico directo que permita clasificar los

11 Sin embargo, no puede excluirse que la denominación de HAVESTADT haya sido exacta, máxime teniendo en cuenta que no sólo en esas Salinas de Truquico sino en muchos otros lugares y ocasiones fueron usadas las hachas pulimentadas y que, de usarse en ese tiempo, el jesuita pudo haberlas observado de cerca. Si admitiéramos esta interpretación, se confirmaría la atribución pre-mapuche que he aventurado anteriormente (pp. 107-108), excluyendo aún su utilización por los "pehuenches araucanizados" del siglo XVIII.

conjuntos arqueológicos hasta ahora conocidos en el Neuquén. Sólo aquí y allá hemos visto vinculaciones entre elementos culturales aislados, que indirectamente permitirían fechar su entrada en dicho territorio. Haremos pues una síntesis de estos datos, combinándolos con los que hemos obtenido en el estudio del arte rupestre (v. SCHOBINGER, 1956 a).

No se ha elaborado aún una cronología de las culturas indígenas situadas al norte del ámbito que nos ocupa, excepto algún intento parcial —y para tiempos relativamente recientes— de RUSCONI (1947 a) y CANALS FRAU (1951), para el tercio septentrional de la provincia de Mendoza, y más reciente, los datos aportados por investigaciones de MENGHIN y A. Rex GONZÁLEZ en Córdoba (1954; GONZÁLEZ, 1952). De Chile poseemos meritorios intentos efectuados por LATCHAM (1928 a; 1942), y más recientemente, por el norteamericano BIRD (1943); pero se refieren únicamente a su zona septentrional¹. Por otra parte, la cronología absoluta de las culturas del área andina se halla actualmente en un importante proceso de revisión.

En cambio, las trascendentales investigaciones efectuadas por MENGHIN a partir de 1951 en la Patagonia centro-meridional, nos proporcionan una serie de lineamientos cronológicos de base geológica y paleoclimática, cuya relativa precisión ha sido corroborada por el flamante método del Carbono 14. Es en el marco de estos resultados — que a su vez han servido para fechar provisoriamente los complejos arqueológicos del sur de la provincia de Buenos Aires por un lado, y de la región fueguino-magallánica de Chile por otro— que trataremos de establecer para el Neuquén una interpretación cronológica de conjunto.

Relacionado con dicho problema se halla el de la distribución corológica de los hallazgos. Los grupos regionales que hasta cierto punto nos permite entrever la arqueología, pueden ser otros tantos indicios cronológicos. Para ello, la ayuda de los datos proporcionados por los cronistas pueden ser de utilidad, aún a través de la confusión lingüística y aún etnográfica que en su conjunto han suscitado. Nos hallaremos entonces en trance de abordar el difícil problema de la sucesión y evolución cultural, y de la historia étnica de las poblaciones primitivas del territorio del Neuquén. Demás está decir que no he de expurgar

1. Debo hacer mención de los esfuerzos que desde hace unos años realiza en ese sentido el Centro de Estudios Antropológicos de la Universidad de Chile, el que ha contado también con la colaboración del Dr. Menghin. A ello se agregan las fructíferas excavaciones de la Sociedad Francisco Fonck.

íntegramente las fuentes históricas sino utilizar algunos de sus datos para aclarar o complementar los indicios arqueológicos.

Los más antiguos remanentes que testimonian el poblamiento de la extremidad austral de América, corresponden todavía a la llamada Edad Glacial o Pleistoceno, cuyas correspondencias faseológicas y cronológicas con las glaciaciones de Norte América y Europa han quedado evidenciadas por los estudios geológicos modernos. La finalización del último estadio de la última glaciación (Würm-Wisconsin-Atuel) se coloca actualmente alrededor de 8000 a. J.C. Según MENGHIN, los vestigios culturales más antiguos datables con seguridad, se remontan en la Patagonia al 3er. interstadial (unos 10.000 a. J.C.); por otra parte, hoy no cabe ya dudar de la existencia en América desde tiempos muy anteriores de una rama de la cultura protolítica del Hueso (MENGHIN, 1957 c, p. 170).

Una serie de poblaciones portadoras de culturas de tipo miolítico (cazadores superiores) parecen haber inmigrado a la Patagonia durante los últimos milenios del período glacial. Sus huellas fueron halladas por BIRD y por MENGHIN, y pueden considerarse como los antepasados más remotos de los integrantes del complejo cultural "tehuelche". A su lado, se hallaba una población relativamente numerosa de pescadores canoeros, derivados fundamentalmente de la mencionada cultura protolítica del Hueso. Su establecimiento en la costa atlántica y probable migración a lo largo de la misma hasta los canales fueguinos, en donde encontramos hoy a sus últimos restos, fue demostrada igualmente por MENGHIN (1952 c).

Nada podemos decir con respecto al Neuquén correspondiente a estas épocas. Por de pronto, es de tener en cuenta que la zona cordillerana se hallaba aún parcialmente ocupada por los glaciares en retirada cuando en la Patagonia se efectuaban los mencionados movimientos humanos, durante el seco período Boreal (7000-5500 a. J.C.), en cuyo transcurso se produjeron también las grandes erupciones correspondientes a la primera fase volcánica postglacial de AUER. Cerrados, hasta aquí, los boquetes cordilleranos, no puede pensarse en migraciones desde y hacia Chile continental, en donde por otra parte no hay hasta ahora evidencias culturales de época tan remota.

Por lo tanto, cabe presuponer a lo sumo incursiones más o menos duraderas provenientes del E. y del N.E., de cazadores superiores y, tal vez, también inferiores. Significativa resulta la inexistencia —que sepamos— de pinturas rupestres con manos pintadas en negativo en el territorio que estudiamos. Es cierto que éstas sólo han podido perdurar

en lugares relativamente alejados del tráfico humano, y de clima seco. Ambas condiciones no se dieron en las partes mejor conocidas del Neuquén.

Hemos visto, es verdad, rasgos tipológicos de la industria *Toldense* en una o dos puntas de proyectiles halladas en la zona del Limay medio (*Hall.*, p. 58), pero no es posible extraer mayores conclusiones dado el desconocimiento de las condiciones del hallazgo.

Algo más podríamos decir del tosco complejo macrolítico hallado en diversos paraderos y salinas de la región centro-norte del Neuquén. Del análisis efectuado (ver pp. 26-48) surge la posibilidad de encontrarnos ante el más antiguo grupo cultural establecido en nuestro territorio. Como lo dijéramos, se encuentra tal vez asociado a una desaparecida cultura epiprotolítica, tal como lo sugieren casos paralelos. Hallaríanse vinculados a un período climático de mayor humedad que el actual, no siendo imposible que se tratara del Atlántico (6º a 3er. milenario a. J.C.). Una industria semejante fue hallada por T. ARAMENDÍA en la zona del alto Bío-Bío, diferente, al parecer, de la de los conchales de la costa pacífica (ARAMENDÍA, 1951, p. 8).

Más importante, por su hallazgo estratigráficamente profundo, resulta el instrumental de las dos capas inferiores del Cementerio del Río Limay. Podrían remontarse a una época aún anterior al *tebuelchense*, dado que en un lugar muy cercano (lago Mascardi, cerca del hotel Tronador) el geólogo AUER encontró bajo la ceniza de la segunda erupción patagónica (2300-2000 a. J.C.), residuos de una cultura indígena bastante avanzada, que incluía dos finas puntas de flecha provistas de pedúnculo, correspondientes probablemente al comienzo de aquel período (MENGHIN, 1952 c, p. 12). Recién en el segundo nivel contando desde abajo, aparece en el Río Limay una punta pedunculada, aunque de mayor tamaño que aquéllas. Según opinión de PALAVECINO (1948, p. 41), el segundo nivel (desde abajo) del Cementerio podría vincularse tipológicamente con el período I de las cuevas magallánicas (*Toldense* II de MENGHIN). El único eslabón es, sin embargo, la mencionada punta de flecha, cuya más probable vinculación con el período tercero o el cuarto de BIRD (*Tebuelchense*) ya hemos puntualizado (p. 55). Pero como el mismo PALAVECINO lo hace notar, ambas sucesiones tipológicas difieren bastante. En mi opinión, los dos niveles inferiores podrían corresponder a una facies subcordillerana contemporánea del aún no bien caracterizado *Prototebuelchense*, con alguna influencia de la primitiva cultura ósea que ya hemos mencionado (recordar las leznas que aparecen especialmente en el segundo estrato), y pérdida aparente

de otros elementos característicos, como ser las bolas. Sin duda en esa época daban sus primeros frutos las comunicaciones comenzadas con el territorio chileno al amparo de aquel período de *optimum* climático. Hay que contar, además, con una influencia de los pueblos canoeros en el Neuquén, aunque ésta debe ser posterior al segundo milenio a. J.C., dado que recién entonces comenzó la ocupación de la sinuosa e inhóspita costa de la Patagonia Occidental por los portadores de la "Shellknive culture" (BIRD) y que llegaron hasta el golfo de Ancud. Pero ya antes existió probablemente en el Neuquén, como vimos, una población de tradición protolítica, tal vez emparentada con aquéllos².

Más dudosa aún me parece la conexión (siempre dubitativa) que efectúa PALAVACINO entre el período inferior del Río Limay y la industria del estrato C (segundo cultural, a contar desde abajo) del conchal del Río Chico, cerca del Cabo Domingo en el N.E. fueguino (v. VIGNATI, 1927). Si hay semejanzas, son parciales y de carácter poco caracterizado.

El nivel III del Cementerio del río Limay revela, en su escaso instrumental, las primeras influencias directas de los pueblos costaneros occidentales. Su industria difiere de los niveles anteriores, y tal vez corresponda a los alrededores del comienzo de nuestra era. Su vinculación con el período II de BIRD —Riogalleguense de MENGHIN—, caracterizado por su industria ósea (PALAVACINO, 1948, p. 41), debe ser desechada.

El Neuquén ha proporcionado un importante hallazgo antropológico, que comprueba la antigüedad de su poblamiento y su vinculación patagónico-pampeana: me refiero al "hombre de Mata-Molle" (o de Quemquemtreu), descubierto en 1942 en las barrancas del arroyo de aquel nombre, afluente del Collón Cura. El esqueleto, originariamente entero (en posición encogida), fue posteriormente deshecho. Pudo en parte ser reconstruido; trataríase de un individuo de 1,90 m. de estatura: un

2 Influencia de los canoeros pudo ser, por ej., la navegación en "piraguas" y canoas por los lagos neuquinos, que llegó hasta tiempos de la Conquista. Dice el P. ROSALES (*Historia*, I, p. 172 y ss.), refiriéndose a las embarcaciones de tablas encorvadas con fuego y cosidas, calafateadas con hojas de *tiaca* (vista por ERCILLA en el archipiélago de Chiloé): "De estas piraguas usan también los indios pehuenches que habitan junto a la famosa laguna de Nahuelhuapi y otras que confinan con Chiloé. Mas, los de la Villarrica navegan la laguna de "Epolabquen" (que significa dos mares) en balsas y canoas".

Supone CANALS FRAU que estas "balsas" pudieron ser confeccionadas "de juncos o totora, como las de los huarpes" (1953, p. 365). Sin embargo, parece más probable, de acuerdo con las posibilidades fitogeográficas, que su base fuera la madera de los bosques que engalanan las orillas de aquellos lagos.

verdadero "patagón"³. GROEBER, quien estudió las condiciones geológicas del hallazgo, le asigna una antigüedad mínima de 6000 años antes de la actualidad (1946, p. 339). Según BÓRMIDA, es uno de los exponentes de la más antigua población pámpida establecida en la Patagonia, que aún no practicaba la deformación cefálica. Desgraciadamente, el hallazgo no se hallaba acompañado de artefactos. Ello se explica porque, al parecer, "este resto humano ha sido sedimentado conjuntamente con el depósito B y es aproximadamente contemporáneo, o mejor, ligeramente anterior a él, por haber sido arrastrado por el torrente de barro cuyos materiales lo encierran" (GROEBER, 1946, p. 343).

No parecen haber llegado hasta el Neuquén las inmigraciones láguidas que, partiendo del Brasil oriental, cruzaron la Pampa y se asentaron en ciertas zonas de la Patagonia (BÓRMIDA, 1953-54). No hemos hallado su elemento industrial característico, las "hachas de mano" amigdaloides, que en cambio se hallan asociadas con algunos de los que se encuentran en casi toda la extensión del litoral atlántico.

Poco sabemos acerca de los procesos de mezcla, migración, y extinción, que dieron origen a la cultura que podríamos llamar "patagónica clásica": el *Tebuelchense*. Es probable que se formara en algún área determinada, sobre la base de un grupo cultural de tradición tol-dense, fecundado por alguna influencia foránea (del N.O. ?), cuya aportación fundamental habría sido el arco (MENGHIN, 1952 c. p. 11). Es la época de formación y desarrollo de la etnia que, en tiempos históricos, se nos aparece desdoblada en las distintas "naciones" cuyo nombre y área de dispersión han quedado bien establecidos tras las encuestas de HARRINGTON (1946) y ESCALADA (1949): *aónikenk*, *gué-nena-kéne*, y entre ambas, *chebuache-kenk*, sin ser éstas las únicas (ESCALADA, 1953, p. 3). Este complejo industrial fue hallado desde el Estrecho de Magallanes (período IV de BIRD) hasta el lago Mascardi (hallazgo antes citado) y el río Limay superior (niveles superiores del Cementerio, como lo supone acertadamente PALAVECINO, 1948, p. 41). Creo que, después del análisis realizado respecto a las puntas de flecha del territorio, podemos ver aún las influencias del *Tebuelchense* diseminadas por toda la margen izquierda del Limay y la cuenca del Collón Cura.

Con respecto al período anterior (III de BIRD o *Prototebuelchense*), una muestra de la inseguridad que prima en nuestros conocimientos aún

³ Dato del Sr. Swariczewsky. El cráneo se halla en poder de Administración de Parques Nacionales, y el resto del esqueleto conservado, en el Museo de La Plata.

para regiones mejor estudiadas es la disparidad de opiniones entre Palavecino, quien considera a dicha industria de puntas apedunculadas como ocupando un área restringida, y no representada en el Cementerio de Limay (1948, p. 37, 41), y CANALS FRAU, quien la considera de un carácter pan-patagónico, y parece inclinarse a ver en ella la raíz de la etnia *guénena-kéne* histórica (1953, pp. 207-208). Cualquiera sea la posición verdadera, no es de despreciar el hecho de la abundancia de puntas carentes de pedúnculo en el N. de la Patagonia, y que se convierte en predominio en el centro y norte del Neuquén. Como ya fue expresado en el lugar pertinente, creo que no hay vinculación —al menos directa— entre esta tipología y la magallánica III. Precisando, pienso que dicha industria neuquina debe ser contemporánea al Tehuelchense, y aún, tal vez, a sus últimas fases.

Resulta interesante a este respecto el descubrimiento en la provincia de Río Negro de una industria de puntas bifaciales semejante a la de Ayampitín y ubicada asimismo en el Postglacial medio: el Jacobacense. No existiendo aún publicación al respecto (sólo mención en MENGHIN, 1957 c, p. 177), habrá que dejar para más adelante el estudio de sus posibles vinculaciones con el Neuquén.

Entramos ahora al período de tiempo posterior al comienzo de nuestra era, en donde con toda seguridad —dentro de la inseguridad reinante— debemos situar la gran mayoría del material arqueológico del territorio del Neuquén.

Desgraciadamente, este período se halla aún mal caracterizado desde el punto de vista cultural y cronológico en la Patagonia. MENGHIN ubica —en forma bastante teórica— al comienzo de nuestra era la iniciación de las influencias neolíticas, venidas del N.E. y del N.O., sobre los viejos cazadores patagónicos (1952 b, p. 32; cuadro). Es el estadio *c* de ESCALADA (1935, p. 3), quien ha logrado localizar los rastros de su penetración desde el Este a lo largo de la costa atlántica. Sus exponentes serían "pequeñas y finas puntas pedunculadas o no, alfarería lisa y grabada, placas grabadas, hachas insignias, etc." (l. c.). Al período IV (cultura Tehuelchense o Patagónica) corresponden, según BIRD, los entierros en túmulos de piedra ("chenque" o *cosbom*), que en su mayor número son, sin embargo, de un período relativamente reciente (MENGHIN, 1952 b, p. 32).

Podemos suponer, sobre la base de los indicios etnológicos conocidos, que a principios de este período las influencias culturales venidas del Norte, acompañadas seguramente de inmigraciones, alcanzaron —y cruzaron— el Neuquén. Aquí volvemos a sentir la falta de investigacio-

nes metódicas en el centro y sur de Chile; pero varios indicios nos llevan a admitir que también desde ese lado hubo importantes aportes prearaucaños. Es probable que haya habido en esta época grandes desplazamientos de pueblos en el área andina, entre los que vislumbramos una participación de elementos amazónicos, tal vez precediendo a los propiamente andinos. En los primeros, cabe citar varios elementos culturales que aparecen en el norte de Chile y en algunas regiones del N.O argentino: las tabletas y tubos para inhalaciones rituales, el entierro de párvulos en urnas, el tembetá, las mazas circulares de piedra, la flauta de pan, etc. Los tres últimos han llegado hasta el Neuquén, como hemos visto. Habría que agregar la pipa de hornillo perpendicular, cuya zona de origen parece ser el área brasileña meridional, alcanzando también amplio desarrollo en la zona chaqueña y andina centro-meridional (BOMAN, 1927-32, Apéndice). Del aquel mismo foco parece haber irradiado el hacha cilíndrica, al menos hacia la zona litoral y chaqueña del territorio argentino. Sus portadores más antiguos en América deben haber sido los primeros inmigrantes neolíticos, raíz de la raza amazónica y de la cultura asociada, una de cuyas metástasis más antiguas comenzamos a entrever en el territorio de Chile central y meridional, raíz a su vez del pueblo araucano. Hacia 1000 a J.C. habrían llegado las influencias del progreso técnico representado por el hacha cilíndrica a absorber o sustituir en la región S.E. del Brasil a la antigua "hacha de mano" tallada (cultura Altoparanaense). "No es difícil reconocer la fuente de esta modificación del inventario lítico. Es la misma que produjo manifestaciones análogas en el Viejo Mundo: la cultura protoneolítica del hacha cilíndrica, cuya importancia para América fue enorme. Esta cultura es el equivalente arqueológico del complejo etnológico de los plantadores más recientes, caracterizados por una horticultura evolucionada, matriarcado sin clases matrimoniales, caza de cabezas y cultos sangrientos, para mencionar sólo unos pocos rasgos importantes" (MENGHIN, 1949, p. 120).

Es de suponer que hacia principios de la Era se realizó un importante poblamiento del Neuquén, proveniente del Norte. Tal vez se tratara de tribus cazadoras establecidas en las zonas montañosas del Centro y N.O. del país (los "huárpidos" de CANALS FRAU), que por entonces habrían sido desplazados por la primera oleada ándida. El autor citado ha llamado la atención sobre una serie de *survivals* referibles a una cultura inferior, existentes entre los indios mendocinos del tiempo de la Conquista (CANALS FRAU, 1953, p. 387). En dichos elementos, y en otros que conocemos por vía histórica, ve un parentesco

básico entre los huarpes de Cuyo y los "primitivos montañeses" del sur de Mendoza y norte del Neuquén. Esta probable inmigración neuquina desde el Norte explicaría la serie de préstamos provenientes, al parecer, de las culturas andinas. Dicha población los habría obtenido ya en su *habitat* anterior. Es en el arte rupestre donde este hecho se presenta con mayor evidencia e interés. No olvidemos, por ejemplo, el parentesco entre la "piedra marcada de San Buena" en Córdoba y el petroglifo de Norquín, señalado por F. de APARICIO (1935 d) ⁴.

Pero también debemos contar con influencias proto-andinas llegadas tempranamente a la zona cuyana. CANALS FRAU ha encontrado en la región central de la provincia de Mendoza huellas de la que llama "cultura de Agrelo", de la que dice: "La población cuyana de esa segunda época cultivaba el maíz, fabricaba cerámica negro-gris con simple decoración incisa, y moraba en viviendas de quincha. Pero aún no conocía, o no usaba, la cerámica pintada que es de influencias posteriores. Cuando comenzó la aculturación de nuestros indios en sentido andino, es todavía imposible decirlo con exactitud, aunque creemos que fuera en época no muy posterior a la del florecimiento de la cultura pan-peruana de Chavín" (1953, p. 388) ⁵.

Un misterio nos resulta, hasta ahora, la presencia de un verdadero *kalasasaya* en pleno meridión mendocino (Malargüe), "que tanto por su disposición y dimensiones como por su técnica constructiva" se emparenta con construcciones similares en el Perú y en Polinesia (CANALS FRAU, 1953, p. 140; ver, del mismo, 1943). Cómo y cuándo se produjo una incursión de portadores de este elemento de cultura superior, no lo sabemos. "No tenemos prueba alguna —dice CANALS FRAU refiriéndose a Agrelo— de que esta cultura haya tenido alguna relación con Malargüe. Pero tampoco está fuera de toda probabilidad de que algún día se logre dar con ella" (1953, p. 141).

A mi juicio, una de las tareas más necesarias de la arqueología cuyana es determinar la relación *Agrelo-Malargüe-Colo Michi Co*. En efecto, las rústicas erecciones pétreas que parecen testimoniar el carácter

4 Investigaciones de los últimos años han dejado establecida la existencia no de uno, sino de varios horizontes precerámicos en las Sierras de Córdoba y San Luis, que se remontarían hasta el período climático del Atlántico (6000 a. J.C.). Véase una información preliminar sobre estos importantes descubrimientos en A. R. GONZÁLEZ, 1952. Ver también, 1957. ESCALADA piensa asimismo que, más al norte de la provincia de San Juan "los pueblos andinos desalojaron a otros pámpidos de épocas anteriores" (carta personal al autor).

5 Esta datación probablemente sea un tanto exagerada, sobre todo si tenemos en cuenta que según fecha radiocarbónica la cultura de Barreales no es anterior al siglo VIII d. J.C. (GONZÁLEZ, 1957).

de "lugar de culto" de este último yacimiento, nos llevan a admitir una hipotética vinculación (no necesariamente directa) con aquella hasta hoy misteriosa corriente cultural. Claro está que el misterio se resolvería si, como se ha sostenido, se tratara en el caso de Malargüe de una construcción moderna. En cambio, dignas de investigarse son las vinculaciones de los petroglifos del Colo Michi Co con los descubiertos a principios de 1958 en la cercana cordillera de Linares en Chile —conjunto al parecer grandioso y con predominio asimismo del "estilo de paralelas"—, así como con un nuevo grupo situado en la zona de Espinazo del Zorro (sierra de Catan Lil), según comunicación del Dr. Escalada.

También en Chile hay que contar, como hemos visto, con influencias andinas muy anteriores a las de los Incas, y que seguramente alcanzaron el Neuquén antes de la expansión *mapuche* histórica. Su vehículo habría sido la cultura protoaraucaica cuyos sobrevivientes más puros fueron, según LATCHAM, los *hulliche*.

RUSCONI, por su parte, ha encontrado en la zona de Uspallata restos de una población anterior a la conquista incaica (siglo XV), que al parecer inhumaba a sus muertos en túmulos. "Tienen morfología craneada distinta a la anterior [se refiere al substratum más antiguo del que se cita el hallazgo de un esqueleto femenino, en "estado subfósil", carente de deformación cefálica], semejan más al tipo araucano y además practicaban la deformación craneana artificial" (no se establece qué tipo) (RUSCONI, 1947 a, p. 112). Los indicios conocidos parecen indicar una vinculación con el "pueblo de los túmulos" de Chile central (LATCHAM, 1928 a, p. 133 y ss.), y un ensanche, al menos temporario, del ámbito de esta *facies* neolítica chilena hasta la región cuyana.

Avanzando algo más en la hipótesis, podemos suponer que las influencias de esta cultura irradiaron por su parte fuertemente al Neuquén. Sus indicios: la piedra horadada, el sistema de inhumación en cistas (en colinas naturales como sustitución del túmulo), la alfarería con decoración pintada (?), los morterillos o piedras-tacitas y, tal vez, las puntas de flecha sin pedúnculo, de que parecen haber sido portadores los antiguos huárpidos⁶ como préstamo de las culturas andinas.

La existencia probable de la citada capa étnica tanto en Chile como en el norte de Mendoza, con estribaciones en el Neuquén (y de allí,

⁶ No empleamos esta denominación con el sentido de "grupo racial", como lo hace CANALS FRAU, sino meramente como "grupo humano". Reservamos la discusión del problema taxonómico a los especialistas. Véase al respecto IMBELLONI, J., *La "Tabla clasificatoria de los Indios" a los trece años de su publicación*, en "Runa", III (1950), pp. 200-210, especialmente 207 y ss.

hacia la Patagonia), explicaría también el parentesco entre muchos petroglifos ubicados en dichas regiones.

De todas estas consideraciones podemos extraer el siguiente cuadro de conjunto para el transcurso del primer milenio de nuestra era (fase climática subatlántica, húmeda):

En conexión probable con movimientos humanos y culturales con centro en Perú, Bolivia y la Amazonía, se producen desplazamientos de población, de ideas y de productos, que deben haber cruzado el Neuquén de Norte a Sur, y de Oeste a Este. Desgraciadamente, la arqueología no nos puede dar aún indicios muy claros de los mismos. Sabemos que la cultura de los portadores del ya entonces milenario *Tebuelchense* sufrió una creciente fecundación neolitizante. Sin abandonar en lo ergológico sus rasgos fundamentales (instrumentos de piedra tallada, puntas de flecha con pedúnculo, boleadoras, placas grabadas irregulares y del tipo A de Bórmida), algunos de sus "clanes" adoptaron y desarrollaron la alfarería, las placas grabadas de tipo más evolucionado, las hachas en forma de 8, el tembetá y el botón auricular (la nariguera podría ser más antigua), amén de otros cambios estilísticos, técnicos y, probablemente, mentales. Debe tenerse en cuenta que "la difusión de las novedades neolíticas no llegó a todos los rincones de Patagonia", como dice ESCALADA (1953, p. 7), quien puntualiza la importancia de las cuencas hidrográficas para el desplazamiento de estas corrientes culturales. Las influencias venidas del Este (prov. Buenos Aires, sur del Brasil), que se manifiestan bien definidas en la zona de San Blas, remontaron los grandes ríos patagónicos. ESCALADA ha seguido sus rastros en el litoral atlántico hasta más al sur del Deseado, y en el curso de los ríos Chico-Senguerr y Chubut (op. cit., pp. 9-10). Supone lo mismo con respecto al Colorado y al Negro (así como respecto de las influencias venidas desde la Cordillera hacia la Patagonia septentrional a través de la cuenta del Bermejo-Desaguadero-Salado, "cuando los ríos afluentes de la margen izquierda del Colorado traían un considerable caudal desde las montañas de San Juan y de la cordillera mendocina y del norte neuquino" [op. cit., p. 9]. Recuérdese, a este respecto, la existencia del área arqueológica "del Atuel" [p. 63]).

Ello explicaría la verosimilitud de una importación del hacha cilíndrica y de su peculiar técnica a través de los ríos Negro y Neuquén, partiendo del Este. Empero debemos descartar, como ya se ha visto, esta hipótesis (p. 107). De cualquier manera, creo que es durante este tiempo que llegó desde Chile dicho elemento cultural al Neuquén,

siendo adoptado por los antepasados de los *pehuenches* para la extracción de sal y otros menesteres.

Asimismo el tembetá alargado, y nuevos modos de arte rupestre (Curi-Leuvú, Santo Domingo; pinturas representativas y simbólicas) deben haber llegado en este período desde el área andina.

Todo indica que es en esta época cuando se echan los cimientos de la peculiar población trashumante que llegó hasta la Conquista con el nombre de *pehuenche*. Podemos suponer que, mientras al S. del Limay continuaban las correrías de los *tehuelche* —probablemente ya entonces subdivididos en los grupos antes mencionados, y que penetrarían también hasta las zonas lacustres del Neuquén— en la región centro-norte florecía el citado grupo cultural, tal vez eslabón más meridional de la gran fracción de *pámpidos occidentales* que alguna vez se extendieron desde el río Zanjón hasta aproximadamente el lago Huechulafquen. De acuerdo con un importante hecho antropogeográfico, a saber, la ocupación por todo pueblo montañés de parte de las zonas llanas y fluviales circundantes, cabe considerar a la cuenca del río Neuquén como *habitat* vital de la primitiva parcialidad pehuenche. Debido probablemente a la resistencia de las poblaciones de Chile, crecientes en número y poder, dicho pueblo se orientó preferentemente hacia la zona subcordillerana oriental. En realidad, la característica bajo la cual los conocieron sus vecinos occidentales y que determinó su denominación, a saber, el hecho de recolectar los piñones de las araucarias, no es de por sí un signo distintivo para su diferenciación étnica. Ello es simplemente una adaptación al medio de un pueblo sustancialmente cazador y recolector de vegetales silvestres, así como sus congéneres "*puelche*" del S. de Mendoza lo hacían con la algarroba, y el molle por ambos grupos (CANALS FRAU, 1953, pp. 363-364). Se justifica, pues, la unidad étnica que postula el autor citado, corroborada aún para épocas históricas por los Cronistas⁷.

No obstante, basados en indicios arqueológicos reunidos en el presente trabajo, podemos decir que existió entre el río Covunco y el Curi-Leuvú inferior una *facies* cultural propia, y que verosíblemente cabe

7 He aquí las palabras del P. Sors, quien escribió entre 1765 y 1780: "Los indios que viven en las cordilleras que miran a la capital de Santiago y tienen su comunicación por Cachapoal, se llaman *Chiquillanes*, y los que viven al otro lado de la cordillera de Chillán se llaman *Puelches* aunque todos son verdaderamente *Pehuenches*" (cit. por LATCHAM, 1928 a, p. 132). Dentro de la confusión onomástica que caracteriza a estos escritores —lo que se debe a los precarios conocimientos etnográficos de la época— me parece que existe en este párrafo una alteración del orden. Desde un punto de vista lógico, "*Puelche*" sería el *genus*, y *chiquillame* y *pehuenche* las respectivas *species*.

adjudicar a esos *Pebuenche*. Se trata de la industria integrada por puntas de flecha sin pedúnculo, de tamaño mediano a pequeño (a veces "microlíticas"), en gran parte de obsidiana; raspadores y otros instrumentos tallados, comunes al ámbito patagónico; bolas (antiquísimo elemento en el meridión americano); molinos aplanados, de forma redondeada, con sus moletas alargadas (para la confección de la "harina" de los piñones, con la que según MARIÑO DE LOVERA hacían una especie de pan); piedras horadadas (ignoramos si en su función primordial de maza, o alguna derivada); sobadores, elemento originario de la zona (p. 88); collares de moluscos petrificados y otros elementos menores, y en especial, el hacha subcilíndrica con emangadura de madera. No pertenecieron a su acervo, al parecer, las placas grabadas (aunque conocemos un ejemplar aislado de Codihue) ni los instrumentos del tipo Traful. Las pipas y la cerámica tal vez sean un préstamo posterior, probablemente araucano⁸. No conocieron el arte textil hasta una época muy posterior a la Conquista. Notable es el hecho, aportado por los primeros cronistas, del empleo de silos subterráneos para almacenar los piñones.

Hasta qué punto cabe considerar a los petroglifos del Colo Michi Co obra de esta etnia, no nos es dado decir. En realidad, salvo pocas excepciones, ignoramos aún casi por completo la *adjudicación étnica* de las obras de arte rupestre que jalonan el territorio neuquino y de muchas otras zonas del país. Tal vez sean los citados petroglifos obra de un grupo septentrional emparentado, cuyos descendientes tal vez serían los que los españoles conocieron como "puelches algarroberos". A este respecto es de señalar una *facies* tecnológica algo distinta que hemos localizado en el extremo N. del Neuquén, y cuya característica visible son las puntas de flecha —siempre sin pedúnculo— de tamaño algo mayor, trabajadas en su mayoría en material lítico distinto que la obsidiana. La misma podría señalarnos un grupo étnico con probable centro en Mendoza, y que cabría referir a las parcialidades mencionadas, que usaban la terminación gentilicia *yam* (chiquillames, morcoyames, etc.).

8 La cerámica fue sin duda conocida en el siglo XVI, puesto que la necesitarían para guardar la "chicha" que fabricaban de los piñones (MARIÑO DE LOVERA, p. 268); podríamos datar, pues, en esa época la mayoría de los fragmentos hallados en aquella área geográfica. En cambio, a principios del siglo XIX, Luis de la CRUZ manifiesta que "ni aun estos rales o platos de que se sirven los hacen estos indios, sino que los compran a los guilliches y a otros" (cit. por SERRANO, 1947, p. 163). Consecuencia, creemos, de la desnaturalización provocada por la Conquista y la araucanización.

Esto es, en sustancia, todo lo que puede decirse sobre la cronología de los remanentes arqueológicos anteriores a los últimos siglos prehistóricos. Pero tampoco de estos últimos estamos mejor informados. Podemos suponer, únicamente, que durante los mismos las relaciones de los indígenas neuquinos y patagónicos septentrionales con los de Chile fueron tomando un amplio incremento, muchas veces de carácter bélico. Al llegar los españoles en el siglo XVI, se encontraron con que los bravos (*cheuül*) *poys* y *pebuenche* de las regiones orientales incursionaban a menudo entre el Bío-Bío y las costas que enfrentan a Chiloé. Por otra parte, los indicios cerámicos nos han hecho entrever inmigraciones tal vez antiguas de los *huilliche* a la zona de los lagos neuquinos (p. 162). Aunque, según los cronistas del siglo XVII, los *puelche* y *poys* de la región lacustre y pedemontana del Neuquén y Río Negro conservaban su cultura cazadora y recolectora, y sus idiomas eran distintos de la "lengua de Chile", es de notar el uso bastante corriente de nombres araucanos en la toponimia y en el nombre de algunos caciques. Ejemplo claro es el de la "laguna muy grande que se llama Naval huapi" de que habla FLORES DE LEÓN en 1621 (*Memorial*, p. 255; ver también ROSALES, *Historia*, I, pp. 202, 257). Ello ha llevado a algunos autores, como STIEBEN (1950) y SAN MARTÍN (1929) a suponer que la ocupación araucana del Neuquén es anterior a la llegada de los españoles, lo cual parece erróneo (v. más abajo).

En cambio, no parece ser muy acertada la hipótesis de LATCHAM acerca de la formación del pueblo *Mapuche*. Una serie de diferencias étnicas y antropológicas llevaron a dicho estudioso a lanzar la idea del origen oriental, "pampeano", de la aguerrida población que durante más de tres siglos tuvo en jaque a los intentos "civilizadores" del Conquistador⁹. Si hubo migraciones pámpidas a Chile, el hecho de no

9 LATCHAM resume de este modo los hechos en que basa su afirmación: "En cuanto al problema araucano, la historia nos enseña que los primeros españoles no confundían en un solo pueblo a los indios al norte y al sur del Toltén. La etnología nos enseña que en las dos regiones existían costumbres y elementos culturales distintos. La arqueología demuestra que en la región entre el Bío-Bío y el Toltén se encuentra una superposición de culturas, y que la más antigua no era practicada por los araucanos históricos. La antropología indica que hubo una diferencia marcada en los caracteres físicos de los dos pueblos separados por el río Toltén, y la lingüística nos dice que también existían diferentes dialectos en las regiones en cuestión" (1928 a, p. 163).

El corolario es, que "este pueblo era intruso en la región, que era de diferente origen y linaje de los demás habitantes del país y que su estada en éste había sido relativamente corta cuando llegaron los españoles. Venido de las pampas argentinas, donde llevaba la vida de cazadores nómades, vistiéndose de pieles y habitando toldos de cueros de guanacos, a la manera de los patagones, esta gente de guerra ingresó por los pasos bajos de la región, posesionándose del valle

lograr imponer su lengua, y de unirse a mujeres del país (de lo cual lo primero sería consecuencia), así como la falta de todo recuerdo o tradición de una migración semejante (producida según aquel autor no más de dos siglos antes de la Conquista española), y, antes bien, la enemistad entre ambos grupos, obliga a restar importancia a las incursiones y asimilaciones de elementos venidos del Este, que indudablemente tuvieron lugar. Por otra parte, no hay indicios arqueológicos de semejante migración, puesto que las semejanzas entre el Neuquén y la Araucanía son sin duda consecuencias de un movimiento inverso, producido en su mayor parte en tiempos post-Conquista.

Tal vez las diferencias puntualizadas por LATCHAM para el área propiamente *mapuche* se deban a un antiguo substratum de cultura inferior, que en tiempos antiguos ocupó dicha región chilena. También será tarea del futuro verificar su existencia. No debe descartarse un componente oceánico en la población araucana. Así lo indican los elementos culturales, lingüísticos y mentales que fueron estudiados por IMBELLONI (1928 a, 1928 b, 1929, 1930 a, 1930 b), y cuyos exponentes arqueológicos —las clavas insignias líticas y las hachas con perforación— hemos visto que llegaron también al Neuquén. Y así como los polinesios decían venir de un país situado al occidente (la India?), también entre los araucanos se ha conservado parecida tradición, que nos es referida por el P. RAMÍREZ, a fines del siglo XVIII. Dice literalmente, que los referidos indígenas dicen ser "de estirpe forastera y sus progenitores vinieron de las partes occidentales" (cit. por J. T. MEDINA, 1882, p. 21).

Es probable, según los indicios oportunamente señalados, que sea en el transcurso de los mencionados contactos prehispánicos cuando las hachas perforadas, así como las clavas insignias, alcanzaron nuestro territorio. Con ellas, también las influencias artísticas que desde Chile y

del Cautín. Poco a poco aumentaron en número por un desarrollo natural y probablemente, incrementándose por la llegada de nuevos grupos, se extendieron hacia el Norte y Sur, amalgamándose en parte con los antiguos habitantes y expulsando a los demás en ambas direcciones.

Al radicarse en el territorio chileno, adoptaron en parte la cultura del país, volviéndose sedentarios y dedicándose a la agricultura. No obstante, conservaron muchas de sus antiguas costumbres pampeanas, y éstas nos permiten establecer su origen. A la vez, aprendieron los rudimentos de ciertas industrias corrientes entre el pueblo que reemplazaron, pero con mucha menos perfección; entre ellas la del tejido y de la alfarería. Adquirieron también la lengua chilena, perdiendo la suya propia después de algunas generaciones. Todo esto se hizo más fácil por la costumbre de casarse con las mujeres de otros pueblos, en este caso con las mujeres del pueblo nativo" (op. cit., p. 151).

sobre todo el N.O. argentino llevaron a la "geometrización" de los motivos decorativos.

Entramos ahora en el período "protohistórico" del territorio del Neuquén (1553-1881), que comienza con las marchas y guerras de los Conquistadores en el sur de Chile y termina con la célebre Expedición al Desierto dirigida por el General Roca.

Podemos considerar sobre la base de los datos cronísticos algo posteriores (que permiten interpretar a los arqueológicos), que por mediados del siglo XVI existía en toda la región subcordillerana del Neuquén una unidad fundamental de raza y de cultura, que se extendía desde las nacientes de los ríos Tunuyán y Diamante en Mendoza hasta el lago Nahuel Huapí. Estas gentes, vecinos inmediatos de los araucanos, eran por éstos genéricamente llamados *puelche* ("gente del Este"). Dentro de este complejo, los que acostumbraban "veranar" en la región de las araucarias para recoger sus frutos, eran llamados *pehuenche* ("gente de los pinos"), que como ya dijimos no es un término de carácter estrictamente étnico. Sin embargo, ya señalamos la existencia de un grupo arqueológico al norte del macizo del Chachil, el que manifiesta una preferencia del empleo de la obsidiana y de maderas silicificadas para la fabricación de puntas de flecha y raspadores, a menudo de pequeñas dimensiones, sin quedar empero excluidas las puntas de gran tamaño. Más al Norte, los "puelches algarroberos" incursionarían hasta el río Neuquén superior.

Es de suponer que estas poblaciones descendían también los ríos a cuyo curso estaban asociados (Colorado, Neuquén, Negro), poniéndose en contacto con esa otra clase de "puelches" cuyo verdadero gentilicio era *Guénena-kéne*. No creo que las tribus de este nombre del siglo XIX, ocupantes de la región meridional de la provincia de Buenos Aires, el Río Negro y parte del Chubut (HARRINGTON, 1946, p. 254 y ss.), fueran "los primitivos *pehuenche*, desalojados por los *pehuenche* araucanizados...", como lo supone hipotéticamente ESCALADA (1953, pp. 2-3, 7). Cabe vincularlos, más bien, con los portadores de la industria lítica hallada en los paraderos de la zona del Limay, que parece haber constituido de antiguo zona de interrelación entre los portadores del *Tebuelchense neolitizado* y las parcialidades montañosas. Los primeros se hallaban en el estadio *c* de ESCALADA, y el proceso de "neolitización" no había concluido aún, ya que a la antigua influencia oriental se había agregado un creciente intercambio con la zona andino-chilena, probablemente a través de los pueblos cordilleranos del Neuquén, Río Negro y Chubut. El sector S.E. del Neuquén se nos aparece, en realidad, como

vinculado con el área arqueológica de la Patagonia Septentrional. Ello es de esperar, por otra parte, dadas las características geográficas. Como bien lo dice HARRINGTON sobre bases lingüísticas, "el Limay no era, por cierto, límite infranqueable. El Gününa Küne lo trasponía, internándose en la parte meridional de Neuquén, sin ser allí "el dueño de la tierra", o lo fue sólo en pequeña superficie, en tiempos lejanos" (1946, p. 255). Ya hemos comprobado, por la morfología de las piezas líticas, una influencia patagónica en la cuenca del Collón Cura. También la cerámica grabada sencilla del sur del territorio la hemos relacionado con la de los guémena-kéne, a su vez emparentada con la de la provincia de Buenos Aires.

Como se ve, la sencillez de los elementos étnicos y culturales formativos del Neuquén indígena es muy relativa, aún antes del comienzo de la "araucanización". Debemos contar con una serie de influencias diversas que se manifiestan menos en la vida material que en la vida mental, la que desgraciadamente no podemos observar arqueológicamente. Pero nos queda un indicio importante en sus manifestaciones artísticas, en especial las pinturas rupestres. Por su intermedio podemos entrever aquélla. El carácter ideoplástico que muestran sus manifestaciones consideradas más recientes, revela una importante influencia de las culturas "femeninas", como también lo establece PÉREZ DE BARRADAS para el arte rupestre de Colombia¹⁰. Ello hace suponer, si no el sedentarismo que les atribuye GRESLEBIN (v. HARRINGTON, 1932, p. 307), tampoco un nomadismo extremo, que, por otra parte, nunca fue practicado por los clanes australes (VIGNATI, 1944 VI, p. 143, nota). No es posible establecer el tiempo y camino de esas influencias, ni determinar su vinculación con las Altas Culturas andinas; pero en muchos casos (especialmente en el de los motivos simbólicos) una afirmación de esto último parece segura.

Interesantes indicios de penetraciones de origen peruano son, sin

10 "Hay que partir de que los autores del arte rupestre de Colombia pertenecían a las culturas primarias, más claramente, a la matriarcal, y, por lo tanto, en la que es propio del arte no realista, sino, al contrario, esquemático y convencional; en que se desarrolla el arte rupestre, tanto el grabado como la pintura, con fines mágicos, no decorativos... Tal relación es evidente, puesto que ya Crevaux encontró semejanza entre el tatuaje de sus guías y las pinturas rupestres de las Guayanas, y al preguntarles el fin de éstas le contestaron sus guías: Son para "ahuyentar los diablos que podrían hacernos morir". Por eso las piedras con arte rupestre son miradas, por pueblos diferentes a los que han sido sus autores, con un recelo supersticioso..." (PÉREZ DE BARRADAS, 1941, p. 66). Esto último lo comprobó también FRANCISCO P. MORENO durante sus visitas a las tolderías del Neuquén. Los indios no permitieron que se acercara a las pinturas rupestres cuya existencia conocían, por temor a los *gnalichus*.

duda, los topónimos provenientes, según GROEBER, del quechwa o del aimara, y que se refieren a "accidentes de terreno mayores, situados en la cercanía de determinados caminos principales..." (1926, p. 8). Pertenecerían a los mismos: Domuyo, Chimpay, Limay y, a través del araucano, Lacar. Sin embargo, no puede ser ello una prueba de conquista o aún influencia cultural directa, como lo cree el autor citado. La arqueología no abona semejante hipótesis. Dichos nombres debieron venir acompañando al haber lingüístico araucano, cuyo extinguido grupo septentrional había sufrido la conquista incaica. Por otra parte, rara sería la conservación de estos nombres supuestamente precolombinos, y ningún topónimo de las lenguas vernáculas pre-araucanas.

Es conveniente recordar aquí algunas peculiaridades culturales de los primitivos habitantes del Neuquén, que conocemos a través de los Cronistas.

De los *pebuenche* nos dice el P. ROSALES (por 1650) que conservaban sus cosechas de piñones en grandes silos subterráneos, donde los podían conservar por varios años. El mismo nos informa de una especie de anchas raquetas, hechas de colihue, utilizadas por los que habitaban la región cordillerana para caminar sobre la nieve (*Historia*, I, p. 198). Este y el de los *ona* parecen ser los únicos casos sudamericanos de esta clase de calzado para la nieve (COOPER, 1946 c, p. 760).

De los *puelche* cordilleranos, los cronistas chilenos nos dicen que solían traer las flechas "hincadas en el tocado que usan a modo de turbante, hechos de madejas de lana de varios colores" (GONZÁLEZ DE NÁJERA, p. 178; cit. por MEDINA, 1882, p. 135). Sin embargo, usaban también el carcaj (ROSALES, op. cit., p. 202). Especial mención se hace de su costumbre de pintarse la cara y el cuerpo de varios colores.

Debemos enfrentarnos ahora con el último capítulo de la historia indígena, el difícil problema de la araucanización, o más concretamente, de la "expansión de los araucanos en el territorio argentino". El Neuquén —así reza el consenso general— ha ocupado un puesto clave en dicho proceso.

El tema ha preocupado a todos los estudiosos de nuestras culturas aborígenes, y en verdad está aún lejos de hallarse resuelto. En realidad, las evidencias de la sustitución —o absorción— de la antigua población de raíz pámpida por otra proveniente de allende los Andes, son hasta ahora exclusivamente históricas, y de carácter indirecto. Los estudios

antropométricos, que revelan un elemento ándido (al que pertenecen los araucanos) en la Pampa y Patagonia, no tendrían *de por sí* valor cronológico. Lo mismo puede decirse de las evidencias etnográficas, y las escasas arqueológicas estudiadas. La toponimia araucana que señorea desde Córdoba hasta el río Senguerr, y casi hasta las puertas de Buenos Aires, tampoco sería una prueba de una penetración reciente de aquel elemento, si las fuentes históricas y relaciones no nos dijeran que en los siglos XVI y XVII los indígenas del centro y sur de Mendoza, del Neuquén y hacia el sur del Limay poseían lenguajes "diferentes" de los de Chile ¹¹.

¿Qué puede aclararnos la arqueología acerca del carácter de este proceso, sus formas, su intensidad? Desgraciadamente, aún poco. Por de pronto, el material que conocemos de la región lacustre es en su mayoría de filiación claramente araucana. Si ha habido una ocupación más antigua de dicha zona, o si el material es en su totalidad relativamente reciente, no puede siempre ser decidido con seguridad. Los datos históricos —en especial del P. ROSALES— inclinan por lo segundo, y llevan a suponer que la carencia de elementos arqueológicos anteriores se debe a la falta de investigación (me refiero en especial al Depto. Aluminé). Un problema de por sí es la presencia del hacha (sub)cilíndrica en la zona de San Martín de los Andes. Según mi modo de ver, se trata de un elemento *pehuenche* —recibido, claro está, originariamente de Chile—, que en el extremo sur del área de influencia de dicho grupo cultural obtuvo un auge regional. Su abundante presencia en las colecciones se explicaría suponiéndolas objetos conservados supersticiosamente por la población araucana intrusa. Sabido es que los indígenas modernos atribuyen a estos y otros elementos líticos antiguos un cierto carácter mágico.

Están acordes los etnólogos en que la "araucanización" es un proceso lingüístico, y en parte, social y mental, más que de cambios en la cultura material. El mismo CANALS FRAU, considerado como "araucanizante", manifiesta: "El reemplazo étnico, cuando lo hubo, estuvo acompañado por un proceso de adaptación y fusión, por el cual una población que antes poseía una cultura de tipo andino se transformó bajo las nuevas influencias ambientales, en un pueblo que vivía de la

11 En rigor, esto no rige para la Patagonia al sur del paralelo 41°, donde hallamos un indicio muy actual del avance del elemento araucano —lingüística y étnicamente— a expensas de los últimos restos de *tehuelchos*, cuya próxima extinción es, lamentablemente, un hecho. Véase al respecto, entre otros, ESCALADA, 1949; también, IMBELLONI, 1949.

ganadería, de la recolección y del pillaje" (1953, p. 535). De ahí que "el estilo de vida de los *Araucanos argentinos* no se parezca mucho al de sus hermanos de ultra-cordillera" (op. cit., p. 544).

Por ello es que la nivelación cultural producida por la inmigración chilena se manifieste —al menos para los últimos tiempos— en un cierto empobrecimiento desde el punto de vista arqueológico, a excepción de una serie de elementos de clara fisonomía moderna, en parte inexplicables sin la influencia hispánica. (Tal por ejemplo, la platería, las pipas, el tejido, los arreos del caballo, las armas). Los "Pampas" araucanizados (*auca*) abandonaron casi por completo el uso de la piedra para el tallado y la confección de sus armas. Las extremidades de sus lanzas eran generalmente de metal. De éstas han quedado pocos ejemplares, sin duda por su utilización como botín de guerra. Lo mismo ha de haber sucedido con otros elementos de esta cultura indígena del siglo XIX.

Un hecho digno de señalarse por su trascendencia arqueológica, es la sustitución operada en el armamento de las tribus del oriente de los Andes durante el período que estamos considerando. Ello forma parte del mencionado abandono del tallado de la piedra. En el siglo XVI los Conquistadores conocían a los *puelche* como hábiles portadores del arco y de la flecha. Ello está expresado en uno de los poemas inspirados en las vicisitudes de la "guerra de Arauco":

"Los puelches fuertes, bravos y ligeros
De grandes cuerpos y únicos flecheros". (...)

(FERNANDO ÁLVAREZ DE TOLEDO, "*Puren Indómito*", canto II).

Pero, como lo hace notar F. SAN MARTÍN, ninguna crónica hace referencia al uso del arco entre estos pueblos después de la segunda mitad del siglo XVII¹². Como bien lo vieron ese y otros autores, fue sin duda el uso del caballo para la caza y la guerra lo que determinó, no sólo la sustitución del arco por la lanza, sino un recrudescimiento del uso de la boleadora. Claro que esta sustitución no tiene un carácter absoluto, pudiéndose suponer que el arco prolongó limitadamente su vida entre algunas parcialidades. Así al menos lo sugiere el arco del tiempo

12 VIGNATI llama la atención acerca de este cambio, al decir que, en el célebre proceso de Mendoza en 1658, los Pehuenches traían flechas para proveer a las entidades indígenas del centro mendocino. En cambio, en el armamento con que los vio el Gral. San Martín en 1816 ("la lanza, algunos machetes, y el Cuchillo") "hay, indudablemente, influencias extrañas: la española en la adopción del machete y el cuchillo, mientras que las lanzas, en el mismo proceso ya citado, siempre se las indica de proveniencia "auca" (VIGNATI, 1953 a, nota 19, p. 18).

de la Campaña al Desierto, existente en el Museo Nahuel Huapí (*Hall.*, p. 111, nota).

Lo importante para nosotros de este proceso histórico, es que permite asignar un *terminus ante quem* a la gran mayoría de puntas de flecha halladas en el territorio del Neuquén, y asignarlas asimismo a las entidades no-araucanas establecidas en el mismo territorio.

Refiriéndonos al *caballo* —aún sin ser tema propiamente arqueológico— debemos señalar una vez más su importancia, tanto en el cambio de los hábitos indígenas, como en la misma inmigración araucana al país.

Un verdadero problema plantea el *Memorial* de FLORES DE LEÓN, cuando establece que "tienen los indios de la otra parte deste río [Limay] muchos caballos y perros de caza; andan vestidos de pieles de guanacos y de pellejos de avestruces; dicen que hay infinidad de indios en la tierra adentro, y que es muy llana y apacible... y que hay grandísima cantidad de caballos cimarrones" (VIGNATI, 1939 a, p. 256). Porque al asociar los caballos a los "perros de caza" parece implicarse que ya entonces se los utilizaba montados. Sin embargo, tal vez haya que considerar como exageración el "muchos", y considerar a la costumbre de montar como importación entonces reciente de Chile, donde ya vimos que la misma fue adquirida tempranamente por los araucanos. Ello a su vez sería otro indicio de la temprana influencia de aquéllos en este lado de la Cordillera. En cambio, habría que admitir que ya entonces "grandísima (?) cantidad de caballos cimarrones" habían llegado desde las costas del Río de la Plata, 80 años después de su introducción por D. Pedro de Mendoza.

Otra modificación cultural se manifiesta en la cerámica, que sin duda conocieron los *pebuenche* antiguos. En cambio, entre las tribus pampeanas y mendocinas de los siglos XVIII y XIX casi no se fabricaba. Sin embargo en el Neuquén, sobre todo en la zona lacustre, la alfarería de relativamente buena factura se nos muestra hasta en tumbas modernas. Ello se explica por la proximidad geográfica con los industriales *builliche*, cuya influencia llegó a ser grande en la mitad meridional del territorio, al punto que sus habitantes —ya completamente araucanizados— fueron llamados usualmente con ese nombre durante el último siglo anterior a la Expedición al Desierto.

La explotación de las Salinas de Chos Malal, estrechamente asociadas a la economía de los *pebuenche*, no parece haber sufrido mayor cambio a raíz de la creciente inmigración araucana, si es que la interpretación de la cita de HAVESTADT comentada en la página 182 es co-

recta. En caso contrario (ver nota 11 correspondiente), tendríamos que admitir que con la llegada de los araucanos el instrumental de piedra cayó en desuso, y que fue sustituido por "palas de madera" (HAVESTADT) y, tal vez, herramientas de metal.

Los autores del siglo XVIII y principios del XIX están acordes en la capacidad de comercio de estos indios, que traficaban con los españoles de Chile y de Mendoza con el producto de estas salinas, y con varios otros en que se manifiesta la influencia araucana y europea. "Todos los años entran en las confinantes provincias españolas, donde tienen una especie de feria que suele durar 15 ó 20 días; conducen sal fósil, yeso, brea, cobertores de cama, ponchos, pieles, lana, riendas de cuero perfectamente entretexidas, canastos, vasijas de madera, plumas, y huevos de avestruz, caballos, novillos, etc., y en cambio reciben trigo, vino y mercerías de Europa" (MOLINA, *Compendio*, p. 226).

Tal vez la más acertada imagen del proceso que llevó a la araucanización del territorio argentino, es la que expone COOPER en su trabajo de síntesis de 1946 (c, p. 698). Admite dos tiempos, uno que podríamos llamar de influencia indirecta, e "infiltración", y otro que ya sería propiamente "inmigración". El primero nos interesa más especialmente, porque se verificó en especial en los territorios fronterizos con la Araucanía. Como lo recuerda el mencionado autor, ya en tiempos de Valdivia algunos de los integrantes de las tribus orientales fueron traídos a la región de Villarrica bajo el sistema de la encomienda. Estos "Puelche", al regresar a sus comarcas de origen, debieron traer más de una influencia cultural de aquende los Andes. Por otra parte, agrega el P. CABRERA (1934, p. 103), entre los asaltantes de las ciudades de Osorno y Villarrica que produjeron su despoblamiento respectivamente en 1600 y 1601, había "muchos de los yanaconas e indios de servicio", procedente del Este, como lo refiere el P. ENRICH en su *Historia* (1891). Estos, según CABRERA, debieron traer a las riberas del Nahuel Huapi los primeros gérmenes del idioma *mapuche*.

Varios testimonios muestran que no era infrecuente el cruce de la Cordillera por pequeñas bandas de araucanos (que, por estar "alzados", eran llamados *auca*), los que constituían un fermento de belicosidad entre las declinantes tribus pampeanas. Por otra parte, el comercio entre estas últimas y "los de Chile" se hizo muy activo durante el siglo XVII. En 1673 un hacendado español escribe a la Reina, refiriéndose al peligro de los indios de la Pampa, "que por tiempos se retiran a la Cordillera de Chile y comunican con los indios serranos y enemigos de aquel Reino y los proveen de caballos y algunas armas de alfanje y espadas

anchas y otros géneros..." (CABRERA, 1934, p. 105). Un testimonio de 1680 dice que los Pampas "tienen trato y comunicación con los indios serranos y Peguenches, que confinan con Chile y que saben traer algunas alhajas que *rescatan* (compran o permutan) de los indios serranos". Que desde hace poco andan "armados de coletos de cuero de toro y celada de lo mismo y lanzas y flechas..." (op. cit., p. 106).

En cambio, es a principios de la centuria siguiente cuando comienza la "diáspora" araucana a la Pampa, cuyos detalles históricos no nos corresponde ver aquí¹³. Los *pehuenches araucanizados* parecen haber jugado un gran papel en esta nueva etapa, aunque es indudable que se empleó esta denominación para poblaciones de distinto carácter y origen, sin mayor vinculación con los *pehuenche* primitivos del centro-norte del Neuquén. Es así que en el siglo XIX indios racial y culturalmente pámpidos (aunque probablemente de idioma araucano, a pesar de las reticencias de VIGNATI (1953 a, nota 13, p. 15)) del sur y centro de Mendoza, son "pehuenches" (MOLINA, DE LA CRUZ, J. de SAN MARTÍN). Los chiquillames, todavía individualizados en la anterior centuria, se hallaban al parecer incluidos en dicho conglomerado. Otros *pehuenche* se hallaban en la zona chilena de Antuco (POEPPIG, 1835-36 [1942]). Por otra parte, parece haber sido un nombre genérico aplicado a los indios del Neuquén, si bien su fracción meridional, llamados *huilliche* o gente del Sur, y que en las turbulentas décadas anteriores a la Conquista del Desierto constituyeron con Shaihueque el "Imperio de las Manzanas", eran enemigos de los *Pehuenche* del Norte o *picun-pehuenche*¹⁴.

13 Para este tema puede verse CANALS FRAU, 1935, y 1953, cap. XII. También en "Handbook of South American Indians", tomo II (1946), pp. 761-766.

14 Una gran parte de los descendientes actuales de los indígenas del Neuquén se llaman a sí mismos *pehuenches* (RUSCONI, 1947 b).

En algunas fuentes chilenas se llama Huilliche a los "célebres Patagones" (MOLINA). Estos también reciben la denominación de *Vuta* (o *Vucha*)-*Huilliches* ("gente grande del Sur", equivalente probable del *Guili-ponyas* de PIETAS, o sea "poyas del Sur").

A mediados del siglo XVIII el jesuita SÁNCHEZ LABRADOR, califica como "pehuenches" a la "gente del Manzanar". Se trata de una confusión, pero indica también que la recolección de manzanas y no la de piñones (*pehuen*) era la característica bajo la que eran conocidos en la región pampeana los indios del Neuquén.

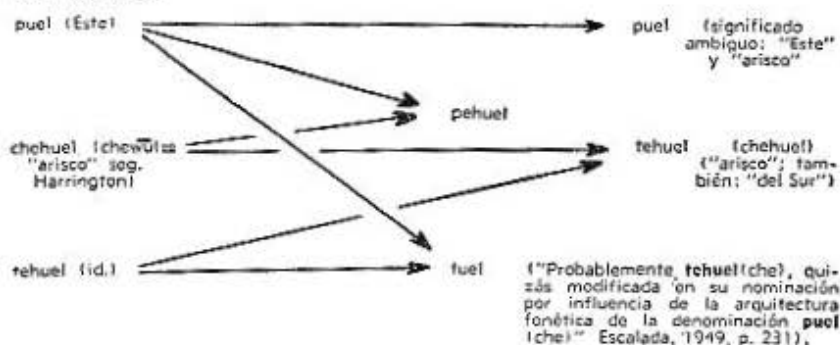
La confusión y variación onomástica que nos legaron los cronistas es muy grande. Correspondería a los historiadores realizar una amplia crítica de todas las fuentes (continuando el valioso antecedente de LATCHAM, 1929-30), para así dejar el campo libre a los arqueólogos.

Un ejemplo típico es el cambio de significación de la palabra *Puel*, que al lado de "Este" tomó también la de "ardidoso, enfadoso, levantisco" (F. SAN MARTÍN, 1919, p. 94). El siguiente cuadro podría representar algunos de estos

Este encono entre los indígenas del S. y del N. del territorio no era nuevo, sino que tenía sus raíces en los tiempos prearaucanos. Bien claro es el testimonio del P. ROSALES, quien en 1650 realizó una difícil misión pacificadora entre los "puelches" de la zona del lago Huechulafquen y los "pehuenches, que eran sus mortales enemigos" (ROSALES, *Historia*, I, p. 202). En base a los indicios arqueológicos, podemos hallar su raíz en una diferenciación étnica, que opondría los trashumantes e industriosos neuquinos septentrionales a los rudos aunque pacíficos cazadores proto-guénena-kéne del curso inferior del Limay y sus afluentes. Del mismo modo, no se hallaban "muy bien quistos entre sí" los "puelches" del norte y los "poyas" (tehuelches, tal vez de la rama *chehua-*chekenk**) del sur del Limay, según testimonio del P. van der MEEREN (1704) (cit. por FURLONG, 1943, p. 93).

Como se ve, la labor de individualizar grupos culturales en sucesión de espacio y tiempo tiene actualmente una doble dificultad: por una parte, la confusión nomenclatoria de la época en que se podía aun estudiar *de visu* a las entidades aborígenes del Neuquén; y por otra, los procesos de desplazamiento, absorción y nivelación, efectos de la presencia araucana, lo que impide ver claramente lo que hay debajo de esta última capa. Aunque parece ser que las antiguas divisiones étnicas continuaron teniendo una cierta vigencia, favorecida por el medio geográfico. Tal vez la única excepción sea la zona cordillerana meridional del territorio, en la que a la cultura de tipo puramente patagónico de los "puelches y poyas" de que nos informan ROSALES, MASCARDI, OLIVARES y otros antes de principios del siglo XVIII, parece suceder la industria cerámica que en su conjunto hemos estudiado, y que revelan una cultura

cambios y fusiones morfológicas y semánticas (se ha eliminado el gentilicio terminal *che*):



sedentaria de tipo semejante a la de Chile (con el agregado de algunos elementos típicamente pehuenches, como ser los sobadores).

Agréguese una tercera dificultad, consistente en la ya muchas veces repetida *falta casi absoluta de labor arqueológica de campo* en el territorio. Aunque hay que tener en cuenta que, si bien esta labor podrá algún día proporcionar —como sucede ya hoy en la Patagonia centro-meridional— datos y secuencias de tiempos más o menos remotos, en cuanto a su *eficacia probatoria* para la solución de los problemas étnicos de los últimos siglos creo que debemos ser escépticos. Su función es, en este caso, de simple complemento a la *reconstrucción etnográfica* hecha sobre la base de las crónicas y otras fuentes históricas.

VI

RESUMEN

1º) El resultado más importante de la presente investigación, es haber reconocido y delimitado con exactitud el desconocimiento culturalógico del Neuquén prehistórico en que aún nos hallamos. Sobre esa base, hemos tratado de construir —en el desorden del material conocido y de la literatura— una imagen provisoria, que encuadre todos los hechos conocidos y pueda ser, a la vez, un punto de partida para nuevas investigaciones. A este respecto, no pocas piezas del material mobiliario, el arte rupestre en su conjunto, así como la misma ubicación y condiciones geográficas del territorio, permiten obtener la seguridad de que el Neuquén es un depositario de magníficas posibilidades arqueológicas.

Fuera del campo de la estricta investigación prehistórica, debe mencionarse sin embargo un segundo factor que confiere al Neuquén un especial interés. Es el que fuera expresado por quien por primera vez se ocupara de la arqueología neuquina en su conjunto, al decir que "la arqueología del Neuquén tiene el más alto interés por tratarse de un territorio ocupado por los indígenas hasta hace pocos años y en el cual los restos de valor arqueológico y etnográfico se suceden sin solución de continuidad" (F. de APARICIO, 1935 a, p. 46). Es urgente que, en vez de contentarse con imágenes tradicionales y afectivas de los indígenas que durante los últimos 100 ó 150 años han poblado y pueblan los territorios más al sur del paralelo 34º, los etnógrafos profundicen —antes de que sea demasiado tarde— el estudio de los aborígenes actuales y los procesos culturales que en dicho lapso han sufrido.

Con respecto a las condiciones generales para una labor arqueológica, debe reconocerse que el territorio se halla en una situación algo menos favorable que las mesetas patagónicas y su litoral marítimo, con sus series de terrazas fechables, y su sistema de erupciones volcánicas post-glaciales. Estas últimas podrían, sin embargo, ser aún utilizables en la zona meridional del Neuquén. Por otra parte, las sedimentaciones producidas durante la retirada de los glaciares cuaternarios, deberían proporcionar una base geológica para los remanentes arqueológicos que probablemente en más de un lugar les están asociados. El territorio abunda en cuevas, cuya remoción metódica puede aún proporcionar frutos importantes.

Otro factor desfavorable, en cambio, debe tenerse en cuenta, al menos en la franja cercana a la Cordillera, y es la relativa densidad de población, tanto antigua como moderna, lo que siempre ha sido un factor de remoción y pérdida de restos arqueológicos.

2º) Aunque ha habido oscilaciones climáticas desde el fin del período glacial hasta hoy, la franja subcordillerana y las márgenes de los ríos que desde allí se internan hacia el oriente, han sido siempre los lugares más favorables para la vida humana, y en donde hallamos establecidos a las poblaciones indígenas, de acuerdo con los hallazgos arqueológicos y las informaciones históricas. La influencia de las características geográficas del territorio se manifiestan también en los siguientes hechos: diferencia (relativa, claro está) entre las áreas arqueológicas básicas al norte y al sud del grupo montañoso Palau-Mahuida y Chachil; vinculación de su mitad septentrional con Mendoza y la Pampa central; prolongación parcial de su industria a lo largo del río Negro; vinculación con las industrias patagónicas a lo largo del río Limay, y transversalmente al mismo, entrando esporádicamente hasta la zona norte; cruzamiento de las industrias patagónicas con las chilenas en la franja lacustre y subcordillerana desde el Aluminé hasta el Nahuel Huapí; comunicaciones con Chile facilitadas desde antiguo por los pasos cordilleranos, mucho más numerosos y favorables que en Mendoza, y que en Río Negro y más al sur. Estos factores, y otros derivados de su situación general, han convertido al Neuquén en una zona de paso y cruzamiento casi obligada, entre las migraciones y corrientes culturales venidas desde el N. O. argentino y Cuyo hacia el Sur; desde y hacia el área pampeana; desde Chile septentrional y central (a través de la Araucanía); desde y hacia Chile centro-meridional, y desde y hacia la Patagonia. Más que en la industria mobiliaria, es en el arte rupestre donde vislumbramos con mayor claridad estas relaciones. Y aún, el Neuquén

se ha manifestado como receptáculo de interesantes influencias oceánicas directas, llegadas, claro está, a través de Chile (insignias líticas ornitomorfos, *tokis* con perforación). Acertada es pues la calificación dada por ARAMENDÍA (1951), de "Neuquén estratégico".

3º) El material arqueológico recogido en el Neuquén es numeroso, habiéndose efectuado su enumeración casi completa en la lista de *Hallazgos* que se publica por separado. Como hemos visto, no hay mayor solución de continuidad entre objetos indígenas "arqueológicos" y "etnográficos". No hay de por sí límite preciso entre ambas categorías, cuya delimitación se ve sujeta, pues, a un criterio arbitrario. ¿Es "arqueológica" la olla fabricada probablemente a fines del siglo pasado, que ilustramos en la figura 65 a, por el hecho de haber sido extraída de bajo tierra? ¿Es "etnográfica" alguna hacha cilíndrica antigua, conservada supersticiosamente en el seno de alguna familia indígena? Tampoco puede ser un criterio válido la presencia de la influencia europea, pues como hemos visto, los indios se hallaban fuertemente "occidentalizados" —directa o indirectamente— desde la segunda mitad del siglo XVIII por lo menos.

Según mi parecer, dentro del período en sí ya "etnográfico", que comienza con el primer contacto de los cronistas y misioneros (siglos XVI-XVII), cabe considerar como propiamente tal etapa a los años que siguen al comienzo del segundo tercio del siglo XIX, marcado por la consolidación de los cuatro grandes grupos geográficos y dialectales pampa-araucanos, a los que cabe atribuir la toponimia que hoy conocemos, y de quienes descienden los actuales restos indígenas. Como se sabe, dichos grupos son: los "Pehuenches" —septentrionales y meridionales—, en Mendoza y Neuquén; los Ranquilche o Ranqueles, en la Pampa septentrional; los Salineros o Boroanos, establecidos hacia 1830 en la Pampa central; y los "Manzaneros", conglomerado étnico del sur del Neuquén y norte de la Patagonia subcordillerana—. Es de este período —poco más que los últimos 100 años— que poseen los museos y colecciones folklóricas del país numerosas reliquias etnográficas.

Pero, como se ha dicho, frente a las manifestaciones culturales concretas resulta a veces difícil dictaminar una separación con precisión siquiera aproximada.

Por otra parte, tampoco podemos probar la existencia de un hiato cultural importante entre las épocas anteriores y posteriores a la "araucización", cuyo concepto ya hemos tratado.

Finalmente —y esto es otra de las características de la arqueología del Neuquén— no nos resulta aún posible hallar alguna solución de

continuidad entre los tiempos anteriores y posteriores a la Conquista hispánica.

4º) Del estudio espacial de la arqueología neuquina puede obtenerse actualmente el siguiente cuadro:

a) *Hallazgos mobiliarios y sus condiciones:*

Los hallazgos aislados o casuales forman la gran mayoría de los objetos conocidos. Existen dos yacimientos importantes por el material extraído: Chos Malal (más exactamente, las Salinas del Truquico) en el Norte, y la Roca-cementerio del río Limay inferior en el Sur. En el primero se han encontrado las hachas "neolíticas" enmangadas, y en el segundo se ha logrado establecer una serie de niveles superpuestos, cuya industria se remonta, al parecer, a fases bastante antiguas. A éstos se agrega el hallazgo, más bien de valor histórico, del enterratorio de la Misión jesuitica en el lago Nahuel Huapí, de principios del siglo XVIII. Parte del material conocido proviene de *chenques* (tumbas) de la región subcordillerana; otra parte, de yacimientos tipo *paradero* de la misma zona y de la centro-oriental. Tanto éstos como aquéllos se hallan desgraciadamente muy explotados, pocas veces con fines no-desinteresados. Otro tipo de yacimiento lo constituyen las cuevas y abrigos, en cuyo interior suelen hallarse restos culturales y antropológicos, antiguos y modernos.

Los sistemas funerarios que conocemos del territorio son: la inhumación directa, en posición a veces alargada, y a menudo con protección de lajas, en la zona subcordillerana (en lo alto de algún cerro, o sobre la margen de los lagos); y la inhumación directa en cuevas. Hay indicios muy inseguros de la existencia, en la zona oriental, del *coshom* o túmulo funerario patagónico.

Del material extraído (y cuyas distintas variedades hemos analizado en el cap. III) merecen ser señaladas ante todo, por su valor artístico y etnológico, las "clavas insignias". Los doce ejemplares hallados en el área subcordillerana meridional del territorio estudiado representan dos tipos principales, uno de ellos diferenciado en dos variedades, a su vez susceptibles de una mayor diferenciación. Revelan que aquí ha existido una verdadera *área de reunión* de estos objetos originados en Chile por impulsos venidos, ya sea de Oceanía (ejemplares "ornitomorfos"), o bien de las culturas andinas centrales (ejemplares "zoomorfos").

Un lugar especial lo ocupa el "okewa" lítico hallado a orillas del río Limay. Este y el "onewa" de Villavicencio también estudiado por IMBELLONI, son las dos únicas piezas de pura tipología polinesia (neocelandesa) halladas hasta ahora en territorio argentino.

El pequeño conjunto conocido de placas grabadas del Neuquén significan una valiosa contribución al conocimiento de estas importantes muestras de la vida mental de los aborígenes que habitaron el meridión americano.

Las abundantes hachas de piedra (en sus dos tipos: el subcilíndrico y el plano con perforación) son elementos que dan al Neuquén una fisonomía peculiar dentro del complejo patagónico.

Interesantes son los "instrumentos de tipo Trafal", que se hallan únicamente en el S. del Neuquén y en el N.O. de Río Negro, en número limitado.

Abundantes artefactos tallados en piedra ha proporcionado nuestro territorio, que van desde los toscos percutores y hachas "de tipo paleolítico" hallados en salinas y paraderos del norte del Neuquén, hasta las delicadas puntas de flecha "microlíticas", que aparecen en la misma zona y en el centro. Es el área de la industria *de la obsidiana*, complementada con raspadores, cuchillos y perforadores. Las puntas de flecha son en su mayoría sin pedúnculo, diferenciándose un tanto las del extremo Norte del territorio. Las puntas de lanza líticas son poco numerosas, pero bien caracterizadas. Muchas piezas se hallan en una categoría intermedia entre punta de flecha, y de dardo o lanza.

En toda la extensión del territorio aparecen las bolas de boleadora, tan extendidas en toda la región pampeano-patagónica desde tiempos remotos. A las piezas provistas de surco ecuatorial corresponde un ligero predominio numérico. Además, se conoce un apreciable número de *manijas de boleadora*.

En la zona central y septentrional aparecen las piedras horadadas, que revelan la influencia chilena. Han tenido varios usos, pero el originario parece haber sido el de *cabeza de maza*.

Tanto en el norte como en el sur, en cambio, aparecen los *sobadores*, elemento peculiar del Neuquén, del sur de Mendoza y de la Pampa occidental. Molinos y moletas aparecen en todo el territorio, habiéndose también encontrado algunos *morteros*.

Instrumentos de hueso (leznas, punzones) son raros, pero no inexistentes, sobre todo en el Cementerio del río Limay.

Finalmente, mencionemos los adornos personales (narigueras de piedra y de hueso, tembetá, los collares de piedra y de concha, pendeloques, plaquitas colgantes perforadas, etc.), las pipas, los instrumentos de música llamados *pi-loi-loi*, torteros, espátulas de piedra, piedras-amuleto; exponentes todos de una fuerte aunque sencilla tendencia mágico-estética, similar a la del resto de la Patagonia y también de Chile.

Lugar especial merece la gran *pakcha* araucana encontrada en una cueva de la isla Victoria.

En cuanto a la cerámica, abundante sobre todo en la cuenca del río Aluminé, si bien no se ha hecho un estudio exhaustivo de la misma, hemos reconocido su carácter en gran parte moderno, y de influencia araucano-chilena, bien que hay indicios de su existencia más antigua a la "araucanización" de los tiempos post-conquista. Cabe destacar la bella cerámica con ornamentación pintada de rojo sobre fondo blanco, vinculada con la de los antiguos *huilliche*.

La más reciente manifestación ergológica del Neuquén es la *platearía*, de evidente conexión pan-araucana. Sin embargo, hay objetos aislados de cobre cuya relativa antigüedad no es imposible.

b) *Arte rupestre* (v. SCHOBINGER, 1956 a):

El Neuquén posee una gran riqueza arqueológica inmueble en sus estaciones de arte rupestre. Existen al presente veinte publicadas, a las que hemos agregado cuatro situadas muy cerca de las fronteras del territorio y que forman parte de su área artística. Recientemente hemos estudiado otros tres lugares en esta misma zona. A ello se suman noticias ciertas acerca de 21 estaciones más (*). Hemos reconocido seis conjuntos con grabados, 15 con pinturas, y tres en que aparecen asociadas ambas técnicas. Aproximadamente la mitad de las mismas se hallan en cuevas o abrigos, y la otra mitad en rocas o paredes al aire libre. La orientación más frecuente es hacia el Norte. El carácter de las obras es predominantemente ideoplástico (abstracto o esquematizado), que va desde una apariencia irregular y fantasiosa, hasta el verdadero signo simbólico, repetido, no sólo en el Neuquén, sino en otras zonas del país. También son frecuentes las guardas geométricas, existiendo en cambio raramente representaciones humanas estilizadas.

Muchas de estas pictografías se vinculan por sus motivos y estilo con otras situadas tanto al norte como al sur del territorio, permitiendo vislumbrar amplias migraciones e influencias a través del mismo. En

* A las 17 mencionadas en nuestro trabajo citado (pp. 172-173) se agregan: Espinazo del Zorro (dto. Catan Lil), petroglifos irregulares, comunicación Dr. Escalada; "casa de piedra" al sur del lago Meliquina, algunos dibujos pintados, comunicación del geólogo Dr. Pedro Martinelli, transmitida por el prof. Antonio Serrano; cerro Las Brujas (dto. Añelo), paredón con grabados, comunicación del Sr. Martín de Chos Malal, transmitida por el Dr. G. Alvarez; y zona del cerro Morado (dto. Añelo), al oeste de la cuenca del Añelo, comunicación del indígena Antikal, de Taquimilan, transmitida por el Dr. Alvarez.

De principios de 1958 data, por su parte, el descubrimiento de un extraordinario conjunto de petroglifos en el Valle de Calabozos, provincia de Linares (Chile), muy cerca de la frontera con el Neuquén y relacionado por su estilo con el cercano Colo Michi Co.

cambio, ninguna muestra parentesco con la hasta hace poco única manifestación rupestre publicada de la Araucanía (petroglifos del Llaima). Sí parece haberlo con los de la cuenca del Cachapoal, más al norte. En muchos dibujos puede verse, también, semejanza con otros tantos que aparecen en placas grabadas, hachas ceremoniales, alfarería y tembetás de la Patagonia septentrional.

Las obras más antiguas del arte rupestre en el Neuquén parecen ser los grabados, que probablemente se remonten al comienzo de nuestra era. Corresponden a una cultura cazadora con fuertes influencias andinas. Luego se desarrolla la pintura, de la que hay varios estilos, que en sucesión y parcial contemporaneidad llegan hasta los tiempos protohistóricos. En el grupo reciente la influencia dominante proviene de los motivos geométricos e histomorfos de ciertos grupos culturales andinos, así como del araucano. Las ornamentaciones rectilíneas más sencillas son, en cambio, patrimonio muy antiguo de la estética *tehuélche*.

La función del arte rupestre de los grupos patagónicos Mediano y Reciente, dentro de los cuales se pueden incluir *grosso modo* todos los yacimientos neuquinos, ha sido considerada por MENGHIN como análoga a la de las antiguas representaciones paleo y epipaleolíticas. O sea, predominantemente mágico-religiosa. Un reflejo de dicha concepción es el carácter de "Gualichu" que los indígenas del siglo pasado atribuían a las cavernas pintadas: de algún modo vinculadas a seres sobrenaturales. Pero, agrega el mismo autor, "es posible que en estos tiempos avanzados se agregaran otras ideas nuevas" (1952 a, pp. 18-19), sin duda originadas en los ciclos culturales y compuestos y complejos que se asentaron en la zona andina central y meridional.

5º) Del estudio cronológico de la arqueología neuquina puede obtenerse por ahora el siguiente cuadro histórico-evolutivo del pasado indígena de esta región (ver. cap. V):

No hay rastros de poblamiento contemporáneo o anterior a las últimas fases de la Edad Glacial. Del postglacial medio (fase húmeda) data el esqueleto de Mata-Molle, que es la más antigua reliquia humana del Neuquén fechada con cierta seguridad (entre 5000 y 4000 a. J.C.). De las migraciones que durante estos milenios epipaleolíticos cruzaron el Río Negro y el Neuquén hacia el Sur, nos quedan algunos restos aislados, recogidos en forma casual. La pieza más interesante es una punta de tipo Toldense o BIRD I, de la zona de Piedra del Águila.

Parece datar de estos tiempos, también, la industria de artefactos grandes y toscos que fuera recogida por ARAMENDÍA en la región centro-norte del territorio; es posible, sin embargo, que en las salinas perdu-

rara hasta la introducción del hacha pulimentada, puesto que aquellos instrumentos fueron allí usados para la extracción de la sal. Muestran alguna semejanza con ciertos conjuntos "macrolíticos" que aparecen en muchas regiones de la Patagonia. Una *facies* algo distinta es la de los guijarros del Truquico; éstos tal vez tengan alguna conexión con la industria semejante de los más antiguos conchales de Chile.

La fecha segura más antigua de algún producto cultural se refiere a objetos hallados suficientemente cerca del territorio como para que lo tengamos en cuenta aquí. Se trata de las dos puntas de flecha del lago Mascardi, y datan, según AUER, de alrededor de 2500 a. J.C. Podemos sin duda suponer, pues, que el Neuquén fue ya a partir del IIIer. milenio a. J.C. el asiento de una *facies* septentrional de las culturas patagónicas. De la misma época, o aun algo anterior, sería el primer período del Cementerio del Limay, con sus bellas láminas y grandes "puntas". Toda esta ergología nos revela una economía típicamente cazadora y recolectora.

Las migraciones y relaciones culturales con otras regiones se hacen sentir por la afluencia de elementos venidos del Norte. El más importante es el arco, que inicia la magnífica industria de las puntas de flecha patagónicas. Sospechamos, igualmente, influencias de los primitivos canoeros de los litorales marítimos. Durante los períodos siguientes (niveles 3º y 4º, contando desde abajo) el yacimiento del río Limay nos muestra una ergología algo distinta, pero poseedora de las mismas bases cazadoras. Interesante es la existencia de adornos nasales de piedra y hueso, y de valvas de molusco ornamentales procedentes del litoral chileno.

Mientras tanto (comienzos de nuestra era), y tal vez con la población introductora de los petroglifos del "estilo A" o "de pisadas", se asienta en el centro y norte del territorio la industria repetidamente señalada por sus puntas de flecha pequeñas y sin pedúnculo, en su mayor parte de obsidiana; raspadores tipo *thumbnail*, y probablemente boleadoras y molinos planos de piedra. Los descendientes protohistóricos de este grupo cultural, cazadores y recolectores metódicos de piñones, molles y otros frutos naturales, de cráneo dolicoide y alta estatura, delgados y ágiles, serían llamados "pehuenche" o sea *gente de los pinares* por sus vecinos *mapuche*.

Los ascendientes de la etnia *guénena-kéne* (*puelche* según los araucanos meridionales, puesto que vivían a su "oriente"), de estilo de vida más cercano al de los grandes cazadores "patagones", a cuya estirpe pertenecían, recorrerían por entonces toda la zona esteparia del S.E.

neuquino, internándose en las cuencas fluviales y lacustres (aún en el extremo norte hemos hallado manifestaciones de la industria lítica patagónica). Todavía en 1650 parlamentó con ellos el P. ROSALES en las cercanías del lago Huechulafquen.

A partir de fines del primer milenio, probablemente, la cultura proto-pehuenche recibió fuertes aportes provenientes del círculo neolítico proto-araucano de Chile central, cuyos elementos fueron la piedra horadada, el sistema de la inhumación en cista (hallado, como se recordará, en el Depto. Aluminé), las piedras-tacitas y, probablemente, la alfarería con decoración geométrica pintada. Esta última, sin embargo, pudo haber sido introducida más tarde.

De la misma época y proveniencia debe considerarse al gran yacimiento rupestre del Colo Michi Co, que consideramos vinculado en forma más o menos directa con los impulsos "cúlticos" de las primeras civilizaciones americanas.

Otro artefacto de fundamental importancia cuyo uso comenzó posiblemente en esta época, es el *hacha subcilíndrica enmangada en madera*. Admitiendo, como lo hemos hecho, su importación desde Chile en una época anterior a la inmigración araucana, ha de ser por lo tanto agregado al conjunto de elementos anteriormente citados. Su origen debe ser *amazónico*, y ello explicaría la semejanza de su técnica de enmangado con la de los instrumentos similares de los *guayaquí* y de los primitivos *guaraní*, así como de algunas tribus de la zona del bajo Amazonas, hoy extinguidas (v. "Handbook of South American Indians", t. III (1948), p. 233, fig. 27 b). También anterior a la Conquista hemos supuesto la introducción de las insignias líticas zoo y ornitomorfos desde Chile. En cambio, el hacha perforada (*toki* propiamente dicho) podría ser de directa importación *mapuche*, ya sea relativamente antigua o moderna.

Desde antiguo fueron frecuentes las comunicaciones de Chile hacia la Patagonia y viceversa. El camino natural atravesaba los pasos del Neuquén. Una muestra de estas influencias es la enigmática "representación lítica zoomorfa" del lago Cardiel (Santa Cruz), que su descriptor VIGNATI (1928) compara con una "lechuza simbólica" de piedra hallada en la zona central de Chile. A su vez en Chile hay rastros de una antigua influencia pámpida, atribuible a una cultura cazadora pre-araucana.

De los datos históricos originados entre los siglos XVI y XVIII, conocemos para entonces la existencia, entre el río Diamante y el Limay, de varias parcialidades de origen y cultura pámpida, aunque no necesari-

riamente adscriptas al "complejo Tehuelche", como lo quiere ESCALADA (1953, p. 3) (*). Esos que al principio fueron genéricamente llamados *puelche*, pronto se desdoblaron onomásticamente en "puelches algarroberos", "pehuenches", y nuevamente "puelches" en el S. del Neuquén (¿antepasados de los *guénena-kéne*?), hasta donde llegaba también la influencia de los "poyas" (quienes según MASCARDI eran "los puelches más cercanos de los 46°": antepasados de los *chebuache-kenk* ? [v. FURLONG, 1943, p. 61]). Los tres últimos grupos se hallaban enemistados entre sí; pero no parecen haber tenido mayores diferencias desde el punto de vista de la cultura fundamental. En el siglo XVIII, aunque bajo fuerte infiltración araucana, se continuaba distinguiendo, entre los grados 33° y 45°, a "Chiquillanes, Pehuenches, Puelches y Huilliches, los cuales son los célebres Patagones..." (MOLINA). El gentilicio *chiquillanes* —ya conocido en el siglo XVII— sustituyó, en un proceso de *pars pro toto*, al de *puelches* (grupo mendocino), pero volvió a caer en el olvido en el siglo XIX, absorbido por el de los *pehuenches*.

La influencia *mapuche* en la arqueología del Neuquén es evidente. Se confirma así lo que establecieron los estudiosos del pasado indígena argentino sobre bases documentales y lingüísticas, a saber, la *araucanización* sufrida por la Pampa y la Patagonia septentrional y cordillerana. Mientras que a mediados del siglo XVII una asamblea jesuítica reunida en Chile reconocía la existencia, desde el norte de San Juan hasta el Sud de Mendoza y norte del Neuquén, de "cuatro lenguas diferentes y dificultosas" (CABRERA, 1934, pp. 102-103) (las que debían ser: el *allentiac*, el *millcayac*, el "puelche" o "de tierra adentro", y el "pehuenche"), y mientras el P. MASCARDI escribía sus cartas en "chileno" (araucano), "puelche" y "poya" (tehuelche), y todavía a principios del siglo XVIII el P. GUILLELMO aprendía el *puelche* y el *poya* y componía gramática de las mismas, ya en tiempos de este último los puelches "entendían la lengua general" (araucana), según un dato del P. MACHONI citado por CABRERA (1934, p. 104). Lo que al principio fue sólo una contaminación lingüística, llegó en el curso del siglo XVIII a ser influencia cultural, desplazamiento y absorción de los antiguos pobladores. En el Neuquén la arqueología nos sugiere que existió una peculiar población de cultura araucana entre las cuencas de los lagos Aluminé y Nahuel Huapí, siendo la cerámica su más importante testimonio. Diversos indicios hacen suponerla de filiación *huilliche*, como lo hace SERRANO. No

(*) Más recientemente, este autor habla de un "complejo Huarpe-Chiquillame" (ESCALADA, 1956).

sabemos cuándo situar el comienzo de dicha *facies* cultural; pero seguramente continuó hasta el siglo XIX, y su tradición persiste hasta el nuestro.

Elementos culturales aislados de origen chileno se propagaron por todo el territorio (pipas, chaquiras, implementos de la tejeduría, objetos de metal, . . .), y dan razón a la creencia tradicional, confirmada por razones geográficas, de que el Neuquén fue el trampolín desde donde se efectuó la araucanización del resto del territorio argentino situado al sur del paralelo 34°.

Sin embargo, fuera de la zona cordillerana, los indígenas conservaron en lo fundamental el género de vida de los milenios anteriores, aunque dedicándose ya no sólo a la caza, o a la captura de ganado cimarrón como en el siglo XVII, sino al pillaje y al saqueo de estancias y poblados. Comienza así la triste era del *malón*, consecuencia de la Conquista y sus desmanes, del *horse-complex*, y del impulso bélico del araucano. Para el estudio del siglo XIX, la arqueología debe ir siendo sustituida por el estudio etnográfico de las últimas sociedades indígenas independientes de nuestro suelo meridional, inevitablemente "barbarizadas" por los factores antedichos y por el alcohol. Con la Expedición al Desierto (1879-83) la civilización occidental efectuaba un paso más en su dolorosa, aunque tal vez inevitable y necesaria absorción de la Ecumene.

MUSEOS Y COLECCIONES CITADAS

(Con las abreviaturas utilizadas en el texto)

Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. (MEBA).

Museo de La Plata. (MLP).

Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore "Dr. Pablo Cabrera", de la Universidad de Córdoba. (No habiendo otra especificación, los objetos considerados pertenecen a la Colección Próspero Alemandri). (IALFC).

Museo de la Patagonia (antes Museo Nahuel Huapí "Perito Francisco P. Moreno"), de San Carlos de Bariloche. (MPB).

Museo Regional Lanín, de San Martín de los Andes (en formación). (MRL)

Museo Regional Patagónico (colección Garcés), de Comodoro Rivadavia (MCR)

Museo Provincial de Entre Ríos, Paraná. (MER)

Museo de Historia Natural "Juan Cornelio Moyano" (sección Arqueología y Etnografía), Mendoza. (MHNM)

Museo Regional Gatica, Neuquén.

Museo Nacional de Historia Natural, Santiago de Chile (Mus. Nac. de Hist. Nat. Chile).

Museo Histórico Nacional, Santiago de Chile. (Mus. Histórico Nac. Chile).

Museo de Osorno (Chile). (MO).

Colección particular Bertha Koessler-Ilg, San Martín de los Andes.

- " " Carlos González, San Martín de los Andes.
- " " Dr. Osvaldo Pesqueira, Zapala.
- " " Antonio Della Chá, Tricao Malal.
- " " Ernesto Bachmann, Plottier.
- " " Dr. Gregorio Álvarez, Buenos Aires.
- " " Vicente O. Agüero Blanch, Mendoza.
- " " Guillermo Ludwig, Buenos Aires.
- " " Dr. Jorge Echayde, Buenos Aires.

BIBLIOGRAFIA

(Véase, además, la Bibliografía especial geográfica, al final del cap. I)

- AICHEL, Otto: 1926. *Osterinselpaläolithen in prähistorischen Gräbern Chiles*. Actas y trabajos del XXI Congreso Internacional de Americanistas, Göteborg 1924, pp. 267-269. Göteborg.
- ALANIS, Rodolfo: 1947. *Material Arqueológico de la Civilización Diaguita*. La Rioja.
- ALVAREZ, Gregorio: 1953. *Pebuen Mapu. (Tragedia esotérica del Neuquén)*. Buenos Aires.
- 1957. *Donde estuvo el Paraíso. Del Tronador a Copahue*. Buenos Aires.
- AMADEO ARTAYEYA, Enrique: 1947. *Los primitivos habitantes y Arqueología pampa*, en *Parque Nacional de Nahuel Huapí*, temporada 1947 (publicación de la Administración General de Parques Nacionales), pp. 43-51. Buenos Aires.
- 1950. *Grutas habitadas por el hombre o casas de piedra en la precordillera andina*. Anales del Museo Nahuel Huapí, tomo II, pp. 129-135. Buenos Aires.
- AMBROSETTI, Juan B.: 1895. *Las grutas pintadas y los petroglifos de la provincia de Salta*. Boletín del Instituto Geográfico Argentino, t. XVI, pp. 311-346. Buenos Aires.
- 1897. *Notas de arqueología calchaquí*. Bol. del Instituto Geográfico Argentino, t. XVIII. Buenos Aires.
- 1901. *Hachas votivas de piedra (Pillan Toqui) y datos sobre rastros de la influencia araucana prehistórica en la Argentina*. Anales del Museo Nacional de Buenos Aires, tomo VII (serie II, N° IV), pp. 93-107. Buenos Aires (1902).
- 1902. *Un nuevo Pillan-Toki (bacha votiva de piedra)*. Revista del Museo de La Plata, tomo X, pp. 265-268. La Plata.
- 1904 a. *Insignia lítica de mando de tipo chileno*. Anales del Museo Nacional de Buenos Aires, tomo XI (serie III, tomo IV), pp. 25-32. Buenos Aires (1905).
- 1904 b. *El Bronce en la región Calchaquí*. Anales del Museo Nacional de Buenos Aires, t. XI (Serie 3°, t. IV), pp. 163-314.
- 1906. *El bacha de Huaycana*. Anales del Museo Nacional de Buenos Aires, tomo XVI (serie III, tomo IX), pp. 15-23. Buenos Aires (1908).
- 1908 a. *Clava lítica, de tipo peruano, del territorio del Neuquén*. Anales del Museo Nacional de Buenos Aires, tomo XVII, (serie III, tomo X), pp. 229-231. Buenos Aires (1909).

- 1908 b. *La bolsa de una "médica" prehistórica de Vinchina (provincia de La Rioja)*. Anales del Museo Nacional de Buenos Aires, tomo XVII (serie III, t. X), pp. 215-223. Buenos Aires, (1909).
- ANDRICH, Emilio Germán: 1935. *Paraderos y cementerios indígenas en el valle del Río Negro*. Revista Geográfica Americana, año III, N° 27, pp. 391-397. Buenos Aires.
- APARICIO, Francisco de: 1928 a. *Investigaciones arqueológicas en la región serrana de la provincia de San Luis*. Atti del XXII Congresso Internazionale degli Americanisti (Roma, 1926), tomo I, pp. 453-466. Roma.
- 1928 b. *Notas para el estudio de la Arqueología del Sur de Entre Ríos*. Anales de la Facultad de Ciencias de la Educación, tomo III, pp. 1-63. Paraná.
- 1931. *Pipas de fumar en un paradero del río Coronda*. "Solar", tomo I, pp. 281-290. Buenos Aires.
- 1932. *Breve noticia acerca de la vivienda natural en la gobernación del Neuquén*. Publicaciones del Museo Antropológico y Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras, serie A, tomo II, pp. 289-300. Buenos Aires.
- 1935 a. *Viaje preliminar de exploración en el territorio del Neuquén*. Publicaciones del Museo Antropológico y Etnográfico, serie A, tomo III (1933-35). Buenos Aires. pp. 37-57.
- 1935 b. *Grabados rupestres en el territorio del Neuquén*. Publicaciones del Museo Antropológico y Etnográfico, serie A, tomo III (1933-35), pp. 99-107. Buenos Aires.
- 1935 c. *Viaje preliminar de exploración en el territorio de Santa Cruz*. Publicaciones del Museo Antropológico y Etnográfico, serie A, tomo III, pp. 71-92. Buenos Aires.
- 1939. *La antigua provincia de los Comechingones*. En *Historia de la Nación Argentina*, vol. I (Tiempos prehistóricos y protohistóricos), 2ª edición sin modificaciones (1ª edición, 1936), pp. 359-386. Buenos Aires.
- 1942. *Relación de un viaje entre Mendoza y Buenos Aires en 1794*. Anales del Instituto de Etnografía Americana, tomo III, pp. 187-247. Mendoza. (Tirada aparte, con numeración propia).
- 1948. *The Archeology of the Paraná River*. En *Handbook of South American Indians*, vol. III, pp. 57-67. (Smithsonian Institution, Bulletin 143). Washington, D. C.
- ARAMENDÍA, Teodoro: 1951. *Los indios prehistóricos del Neuquén* (conferencia). "Neuqueniana", Boletín de la "Casa Neuqueniana", año II, N° 5, pp. 8-9. Buenos Aires.
- AROLF, Carmen: 1953. *El Cerro de los Leones*. "La Nación", suplemento dominical del 19 de Julio. Buenos Aires.
- AUER, Vainö: 1949. *Las capas volcánicas como base de la cronología postglacial de Fuegotpatagonia*. Revista de Investigaciones Agrícolas, t. III, N° 2, pp. 49-208. Buenos Aires.
- BADANO, Víctor: 1945. *Pipas patagónicas de la colección Alemandri*. Publicaciones del Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore "Dr. Pablo Cabrera" (Córdoba), XII.
- BENITO, Juan Ignacio: 1957. *Acercas de una cuchara procedente de Chos Malal, Neuquén (R. A.)*. "Acta Praehistorica", t. I, pp. 136-140. Buenos Aires.

- BENNETT, Wendell C.: 1946 a. *The archeology of the Central Andes*. En *Handbook of South American Indians*, vol. II, p. 61-147. Washington, D. C.
- 1946 b. *The archeology of Colombia*. Idem, pp. 823-850.
- BERGER, Wilhelm: 1953. *Das Rätsel der Nüpfchensteine in Chile*. "Südamerika", año III, N° 5, pp. 488-493. Buenos Aires.
- BIRD, Junius B.: 1938. *Antiquity and migrations of the early inhabitants of Patagonia*. The Geographical Review, vol. XXVIII, N° 2, pp. 250-275. New York.
- 1943. *Excavations in Northern Chile*. Antropological Papers of the American Museum of Natural History, vol. XXXVIII, pp. 173-318. New York.
- 1946 a. *The archeology of Patagonia*. En *Handbook of South American Indians*, vol. I, pp. 17-24. Washington, D. C.
- 1946 b. *The cultural sequence of the North Chilean Coast*. En *Handbook of South American Indians*, vol. II, pp. 587-594. Washington, D. C.
- BOMAN, Eric: 1920. *Cementerio indígena en Viluco (Mendoza), posterior a la Conquista*. Anales del Museo Nacional de Historia Natural, tomo XXX, pp. 501-562. Buenos Aires.
- 1927-32 a. *Estudios arqueológicos riojanos*. Anales del Museo Nacional de Historia Natural, t. XXXV, pp. 1-308. Buenos Aires.
- 1927-32 b. *Pipas de fumar de los indígenas de la Argentina*. Idem, pp. 309-341.
- BÓRMIDA, Marcelo: 1950. *Curioso objeto lítico de la Península Valdés*. "Runa", Archivo de las Ciencias del Hombre, tomo III, pp. 231-235. Buenos Aires.
- 1952. *Pámpidos y Australoides; coherencias ergológicas y míticas*. Archivos Ethnos, serie B, N° 6, pp. 51-82. Buenos Aires.
- 1953-54. *Los antiguos Patagones. Estudio de craneología*. "Runa", t. VI, pp. 5-96. Buenos Aires.
- 1956. *Tres nuevas placas grabadas de la Patagonia septentrional*. "Runa", t. VII, parte Segunda, pp. 203-208.
- BRUCH, Carlos: 1901. *La piedra pintada del arroyo Vaca Mala y las esculturas de la cueva de Junín de los Andes*. Revista del Museo de La Plata, tomo X, pp. 173-176. La Plata (1902).
- 1902. *La piedra pintada del Manzanito (territorio del Río Negro)*. Rev. del Museo de La Plata, t. XI, pp. 71-72. (1904).
- BULLOCK, Dillmann S.: 1949. *Dos cántaros de tipo peruano encontrados en Angol y Carabue*. Boletín de la Sociedad de Biología de Concepción (Chile), t. XXIV, pp. 15-20.
- 1955. *Urnas funerarias prehistóricas de la región de Angol*. Bol. del Museo Nacional de Historia Natural, t. XXVI, N° 5, pp. 73-157. Santiago de Chile.
- 1956. *Tres clavos líticos céfalomorfos*. Bol. Soc. de Biología de Concepción (Chile), t. XXXI, pp. 189-193.
- CABRERA, Pablo: 1934. *Los araucanos en territorio argentino*. Actas y trabajos del XXV Congreso Internacional de Americanistas (La Plata, 1932), t. I, pp. 95-117. La Plata.
- CANALS FRAU, Salvador: 1935. *La araucanización de la Pampa*. Anales de la Sociedad Científica Argentina, vol. CXX, pp. 221-232. Buenos Aires.

- 1937. *Etnología histórica de la provincia de Mendoza. Una valiosa documentación*. Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología, tomo I, pp. 91-106. Buenos Aires.
- 1938. *La población prearaucana de la Cordillera del Neuquén y sur de Mendoza*. "Gza" (Revista de la Sociedad de Estudios Geográficos), tomo VI, pp. 61-70. Buenos Aires.
- 1943. *Las ruinas de Malargüe en la provincia de Mendoza*. Anales del Instituto de Etnología Americana, tomo IV, pp. 9-46. Mendoza.
- 1946. *Etnología de los Huarpes. Una síntesis*. Anales del Instituto de Etnología Americana, tomo VII, pp. 9-147. Mendoza.
- 1950. *Prehistoria de América*. Buenos Aires.
- 1951. *Exploraciones arqueológicas en el antiguo valle del Uco (Mendoza)*. Publicaciones del Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore "Dr. Pablo Cabrera", XXII. Córdoba.
- 1953. *Poblaciones indígenas de la Argentina*. Buenos Aires.
- 1956. *La cultura de Agrelo (Mendoza)*. "Runa". t. VII, Pte. 2ª, pp. 169-187. (En colaboración con Juan Semper).
- CAÑAS PINOCHET, Alejandro: 1902. *La Religión de los pueblos primitivos; el culto de la piedra en Chile*. Conferencia publicada en "Actes de la Societé Scientifique du Chili", 1902. Santiago.
- 1904. *Estudio arqueológico sobre las piedras horadadas*. Conferencia publicada en "Actes de la Societé Scientifique du Chili", 1904. Santiago.
- CASANOVA, Eduardo: 1939. *El Altiplano andino*. En *Historia de la Nación Argentina*, tomo I, 2ª edición sin modificaciones (1ª ed., 1936), pp. 255-272. Buenos Aires.
- CLAUDE JOSEPH (R. H.): 1930. *Antigüedades de Araucanía*. Revista de la Universidad Católica de Chile, N° 9, año XV. (tirada aparte). Santiago.
- COOPER, John Montgomery: 1946 a. *The Patagonian and Pampean hunters*. En *Handbook of South American Indians*, vol. I, pp. 127-168. Washington, D. C.
- 1946 b. *The Chono*. Idem, pp. 47-54.
- 1946 c. *The Araucanians*. En *Handbook of South American Indians*, t. II, pp. 687-760. Washington, D. C.
- CORNELY, Francisco L.: 1952. *Cultura Diaguita-Chilena*. Revista Chilena de Historia Natural, años LI-LIII, pp. 119-262. Valparaíso.
- 1953. *Cultura de El Molle*. Publicaciones del Museo Arqueológico de La Serena (Chile). 32 pp., 6 láminas.
(Ambas obras, actualizadas, han sido reunidas en un libro: *Cultura Diaguita-chilena y Cultura de El Molle*. Santiago, 1956).
- CORNELY, F. L. y LINDBERG, Ingeborg: 1952. *Dos clavos céfalomorfas de piedra de los araucanos*. Boletín de la Sociedad Arqueológica de La Serena, N° 6, pp. 6-7. La Serena (Chile).
- CRUZ, Luis de la: 1835. *Tratado importante para el perfecto conocimiento de los indios Pegucheus, según el orden de su vida* (1806). En Pedro de Angelis: *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata*, t. I, Buenos Aires. (2ª ed., 1910). (En el mismo se publica su relación de viaje).

- DEBENEDETTI, Salvador: 1917. *Investigaciones arqueológicas en los valles pre-andinos de la provincia de San Juan*. Publicaciones de la sección Antropología de la Facultad de Filosofía y Letras, N° 15. Buenos Aires. (Reproducido de la Revista de la Universidad de Buenos Aires, tomos XXXII y XXXIV, 1916 y 1917).
- DEBENEDETTI, Salvador y CASANOVA, Eduardo: 1935. *Titiconte*. Publicaciones del Museo Antropológico y Etnográfico, serie A, tomo III (1933-35), pp. 7-35. Buenos Aires.
- DÉLÉYANG, Luis F., y LIZER y TRELLES, Carlos A.: 1930. a) *Albajas balladas en tumbas de tribus araucanas de la región chileno-argentina de Nabuel Hualpi-Llanquibú*; b) *Tejidos modernos fabricados por indígenas de la misma región*. "Physis", tomo X (noticia), pp. 170-171. Buenos Aires.
- DEODAT, Leoncio S. M.: 1942. *Un bastón mágico berpetiforme descubierto en Patagonia Austral*. Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología, tomo III, pp. 99-118. Buenos Aires.
- 1946. ¿"Chenque" o "Cosbom"? *Una pequeña cuestión lexicográfica de la arqueología argentina*. "Argentina Austral", año XVIII, N° 180. 14 pp. Buenos Aires.
- ENRICH, Francisco: 1891. *Historia de la Compañía de Jesús en Chile*, t. I, Barcelona.
- ESCALADA, Federico A.: 1949. *El complejo "Tehuelche". Estudios de Etnografía Patagónica*. Publicación del "Instituto Superior de Estudios Patagónicos" de Comodoro Rivadavia.
- 1953. *Algunos problemas relativos al límite Norte del complejo tehuelche*. Instituto Superior de Estudios Patagónicos, serie A, Publicaciones de la Comisión de Humanidades, N° 1. 13 pp. Comodoro Rivadavia.
- *Esquema de prehistoria y protohistoria del Sur Argentino*. En "Guía de Viaje de la Argentina" (Automóvil Club Argentino), vol. II, año 1956, pp. 21-24. Buenos Aires.
- ESTRADA, Emilio: 1957. *Últimas civilizaciones prehistóricas de la cuenca del río Guayay*. Publicaciones del Museo "Victor Emilio Estrada", N° 2. Guayaquil.
- FALKNER, Thomas: 1774. *A description of Patagonia and the adjoining parts of South America*. Hereford. (En traducción: Descripción de la Patagonia. Biblioteca Centenaria de la Univ. Nac. de La Plata), t. I (1911).
- FLORES DE LEÓN, Diego: *Memorial*. Publicado por José Toribio Medina en Biblioteca Hispano-Chilena (1523-1817), t. II, pp. 248-263. (Ver esp. pp. 255-256, reproducidas por M. A. VIGNATI, 1939 a, pp. 238-240).
- FONCK, Francisco: 1910. *La región pre-histórica de Quilpué y sus relaciones con la de Tiabuanacu*. 53 pp. Valparaíso.
- FRENGUELLI, Joaquín: 1936. *Sobre dos instrumentos líticos notables de Patagonia*. Revista del Museo de La Plata (Nueva Serie), tomo I, Sección antropología, pp. 3-15. Buenos Aires.
- FURLONG, Guillermo, S. J.: 1943. *Entre los Tehuelches de la Patagonia*. Buenos Aires.
- GAJARDO TOBAR, Roberto: 1937. *Descripción de una clava céfalomorfa de piedra encontrada en Casablanca*. Revista Chilena de Historia Natural, Año XII, pp. 156-161. Santiago.

- GAJARDO TOBAR, Roberto, y ROJAS CARRASCO, Guillermo: 1956. *Una clava céfalomorfa más*. Publicaciones del Museo y de la Sociedad Arqueológica de La Serena, Boletín N° 8, pp. 7-9.
- GARCÉS, ANTONIO: 1942. *Placas líticas grabadas del Neuquén*. Revista del Centro de Estudios Pampeanos, año II, N° 3, pp. 11-18. Santa Rosa.
- 1943. *Los Neuquinos*. (Segunda parte de *El estudio de la arqueología y su interpretación en los programas de la escuela primaria*, conferencia pronunciada por el autor). Revista del centro de Estudios Pampeanos, año III, N° 4, pp. 15-17. Santa Rosa.
- 1952. *Alfarería Neuquina*. (Catálogo de los objetos cerámicos existentes en el Museo Regional Patagónico de Comodoro Rivadavia). MS.
- GIGLIOLI, ENRICO H.: 1898. *L'Età della Pietra nella Cina*. Archivio per l'Antropologia e la Etnologia, t. XXVIII, pp. 361-379. Firenze.
- GIRARD DE RIALLE, J.: 1902. *De l'age de la pierre au Chili*. Bulletins et mémoires de la Société d'Anthropologie de Paris, t. III (V° série), pp. 644-648. Paris.
- GONZÁLEZ, ALBERTO REX: 1949. *Nota sobre la Arqueología de Pampa de Olaen*. Notas del Museo de La Plata, tomo XIV, Antropología, N° 56, pp. 463-503. La Plata.
- 1952. *Antiguo horizonte precerámico en las Sierras Centrales de la Argentina*. "Runa", tomo V, pp. 110-131. Buenos Aires.
- 1953. *La Boleadora. Sus áreas de dispersión y tipos*. Revista del Museo de La Plata (N.S.), t. IV, Secc. Antropología, pp. 133-292.
- 1957. *Dos fechas de la cronología arqueológica argentina obtenidas por el método de Radiocarbón*. Instituto de Antropología. Rosario.
- GONZÁLEZ DE NÁJERA, ALONSO: *Desengaño y reparo de la guerra del reino de Chile*. Colección de Historiadores de Chile, t. XVI. Santiago, 1889. (Escrito en 1614).
- GRESLEBIN, HÉCTOR: 1926. *Los motivos decorativos en el instrumental lítico de Patagonia prehistórica. (Noticia preliminar)*. "Physis", VIII, pp. 316-323. Buenos Aires.
- 1928. *Nueva hipótesis sobre el destino de las placas grabadas de la Patagonia prehistórica. Algunas presunciones más sobre su probable utilización*. "Physis", tomo IX (1928-29), pp. 223-233. Buenos Aires.
- 1930. *Descripción de dos nuevas placas rectangulares grabadas de Patagonia prehistórica. Algunas presunciones más sobre su probable utilización*. "Physis", tomo X, pp. 8-16. Buenos Aires.
- 1931. *Dos vasos indígenas ballados en Puerto Basilio (provincia de Entre Ríos)*. "Solar", pp. 161-172. Buenos Aires.
- 1932. *Sobre la unidad decorativa y el origen esquiomorfo de los dibujos del instrumental lítico de la Patagonia Prehistórica*. Publicaciones del Museo Antropológico y Etnográfico, serie A, tomo II, pp. 99-115. Buenos Aires.
- GROEBER, PABLO: 1926. *Toponimia Araucana*. ("Gæa", tomo II). Buenos Aires.
- 1946. *Geología del arroyo Mata-Mollo. (Gobernación del Neuquén)*. Notas del Museo de La Plata, tomo XI, Geología, N° 44, pp. 329-344. La Plata.

- GUEVARA, Tomas: 1898. *Historia de la Civilización de Araucanía*, tomo I (*Antropología araucana*). Santiago.
- 1908. *Psicología del pueblo araucano*. Santiago.
- GUEVARA, Tomás, y OYARZÚN, Aureliano: 1912. *El tabaco y las pipas prehispánicas en Chile*. Actas y Trabajos del XVIIº Congreso Intern. de Americanistas (Buenos Aires, 1910), pp. 414-437.
- GUSINDE, Martín: 1948. *Steinkistengräber im Gebiet der südlichen Araukaner*. Actes du XXVIII Congrès Intern. des Américanistes (Paris, 1947), pp. 609-614.
- HÄMMERLY DUPUY, Daniel: 1948. *Importancia antropológica de la Patagonia occidental: nuevos hallazgos en la "Caverna grande" de Ultima Esperanza*. "Runa", tomo I, pp. 258-262; lámina XVI. Buenos Aires.
- HANSEN, Sören: 1886. *Note sur un tumulus de la vallée de Calabasso, pres Coronel (Chili)*. Revue d'Ethnographie, tomo V, pp. 432-438. Paris.
- HARRINGTON, Tomás: 1945. *Los talleres arqueológicos de Gualjaina*. Notas del Museo de La Plata, tomo X, Antropología, Nº 32, pp. 171-180. La Plata.
- 1946. *Contribución al estudio del indio Günuna Küne*. Revista del Museo de La Plata (Nueva serie), Sección Antropología, tomo II, pp. 237-275. La Plata.
- HAUPTMANN, R.: 1926. *Zwei bemerkenswerte Funde im südlichen Patagonien*. Actas y trabajos del XXI Congreso Internacional de Americanistas, (segunda parte, Göteborg, 1924), pp. 515-520. Göteborg.
- HAVESTADT, Bernardo: *Cbilidugu, sive Tractatus de Lingua seu Ydiomate Yndo Chilensi*. Ed. Julius Platzmann, 2 vols. Leipzig, 1883. (1ª ed. Monasterii Westphaliae, 1777). Parte séptima (Diario de viaje), publicada en traducción castellana por F. SAN MARTÍN, 1919, pp. 179-209.
- HEIM, Arndt: 1953. *Südamerika*. Berna.
- HENKING, Karl: 1955-56. *Die Südsee- und Alaskasammlung Johann Wäber. Beschreibung der Katalog*. Jahrbuch des Bernischen Historischen Museums, XXXV-XXXVI, pp. 325-389. Berna.
- HOUSSE, Rafael (P): 1940. *Epopeya india*. Santiago.
- IMBELLONI, José: 1928 a. *Einige konkrete Beweise über ausseramerikanische Kulturbeziehungen der Indianer*. Mitteilungen der Anthropologischen Gesellschaft Wien, Band 58, pp. 301-331. Wien.
- 1928 b. *La premiere chaîne isoglossématique Océano-américaine: le nom des baïches lithiques*. En "Festschrift P. Wilhelm Schmidt", pp. 324-335. Mödling bei Wien. Reproducido: *Toki, la primera cadena isoglosématica establecida entre las islas del Océano Pacífico y el continente americano*. Revista de la Sociedad Amigos de la Arqueología, tomo V, pp. 129-149, Montevideo 1931. Asimismo, con este último título, en *Epítome de Culturología*, 2ª edición, Segunda parte (Aplicada), capítulo IV, pp. 279-298, Buenos Aires, 1953. (De aquí son las citas).
- 1928 c. *Clava-insignia de Villavicencio. Un nuevo ejemplar de los "mere" de Oceania descubierto en el territorio americano*. Anales de la Facultad de Ciencias de la Educación, tomo III, pp. 219-228. Paraná. Reproducido en *Epítome de Culturología*, 2ª edición, Segunda parte (Aplicada), capítulo I, pp. 217-227. Buenos Aires, 1953. (De aquí las citas).

- 1929. *Un arma de Oceanía en el Neuquén. Reconstrucción y tipología del baccha del río Limay*. "Humanidades", tomo XX, pp. 293-316. La Plata. Reproducido en *Epitome de Culturologia*, 2ª ed., Segunda parte (Aplicada), pp. 228-248, capítulo II, Buenos Aires, 1953. (De aquí las citas).
 - 1930 a. *On the diffusion in America of "Onewa", "Okewa", "Paraoa", "Mití", and other relatives of the "Mere" family*. Journal of the Polynesian Society, vol. 39, pp. 322-345. Wellington (New Zealand). - Reproducido en *Epitome de Culturologia*, 2ª ed., Segunda parte (Aplicada), capítulo III, pp. 249-278 (El "Mere" en América). Buenos Aires, 1953.
 - 1930 b. *Der Zauber "Tokí". Die Zauberformel des Maori Zimmermannes beim Fällen eines Baumes, die wörtlich in der chilenischen Erzählung vom alten Tatrapay erhalten ist*. Actas y trabajos del XXIV Congreso Internacional de Americanistas (Hamburgo, 1930), pp. 228-242. Hamburgo. Reproducido: *El Toki mágico. La fórmula de encantamiento del carpintero maori al derribar un árbol, conservada textualmente en el cuento chileno del viejo Tatrapay*. Boletín de la Sociedad Científica de Santa Fe, año III, pp. 148-169. Buenos Aires, 1931. Asimismo, en *Epitome de Culturologia*, 2ª ed., Segunda parte (Aplicada), capítulo VI (pp. 305-328). Buenos Aires, 1953.
 - 1931. *Insignia lítica del lago Aluminé (Neuquén). Nuevo ejemplar argentino de las clavos cetros de Araucanía*. "Solar", pp. 319-329. Buenos Aires.
 - 1934. *"Tokí" del Perú*. Actas y trabajos del XXV Congreso Internacional de Americanistas, (La Plata, 1932), tomo II, pp. 253-257. La Plata. Reproducido en *Epitome de Culturologia*, 2ª ed., Segunda parte (Aplicada), capítulo V (pp. 299-304). Buenos Aires, 1953. (De aquí las citas).
 - 1947. *El poblamiento de América*. Revista de la Universidad de Buenos Aires, Cuarta época, Año I, N° 1 (Enero-Marzo 1947), pp. 9-35. Buenos Aires. Reproducción de *The peopling of America*, en "Acta Americana", vol. I, pp. 309-334. Los Angeles, 1943.
 - 1949. *Los Patagones. Características corporales y psicológicas de una población que agoniza*. "Runa", tomo II, pp. 5-58. Buenos Aires.
 - 1952. *Dibujos y objetos trifidos, tridentes y triglifos*. "Runa", t. V, pp. 187-203. Buenos Aires.
 - 1953. *Epitome de Culturologia*, 2ª edición. (1ª edición, 1936). Buenos Aires.
- IRIBARREN CHARLIN, Jorge: 1950. *Notas preliminares sobre la dispersión continental de un adorno del labio en los pueblos aborígenes, el bezote, labret o tembetá*. Ovalle (Chile).
- 1951. *Dos Mere Okewa en un cementerio diaguita del Valle de Elqui. Casa de Piedra en la quebrada de Minillas (Valle del río Hurtado)*. "Revista Universitaria" (Universidad Católica de Chile), año XXXVI, N° 1, pp. 131-143. (Tirada aparte, 1952). Santiago.
 - 1952. *Nuevos hallazgos arqueológicos de la Cultura de El Molle*. "Revista Universitaria" (Universidad Católica de Chile), año XXXVII, N° 1, pp. 191-219. Santiago.
- JOYCE, T. A.: 1923. *Pakcha*. "Inca", vol. I, N° 4, pp. 761-778. Lima.
- KÜHN, Franz: 1926. *Beitrag zur Siedelungskunde Argentinians*. Actas y trabajos

- de la XXI sesión del Congreso Internacional de Americanistas (Segunda parte, Göteborg, 1924), pp. 566-571. Göteborg.
- LAGIGLIA, Humberto A.: 1956. *Estudios arqueológicos en el Rincón del Atuel*. Anales de Arqueología y Etnología, t. XII, pp. 229-288. Mendoza (1957).
- MS. *Pipas indígenas del sur de Mendoza* (inédito).
- LATCHAM, Ricardo E.: 1910. *Diversos tipos de insignia lítica hallados en territorio chileno*. Anales del Museo Nacional de Buenos Aires, tomo XX (Serie 3ª, tomo III), pp. 131-146. Buenos Aires (1911).
- 1928 a. *La Prehistoria chilena*. Santiago de Chile.
- 1928 b. *La alfarería indígena chilena*. Sgo. de Chile.
- 1929-30. *Los indios de la Cordillera y la Pampa en el siglo XVI*. Revista Chilena de Historia y Geografía, tomos LXII al LXV (Nos. 66-69). Santiago.
- 1942. *Fases de la Edad de Piedra en Chile*. Actas y trabajos del XXVII Congreso Internacional de Americanistas (Lima, 1939), tomo I, pp. 257-265. Lima.
- LEDESMA, Raúl: 1956 a. *Petroglifos, "Morteros" y "Chenques" del N.W. Neuqueniano*. En "Neuqueniana", Año V, N° 26, pp. 7-8. Buenos Aires.
- 1956 b. *Una pipa ornitomorfa*. En "Neuqueniana" Año V, N° 27, pp. 4-5. Buenos Aires.
- LEHMANN-NITSCHKE, Roberto: 1909 a. *Clavas céfalomorfas procedentes de Chile y de la Argentina*. Revista del Museo de La Plata, tomo XVI, pp. 150-170. La Plata.
- 1909 b. *Hachas y placas para ceremonias procedentes de Patagonia*. Idem, pp. 204-240.
- 1916. *Botones labiales y discos auriculares de piedra, procedentes de la región norte de la desembocadura del río Negro (Patagonia septentrional)*. Revista del Museo de La Plata, tomo XXIII (segunda serie, tomo X), pp. 285-290. La Plata.
- 1924. *Piedras labradas para el labio y el lóbulo y collares de conchas procedentes de la Patagonia septentrional*. Comunicaciones del Museo Nacional de Historia Natural, tomo II, N° 13, pp. 125-133. Buenos Aires (1923-25).
- 1937. *Steinerne Volgekopfkeulen aus Chile und dem argentinischen Andengebiet*. (Melanesisches in Südamerika, I). Zeitschrift für Ethnologie, Año 69, pp. 220-233. Berlín (1938).
- LOOSER, Gualterio: 1931. *Hacha insignia de Llaima. Un arma neocelandesa hallada en el Sur de Chile*. "Solar", pp. 201-208. Buenos Aires.
- LUPO, Michele del: 1898. *I manufatti litici di Patagonia*. Archivio per l'Antropologia e la Etnologia, tomo XXVIII, pp. 289-353. Firenze.
- MARIÑO DE LOVERA, Pedro. *Crónica del Reino de Chile*. Colección de Historiadores de Chile y Documentos relativos a la Historia Nacional, t. VI. Santiago, 1865. (Escrito hacia 1594).
- MÁRQUEZ MIRANDA, Fernando: 1934. *Una nueva flauta de pan lítica del Noroeste argentino, y el área de dispersión de esta clase de ballazgos arqueológicos*. Notas Preliminares del Museo de La Plata, tomo II, pp. 315-331.
- 1939. *Los "Tokis"*. (A propósito de un nuevo "Toki" de la Araucanía). Notas del Museo de La Plata, Tomo IV, Antropología, N° 11, pp. 17-45.

- 1946. *The Diaguita of Argentina*. En *Handbook of South American Indians*, vol. VI, pp. 637-654. Washington.
- MEDINA, José Toribio: 1882. *Los aborígenes de Chile*. Santiago. (Reeditada en 1952 por el "Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina", con una Introducción de Carlos Keller R.).
- MENGHIN, Osvaldo F. A.: 1931. *Weltgeschichte der Steinzeit*. Wien.
- 1937. *Die vorgeschichtlichen Funde Vorarlbergs* [con colaboradores]. "Österreichische Kunsttopographie", XVII. Wien.
- 1949. *El Tumbiense africano y sus correlaciones mundiales*. "Runa", tomo II, pp. 89-125. Buenos Aires.
- 1952 a. *Las pinturas Rupestres de la Patagonia*. "Runa", tomo V, pp. 5-22. Buenos Aires.
- 1952 b. *Fundamentos Cronológicos de la Prehistoria de Patagonia*. "Runa", tomo V, pp. 23-43. Buenos Aires.
- 1952 c. *Derrotero de los indios canoeros*. Archivo Ethnos, Serie B, N° 2, pp. 9-27. Buenos Aires.
- 1955-56. *El Altoparanaense*. "Ampurias", t. XVII-XVIII, pp. 171-200. Barcelona.
- 1957 a. *Das Protolithikum in America*. "Acta Praehistorica", t. I, pp. 5-40. Buenos Aires.
- 1957 b. *Estilos del arte rupestre de Patagonia*. "Acta Praehistorica", t. I, pp. 57-87.
- 1957 c. *Vorgeschichte Amerikas*. En *Abriss der Vorgeschichte*, ed. R. Oldenbourg, pp. 162-211. Munich.
- 1957 d. *Las piedras de tacitas como fenómeno mundial*. Publicaciones del Museo y de la Sociedad Arqueológica de La Serena, Boletín N° 9, pp. 3-12.
- MENGHIN OSVALDO F. A., y BÓRMIDA, MARCELO: 1950. *Investigaciones prehistóricas en cuevas de Tandilia (Prov. de Buenos Aires)*. "Runa", tomo III, pp. 5-36. Buenos Aires.
- MÉTRAUX, Alfred: 1929. *Contribution a l'Ethnologie et l'Archéologie de la province de Mendoza*. Revista del Instituto de Etnología de la Universidad de Tucumán, tomo I, pp. 5. Tucumán.
- MOLINA, Juan Ignacio: *Compendio de la historia civil del Reyno de Chile*. Colección de Historiadores de Chile, t. XXVI. Santiago, 1901. (1ª ed. Bologna, 1787).
- MORENO, FRANCISCO P.: 1876. *Viaje a la Patagonia septentrional*. Anales de la Sociedad Científica Argentina, tomo I, pp. 182-197. Buenos Aires.
- 1879. *Viaje a la Patagonia Austral, 1876-1877*. Tomo I (único).
- 1891. *Exploración arqueológica de la provincia de Catamarca*. Revista del Museo de La Plata, tomo I (1890-91), pp. 203-236. La Plata.
- 1898. *Apuntes preliminares sobre una excursión a los territorios del Neuquén, Río Negro, Chubut y Santa Cruz*. Revista del Museo de La Plata, tomo VIII, pp. 199-372. La Plata.
- MUSTERS, George Chaworth: 1871. *At home with the Patagonians*, Londres. (Trad. castellana: *Vida entre los Patagones*. Biblioteca Centenaria de la Univ. de La Plata, t. I, pp. 127-398. Buenos Aires, 1911).
- NORDENSKJÖLD, Erland: 1930. *Modifications in Indian culture through inventions and loans*. Comparative ethnological studies, VIII. Göteborg.

- 1946. *Origen de las civilizaciones indígenas en la América del Sud*. Buenos Aires. (Traducción del Dr. Aureliano Oyarzun, de *Origin of the Indian civilisations in South America*. Comparative Ethnographical Studies, IX, Göteborg, 1931).
- NÚÑEZ DE PINEDA Y BASCUÑÁN, Francisco: *Cantiverio feliz*. Colecc. de Historiadores de Chile, t. III. Santiago, 1863. (Las observaciones datan de 1629).
- ONELLI, Clemente: 1904. *Trepando los Andes*. Buenos Aires.
- OUTES, Félix F.: 1904 a. *Arqueología de Hucal (gobernación de La Pampa)*. Anales del Museo Nacional de Buenos Aires, tomo XI (Serie 3ª, tomo IV), pp. 1-15. Buenos Aires (1905).
- 1904 b. *La alfarería indígena de Patagonia*. Idem, pp. 33-41.
- 1905. *La edad de la piedra en Patagonia. Estudio de arqueología comparada*. Anales del Museo Nacional de Buenos Aires, tomo XII (serie 3ª, t. V), pp. 203-574. Buenos Aires.
- 1906. *Instrumentos y armas neolíticas de Cochicó (provincia de Mendoza)*. Ibid., tomo XIII (serie 3ª, t. VI), pp. 277-286.
- 1916 a. *Las placas grabadas de Patagonia. Examen crítico del material conocido y descripción de nuevos ejemplares*. Revista de la Universidad de Buenos Aires, tomo XXXII, pp. 611-624. Buenos Aires.
- 1916 b. *Las hachas insignias patagónicas. Examen crítico del material conocido y descripción de nuevos ejemplares*. 46 pp. Buenos Aires.
- 1917. *La materialización del Cberruwe araucano*. Anales de la Sociedad Científica Argentina, vol. LXXXIII, pp. 81-86. Buenos Aires.
- OYARZÚN, Aureliano: 1934. *Cultura prehistórica del Valle de Aconcagua*. Actas y trabajos del XXV Congreso Internacional de Americanistas (La Plata, 1932), tomo I, pp. 113-123. La Plata.
- 1942. *Influencias de la cultura de Atacama en la Araucanía*. Actas y trabajos del XXVII Congreso Internacional de Americanistas, (Lima, 1939), tomo I, pp. 277-287. Lima.
- PALAVECINO, Enrique: 1948. *Áreas y capas culturales en el territorio argentino*. "Gza", tomo VIII, pp. 447-523. Buenos Aires.
- PIETAS, Gerónimo: *Noticia sobre las costumbres de los Araucanos*. En GAY, *Historia física y política de Chile*, t. I París, 1864. (Escrito en 1729).
- POEPPIG, Eduard: *Reise in Chile, Peru und auf dem Amazonenstrom während den Jahren 1827-1832*. 2 vols. Leipzig, 1835-36. (Una traducción castellana de la descripción de los pehuenches, por C. Keller, se halla en Revista del Museo Histórico Nacional de Chile, 1942, vol. I, N° 3, pp. 236-269).
- RAMÍREZ, Francisco: *Cronicón Sacro-Imperial de Chile*. (Publicado en 1796).
- REED, Carlos S.: 1921. *Dos insignias líticas encontradas en Chile*. "Physis", tomo V, N° 19, pp. 57-59. Buenos Aires.
- 1924. *Descripción de insignias líticas chilenas*. Publicaciones del Museo de Etnología y Antropología de Chile, vol. IV, N° 1 y 2, pp. 67-135. Santiago. (Citas, de la tirada aparte, con numeración propia).
- ROSALES, Diego de: *Historia General del Reyno de Chile, Flandes Indiano*, t. I. Publ. por Benjamín Vicuña Mackenna. Valparaíso, 1877.
- RUSCONI, Carlos: 1941 a. *Fuentes de ofrendas de los aborígenes prehispanicos de Mendoza*. Anales de la Sociedad Científica Argentina, tomo CXXXI, p. 212 y ss. Buenos Aires.

- 1941 b. *Puntas de flecha de Mendoza y su clasificación*. Revista del Centro de Estudiantes, pp. 14-21. Mendoza.
- 1945. *Tokis líticos de Mendoza*. Publicaciones del Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore "Dr. Pablo Cabrera", X. Córdoba.
- 1946 a. *Cuchillos de piedra huarpes*. Anales de la Sociedad Científica Argentina, tomo CXLI, pp. 49-52. Buenos Aires.
- 1946 b. *Una pipa rara de Neuquén*. Ibid., tomo CXLII, pp. 95-98.
- 1947 a. *Ritos funerarios de los indígenas de Mendoza*. Ibid., tomo CXLIII, pp. 97-113.
- 1947 b. *Nuevos datos sobre antiguos aborígenes de Neuquén*. Ibid., t. CXLIV, pp. 492-501.
- SALAS, Alberto M.: 1942. *Hachas de piedra pulida y enmangadas del territorio del Neuquén*. Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología, tomo III, pp. 67-72. Buenos Aires.
- 1945. *El antigal de Ciénaga Grande (Quebrada de Purmamarca, Prov. de Jujuy)*. Publicaciones del Museo Etnográfico, serie A, tomo V (pp. 7-266). Buenos Aires.
- SAN MARTÍN, Félix: 1919. *Neuquén*. Buenos Aires.
- 1929. *Hachas de piedra del Neuquén*. Bol. de la Junta de Historia y Numismática Americana, t. VI, pp. 129-138. Buenos Aires.
- SCHOBINGER, Juan: 1954 a. *Arqueología del territorio del Neuquén*. (Tesis de doctorado, mecanografiada). Buenos Aires.
- 1954 b. *Arqueología del territorio del Neuquén*. En "Neuquenía", Año V, N° 24, pp. 7-8. Buenos Aires.
- 1956 a. *El arte rupestre de la provincia del Neuquén*. En "Anales de Arqueología y Etnología", t. XII, pp. 115-227. Mendoza (1957).
- 1956 b. *Las "clavas insignias" de Argentina y Chile. Descripción de nuevos ejemplares procedentes de las provincias del Neuquén y Mendoza, y análisis de conjunto*. "Runa", t. VII, Pte. segunda, pp. 252-280. Buenos Aires (1957).
- 1956 c. *Una notable miniatura lítica del sur de Mendoza*. Anales de Arqueología y Etnología, t. XII, pp. 301-304.
- 1957. *Sobre los antecedentes morfológicos de las clavos semilunares oceánico-americanas*. En "Runa", t. VIII, Segunda parte (en prensa). Buenos Aires (1958).
- SERRANO, Antonio: 1934. *Material arqueológico del Neuquén*. "Quir novi?", Año II, N° 6, pp. (8-12). Rosario.
- 1939. *Los tributarios del río Uruguay*. En *Historia de la Nación Argentina*, Tomo I, 2ª edición sin variantes, pp. 443-472. Buenos Aires. (1ª ed., 1936).
- 1941. *Un curioso lito para paricá procedente de Angualasto*. "Anales del Instituto de Etnografía Americana", t. II, pp. 255-258. Mendoza.
- 1945. *Los Comechingones*. Córdoba.
- 1946 a. *Arqueología del Arroyo Las Mulas en el noroeste de Entre Ríos*. Publicaciones del Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore "Dr. Pablo Cabrera", XIII. Córdoba.
- 1946 b. *The Sambaquí of the Brazilian Coast*. En *Handbook of South American Indians*, vol. I, pp. 401-407. Washington, D. C.

- 1947. *Los aborígenes argentinos. Síntesis etnográfica*. Buenos Aires.
- SILVA OLIVARES, Jorge E.: 1957. *Noticias sobre investigaciones en piedras tacitas*. Publ. Museo y Soc. Arqueológica de La Serena, Bol. N° 9, pp. 24-26.
- SKINNER, H. D.: 1916. *Evolution in Maori art: I) Origin and relationship of Patu, Onewa and Mere*. Journal of the Royal Anthropological Institute of Great Britain & Ireland, tomo XLVI, pp. 184-196. II) *Pendants*. *Ibid.*, pp. 309-321.
- SORS, Antonio: *Historia del Reino de Chile, situado en la América Meridional*. En Rev. Chilena de Historia y Geografía, vol. 38, pp. 19-46, vol. 39, pp. 163-199. Santiago, 1921-22. (Escrito hacia 1780).
- STIEBEN, Enrique: 1950. *Procedencia de los Araucanos y su antigüedad en la Argentina*. Publicaciones de la Sociedad Argentina de Americanistas, t. I, Etnografía, N° 1, pp. 69-77. Buenos Aires.
- TORRES, Luis María: 1922. *Arqueología de la Península de San Blas (Prov. de Buenos Aires)*. Revista del Museo de La Plata, tomo XXVI, pp. 473-532. Buenos Aires.
- 1923. *Exploración arqueológica al sur de San Carlos (Prov. de Mendoza). Noticia preliminar*. *Ibid.*, t. XXVII, - pp. 286-305.
- VERNEAU, Redé: 1903. *Les anciens patagons. Contribution a l'étude des races pré-colombiennes de l'Amérique du Sud*. Monaco.
- VIGNATI, Milcíades Alejo: 1923 a. *Hachas de piedra pulida provenientes de Patagonia (Territorio del Neuquén)*. Comunicaciones del Museo Nacional de Historia Natural de Buenos Aires, tomo II, N° 6, pp. 61-66. Buenos Aires (1923-25).
- 1923 b. *Las llamadas hachas patagónicas. Descripción de ejemplares y nueva interpretación*. Comunicaciones del Museo Nacional de Historia Natural, t. II, pp. 17-44. Buenos Aires (1923-1925).
- 1927. *Arqueología y antropología de los "conchales" jueguinos*. Revista del Museo de La Plata, tomo XXX, pp. 79-143. Buenos Aires.
- 1928. *Representación lítica zoomorfa del sur de Patagonia*. "Physis", tomo IX, pp. 234-240. Buenos Aires.
- 1931 a. *Interpretación de algunos instrumentos líticos considerados como hachas insignias o "Pillan-Toki"*. Notas Preliminares del Museo de La Plata, tomo I, pp. 173-187. Buenos Aires.
- 1931 b. *Una nueva placa grabada de Patagonia*. Notas preliminares del Museo de La Plata, tomo I, pp. 379-385. Buenos Aires.
- 1934. *Resultados de una excursión por la margen sur del río Santa Cruz*. Notas preliminares del Museo de La Plata, II, pp. 77-151.
- 1935 a. *Una pictografía de los alrededores de San Martín de los Andes*. Revista Geográfica Americana, tomo IV, pp. 407-410. Buenos Aires.
- 1935 b. *Algunas pictografías de Neuquén*. "Physis", t. XI, pp. 513-514 (Resumen). Buenos Aires.
- 1935 c. *Informe sobre una excursión a la región de los lagos Nabuel Huapi y Traful*. Revista del Museo de La Plata, Nueva serie, Sección oficial 1935 (1936), pp. 35-36.
- 1936 a. *El asiento de la misión jesuítica del lago Nabuel Huapi*. Boletín de la Junta de Historia y Numismática americana, tomo VIII, 315-321. Buenos Aires.

- 1936 b. *Nuevas investigaciones antropológicas en la provincia de San Luis*. Notas del Museo de La Plata, tomo I, Antropología, N° 4, pp. 359-379. Buenos Aires.
- 1937 a. *Origen étnico de los cráneos pintados de San Blas*. Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología, tomo I, pp. 51-57. Buenos Aires.
- 1939 a. *Los indios Poyas. Contribución al conocimiento etnográfico de los antiguos habitantes de Patagonia*. Notas del Museo de La Plata, tomo IV, Antropología, N° 12, pp. 211-244. Buenos Aires.
- 1939 b. *Las culturas indígenas de la Pampa*. En *Historia de la Nación Argentina*, 2° ed. sin modificaciones (1° ed., 1936), pp. 473-502. Buenos Aires. (T. I.).
- 1939 c. *Las culturas indígenas de Patagonia*. *Ibid.*, pp. 503-542.
- 1940. *Los aborígenes de Cuyo. Enumeración y distribución geográfica desde la Conquista hasta fines del siglo XVIII*. Notas del Museo de La Plata, tomo V, Antropología, N° 19, pp. 69-93. Buenos Aires.
- 1944 a. *El uso de narigueras por los aborígenes de la Patagonia*. Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología, tomo IV, pp. 263-270. Buenos Aires.
- 1944 I-VII. *Antigüedades en la región de los lagos Nahuel Huapi y Traful*. Notas del Museo de La Plata, tomo IX, Antropología, Nos. 23-29, pp. 53-165. La Plata.

Comprende las siguientes monografías:

- I *El enterratorio de Puerto Huemul* (pp. 53-83).
- II *Una paccha argentina*. (pp. 85-93).
- III *Pinturas rupestres del lago Nahuel Huapi* (pp. 95-102).
- IV *Hallazgos en Cerro Leones*. (pp. 103-117).
- V *El Cementerio del río Limay*. (pp. 119-141).
- VI *El paradero de Yankin* (pp. 143-148).
- VII *Reliquias indígenas en la región del Traful* (pp. 149-165).
- 1947. *Contribuciones al conocimiento de la paleopatología argentina*. XII: *Vértebra de huemul flechada*. Notas del Museo de La Plata, tomo XII, Antropología, N° 47, pp. 69-75. La Plata.
- 1953 I-IV. *Aportes al conocimiento antropológico de la provincia de Mendoza*. Notas del Museo de La Plata, tomo XVI, Antropología, Nos. 58-61, pp. 27-109.

Comprende las siguientes monografías:

- I *Arqueología y etnografía de las lagunas Guanacache* (pp. 27-46).
- II *La roca con litoglifos de Viluco*. (pp. 47-50).
- III *Un diario de viaje por las lagunas Guanacache en el año 1789*. (pp. 51-103).
- IV *Las lagunas y sus habitantes indígenas, según el P. Enrich*. (pp. 105-109).
- 1953 a. *Datos de etnografía pehuenche del Libertador José de San Martín*. Notas del Museo de La Plata, tomo XVI, Antropología, N° 57, pp. 1-25.

- 1953 b. *La araucanización de los indios Pebuenche*. Ibid., tomo XVI, Antropología, N° 63, pp. 157-159.
 - 1953 c [1955]. *Materiales para la arqueología de Patagonia, Aporte I*. Anales del Museo de La Plata (n. s.), Antropología N° 3. 38 pp. XII láms.
- WILLEY, Gordon R.: 1946 a. *The archaeology of the Greater Pampa*. En *Handbook of South American Indians*, vol. I, pp. 25-46. Washington D. C.
- 1946 b. *The culture of La Candelaria*, Ibid., vol. II, pp. 661-672.

F I N